

LA DÉCADA COVID
EN MÉXICO

Los desafíos
de la pandemia
desde las ciencias sociales
y las humanidades

Los **imaginarios**
de la **pandemia**



Julia Isabel Flores Dávila
Guadalupe Valencia García
(Coordinadoras)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Graue Wiechers
Rector

COORDINADORES DE LA COLECCIÓN

Dra. Guadalupe Valencia García
Coordinadora de Humanidades

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Mtro. Néstor Martínez Cristo
Director General de Comunicación Social

CON LA COLABORACIÓN DE

Mtra. Yuritzi Arredondo Martínez
Secretaria Técnica-Coordinación de Humanidades

COORDINADORES DEL TOMO 6

Mtra. Julia Isabel Flores Dávila
Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS)

Dra. Guadalupe Valencia García
Coordinadora de Humanidades (UNAM)

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

COMITÉ EDITORIAL

Dra. Guadalupe Valencia García
Coordinadora de Humanidades

Lic. Ángel Figueroa Perea
Director General de Divulgación de las Humanidades

Diego García del Gállego
Coordinador del Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades

Lic. Francisco Hernández Avilés
Coordinador de Promoción y Distribución

Mtra. Norma Angélica Ocampo Mendoza
Secretaria Jurídica de la Coordinación de Humanidades

Lic. Mauricio Salvador
Jefe del Departamento de Publicaciones de la Coordinación de Humanidades

Mtra. Socorro Venegas
Directora General de Publicaciones y Fomento Editorial

Lic. Gloria Adriana Hernández Sánchez
Coordinadora de Gestión de la Dirección General de la Escuela Nacional Preparatoria

Mtra. Sayri Karp Mitastein
Directora de la Editorial Universidad de Guadalajara

Joaquín Díez-Canedo Flores
Consultor editorial independiente

Mtro. Tomás Granados Salinas
Director Editorial de Grano de Sal

La década COVID en México:
los desafíos de la pandemia
desde las ciencias sociales y las humanidades

Tomo 6

Los imaginarios de la pandemia

La década COVID en México:
los desafíos de la pandemia
desde las ciencias sociales y las humanidades

Tomo 6

Los imaginarios de la pandemia

Julia Isabel Flores Dávila
Guadalupe Valencia García
(Coordinadoras)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Humanidades

2023

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Valencia García, Guadalupe, editor. | Flores Dávila, Julia Isabel, editor.

Título: Los imaginarios de la pandemia / Guadalupe Valencia García, Julia Isabel Flores Dávila (coordinadoras).

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2023. | Serie: La década COVID en México: los desafíos de la pandemia desde las ciencias sociales y las humanidades ; tomo 6.

Identificadores: LIBRUNAM 2203355 (impreso) | LIBRUNAM 2203338 (libro electrónico) | ISBN 9786073074643 (impreso) | ISBN 9786073074582 (libro electrónico).

Temas: Pandemia de COVID-19, 2020- -- Aspectos sociales -- México. | Salud pública -- Aspectos sociales -- México. | Memoria colectiva -- Aspectos sanitarios -- México. | Identidad colectiva -- Aspectos sanitarios -- México.

Clasificación: LCC RA644.C67.I53 2023 | LCC RA644.C67 (libro electrónico) | DDC 362.1962414—dc23

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por pares académicos expertos y cuenta con el aval del Comité Editorial de la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México para su publicación.

Imagen de forros: francescoch

Apoyo gráfico: Christian Martin Sánchez Uribe y Percy Valeria Cinta Dávila

Gestión editorial: Aracely Loza Pineda y Ana Lizbet Sánchez Vela

Primera edición: 2023

D. R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México

Coordinación de Humanidades

Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, Ciudad de México

www.humanidades.unam.mx/

ELECTRÓNICOS:

ISBN (Volumen): 978-607-30-7458-2 Título: Los imaginarios de la pandemia

ISBN (Obra completa): 978-607-30-6883-3 Título: La década COVID en México

IMPRESOS:

ISBN (Volumen): 978-607-30-7464-3 Título: Los imaginarios de la pandemia

ISBN (Obra completa): 978-607-30-6843-7 Título: La década COVID en México

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.



Se autoriza la copia, distribución y comunicación pública de la obra, reconociendo la autoría, sin fines comerciales y sin autorización para alterar o transformar. Bajo licencia creative commons Atribución 4.0 Internacional.

Hecho en México

Contenido

Presentación	11
<i>Enrique Graue Wiechers</i>	
Prólogo	13
<i>Guadalupe Valencia García</i> <i>Leonardo Lomelí Vanegas</i> <i>Néstor Martínez Cristo</i>	
Introducción: Imaginarios de la pandemia	21
<i>Julia Isabel Flores Dávila</i> <i>Guadalupe Valencia García</i>	
VIVIR LA PANDEMIA	
1 Imaginarios sociales y representaciones de la pandemia en la sociedad mexicana	31
<i>Julia Isabel Flores Dávila</i> <i>Luis Ángel Ubaldo</i> <i>Patsy Alejandra Hernández</i> <i>Luis Felipe González</i>	
2 ¡Nunca imaginé! Las personas, las familias y la(s) pandemia(s)	75
<i>Carlos Welti Chanes</i>	
3 Afectividades	131
<i>Gilda Waldman M.</i>	
4 Sin brújula en la tempestad. El COVID en tres tiempos y territorios	163
<i>Hugo José Suárez</i>	

PANDEMIA Y SOCIEDAD

- 5 Hacia una explicación de las agresiones al personal de salud durante la pandemia de COVID-19 en México. Estigma y semiótica del miedo 185
Roberto Castro
Hugo Córdoba
- 6 La resistencia a las vacunas contra la COVID-19: entre el anticristo y el druida 217
Guillem Compte Nunes
- 7 Información en medios digitales durante la pandemia por COVID-19. Desafíos para México 249
Georgina Araceli Torres Vargas
- 8 La resignificación de la fiesta religiosa durante la pandemia COVID-19 en los pueblos originarios de la Ciudad de México 279
María Ana Portal
- 9 Iknal-historias del COVID entre los pueblos mayas de la Península de Yucatán 305
Gilberto Avilez Tax

PENSAR LA PANDEMIA

¿DESDE DÓNDE PENSAMOS LA PANDEMIA?

- 10 Jóvenes, pandemia y futuro 341
Héctor Castillo Berthier
- 11 Dosis de recuerdo 375
Juan Meliá

La década COVID en México: los desafíos de la pandemia desde las ciencias sociales y las humanidades

PRESENTACIÓN

La emergencia sanitaria a nivel global causada por el virus SARS-CoV-2 y sus variantes es una de las más grandes y complejas crisis globales de los últimos cien años. En apenas unos meses, paralizó al mundo y puso en jaque a los sistemas de salud más sólidos y sofisticados, además de golpear severamente las principales actividades económicas, educativas, culturales y sociales, sin distinción de clases o fronteras.

México no fue la excepción y atravesó por momentos aciagos y muy dolorosos. De acuerdo con los datos oficiales de exceso de mortalidad, la pandemia cobró, entre 2020 y 2022 —directa e indirectamente—, más de 650 000 vidas (casi 80 % asociadas al COVID-19)¹ y enfermó a millones de mexicanas y mexicanos. Debido a una merma de infraestructura, el sistema nacional de salud estuvo cerca del colapso. Aunado a esto, a pesar de ser un fenómeno sanitario generalizado, golpeó fuertemente a las poblaciones más vulnerables: la pobreza, el hacinamiento, la desigualdad y la violencia intrafamiliar, en particular contra las mujeres, se acentuaron.

1 Gobierno de México. (2023). *Exceso de mortalidad en México, 2020-2023*. <https://coronavirus.gob.mx/exceso-de-mortalidad-en-mexico/>

Ante este panorama, la UNAM nunca se detuvo y volcó todas sus capacidades y talentos para ayudar, mediante el rigor de la academia y la solidaridad de su comunidad, en la contención de la crisis sanitaria. Para ello se tuvo que adaptar, adecuar e innovar en todas las áreas de docencia, investigación y difusión de la cultura.

De ahí deriva la importancia de esta obra, titulada *La década COVID en México: los desafíos de la pandemia desde las ciencias sociales y las humanidades*, una colección de quince títulos que analizan a profundidad, de manera interdisciplinaria, los impactos de la pandemia. Estos van desde la insuficiencia del sistema de salud; los retos para los modelos educativos; el aumento de la desigualdad y la precariedad laboral; la falta de atención a la salud mental y la violencia de género; hasta la urgente atención al deterioro del medio ambiente; las acciones para cerrar la brecha digital; la necesaria continuidad de la democracia; las nuevas habilidades profesionales para el futuro, entre otros.

Si bien el inicio de la década a la que hace referencia esta obra está irrevocablemente marcada por este evento global, su evolución y postrimerías están repletas de efectos aún por conocer, muchos de ellos no deseados. Otros, sin embargo, representarán oportunidades únicas e invaluable para repensar y corregir las estrategias de desarrollo equitativo, justicia y adaptación que demandan los nuevos tiempos.

Agradezco el compromiso y dedicación de todas y todos los especialistas de nuestra casa de estudios que tuvieron a bien participar, con el conocimiento y experiencia de sus distintas especialidades, en la construcción de este profundo y sentido testimonio.

Estoy seguro de que estos análisis, reflexiones y memorias serán de enorme utilidad para el futuro próximo de nuestro país y están llamados a convertirse en un referente para la toma de decisiones ante eventuales emergencias sociales, ambientales y sanitarias.

“Por mi raza hablará el espíritu”

Dr. Enrique Graue Wiechers

Rector

Universidad Nacional Autónoma de México

Prólogo

Guadalupe Valencia García

Coordinación de Humanidades, UNAM

Leonardo Lomelí Vanegas

Secretaría General, UNAM

Néstor Martínez Cristo

Dirección General de Comunicación Social, UNAM

La pandemia de SARS-CoV-2, un acontecimiento global, impactó en todas las esferas de nuestra vida. Lo que inicialmente se anunció como una nueva gripa se transformó pronto en una emergencia humanitaria sin precedentes. En tan solo unos meses paralizó al planeta, sacudió los sistemas de salud más robustos, y ha dejado profundas secuelas sociales, económicas, políticas, psicológicas y culturales, por lo que hoy estamos ante lo que se ha dado en llamar la década COVID.

Nuestro país no escapó al desastre. Se estima que entre los años 2020 y 2022 la pandemia cobró más de seiscientos cincuenta mil vidas y enfermó a millones de personas de todos los estratos sociales, en particular a las poblaciones más vulnerables debido a la pobreza, las desigualdades y la violencia intrafamiliar. La menguada infraestructura del sistema nacional de salud estuvo cerca de sucumbir.

En este contexto, la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de la Coordinación de Humanidades, se dio a la tarea de construir una reflexión colectiva sobre las consecuencias de la pandemia en nuestra sociedad. A partir de un enfoque interdisciplinario, en esta colección, las ciencias sociales y las humanidades se ponen en diálogo con las ciencias de la materia y de la vida. Los resultados expuestos en cada tomo provienen de profundas

investigaciones y reflexiones que, además de dar cuenta de las múltiples afectaciones sufridas a causa de la pandemia, ofrecen propuestas de salida y superación de la emergencia multifactorial causada por el SARS-CoV-2.

Cabe señalar que muchas de estas investigaciones no comenzaron con la presente colección, sino que ya contaban con un camino recorrido. Esto debido a que, a pesar del confinamiento y del trabajo remoto, la Universidad Nacional no se detuvo. Sus investigadores se abocaron, desde la óptica de sus respectivas especialidades, a comprender la pandemia: su desarrollo, sus consecuencias en los diversos aspectos de la vida, sus secuelas y, por supuesto, las maneras de enfrentarlas. Es destacable el trabajo de nuestra casa de estudios en la construcción de grandes repositorios digitales, pues sin estas herramientas las investigaciones no hubieran sido tan originales y ricas.

Para ofrecer al lector una visión completa de la colección, se pueden ubicar siete grandes ejes temáticos que articulan: economía; derecho; género; poblaciones y sustentabilidad; salud y medio ambiente; filosofía y educación, y, finalmente, las enseñanzas que nos ha dejado la pandemia y los derroteros intelectuales hacia el futuro.

El tomo 1, titulado *Pandemia y desigualdades sociales y económicas en México*, ofrece una visión informada sobre los diversos fenómenos relacionados con las desigualdades y cómo se vieron afectados por el COVID-19. La pandemia puede ser vista como una grave emergencia sanitaria que, a su vez, visibilizó y potenció, a un tiempo, la trama de las desigualdades estructurales en nuestro país. A lo largo de sus capítulos se abordan aspectos relacionados con el crecimiento económico regional, los ingresos, el empleo remunerado y no remunerado, la desigualdad salarial, el teletrabajo, la violencia de género, la población indígena, las juventudes vulnerables y las políticas públicas regionales.

El tomo 2, titulado *El mundo del trabajo y el ingreso*, estudia lo acontecido con el mercado laboral mexicano en la contingencia sanitaria. Entre otros temas, aborda las condiciones de trabajo de algunas nuevas formas del empleo en contextos de precariedad y flexibilidad laboral; asimismo, analiza los rasgos y vicisitudes del trabajo en nuestro país para aportar recomendaciones de política pública orientadas a generar mejores condiciones laborales.

Las *Afectaciones de la pandemia a las poblaciones rurales en México* es el título del tomo 3 y parte de un segundo eje temático que se ocupa de las poblaciones y la sustentabilidad en el contexto de pandemia. Este tomo presenta estudios de caso realizados en diversas poblaciones rurales en territorio nacional; en ellos se muestra que los costos de la pandemia no afectaron de igual manera a distintos grupos de población. Las investigaciones reunidas demuestran que algunas comunidades han experimentado procesos estructurales históricos de exclusión y desigualdad. Otra aportación de este tomo fue destacar las estrategias y fortalezas, objetivas y subjetivas, que se conservan en la memoria de las poblaciones rurales para enfrentar periodos de crisis desde sus propias experiencias durante los últimos tres años.

Dentro de este eje temático se enmarca el tomo 6, *Los imaginarios de la pandemia*, donde confluyen trabajos dedicados a mostrar las formas de percepción y de actuación de diversos sujetos en el contexto de la crisis sanitaria. Se presta especial atención a las transformaciones en los imaginarios relativos al tiempo y al espacio en el cual los sujetos se perciben a sí mismos y al mundo circundante en el contexto de la pandemia; a sus visiones del presente y del futuro, sus narrativas, y sus formas de afectividad. La importancia de su estudio radica en que revelan una parte significativa del comportamiento gregario construido en el desenvolvimiento consciente o inconsciente de las comunidades y los sujetos que las conforman.

El tercer título en este eje temático corresponde al tomo 12, *Ciudades mexicanas y condiciones de habitabilidad en tiempos de pandemia*. La emergencia transformó rápidamente el modo de vida en las ciudades y se hizo imperativo reflexionar sobre la necesidad de impulsar, desde los distintos niveles de gobierno, nuevas políticas económicas, sociales y urbanas que permitieran construir ciudades sostenibles y saludables. La pandemia exigió redefinir el uso del espacio privado, condicionó al extremo el uso del espacio público, puso de manifiesto las limitaciones del sistema de salud y de la seguridad social y, al tiempo que generó un fuerte incremento de la pobreza y produjo una ampliación de las desigualdades tanto socioeconómicas como territoriales.

El tomo 4, titulado *Estado de derecho*, se integra en el eje temático sobre el derecho y la pandemia. Su objetivo es contribuir a la comprensión de las repercusiones de la pandemia en el Estado de derecho mexicano, poniendo particular atención en la manera en la que se aplica el derecho convencional por parte del Estado en la gestión de la emergencia sanitaria y la necesaria existencia de contrapesos y controles constitucionales en relación con las medidas adoptadas para afrontar la pandemia.

Dicho eje temático integra también el tomo 7: *Derechos humanos*. Los trabajos reunidos ofrecen un análisis de los diversos efectos que la pandemia ha tenido en algunos de los más importantes derechos de las personas, en particular los relacionados con la salud, el acceso a las vacunas, a la educación, al trabajo y a la seguridad social, además del derecho a una vida libre de violencia. Las reflexiones ahí vertidas dan cuenta de algunas propuestas de políticas públicas que pueden servir como una guía de acción para que los distintos niveles de gobierno aumenten la protección de los derechos humanos en tiempos de contingencia sanitaria.

El tomo 8, *Democracia en tiempos difíciles*, analiza los efectos de la pandemia en los procesos de toma de decisión pública en nuestro país, aunque considerando también la perspectiva comparada. Los trabajos aquí incluidos pretenden comprender las repercusiones que la pandemia produjo en el régimen democrático, tanto en sus dimensiones institucionales como en las procesuales. Además, busca detectar los retos y oportunidades para la acción de gobierno, las inercias en las formas de gobernar, así como las tendencias que se configuran a partir de la contingencia y que podrán definir el futuro del país.

El tema referido a la salud y al medio ambiente en el contexto de la pandemia es revisado en los tomos 5, 13 y 14. *Salud mental, afectividad y resiliencia* es el título del tomo 5, que reúne aportaciones desde la psicología y la filosofía para ofrecernos estudios en torno a las emociones, los sentimientos y las afectaciones psicológicas desencadenadas por la contingencia sanitaria. Describe las afectaciones a la salud mental de niñas y niños, los problemas emocionales en procesos educativos y las causas de malestar psicológico. Además, muestra un paisaje completo sobre el consumo de sustancias psicoactivas y un retrato del fenómeno del suicidio, examinando definiciones, modelos

explicativos y factores tanto de riesgo como de protección. Finalmente, se presenta un importante análisis sobre el miedo colectivo y su combate a partir de expresiones de solidaridad en contingencias.

En el tomo 13, titulado *La crisis sanitaria*, se reúnen testimonios en primera persona de profesionales de la salud que hicieron frente a la pandemia en México. Con esas voces intenta construir una visión integral desde las perspectivas de los especialistas involucrados en las primeras líneas de acción. Sin duda, la contribución fundamental del tomo es dimensionar la complejidad del fenómeno de la emergencia, pues superó cualquier pronóstico. Con esto en mente, parte desde reflexiones subjetivas, lecturas críticas y propositivas, acompañadas de un conjunto de análisis con rigor metodológico.

Por su parte, el tomo 14, *Ecología, medio ambiente y sustentabilidad*, analiza la relación de la pandemia con las actividades antropogénicas y los cambios climáticos, demográficos y tecnológicos que marcaron un cambio en los factores de riesgo ante las enfermedades infecciosas. Se basa en la comprensión de que enfermedades como la COVID-19 serán cada vez más frecuentes debido a factores como la destrucción de los ecosistemas naturales, la urbanización, la intensificación de la agricultura, la industrialización y el cambio climático. Estas enfermedades se propagan inesperadamente a sitios donde antes no ocurrían, gracias a los cambios en los patrones de distribución geográfica de las especies patógenas y a su rápida dispersión relacionada con la gran conectividad global. El tomo tiene por objetivo mostrar cómo el desarrollo de las pandemias tiene una profunda relación con la destrucción de la naturaleza y la pérdida de la biodiversidad.

El género y la pandemia es otra línea destacada de estudio en la colección. El tomo 9, *Género, violencia, tareas de cuidado y respuestas sociales a la crisis*, ofrece diversos acercamientos al tema del cuidado como hecho fundamental para contribuir a la mejora por los daños que causan las desigualdades que violentan nuestra sociedad, agravados en un marco de pandemia. Parte del reconocimiento de que el concepto de *cuidado* ha cobrado relevancia analítica en las discusiones políticas, académicas e institucionales. A su vez, subraya el papel del Estado en la construcción de sistemas de cuidados, el valor de las comunidades que lo enfrentan cada día, de la sociedad civil que

cuida generaciones y el medio ambiente, de las y los creadores que protegen la palabra y la memoria. Del mismo modo, ubica las fuerzas contenidas y alerta, en clave de género, ante la necesidad de cuidados diversos e integrales que nos permitan construir una sociedad igualitaria, incluyente y respetuosa de los derechos humanos.

Otro eje temático articulador es el referido a la filosofía, educación y pandemia. Aquí se ubica el tomo 10, *Educación, conocimiento e innovación*. En este se reúnen trabajos que revisan la experiencia educativa mexicana durante la contingencia, y la puesta en marcha de diversas estrategias que buscaron no interrumpir los procesos educativos. Además, pone atención en la presencia de efectos negativos, pues las necesidades que surgieron en la pandemia se sumaron a las problemáticas que ya se padecían en este campo, incluso en la docencia. La intención de estos trabajos es enriquecer la discusión sobre la manera en que se transformó la educación, sus consecuencias, retos y posibles escenarios a futuro.

Reflexiones desde la ética y la filosofía es el título de tomo 11. Este libro expone la idea de que podemos y debemos pensar a raíz de lo que hemos vivido en estos últimos años de pandemia, partiendo de que no existe una sola respuesta a pregunta alguna relacionada con la experiencia vivida. Incorpora también la reflexión desde una perspectiva ética y bioética, vetas de la filosofía de enorme valía para pensar las situaciones críticas que se presentaron en esta aciaga época de nuestra existencia.

Cierra la colección el tomo 15, *Las enseñanzas de la pandemia*, una visión amplia de los catorce títulos que le preceden. Integra sus aportes y los coloca en un diálogo interdisciplinario. Este tomo se nutre también del seminario “La década COVID en México”, evento académico en el que las y los coordinadores de los catorce tomos presentaron los contenidos de cada uno de ellos y las propuestas formuladas para solventar las terribles secuelas que nos ha dejado la pandemia. Este tomo pretende englobar una visión de conjunto y comprender la necesidad de las reflexiones desde la articulación virtuosa de diversos análisis y discusiones vertidas en cada uno de los catorce ejemplares de la colección.

Las investigaciones que aquí se presentan nos han demostrado también que estamos en un momento y un lugar idóneos para llevar a cabo nuestros estudios. Momento ideal porque apenas comenzamos a atestiguar la materialización de las secuelas de la pandemia, pues, como bien apunta el título, los estragos de esta crisis seguirán arrastrándose durante una década o más; lugar ideal porque la capacidad científica interdisciplinaria presente en la UNAM permite realizar estudios, análisis, reflexiones y debates situados siempre desde posturas metodológicas serias y rigurosas comprometidas con la sociedad mexicana para buscar senderos de salida a la crisis que nos afecta desde 2020 y que seguiremos padeciendo por unos años más.

Introducción: Imaginarios de la pandemia

Julia Isabel Flores Dávila
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM
Guadalupe Valencia García
Coordinación de Humanidades, UNAM

El tomo sexto de esta colección está dedicado al estudio del impacto cultural del COVID-19 mediante el análisis de los imaginarios, convirtiendo a este enfoque en una herramienta útil, una posibilidad que nos permite apreciar la multiplicidad de acciones e ideas, de las narrativas que constituyen el entramado social, pues nos brindan un mapa impresionista sobre cada momento, generando aproximaciones en la comprensión de actitudes, representaciones y comportamientos sociales.

Por ello se decidió dedicar un tomo de la colección al análisis de los imaginarios, que, en tanto construcciones socio-históricas, abarcan el conjunto de instituciones, normas y símbolos que comparte un determinado grupo social y, que pese a su carácter imaginado, operan en la realidad, ofreciendo tanto oportunidades como restricciones para el accionar de los sujetos e instauran en sí mismos una realidad que tiene consecuencias prácticas para la vida cotidiana de las personas (Castoriadis, 1975).

La pandemia del COVID-19 nos llevó a reconocer la importancia del papel de las narrativas para la producción de una comprensión compartida de eventos públicos. Las narrativas refuerzan la habilidad para recordar eventos o para ordenar la memoria de ciertas formas. El COVID-19 interrumpió el sentido de una vida “normal”, y con ello erosionó las condiciones que permiten crear una memoria compartida; este hecho coincide y a la vez es en parte

producto de la falta de una narrativa compartida de lo que sucedió durante la pandemia. Así, las narrativas aquí consignadas abarcan y entrelazan en múltiples temas las temporalidades, incertidumbres y la rendición de cuentas.

Los imaginarios consignados en este libro indican la presencia de ciertas ambivalencias sobre cómo se narra y representa el COVID-19. Reflejan un espacio difícil de abordar entre las instituciones, los funcionarios, las políticas del gobierno y las expresiones personales de las pérdidas. De qué manera la pandemia y las muertes ocurridas durante su fase más aguda serán recordadas y narradas en un futuro, todavía no lo sabemos, pero reflejan las formas en las que la memoria, las narrativas y las pérdidas son construidas, disputadas y reproducidas.

Para el estudio de las subjetividades, valores, emociones y la percepción del riesgo, los textos incorporan resultados que utilizan métodos que provienen de diversas metodologías y técnicas: entrevistas, grupos de enfoque, encuestas, análisis de noticias y medios.

El libro está organizado en dos partes. La primera parte agrupa escritos dedicados a lo que hemos denominado “*Cómo se vive la pandemia*”, y comprende los textos “*Imaginarios sociales y representaciones de la pandemia en la sociedad mexicana*”, de Flores, et.al., que aborda los imaginarios sobre el país: las nuevas geografías y cartografías; la proximidad, lejanía y percepción del riesgo. Se ocupa también de la aparición de nuevos lenguajes, y, entre otros temas, las relaciones entre la condición social y el coronavirus.

Una de las organizaciones que concretan las normas para garantizar la reproducción de la sociedad es la familia. Carlos Welti, en “¡Nunca imagine! Las personas, las familias y la(s) pandemia(s)”, aborda a la familia como un imaginario social que constituye un modelo ideal y es “la célula básica” de la sociedad; dentro de esta visión organicista, cada uno de sus elementos tiene un rol que cumplir para nutrirla y desarrollarse individual y colectivamente. Examina minuciosamente cómo la pandemia trajo diversas consecuencias, como una gran desigualdad económica que transformó las condiciones de vida a nivel individual y familiar.

En contraste, los trabajos “*Afectividades*”, de Gilda Waldman, y “*Sin brújula en la tempestad. El COVID-19 en tres tiempos y territorios*”, de Hugo José Suárez, exploran las vivencias del COVID-19 desde un plano distinto, recogen

la incertidumbre, la oscuridad y la angustia; la intimidad de sus recorridos y su comunicación con los demás, entre lo individual y lo compartido, entre el sí mismo y la alteridad. En *“Subjetividades en pandemia: el mundo íntimo de las emociones y las afectividades”*, Gilda Waldman señala cómo el COVID-19 cambió la sociabilidad cotidiana y las relaciones interpersonales. Se modificaron los universos simbólicos y los marcos normativos, cognitivos y organizativos que estructuraban la vida personal y social. La llegada del COVID-19 trastornó el equilibrio emocional abriendo paso no solo a la frustración, sino también, ligada con ella, a emociones de enojo, ira e irritabilidad. Por su parte, Hugo José Suárez explora las vivencias de experimentar el COVID-19 en tres contextos completamente distintos, como el francés, el mexicano y el boliviano en diferentes momentos de la pandemia.

La segunda parte, *“¿Desde dónde pensamos la pandemia?”*, recoge las reflexiones de las visiones de grupos específicos de población como el personal médico, los imaginarios urbanos, imaginarios indígenas, los jóvenes, los medios de comunicación y redes y, finalmente, la cultura y los trabajadores culturales.

En el texto *“Hacia una explicación de las agresiones al personal de salud durante la pandemia de COVID-19 en México. Estigma y semiótica del miedo”*, de Roberto Castro y Hugo Córdoba, analizan cómo con el surgimiento de la emergencia sanitaria por el COVID-19, los ataques y la violencia contra el personal de salud disminuirían ante la conciencia colectiva de la necesidad de contar con todos los recursos de salud en sus mejores condiciones para enfrentar la crisis. Sin embargo, en paralelo con esas expresiones de apoyo, comenzó también a registrarse un creciente número de agresiones al personal de salud.

Durante la pandemia, a las personas dedicadas al cuidado de la salud, como médicos y enfermeras, se les consignó un proceso de estigmatización. Dos de los rumores que más circularon y que más efectos tuvieron fueron: uno que sostenía que “el coronavirus no existe” y otro que señalaba que en realidad a las personas “las están matando” los propios médicos y enfermeras mediante inyecciones de sustancias con el virus. Las agresiones contra el personal de salud en México, en los primeros meses de la pandemia, se dieron en el contexto más general de un largo historial de agresiones que este personal viene experimentando desde hace varios años.

En “*La resistencia a las vacunas contra la COVID-19: entre el anticristo y el druida*”, Guillem Compte examina cómo los “antivacunas” constituyen una expresión de resistencia al poder, y que ésta se encuentra asociada al conspiracionismo y al pensamiento mítico. El conspiracionismo, como ser “antivacunas”, ha sido sobrecargado de connotaciones negativas en los imaginarios público y académico. La desconfianza institucional instiga, pero en sí misma no determina que una persona se resista a las vacunas contra la COVID-19. En tiempos de pandemia, la abundante oferta de contenidos virtuales sobre salud, que incluye críticas y alternativas al paradigma biomédico dominante, se encuentra con la demanda de información de personas que no están suficientemente satisfechas con el relato oficial de salud pública.

Por su parte, María Ana Portal, en su texto “*La resignificación de la fiesta religiosa durante la pandemia COVID-19 en los pueblos originarios de la Ciudad de México*”, estudia cómo los pueblos originarios urbanos juegan un papel primordial en la estructura histórica de la ciudad y se encuentran distribuidos en todas las alcaldías de la urbe. Los espacios urbanos se distinguen entre sí, no solo por su estructura o por los servicios con los que cuentan, sino por la forma en que sus habitantes conciben, ordenan y consumen el espacio, lo cual supone un tipo de la vida para sus pobladores.

En el caso de estas poblaciones, la incidencia por los contagios de COVID-19 se puede deber a múltiples factores: el tamaño del pueblo, la cantidad de habitantes, su ubicación geográfica, problemas de infraestructura, falta de información oportuna, posturas ideológicas, entre otras; sin embargo, para el caso de los pueblos originarios urbanos hay un elemento adicional que tiene que ver con los procesos festivos y las formas en que se usa de espacio público, que son los sistemas festivos, que son sistemas simbólicos articulados tanto al interior de cada uno de ellos (a partir del sistema festivo local), como hacia el exterior, con otros pueblos dentro de una región, dado que estos pueblos originarios mantienen un intenso intercambio simbólico/ritual con otras comunidades, a veces de la misma ciudad, o de territorios rurales o urbanos más lejanos.

“*Ik'nal-historias del COVID-19 entre los pueblos mayas de la Península de Yucatán*”, de Gilberto Avilez Tax, propone entender los “discursos mayas” en torno a la COVID-19, abordándolos con algunos términos propuestos por el

iknal, un término filosófico maya que indica que el tiempo y lugar no tienen pasado, que las cosas poseen la cualidad de la omnipresencia, que existe la ubicuidad en los discursos (el querer presenciarlo todo). Para lograrlo, recurre al “*tsikbal*”, al diálogo que construye los senderos de la memoria. El autor señala que es importante comprender que no existe una historia del COVID entre los pueblos indígenas o una historia del COVID entre los mayas, sino *historias* del COVID entre los mayas y que, a veces, estas historias se silencian por las miradas hegemónicas y colonizantes de una academia cosificante.

Con este propósito, toma como punto de partida testimonios y entrevistas a mayas de distintos contextos en diferentes lugares para registrar una multinarrativa compuesta de multipresencias y ausencias interpretativas –etnias, religiosidades, clases sociales, género y educación– en la variopinta y caleidoscópica colmena maya actual. Es decir, no hubo una pandemia de COVID-19 como tal entre los pueblos mayas, sino distintas pandemias de COVID.

Muestra que, a pesar de las innumerables carencias, del “tiempo loco”, que es un tiempo de crisis, según la antigua palabra del *Chilam Balam*, las comunidades, incluso las que al principio se cerraron, mostraron la fuerza que todavía se puede sentir al interior de los pueblos mayas, donde predominan la solidaridad y la dignidad humana. Las comunidades mayas fueron el soporte en el tiempo loco: arrojados de los hoteles y las zonas turísticas, los mayas hicieron el camino de regreso que comenzó hace 50 años con el Proyecto Cancún; en un momento, los hoteles de las ciudades de la sobremodernidad y de los No-lugares se vieron vacíos de turistas, pero también de miles de mayas de Chiapas, de Tabasco y de la Península que hicieron el camino de regreso y, de alguna forma, la comunidad abrió sus puertas a pesar de los filtros que se sorteaban con facilidad. Y con sus recursos del monte, les dio comida, pero también hierbas y raíces para su cura y la organización comunitaria. Es esa la capacidad de resistencia y resiliencia del pueblo maya y de los pueblos indígenas, posibilitada por todo lo que está detrás: el inmenso reservorio cultural de los pueblos.

Héctor Castillo Berthier, en “*Jóvenes, pandemia y futuro*”, afirma que existen dos elementos muy importantes en la vida de los jóvenes del país: en primer lugar, la construcción de valores y expectativas de vida. En segundo, la importancia de la violencia. A partir de cinco hipótesis formuladas sobre la

vida de los jóvenes en 1987 comprueba cómo siguen vigentes en muchos estados de la República Mexicana. Las cinco hipótesis son respecto a la escuela, el empleo, la familia, la cultura y la autoridad. Analiza cómo la pandemia del COVID-19 empeoró de manera rotunda la educación formal (que ya era grave en el pasado) y empujó a los jóvenes hacia las redes sociales, en la búsqueda de conocimientos prácticos, útiles, fáciles, sencillos de aprender, para resolver este complicado momento a nivel mundial.

El texto *“Información en medios digitales durante la pandemia por COVID-19. Desafíos para México”*, de Georgina Araceli Torres, reflexiona cómo el COVID-19 trajo consigo problemas de diversa índole, entre ellos la alta generación de información y datos en medios digitales, tales como páginas web, redes sociales, servicios de mensajería que, por su gran cantidad, la Organización Mundial de la Salud llamó *infodemia* a la sobreabundancia de información. La infodemia se considera un problema por las dificultades que representa en diferentes aspectos, entre los que destaca la imposibilidad de validar cada uno de los contenidos que circulan en medios digitales.

Durante la pandemia por COVID-19, al ser la web un medio muy útil para la búsqueda de información en el área de salud un alto porcentaje de las visitas a las páginas se realizaron sobre este tema. La falta de estrategias de comunicación que usen lenguaje asequible para el grueso de la población llevó a consulta de páginas y noticias no comprobadas, dado que muchos de los sitios con información sobre COVID-19 están dirigidos a especialistas en el área de salud. Se hizo uso de la información digital que se tenía a la mano para dar apoyo a las actividades docentes, de investigación y de otras áreas de trabajo, por lo que es indispensable trabajar para que la población cuente con una alfabetización informativa que oriente hacia la identificación de información digital de calidad y el uso de fuentes confiables en internet.

Finalmente, en el trabajo *“Dosis de recuerdo”*, Juan Meliá se ocupa de la cultura y los trabajadores culturales, y señala que durante la pandemia por COVID-19 es innegable mencionar que la cultura, el espacio privilegiado donde habitamos y nos reconocemos como sociedad, donde nos encontramos con nosotros mismos y con los otros, sufrió enormes consecuencias. El complejo entramado de mode-

los que conforman la vida cultural en el país fue trastocado, y si ya en su día a día era precario, se descubrió sin sustento a corto, mediano y largo plazo.

La vida cultural sufrió una franca transformación hacia todas aquellas acciones que pudieran mutar sus procesos en torno a las herramientas digitales y las formas de interacción que en ellas se permiten. Lo digital y lo híbrido abrieron tres vías de reacción y sostenimiento al tiempo: la creativa -donde se enfrentaron retos en varias disciplinas por desarrollar procesos teóricos y tecnológicos-, el contacto y la interacción con los públicos y, por último, la venta o comercialización y generación para consecución de recursos tanto de visibilidad como económicos.

Las instituciones públicas de cultura sufrieron recortes y enfrentaron problemas para reaccionar ante la distancia, entre la operación real de nuestro modelo con el débil estatus de nuestros artistas, gestores y especialistas para los cuales tuvieron graves consecuencias la falta de ingresos estables, la dificultad de coordinar ayudas y la imposibilidad de contar con un necesario acompañamiento de seguridad social y salud, que hasta hoy no terminan de recuperarse.

Las tensiones entre las representaciones de las muertes durante la pandemia (innecesarias, prevenibles en la opinión de muchos) con la personalización de las pérdidas personales, conlleva, y al mismo tiempo amplía, la tendencia a despersonalizar a quienes murieron. Refleja también la incertidumbre acerca de cómo caracterizar las muertes por COVID-19 y las medidas tomadas durante el período más agudo. Los intentos cambiantes y con frecuencia contradictorios para manejar las relaciones de los ciudadanos y las percepciones de la pandemia se replicaron en la falta de claridad de cómo dar cuenta de las muertes.

Al tiempo de escribir esto, en 2022, más allá de las narrativas de lo ocurrido durante 2020 y 2021, no existe todavía un consenso sobre el origen del COVID-19, no hay una evaluación del manejo institucional de la pandemia como una crisis de salud pública ni consensos sobre su fin o permanencia entre nosotros. Las interrupciones temporales del COVID-19, la falta de narrativas compartidas acerca de lo que sucedió presentan retos para conceptualizar, caracterizar, recordar y hacer memoria de la pandemia.

VIVIR LA PANDEMIA

Imaginarios sociales y representaciones de la pandemia en la sociedad mexicana

1

Julia Isabel Flores Dávila

Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

Luis Ángel Ubaldo

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

Patsy Alejandra Hernández

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

Luis Felipe González

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

INTRODUCCIÓN

A finales de 2019 el mundo cambió. Se presentó la pandemia generada por el virus SARS-CoV-2, la cual se mantiene hasta nuestros días, generando un evento de gran dimensión y profundidad por su impacto e intensidad en nuestra civilización. A pesar de que esta pandemia puede ser comparada con algunas otras, cabe mencionar que la que enfrentamos hoy se da en condiciones completamente distintas, signadas por avances científicos y tecnológicos, las cuestiones de género y diversidad, las migraciones internas e internacionales, los derechos humanos, las políticas públicas de salud, la geopolítica internacional y daños medioambientales, entre otros. En estos cambios las acciones sociales se han vuelto más constantes, diversas e innovadoras y se asientan sobre distintos escenarios. Ello conlleva la identificación de procesos sociales y culturales complejos que nos permiten nuevos alcances en la comprensión de lo social.

La pandemia irrumpe y con ello se trastornan muchas cosas, entre ellas, nuestras formas de pensar, conocer e imaginar la realidad; cambian tiempos y espacios, cambian los estados de ánimo. No asistimos a una época de cambios, sino, como señalaba Souza siguiendo a Castells, entre otros, es un cambio de época.¹ En este sentido, las antiguas recetas parecen ya no servir y las transformaciones que aparecen nos toman con sorpresa. “Cuando los indígenas *Aymara* dijeron: *cuando teníamos todas las respuestas, cambiaron las preguntas*, ellos reflejaban su perplejidad frente al actual cambio de época”² Esta perplejidad se puede vivir hoy en muchos espacios del mundo sin tener la habilidad de los *Aymara* para reconocer que estamos frente a algo que cada día nos exige mayor comprensión. Al mismo tiempo, “vivimos un estado de ánimo estridente, irritado y desconfiado que parece gobernar este momento en el país y el mundo [...] *Estado de ánimo “epocal”*, que alude al cambio profundo de las civilizaciones, de la mente humana y sus instrumentos”,³ cambios que es necesario explorar.

En este contexto, es pertinente recurrir al análisis de los imaginarios para comprender esta nueva realidad. Convertirlos en una herramienta, una posibilidad que nos permite apreciar la multiplicidad y complejidades que constituyen el entramado social, pues “lo imaginario nos brinda un mapa de cada momento, periodo u época que ha sido conformado en lo social y en cuyo interior se conjuga la complejidad observada desde dis-

1 De Souza, Silva (2009). La Farsa del “Desarrollo”. Del colonialismo imperial al imperialismo sin colonias, Costa Rica.

2 *Ibidem*.

3 Aguilar Camín, Héctor (27 de julio de 2016). “El estado de ánimo no es una emoción, o no solo. Tampoco es una consecuencia refleja o simple de lo que nos sucede y nos alegra o entristece. El estado de ánimo es un juicio sobre la realidad, un pronunciamiento sobre el mundo y sobre lo que queremos o podemos hacer en él. No está hecho de razones y conocimientos, o no solo, sino de una suma de percepciones, experiencias y emociones que, más que reflejar la realidad, la construyen, según una afinidades y disonancias en nuestro trato con lo que nos rodea”. Recuperado de: <https://www.milenio.com/opinion/hector-aguilar-camin/dia-con-dia/el-estado-de-animo-como-reto-del-mundo>

tintos ángulos y plasmada en una diversidad de apreciaciones”, tal como señala Maffesoli.⁴

¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE LOS IMAGINARIOS?

El término imaginario es frecuentemente utilizado en la vida cotidiana de dos formas distintas. La primera hace referencia a una afirmación, relato, descripción o situación irreal que solo existe en el territorio de lo ficticio, generado por un proceso mental que conocemos como imaginación. En su segunda forma se ubica a esta palabra fuera del sentido anterior, en donde lo “ideal o ficticio” se entiende como opuesto a lo “real concreto”. No obstante, y en una tercera acepción -vinculada a su elaboración académica-, lo imaginario incorpora a lo real concreto, la imaginación y las realidades no se contraponen ni se oponen, sino que mutuamente se retroalimentan y forman un todo.

De acuerdo con Thompson (1984), “el imaginario significa la dimensión simbólica del mundo social, la dimensión a través de la cual los seres humanos crean sus formas de vivir juntos y sus modos de representar su vida colectiva”,⁵ de allí que en una sociedad o en un momento determinado existan diversos imaginarios y representaciones que coexisten y compiten entre sí. Por otro lado, Bronislaw Baczko (1999) define a los imaginarios como “un sistema de creencias y prácticas que unen en una misma comunidad, instancia moral suprema, a todos los que adhieren a ella”.⁶

De modo similar, para Ugas (2007), “el imaginario es la codificación que elaboran las sociedades para nombrar una realidad; en esa medida lo imagi-

4 Maffesoli (1993). *The Sociology Imaginary. Current Sociology. Current Sociology*, vol 41, no. 2, p. 66

5 Thompson, E. p. (1984) “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII” en Thompson, E.P. *Tradicón, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad pre industrial*. Barcelona: Editorial Crítica. p. 6.

6 Bronislaw Baczko (1991) *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. p. 21.

nario se constituye como elemento de cultura y matriz que ordena y expresa la memoria colectiva, medida por valoraciones ideológicas, autorrepresentaciones e imágenes identitarias”.⁷ En otro orden de cosas, Castoriadis (2007) apunta que se tome cautela metodológica para su estudio, así señala que los imaginarios no son inmutables, están sujetos a cambios continuos. “Lo imaginario del que hablo no es imagen, es creación incesante y especialmente indeterminada (histórico-social y psíquica) de figuras/formas/imágenes a partir de las cuales solamente pueden tratarse de alguna cosa. Lo que llamamos realidad y racionalidad son obras de ello”.⁸

Al analizar los imaginarios encontramos rasgos, coincidencias o comportamientos diversos a los cuales se llega mediante el análisis de la información y abstracción, lo cual nos revela un conjunto de representaciones o las diversas manifestaciones que se van constituyendo y reelaborando en el tiempo. Es decir, la forma en la cual la sociedad en diversos momentos dota de significado y sentido a un conjunto de sus expresiones, las cuales interpreta o relaciona y, por lo tanto, le otorga significancia en su ser social.

¿POR QUÉ OCUPARNOS DE LOS IMAGINARIOS?

Los imaginarios nos orientan por nuevos caminos para comprender la actividad colectiva por medio de la observación y análisis de las manifestaciones, actitudes o acciones que revelan parte del comportamiento gregario generado en su desenvolvimiento consciente o inconsciente. Este tipo de estudios es de gran importancia en momentos como este, pues en estos eventos de cambio, las acciones sociales y su materialización son más visibles, diversas e innovadoras y se asientan en distintos soportes, situación que nos permite abrir

7 Ugas Fermín, G. citado en Rivas, Elys (2007) “Epistemología de la educación y la pedagogía de Gabriel Ugas Fermín”. *Revista de Filosofía y Sociopolítica de la Educación* no.5 / Año 3 / 2007, p. 49.

8 Castoriadis. (2007), *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets Editores, Buenos Aires. p. 12

nuevos caminos, obtener alcances mayores en la comprensión de procesos sociales y culturales tan complejos como los que vivimos actualmente.

Las diversas contradicciones y problemas, dilemas y fracturas en nuestra sociedad han generado acciones en las cuales se expresan sentimientos, estados de ánimo, valores y prácticas que se despliegan con frecuencia en formas contradictorias, complejas, en los distintos universos imaginados de la sociedad.

Al mismo tiempo, el análisis de los imaginarios nos permite ir más allá de nuestras esferas y sujetos tradicionales de estudio y penetrar en el incorporar ámbitos nuevos, el mundo de las tecnologías y la información, lugares tales como los de las redes sociales, lo que a su vez nos lleva a explorar otros caminos metodológicos recurriendo no solo a las metodologías de corte cualitativo, que han sido las más utilizadas en este campo, sino avanzar también en los análisis cuantitativos y de otros tipos, como las metodologías para el análisis y diseño orientados a objetos de sistemas distribuidos en tiempo real.

Para llevar a cabo este análisis incorporamos resultados que provienen de diversas metodologías: entrevistas, grupos de enfoque, análisis de noticias en medios y encuesta. Partiendo del hecho de que los significados cambian a lo largo del tiempo y que se encuentran condicionados por creencias, conocimientos y deseos particulares, es necesario aclarar que lo presentado aquí no busca articular un sentido homogéneo sobre lo acontecido durante la pandemia. Los datos cuantitativos que se presentan son solo una fotografía de la manera como se significó la pandemia a partir de lo percibido en ese momento específico (abril de 2022); es decir, se trata de un retrato sincrónico, el cual se caracteriza por tratarse de un periodo ya avanzado de la crisis sanitaria, en el que una parte importante de la población había recibido por lo menos una dosis de la vacuna para el COVID-19. La encuesta se levantó en un momento de la pandemia que, en comparación con los meses anteriores, presenta un panorama optimista; a la vacunación de buena parte población, se suman la disminución de las hospitalizaciones, un retorno a las actividades presenciales y, sobre todo, la disminución del miedo a morir. Se empieza a generalizar el uso de los cubrebocas y aparecen las exigencias para la vacunación de los menores y la aplicación de segundas y terceras dosis de las vacunas anticovid a los adultos.

Ello trajo como consecuencia percepciones negativas de la situación económica y política actual y pasada del país, expectativas positivas y de esperanza para el futuro y un crecimiento de los niveles de confianza en las instituciones y actores políticos y sociales.

Por este motivo es que los datos cuantitativos se complementan con información cualitativa recopilada a lo largo de la pandemia, la cual recupera testimonios de distintas partes del país, desde junio de 2021 hasta junio de 2022. Con ello se podrán abordar no solo las tendencias estadísticas concentradas generalmente en las mayorías, sino que también se podrá indagar sobre aquellas percepciones que se encuentran en los márgenes de las principales tendencias, pero que no por ello dejan de ser valiosas experiencias de significación de la pandemia.

IMAGINARIOS SOBRE EL PAÍS: NUEVAS GEOGRAFÍAS Y CARTOGRAFÍAS

A finales de 2019 se reportó que en la ciudad de Wuhan, China, inició un brote de una peculiar neumonía atípica ocasionada por una nueva variante de un coronavirus. Dicha infección se propagó rápidamente por el mundo; en febrero era un problema serio en Europa, particularmente en España e Italia. Mientras esto sucedía, en México se decía que, si bien era inminente que llegara el nuevo virus al país, el gobierno alistaba un plan de contingencia para hacer frente a la emergencia sanitaria.⁹

Según las autoridades federales en materia de salud, el primer caso de COVID-19 en México se dio el 27 de febrero de 2020, el cual reportó a un turista que recién había llegado de Italia. En los días siguientes se confirmaron otros casos dentro del país. Hasta antes de la llegada del coro-

9 Véase: “Acuerdo por el que se establecen acciones extraordinarias para atender la emergencia sanitaria generada por el virus SARS-CoV-2”, emitido por la Secretaría de Salud, 2020. Publicado en el Diario Oficial de la Federación. Recuperado de: https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5590914&fecha=31/03/2020&print=true

navirus, incluso al inicio de sus manifestaciones, se pensaba que México se encontraba a salvo del coronavirus, ya que las noticias se referían a un brote acaecido en Wuhan, China.

En la cartografía asentada a largo del tiempo en el imaginario de los mexicanos, China se encontraba demasiado lejos. Se ubicaba en el otro extremo del mundo, antes del advenimiento de los medios, las redes sociales y las pandemias. En el habla cotidiana de México, lo lejano, lo incomprensible, lo complicado o difícil se identifica con China (se dice que “está en chino”). En este sentido, se pensaba que nuestro país, por su lejanía, estaba a salvo de ese tipo de enfermedades o de situaciones de riesgo. Asimismo, el desconocimiento generalizado entre la población de los mecanismos de transmisión de los virus llevó a desestimar medidas de prevención. Entonces, lo que sucedía en China se pensaba que no afectaría a México.

La interpretación predominante en la población era que el coronavirus se había originado porque “un chino se comió un murciélago en Wuhan”.¹⁰ Cuando se dio a conocer que la epidemia se originó en Wuhan, China, y se hizo el análisis genético del virus, la atención se volcó hacia un mercado de Wuhan en donde se comercializaban ilegalmente animales salvajes. De inmediato, en redes sociales empezaron a circular videos en los que se ve a personas de origen asiático comiendo sopa de murciélago y los comentarios racistas no se hicieron esperar. “... Muchos acusaron a los chinos de comer de todo y, por ende, de ser los culpables de la epidemia. El relacionar el murciélago como huésped del COVID-19, a la sopa de murciélago, se debió más a una relación por asociación que a una evidencia científica. Especialistas y público han señalado el racismo y la xenofobia que prevalecen en dichas acusaciones”.¹¹

10 Comentario emitido en Grupo de enfoque de hombres realizado en la cdmx, junio de 2022.

11 Como señala una autora, “Guardando las proporciones, ya había episodios en la historia en los que el riesgo percibido en crisis epidemiológicas se relaciona con lo que se come. En la crisis de las vacas locas de la década de 1990, en Europa, no se cuestionó de manera generalizada el “raro y exótico” hábito de consumo humano

El virus también se asoció con China debido a la información y noticias que transmitieron los medios electrónicos y también a la campaña del presidente de los Estados Unidos (Donald Trump, 2017-2021), no obstante, las declaraciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS), así como revistas científicas de prestigio, desmintieron los prejuicios y referencias negativas. “Detrás de los juicios que hacemos de los demás están todas las normas culturales y sociales con las que crecemos, entre lo que se considera comestible y no comestible, lo bueno y lo malo para comer.”¹²

PROXIMIDAD, LEJANÍA Y PERCEPCIÓN DEL RIESGO

En un primer momento las autoridades mexicanas no tomaron medidas con relación a la proximidad o lejanía de riesgos sanitarios. No se cerraron las fronteras y tampoco se implementaron medidas especiales en ellas o en los aeropuertos internacionales o locales. Como se alertaba en ese momento, tanto por los especialistas como por la prensa, “China parece estar lejísimos y nuestro país muy distante de los riesgos, los prejuicios que ha traído la estrategia china para enfrentar la pandemia. Lamentablemente no es así.”¹³

de la carne de res, y aunque en un punto bajó el consumo, volvió a la normalidad en los siguientes años. Martínez Lomelí, Liliana. “Xenofobia, COVID-19 y la sopa de murciélago”. *El Economista*, 31 de marzo de 2022.

12 Martínez Lomelí, Liliana. “xenofobia, COVID-19 y la sopa de murciélago”. *El Economista*, 31 de marzo de 2022.

13 Quintana Enrique, El Financiero, dic. 21 de 2022. “China es crucial para el engranaje económico global. Si la ola de contagios vuelve a producir problemas económicos en esa nación, las irregularidades en las cadenas de suministro global van a agravarse, lo que podría afectar al sector manufacturero, que es tan relevante en nuestra economía y especialmente en nuestras exportaciones. Esto puede hacer que, aunque bajen los precios de algunas materias primas por la menor actividad económica, otra vez suban algunos servicios y productos ante problemas de logística. Y, más allá de los trastornos económicos que se puedan presentar por la problemática en China, también existe el riesgo de que la proliferación de los contagios permita el desarrollo de nuevas variantes”.

“Regresamos a la Ciudad de México, que ya el aeropuerto era todo un caso, y casualmente ya después empiezan a actuar, pero ya cuando se había caído una ola, que empezaron a salir por todos lados gente enferma, entonces, siento que actuó un poco tarde; ya cuando se puso las pilas ya fue ágil, pero en reaccionar sí tardaron.” (Hombre, Ciudad de México, 2022).

El peligro biológico que pudiera entrar por las fronteras a través de la vida normal de las personas, se pensaba, solo afectaba a quienes viajaron al extranjero, por el “paciente cero”, una persona que habiendo viajado al extranjero se había infectado, y dado que la mayoría de las personas no viajan, no fue integrado de inmediato en la consideración de las medidas en la emergencia sanitaria. Se aseguró que el país estuviera en fase 1 de contagio; es decir, los casos reportados eran importados. A todo esto, el presidente Andrés Manuel López Obrador anunció que el subsecretario López-Gatell daría todos los días una conferencia vespertina con el fin de informar sobre el comportamiento del virus.

Previo a la etapa de confinamiento se registraron diferentes eventos masivos en la Ciudad de México como un paro nacional de mujeres el 9 de marzo convocado por el colectivo feminista “Brujas del mar” y el Festival Vive Latino, el 15 de marzo, al que asistieron más de 130,000 personas. Para el 20 de marzo se anunció la Jornada Nacional de Sana Distancia, la cual contemplaba la suspensión de las actividades no esenciales (eventos masivos, servicios en restaurantes, cines, plazas comerciales y actividades escolares). Dicha Jornada Nacional recomendó a la población mantener “sana distancia” –garantizar un espacio de un metro y medio entre las personas–, usar cubrebocas y lavarse constantemente las manos. Adicional a la Jornada de Sana Distancia, las autoridades federales recomendaron que los eventos “no esenciales” no superaran los 5,000 asistentes, mientras que las de la capital, Ciudad de México, dijeron que los actos con más de 1,000 personas deberían cancelarse.

El 11 de marzo, la OMS declaraba al coronavirus una pandemia, ante lo cual los gobiernos del mundo tendrían que prepararse a una inminente con-

tingencia sanitaria originada por este nuevo virus.¹⁴ El gobierno de México no fue la excepción, y se agilizó el plan emergente para hacer frente a la enfermedad. Hasta el 16 de marzo el coronavirus se consideraba originado en fuentes externas al país. Durante una conferencia de prensa se le cuestionó al presidente si era necesario que se mantuviera la sana distancia en sus eventos públicos con la finalidad de conocer las posibilidades de contagio. En este sentido, ante el desconocimiento de la situación, el presidente prefirió que la voz autorizada para informar sobre la pandemia fuera el subsecretario de Salud, López-Gatell. Inmediatamente, el 24 de marzo el gobierno declaró que el país entraba en la fase 2 de la pandemia. Esto implicaba que los casos de contagio ya no eran solo de importación. Aunado a este aviso, el subsecretario de Salud llamó a mantener la calma y aseguró que la pandemia únicamente duraría 12 semanas, “porque fue lo que duró en China”.¹⁵

A partir de ese momento, se establecieron conferencias vespertinas diarias encabezadas por el subsecretario de Salud que asumieron como el sistema de comunicación oficial del gobierno federal para informar a los medios de comunicación y a la sociedad en general sobre los avances de la pandemia en el país y las medidas que el gobierno ejecutaría para mitigar sus efectos. En esa etapa, México contaba con apenas 5,000 camas de urgencias y alrededor de 1,500 salas de cuidados intensivos o estancias para una población de más de 125 millones de personas, no obstante, el mensaje de las autoridades durante las conferencias fue de una sensación de calma para enfrentar la emergencia por los contagios.

14 Organización Mundial de la Salud (14 de septiembre de 2020). Recuperado de: <https://news.un.org/es/story/2020/09/1480482>

15 Miranda *et al.*, 2020, Visto en Artega Botello, Nelson (2021). “La societalización de la pandemia en México”. *Korpus*. Recuperado de: <http://korpus21.cmq.edu.mx/index.php/ohtli/article/view/33/70>

CAMBIOS EN LOS IMAGINARIOS DURANTE LA PANDEMIA Y PERCEPCIÓN DEL RIESGO: ALGUNOS REFERENTES

Desde el inicio de la pandemia, a finales de 2019, han aparecido con suficiente claridad nuevos sujetos, prácticas discursivas y de comportamiento que apuntan a modelos abstractos existentes en el mundo social. Modelos y cambios que se introducen en los imaginarios y que se relacionan con las formas en que nos movemos en el tiempo y en el espacio, nuestras ideas del presente y del futuro, los lenguajes, los conocimientos. Este análisis no es exhaustivo, pero muestra algunos de los cambios en los imaginarios que parecen más importantes, o, por lo menos, más visibles con los referentes a los que se apela en dichos imaginarios.

APARICIÓN DE NUEVOS LENGUAJES

El inicio de la emergencia sanitaria se trató de un evento inesperado que modificó la forma de vida que se consideraba hasta entonces como cotidiana. Los cambios en las formas de vivir trajeron consigo nuevas experiencias marcadas por la manera como se les significa, representa y nombra. Con ello se hace referencia a que las experiencias adquieren sentido a partir de cómo se les nombra, por lo que los nombres son portadores de una multiplicidad de significados que, a la larga, permiten representar fenómenos complejos a partir de la manera como se les concibe.

Sin embargo, debido al desconocimiento generalizado sobre el origen del coronavirus, así como de sus consecuencias y capacidad de impacto al inicio de la pandemia, tanto los significados como maneras de representar y de nombrar las experiencias y objetos que adquirieron presencia durante la pandemia no se encuentran articulados en un todo “racional”, es decir, en conocimientos sistemáticos sobre todo lo que pasó y sobre lo que la pandemia y el coronavirus significaron en términos sociales. Por ello, la ventaja de abordar los imaginarios y percepciones de las personas desde los sentidos de

las experiencias, sin que estos tengan un todo ordenado a partir de conocimientos firmes. Por este motivo, el testimonio de las personas es el primer material del que se parte para entender la forma cómo se construyeron los imaginarios en torno al COVID-19 a lo largo de la pandemia. En este periodo apareció un abanico de nuevos términos como *coronavirus*, *vacuna*, *cubrebo-cas*, *confinamiento* y *nueva normalidad*, entre otros, los cuales serán utilizados para su análisis.

En esta investigación se tomaron los resultados de la encuesta “Percepciones e imaginarios del COVID-19”,¹⁶ que tiene una sección en la cual se preguntó por el léxico de uso más frecuente en relación con las palabras “coronavirus” y “vacuna”, con el fin de indagar las asociaciones con esas palabras y entender parte de la representación del fenómeno a través del léxico disponible. Las 1,000 respuestas fueron ordenadas por su importancia, tomando en cuenta no solo la frecuencia con que fueron seleccionadas, sino también la posición de las menciones. Luego de ser procesadas estadísticamente se obtuvo para cada una de las palabras un índice de disponibilidad léxica que varía del cero al uno.¹⁷

ORIGEN DEL CORONAVIRUS

En un principio nadie conocía el origen del coronavirus; la falta de información hacía pensar que era una enfermedad de la que solamente se contagiaban los adultos mayores o personas que tuvieran comorbilidades. Este descono-

16 *Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19*. Encuesta levantada del 8 al 18 de abril del 2022. Coordinación de Humanidades-Secretaría General, UNAM, 2022.

17 El índice de disponibilidad léxica oscila entre 0 y 1. Para obtener una idea del significado del índice consideremos lo siguiente: si una misma palabra fuera mencionada como primera opción de todos los encuestados, se obtendría un índice de 1; si fuera la segunda opción de todos los encuestados tendría un índice de 0.42; pero si fuera seleccionada por 25 por ciento de los encuestados como primera opción y 25 por ciento como segunda opción, tendría un índice de 0.36. En otras palabras, el índice otorga mayor ponderación a las menciones en la primera posición que a las menciones en segunda o tercera posición.

cimiento trajo desconcierto y miedo a la mayoría de la población, pero además afectó seriamente a los adultos mayores. En este sentido, la opinión de las personas se concentró en la percepción del riesgo que generaba el contexto para grupos específicos, emanando situaciones que pondrían en peligro y en situación de emergencia a personas vulnerables.

“Al principio se generó todo esto porque era una enfermedad que dañaba mayoritariamente a las personas adultas, era mortalidad para las personas adultas mayores; entonces se empezó a hacer propaganda de que no veas a tus abuelitos si está grande”. (Mujer, Ciudad de México, 2021).

Asimismo, se obtuvieron testimonios que confirmaban que no había una condición concreta o alguna tendencia que reflejara que algunas personas no tuvieran peligro de estar en estado grave debido al contagio del coronavirus.

“Entonces, ese es el miedo en realidad: no sabes. Tú puedes estar aparentemente bien, por ejemplo, en el caso de mi amiga que decía que su mamá era una persona vulnerable y no le pegó, a tu abuelita tampoco, ¿no? Y gente joven se fue y no hay una explicación en realidad de por qué se van, si aparentemente son sanos.” (Trabajadora, mujer, 48 años, Ciudad de México, 2022).

“Pues es, yo siempre he dicho que esto es una ruleta, lo del virus; hay gente que aparentemente es sana y se fue, se murió”. (Trabajadora, mujer, 48 años, Ciudad de México, 2022).

“Tal vez el miedo a que alguien muera pues es atroz, y, te repito, cuando estás contagiada dices: un día, ya pasé un día, ya pasé otro, ya la libré, no, ya fueron 15 días y ya la hice, ¿no? Entonces, y no tengo otro síntoma, sí puedo respirar bien y puedo estar bien”. (Estudiante, mujer, Ciudad de México, 2022).

También se pueden observar que las opiniones reflejan un panorama de miedo acerca de que las personas se contagien de COVID-19 y puedan enfermar con gravedad, además de que las personas piensan en la posibilidad de morir por el mismo motivo.

“En mi experiencia durante estos años, al principio fue una noticia desconcertante porque empezaron a fallecer, pero como no eran muy cercanos, te puedo decir que incluso hasta pensamos, pensábamos así, como que generalizado, porque yo tenía comunicación con mis amigos y decían: ‘no, pues es que no vemos a nadie que se contagie, o sea, no tenemos a alguien cercano que ya hayamos visto, que haya tenido algún síntoma o algo así, al principio no era. Al cabo de, ¿qué será?, como siete, en mi círculo empezamos a ver los decesos, incluso, mis vecinos de la casa de lado tuvieron dos, así, enseguida, empezó el contagio y 15 días, a los 15 días falleció el segundo”. (Comerciante, hombre, Jalisco, 2022).

“Entonces, eso es algo que ni sabemos cómo explicarlo, yo; se murieron varios esposos de varias compañeras del trabajo, algunos académicos partieron también y que aparentemente esas personas eran sanas, no eran vulnerables y se fueron”. (Mujer, Ciudad de México, 2022).

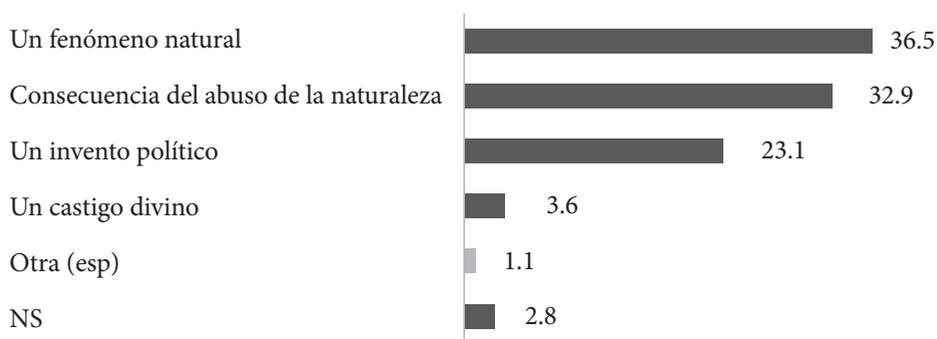
“A dos casas de tu casa hubo una familia en la que se murió la señora, estaban en los rosarios, se murió otra persona, todavía no terminaban, se murió otra persona y otra. En cuestión de un mes perdieron cuatro personas y en la calle, alrededor, fueron cerca de nueve personas las que fallecieron por COVID en ese lapso de pandemia”. (Mujer, Ciudad de México, 2022).

En general las personas tuvieron un panorama negativo con sentimientos de miedo, desconfianza e ideas sobre el coronavirus que reflejan desconocimiento y curiosidad sobre el contexto en que se desarrolló la pandemia, así

como los principales problemas que pasaron, como los contagios, las hospitalizaciones y los fallecimientos.

Para conocer lo que las personas entrevistadas consideran que es el origen del coronavirus, durante la encuesta se realizó la pregunta: *¿Cuál de las siguientes frases se acerca más a lo que usted piensa: ¿El COVID es..?* Se puede observar que más de la mitad de las personas consideran que el COVID se considera un fenómeno natural, derivado de la naturaleza o como consecuencia del abuso de la misma (véase gráfica 1).

GRÁFICA 1. ¿CUÁL DE LAS SIGUIENTES FRASES SE ACERCA MÁS A LO QUE USTED PIENSA? EL COVID ES...
(PORCENTAJES)



Fuente: Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19. Coordinación de Humanidades y Secretaría General, UNAM, 2022.

De acuerdo con el análisis sociodemográfico, quienes respondieron que el COVID es *un fenómeno natural* fueron en mayor medida los hombres, las personas de 25 a 34 años y aquellas personas con escolaridad superior. Consideraron que el COVID es *consecuencia del abuso de la naturaleza* principalmente los varones, las personas de 50 años y más, los jóvenes y quienes

cuentan con niveles más altos de escolaridad. Las mujeres, las personas entre 45 y 55 años y las personas mayores de 65 respondieron en mayor medida que fue *un invento político*. Finalmente, afirmaron que es *un castigo divino* quienes se ubican entre los 45 a 54 años y con bajos niveles de escolaridad.

CONDICIÓN SOCIAL Y CORONAVIRUS

En la secuencia de lo que se considera el caso cero del contagio, los aspectos socioculturales fueron determinantes y evidentes. La información sobre los primeros casos disponibles en los medios y las redes destacaba que los casos detectados eran de personas de sectores acomodados. Personas que podrían viajar. Ello dio origen a la idea de que “*el coronavirus solo le da a los ricos*”, lo que haría que en ese primer momento la mayoría de la población del país que no puede viajar y se encuentra en situación de pobreza se sintiera a salvo.

De aquí que, según la representación recurrente en el imaginario que opone la situación de privilegiados de unos y de víctimas de otros, el recurso a la oposición *ricos-pobres* se supone que también permitiría ordenar el combate a la pandemia. Esta representación fue intensificada por las autoridades en los discursos que desde el presidente y los funcionarios del gobierno emitieron en un primer momento durante la pandemia.

Los discursos gubernamentales que recomendaban recurrir a tradiciones y prácticas populares (uso de estampas de santos, oraciones y hierbas o remedios, hasta consumir determinados alimentos), asistir a los restaurantes o reunirse en familia contribuyeron a reforzar conductas de riesgo en la población. El entonces gobernador de Puebla, Miguel Barbosa Huerta, dijo que los pobres son inmunes al COVID-19, debido a que los casos asociados a la pandemia son de personas “ricas” que viajaron a algún lugar. A pregunta expresa de una reportera en el sentido de si habría apoyos especiales para gente que trabaja con personas que viajaron al extranjero y contrajeron la enfermedad, el mandatario morenista respondió que la mayoría de los contagiados en Puebla

son “de gente acomodada”. “Si ustedes son ricos están en riesgo, los pobres no. Los pobres estamos inmunes”, puntualizó.¹⁸

El 18 de marzo de 2020 se volvió a cuestionar al presidente sobre la conveniencia de que participara en eventos masivos. El presidente aseguró que tenía un escudo protector: “un escudo protector es como el detente²⁰ [...], el escudo protector es la honestidad, eso es lo que protege, sí, el no permitir la corrupción. Miren, aquí está el detente [mostrando unos amuletos a las cámaras]. Es que me los dan, son mis guardaespaldas, porque no están de más. Aquí esta otro detente [muestra otro amuleto que saca de su cartera]: detente, enemigo, que el Corazón de Jesús está conmigo”.¹⁹

“Yo sí pienso que, bueno, así como hubo muchos aciertos también tuvo sus errores. Yo me acuerdo mucho de uno, de que sacó el presidente una estampita con un santo. Me parece que no iba por ahí la situación; yo creo que era, no sé, la verdad no sé en qué contexto o por qué lo hizo, a lo mejor quiso entrarle por el lado de la fe y todo, pero desgraciadamente la fe la tuvieron muchos y se fueron. Sí me pareció desafortunado, nada más ese pequeño comentario que hizo el presidente, como que no concuerdo allí”. (Hombre, grupo de enfoque, junio de 2022).

En la interpretación de un académico, con estas declaraciones “el presidente López Obrador está tratando de proyectar confianza y de minimizar el riesgo, pero ha terminado proyectando una minimización del riesgo de atender la emergencia (y) mensajes que son contrarios a los que se están escuchando en prácticamente todo el mundo e incluso de su propia administración”. No obstante, estas tensiones alentaron conductas de desobediencia.²⁰

18 “La vacuna contra el coronavirus es un plato de mole de guajolote”, afirmó Miguel Ángel Barbosa, gobernador de Puebla, durante la inauguración de la Unidad Deportiva del Municipio de Ajalpan, el 27 marzo de 2020.

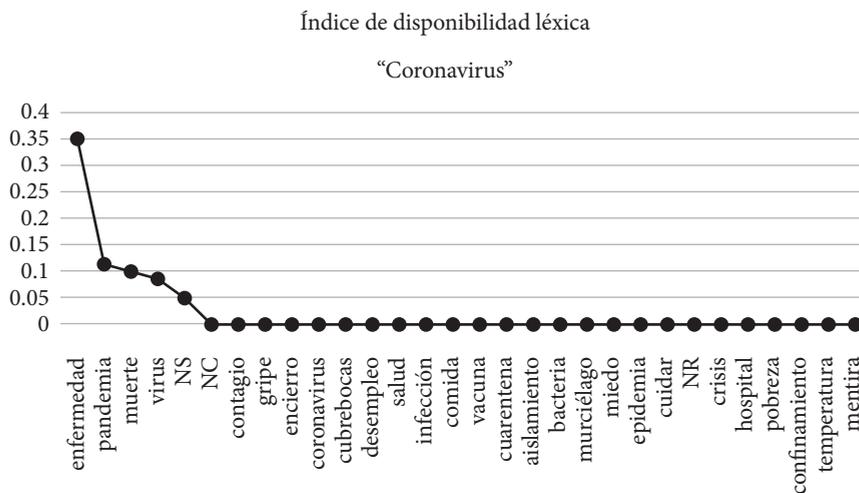
19 El 19 de marzo de 2020 afirmó que su mejor protección contra el virus era el amuleto llamado “Detente”, o cuando recomendó abrazarse pese a la recomendación en el mundo de distanciamiento físico (*Grupo Reforma*, 2020).

20 Silva-Herzog Márquez, Jesús. “Vulnerables” (*Grupo Reforma*, 2020), Ciudad de

a) Coronavirus

Para indagar sobre el significado y sentido asignados a la palabra “*coronavirus*”, mediante la pregunta: *Con la palabra maíz, yo asocio comida, mercado, animales. Dígame por favor dos palabras que asocie con la palabra “coronavirus”* se desencadenó un proceso de evocación que brindó las principales asociaciones. Las palabras mayormente mencionadas tuvieron una carga negativa, excepto por palabras como salud y vacuna, que tienen un sentido positivo. Las 10 palabras más mencionadas fueron *enfermedad, pandemia, muerte y virus*. A estas palabras le siguen *contagio, gripe, encierro, coronavirus, cubrebocas y desempleo* (véase gráfica 2).

GRÁFICA 2. PERCEPCIONES DEL CORONAVIRUS



Fuente: Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19. Coordinación de Humanidades y Secretaría General, UNAM, 2022.

Como se puede apreciar, a partir de las menciones de los encuestados, la pandemia está asociada en mayor parte con una experiencia negativa en donde la enfermedad y la muerte ocasionada por el virus fueron los elementos más frecuentes con los que se asoció el coronavirus.

En lo que refiere a las respuestas menos mencionadas, como “crisis”, “hospital”, “pobreza”, “confinamiento”, “temperatura” y “mentira”, aunque tengan una menor frecuencia de mención, no dejan de ser significativas en tanto ilustran experiencias particulares compartidas. La mayor parte de éstas no dejaron de estar asociadas con experiencias negativas, como lo fue la saturación de los “hospitales” por el alto porcentaje de enfermos graves en algún momento de la pandemia, así como las consecuencias económicas que se tradujeron en más “pobreza”, “desempleo” y, finalmente, una consideración por algunas poblaciones de que el coronavirus se trató de una “mentira”.

b) Pandemia

Como se puede apreciar, la palabra coronavirus también se relacionó con la palabra “*pandemia*”. En este sentido, a partir de los testimonios recopilados por los entrevistados en diversos grupos de enfoque, se puede rastrear de qué manera se significa la palabra. De lo cual destaca que la pandemia por COVID-19 afectó la manera como las personas representaron el tiempo, tratándose de una experiencia significativa asociada con la *incertidumbre* respecto al qué iba a pasar en el futuro.

Esto se debe al avance de la pandemia en forma de “olas”, con momentos de estabilidad y repentinos desbordes de contagios y a lo cual se suman las variantes y mutaciones del COVID-19, que en algunos casos tenían mayor capacidad de contagio. Sin embargo, a pesar de la incertidumbre, la pandemia también se observó como una oportunidad de *aprendizaje* a partir de las experiencias interiorizadas de qué hacer frente a la emergencia sanitaria.

“Creo que una palabra se ajusta a lo que sientes, como un aletargamiento, solo era un letargo muy, muy grande, como los días que no acababan, era con que el día era

igual al anterior y al siguiente; entonces, luego sí se perdía la percepción del tiempo”. (Hombre, estudiante, 27 años, Ciudad de México, 2022).

“A diferencia del año pasado a este, no es que tengamos una situación de más certeza porque va cambiando con las nuevas variantes del COVID, pero, sin embargo, ya tenemos por lo menos un poco más claro cómo es el proceso del contagio y qué debemos de hacer. Entonces, aunque ha habido situaciones desafortunadas en cuanto a decesos de personas y esta cuestión del desempleo, creo que debemos de ver como la oportunidad frente a todo el caos que se ha vivido”. (Mujer, estudiante de universidad, Jalisco, 2021).

En parte, las experiencias de aprendizaje y la vacunación de la población sirvieron como un indicio del avance de la pandemia. En testimonios más recientes, es visible que se empieza a percibir la presencia de un “fin” de la pandemia aunque ésta, se señala, aún tendrá consecuencias de las cuales no se tiene certeza.

“Y ahorita no creo que se haya acabado la pandemia; sin embargo, tenemos ya una inmunidad de rebaño, o sea ya todos estamos, en términos médicos, contagiados, sin embargo, ya no presentamos síntomas y tenemos ya la inmunidad adquirida todos, por las vacunas o porque ya lo hayamos tenido como tal”. (Mujer, estudiante, 18 años, Ciudad de México, 2022).

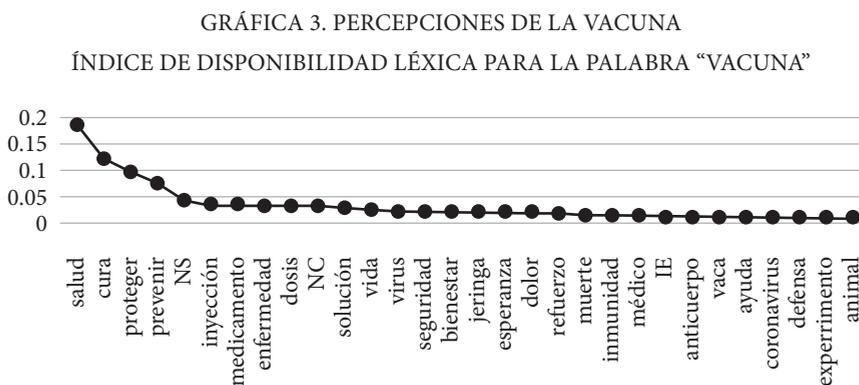
“Siento que el mundo se va a volver a organizar igual, nada más es cuestión de tiempo, no creo que cambien las cosas, yo creo que lo que nos dejó es esa percepción de que el mundo no es una certeza, en cualquier momento sí puede pasar algo así”. (Hombre, 27 años, estudiante, Ciudad de México, 2022).

Se puede observar que las personas entrevistadas después de los primeros meses de la pandemia e incluso en el segundo año (2022) conside-

ran que tuvieron aprendizajes respecto a la pandemia y a cómo protegerse del coronavirus; igualmente, su percepción sobre el tiempo y los sucesos coyunturales se vieron afectados pensando que pueden ser posibles en un espacio cercano.

c) Vacuna

De la misma manera que con la palabra coronavirus, se realizó un segundo ejercicio de léxico, pero con la palabra “*vacuna*”. En contraste con la palabra “coronavirus”, la evocación a la palabra “vacuna” tiene una mayor carga positiva relacionada con sus efectos, de la cual se consideró da “salud”, “cura”, “protege” y “previene”. También se mencionaron palabras con carga negativa como “dolor”, relacionada con la experiencia de ser inyectado, y otra de carácter más fuerte, que fue la palabra “muerte”, la cual, quizás se encuentre relacionada con una perspectiva, menos presente, en la que se considera que la vacuna es un “experimento”. También se mencionaron palabras como *medicamento*, *enfermedad*, *dosis*, *solución* y *vida* (véase gráfica 3).



Fuente: Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19. Coordinación de Humanidades y Secretaría General, UNAM, 2022.

Las palabras mencionadas que se asocian a la palabra “vacuna” se relacionan inmediatamente con la *salud*, ya que principalmente el uso de la vacuna prepara el sistema inmunológico ante alguna enfermedad. Las menciones con carga negativa fueron muy escasas y aparecen palabras relacionadas directamente como consecuencia de la aplicación de la vacuna como *dolor* y en algunos casos como *muerte*. También aparecen aquellas palabras relacionadas a la aplicación de la vacuna como *inyección*, *solución*, *jeringa*, *médico* y *dosis*. Se mencionaron palabras que evocan optimismo como *bienestar* y *esperanza*.

Los grupos de enfoque confirman lo que muestran los datos: en general la vacuna se relaciona con experiencias positivas como la salud y la protección, y se volvió un factor que anticipó cierta certidumbre sobre la estabilización de la pandemia. En términos narrativos, si el **coronavirus** por su fuerte asociación negativa se muestra como el villano de la historia, la **vacuna** se representa por la mayoría de los encuestados y entrevistados como la heroína. En este sentido, las personas tuvieron diferentes opiniones respecto a la vacuna, principalmente describiéndola, explicando cómo piensan que influirá en el contexto específico de la pandemia.

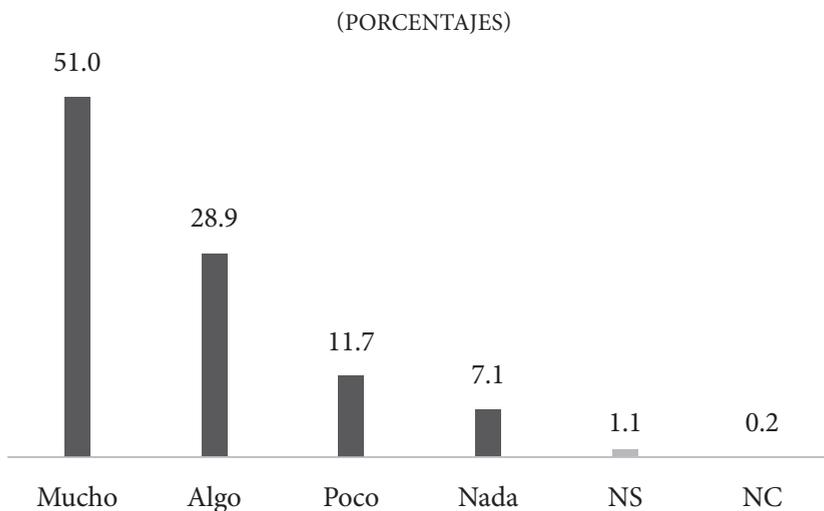
“La vacuna es como lo dice la palabra, vacuna es un preventivo o minimiza o inhibe ciertos niveles de toxicidad u otras afecciones a nivel biológico, pero considero y estoy a favor de las vacunas, y esa información obviamente la transmití con mi familia”. (Hombre, trabajador, Ciudad de México).

“Ya no hay tanta incertidumbre porque llegó la vacuna, entonces la sociedad ya está más tranquila en ese aspecto, ya sabemos más o menos cómo liderar, pero aún no estamos al 100 por ciento; esto puede empeorar con las nuevas olas, con los nuevos virus”. (Mujer, estudiante de universidad, Jalisco, 2021).

Para profundizar más sobre la percepción de la vacuna en la población, en la encuesta se realizó la siguiente pregunta: *¿Qué tan contento se sintió usted*

cuando recibió la vacuna contra el COVID-19? Se puede observar que la mayoría de las personas mencionaron que se sintieron mucho o algo contentas al recibir la vacuna, mientras que solamente dos de cada diez personas mencionaron sentirse poco o nada contentas cuando recibieron la vacuna contra el COVID-19 (véase gráfica 4).

GRÁFICA 4. ¿QUÉ TAN CONTENTO SE SINTIÓ USTED CUANDO RECIBIÓ LA VACUNA CONTRA EL COVID-19?



Fuente: Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19. Coordinación de Humanidades y Secretaría General, UNAM, 2022.

Del análisis sociodemográfico se puede observar que con respecto a estar *mucho* o *algo* contento por la vacuna, los entrevistados que en mayor proporción respondieron son las personas de mayor edad, de 65 años y más, y aquellas personas sin ninguna escolaridad. Por el contrario, son las personas con escolaridad básica (secundaria) y aquellas personas con un ingreso mínimo de 0 a 2 SM (\$0 hasta \$7,396 al mes) las que mencionaron con mayor

frecuencia que se sentían *poco* o *nada* contentos cuando recibieron la vacuna contra el COVID-19.

De la misma manera que en las opiniones emitidas en la encuesta, las personas entrevistadas mencionaron una respuesta favorable en torno a las vacunas contra el COVID, mostrándose de acuerdo con la vacunación y señalando situaciones que ponían en riesgo la confianza en ellas.

“Yo estoy a favor, no tengo mucho que decir, pero lo que sí es que estoy de acuerdo en que la gente se vacune y que se informe, porque hubo mucha información falsa acerca de las vacunas y unas noticias de veras que daban risa y espantaban a la gente; hay mucha desinformación, que hubo, pero creo que al final se logró el objetivo, creo que la mayoría de los mexicanos creo que sí respondimos al llamado de vacunarse. Y por supuesto estoy a favor.” (Trabajador, hombre, Ciudad de México, junio 2022).

“De igual manera, yo estoy a favor de la vacuna; solamente que ahí en el tema logístico como que fue muy tardado. Hasta el día de hoy el 100 por ciento no está vacunado, entonces ahí nada más ese pequeño detalle, pero sí estoy a favor de la vacuna, obviamente. Y en este caso creo que fueron bien direccionados, fueron bien enfocados, obviamente la impaciencia de muchas personas, ya sea por cultura, por miedo, por lo que sea, provocaba ya sea mal información o malas situaciones, porque había personas que por miedo se vacunaron hasta 11 o 12 veces o más. Yo conozco personas que se vacunaron hasta 15 veces en distintas formas.” (Trabajador, hombre, 37 años, Ciudad de México, junio 2022).

En lo que refiere a los imaginarios de quienes ven en la vacuna un “experimento”, si bien en términos estadísticos se trata de un pequeño margen de población, la relación lingüística con la que se le representa no puede sino apelar a cierta generalidad dada dentro de estas minorías estadísticas. Indagando al respecto, es notorio que la asociación de la vacuna con un experimento se encuentra relacionada con una visión de la pandemia, en la que ésta se origina

por motivos políticos, de manera que se le asume como un plan estratégico, relacionado con una nueva gestión de la política mundial. Este fenómeno fue señalado por algunos entrevistados como una *plandemia*:

“Entonces eso todavía me reforzó más a que había algo muy extraño en todo ese bombardeo del COVID. Me di a la tarea también de investigar con algunos que les llaman conspiranoicos, y esa gente le atinaba muy bien a toda esta famosa plandemia.... Y entonces dije: ‘No, pues eso es un experimento que le están haciendo al ser humano’. Cómo se atreven a meterle algo que no lo conozcan a la perfección. Entonces no creo en esa vacuna, creo que han tratado de dañar a la humanidad. Tanto se habla del cambio del orden mundial económico que ya es insostenible por tanta humanidad que somos, miles de millones de seres humanos. ¿Y qué hicieron? Querer reducir”. (Hombre, 55 años, Ciudad de México, marzo 2022).

“Yo honestamente este término lo empecé a oír en las redes sociales; ahí es donde yo lo empecé a oír, lo que es plandemia, porque, según manifiestan, esta pandemia fue un plan, a como lo manifiestan, según en lo que aparecen en las redes sociales.” (Mujer, 29 años, Ciudad de México, marzo 2022).

Además, las personas se pronunciaron sobre los matices y la importancia de las decisiones individuales que se generan respecto a la aplicación de la vacuna, así como la necesidad de tener la autonomía para decidir.

“[...]o sea, es una decisión voluntaria de cada quien, y por ese lado pienso que para mí sí es importante que yo me haya vacunado, pero no puedo tener el control sobre las decisiones de las otras personas.” (Mujer, 25 años, Ciudad de México, junio 2022).

“También hace unos meses conocí una chica de mi edad más o menos que ella me dijo que ella no se quiso vacunar, y mi primera reacción fue como de, ‘¡oye, cómo!’, me hizo sentir un poco rara la convivencia, pero después me pregunté por qué, como, pues no es como que esté enferma, pero sí me sentí un poco expuesta de convivir con una persona que no estuviera vacunada y pienso que eso también, tanto si te enfermas como si no estás vacunado también creas relaciones de discriminación entre las personas.” (Mujer, 25 años, Ciudad de México, junio 2022).

“Entonces, considero eso, que cada quien decide, pero que también es una situación compleja y también porque no es una vacuna, son diferentes vacunas y también se hablaba de la eficacia de una o de otra; que si tú tenías una estabas más protegida que otra, cuál era mejor; entonces, creo que por ese lado es una situación compleja.” (Mujer, 25 años, Ciudad de México, junio 2022).

La vacuna creó opiniones respecto a su aplicación, su confianza y la aceptación de las personas frente a ella, al mismo tiempo de crear expectativas en el futuro cercano de la pandemia. Es por ello que en la encuesta se puede identificar que la mayoría de las personas respondieron que vacunarse fue importante para ellos, seguido de opiniones positivas. De la misma manera se manifestaron circunstancias que ponían en evidencia situaciones como el manejo político, generando expresiones como la “plandemia”.

d) Confinamiento

Con el cierre de las actividades económicas consideradas no esenciales, y la política de gobierno del “quédate en casa”, otra palabra que empezó a ser usada de manera frecuente para describir la situación fue la de “confinamiento”. Dicho concepto trajo problemas de todo tipo, pues se redujeron los ingresos económicos, aumentó el malestar psicológico, la calidad de la educación se

redujo y se presentaron problemas de habitabilidad relacionados con el hecho de que, en la mayoría de los casos, los habitantes tenían que compartir un pequeño espacio. Ello complicaba la convivencia del hogar, sobre todo en momentos en los que se enfermaba alguien, ya que había un cambio completo de la configuración del espacio a partir del establecimiento de límites en el hogar para detener el contagio.

Por otra parte, es notorio que el inicio del encierro, que de manera general marcó el comienzo de la pandemia, fue una de las etapas más difíciles de afrontar, sobre todo en términos psicológicos. Con la incertidumbre y miedo respecto al avance del coronavirus y sus efectos, y ante la falta de vacunas, los testimonios revelan cierta paranoia debido a que todo objeto fuera del hogar se consideraba potencialmente portador del COVID-19.

“Era difícil tomar la decisión de quién tenía que salir al mercado, a la tienda, a la panadería. Los que nos enfermamos, tenían que salir por nuestros medicamentos, incluso salir a consultas médicas; sí fue muy difícil, sobre todo esta primera etapa del confinamiento”. (Hombre, 50 años, mayo 2020).

“Pues cuando inició todo sí manteníamos cierta distancia en el sofá, cuando queríamos ver la tele, o en la comida, dos en cada extremo; y cuando salíamos de la casa, al entrar nos echábamos un spray que comprábamos; y teníamos constantemente gel antibacterial, entonces cada 10, 20 minutos nos echábamos.” (Mujer, 16 años, CDMX, mayo 2020).

“Creo que tuvimos las medidas necesarias, pero sin en cambio sí es alto riesgo, y aparte no pudimos estar como muy separados; entonces, la casa es muy pequeña, entonces tuvimos que seguir conviviendo, pero sí tratamos de tener más cuidado con el aseo”. (Mujer, 35 años, CDMX, mayo 2020).

Sin embargo, el encierro también desarrolló nuevas formas de vincularse entre los habitantes del hogar que se consideraron positivas. Al estar obligados a compartir el mismo espacio todo el tiempo, las familias y habitantes de los hogares establecieron dinámicas para vincularse, anteriormente no presentes, por lo que los vínculos familiares hasta cierto punto se fortalecieron, ya que, a pesar del cansancio de compartir el mismo espacio y tiempo durante un largo periodo, se consolidaron los vínculos para hacer frente a la situación.

“A raíz de la pandemia hubo un confinamiento en donde éramos libres y no nos dábamos cuenta. Al estar en casa y al estar todos; en mi caso siempre trabajé, pero me mantuve casi seis meses en donde tuve que aprender a conocerlos; hubo de todo, entre ellos, discusiones, no estábamos de acuerdo, el espacio era muy pequeño para los cuatro. Sin embargo, aprendimos a resolverlo, a respetarnos, a comer en familia, esas fueron cosas muy buenas; a comer en familia, yo les elaboraba el pan, buscando estrategias para sentirnos mejor, juegos de azar y en algunos momentos que alguien tenía que salir sí era difícil, porque los otros tres nos quedábamos pensando si ya se había contagiado”. (Mujer, adulto mayor, CDMX, mayo de 2022).

El confinamiento también fue una experiencia positiva para algunos entrevistados, relacionada con un periodo de cambio, lo que permitió que las personas realizaran cosas que antes no podían hacer, así como librarse de actividades rutinarias de las que ya estaban cansados. Es decir, lograron adaptarse a las condiciones del encierro, y de alguna manera, elevar el nivel de satisfacción con su vida. No obstante, este tipo de experiencias se concentran en casos en los que la condición económica o el tipo de trabajo permitían seguir generando ingresos desde el confinamiento en casa.

“Yo al contrario, para mí, en lo personal, durante el confinamiento fue una muy buena época en lo personal, que no debería de ser cuestión para aquí, porque simplemente es lo personal; pero cuando no había pandemia este trabajo es muy desgastante y demandante y pierde uno mucho tiempo en cosas intrascenden-

tes, sobre todo la gente que reporta día a día es quemar mucho la pólvora en infiernos y el reportero no come a sus horas, el reportero no hace ejercicio, el reportero tiene muy malos hábitos; y durante el confinamiento, en el caso mío, fue una maravilla, porque podía hacer ejercicio, podía comer sano, a mis horas, en casa y hasta era más productivo”. (Hombre, periodista, Jalisco, agosto 2021).

De la misma manera, el aislamiento fue percibido como un tiempo de oportunidad para algunas personas que mencionaron que lo ocuparon para poder hacer actividades que en su vida cotidiana no hubieran podido hacer, además de modificar y fortalecer sus dinámicas familiares en el hogar. Por otro lado, se puede observar que el confinamiento también resaltó el hacinamiento en el hogar, además de las desigualdades que podían enfrentar las diferentes familias en el contexto de la crisis por coronavirus.

e) Cubrebocas

Un objeto -ícono central de la pandemia- ha sido el cubrebocas que, como tal, es portador de una serie de significantes excluyentes. Por una parte esconde, pero a la vez revela. Para un sector de la población, se trata de una de las principales medidas de protección ante el COVID-19, y con ello, una medida de protección personal y para los seres cercanos. No obstante, para otro sector de la población, el uso del cubrebocas no tiene beneficio de ningún tipo, pues se le relaciona con un instrumento de dominación, sospecha y secreto, ya que su uso implica cierta manipulación psicológica.

A lo anterior se suma la postura del gobierno federal, que sostuvo una posición un tanto indefinida respecto al uso del cubrebocas para la cual se plantean dos posibles hipótesis: la primera, podría partir del prejuicio de que el gobierno federal mantuvo una posición “anticientífica” y que, en esa medida, su posición se trató de una irresponsabilidad ante la gestión de la crisis sanitaria.

Sin embargo, dicha hipótesis es un tanto ingenua, o incompleta, en la medida de que parte de la valoración de que la pandemia solo se gestiona de manera “científica”, cuando en realidad la pandemia también se gestionó de una manera narrativa, es decir, se buscó significar de una manera dirigida la experiencia de la pandemia, de manera que la situación no desbordara los ánimos de las personas.

En este sentido, como revelan las entrevistas, por ser el cubrebocas un portavoz de significados excluyentes, también se trata de un objeto con una potencial politización, lo que implica el establecimiento de relaciones antagónicas a partir de posturas encontradas. Por ello, el gobierno federal, en el estado de excepción en el que se encontraba, pareciera haber optado por establecer el uso del cubrebocas como una medida de protección, ante la cual se tomó una posición narrativa moderada con el fin de evitar que el antagonismo entre las poblaciones adquiriera expresiones polarizantes, lo cual no es mínimo, pues en situaciones de alta intensidad, y partiendo del estado general de paranoia que había, podía desembocar fácilmente en situaciones de violencia.

“Para el uso de cubrebocas fue bien difícil; el Gobierno te decía qué tenías que hacer, pero la gente no comprendía, no quería, le daba pereza, no sé qué pasa, no sé qué pasó allí”. (Mujer, 54 años, Ciudad de México, junio 2022).

“Entonces, yo creo que son muchos factores los que hicieron que la gente se contagiara, era imposible; hay gente que tú crees que tenía para comprar algún cubrebocas de 10 pesos, no, esos 10 pesos eran de su pasaje, es que lo vemos desde perspectivas diferentes, y la gente que a lo mejor tiene que ir día con día al trabajo lo va a ver desde otra manera”. (Mujer, 36 años, Ciudad de México, junio 2022).

El uso del cubrebocas generó en las personas una percepción de bienestar, así como de protección contra el virus. También se visualizó el cubrebocas como una forma de autocuidado y se puede observar como un hábito apren-

dido y estimado como importante por las personas a partir de las recomendaciones emitidas por las autoridades sanitarias.

“Yo, por ejemplo, le digo a mi marido: ‘pues yo creo que por mucho, mucho, mucho tiempo no voy a dejar de usar el cubrebocas’, porque eso mentalmente me da seguridad, y cargar el gel también es otra cuestión que a mí en lo personal me da seguridad, porque te encuentras con gente, inclusive ya en el metro, en los micros, que ya no usan ni el cubrebocas y no sabes si esas personas estén sanamente bien o no”. (Mujer, adulto mayor, CDMX, mayo 2020).

“Hoy que dicen que hay que quitarnos el cubrebocas, creo que no lo debemos de hacer; tenemos que seguir con el cuidado, sí, ya, y por ejemplo, al menos a mí que me dio, sí siento que me hace falta el cubrebocas por la nariz, que siento mucho el aire, entonces creo que sí quedamos un poco dañadas a las que nos dio. Entonces, sí, en mi caso sí procuro traer el cubrebocas más seguido”. (Mujer, 35 años, CDMX, mayo 2020).

“Siempre a mí me ha gustado que cuando la gente, no ahora con pandemias, sino de años atrás, tenían alguna tos o alguna situación de gripe se pusieran el cubrebocas por respeto a los demás, por no andar contagiando. Entonces, a mí honestamente en la calle, usted, obviamente, siempre uso yo el cubrebocas, y a mí me parece maravilloso, no solamente por COVID, por diversas situaciones. A mí sí me agrada que se utilice el cubrebocas”. (Mujer, CDMX, marzo 2020).

En general las opiniones de las personas sobre el cubrebocas inicialmente fueron como percepciones de cuidado y protección contra el coronavirus; no obstante, se puede apreciar en las opiniones del año 2022 que se destaca la desigualdad económica para adquirirlos, así como la dificultad que tuvieron las personas para adoptar la medida sanitaria.

f) Nueva normalidad

En un estado avanzado de la pandemia es que se comenzó a hablar de una “nueva normalidad”, ello en tanto se empezaron a estabilizar patrones de conducta y de actividades a partir de las restricciones a la movilidad y a la convivencia por el encierro y la sana distancia. Sumado a ello, una vez vacunada la población, las medidas sanitarias perdieron rigidez, de manera que el fin de la pandemia se contemplaba como más visible a mediados de 2022.

Con todo, los entrevistados mostraron no tener un consenso respecto a que las cosas volverán a ser como antes. Si bien no se considera la pandemia una situación límite, es decir, no se le asocia con el fin del mundo, sí se reconoce como parte de un proceso natural de degeneración. De manera que en las personas quedó la impresión que son posibles otras catástrofes a futuro.

Por este motivo, la pandemia se muestra como un periodo de tiempo significativo, que cambió –si bien no de manera permanente- la vida de las personas, y cuyos efectos a largo alcance aún no se conocen. En este sentido, parte de los cambios que quedan marcados a futuro se relacionan con la pérdida de familiares. Se trata de una comparación entre un antes y un después, no solo condicionada por los cambios sociales, sino también por el impacto emocional que dejó en las personas la gran cantidad de muertos debido a la enfermedad.

“Sí, que sí vamos a tardar; quizá sí lleguemos a ser lo que éramos antes, la vida que teníamos antes, pero va a tardar; yo creo que va a tardar algunos años más, si es que también no se presenta otra mutación u otro virus, porque desgraciadamente también yo digo que todo esto es una reacción del planeta, de que nos lo estamos acabando y que lo estamos destruyendo”. (Hombre, CDMX, junio 2022).

“Sí, obviamente se intensificaron, tanto por creencias culturales o religiosas se intensificaron estas ideas, porque tan solo en el internet hay muchísimos videos

sobre conspiraciones, terminación del fin del mundo, las señales del Apocalipsis y todo ese tipo de cosas, pero creo yo que no se acabaría el mundo; creo que al mundo le falta todavía bastante tiempo, a nosotros no tanto. Como en la peste bubónica, que fueron cruciales en su época, en su momento, pero no destruyeron el mundo.” (Hombre, CDMX, junio 2022).

“[...] a la sociedad me quisiera enfocar más en la cuestión emocional; yo creo que el golpe de haber perdido tantas personas en tan poco tiempo es un golpe bajo, es algo muy duro y yo creo que sí va a haber o hay cierto despertar en ese aspecto, en la cuestión emocional, en la familia, en mis padres, en mis hijos, en qué les doy, en el tiempo que les doy, en la calidad de tiempo que les ofrezco.” (Mujer, CDMX, junio 2022).

“Yo creo que no, las cosas nunca van a volver a ser como antes; yo creo a muchos nos quedó marcado muchas situaciones, como las pérdidas, los cambios en casa, los accidentes, muchas cosas”. (Mujer, CDMX, junio 2022).

Como se puede apreciar, la pandemia por COVID-19 está marcada por nuevos lenguajes con los cuales se significaron y representaron las experiencias desembocadas a partir del encierro y la sana distancia. Se habla de nuevos lenguajes, en la medida en que, aunque se hizo uso de palabras y significantes que siempre estuvieron disponibles, su uso se dio en una situación excepcional, de manera que adquirieron significado en un contexto distinto a lo que era su uso previo. Este contexto, relacionado con la identificación propia de un periodo de tiempo que es “la pandemia” varió a lo largo de su desarrollo, a partir del grado de certidumbre e incertidumbre que tuvieron las personas sobre lo que podía pasar a futuro. En este aspecto, la vacuna se mostró como un elemento central que afectó la significación de la pandemia, pues su intervención, para la gran mayoría de la población, implicó una salida y protección ante el COVID-19.

Sin embargo, para quienes asocian el origen de la pandemia con motivos políticos, la vacuna, lejos de brindar bienestar, se volvió un objeto de sospecha. Si para algunos imaginarios la vacuna fue la heroína, para otros fue el instrumento que el villano utilizó para consolidar sus fines. Esta forma excluyente de significar la pandemia, que se materializó en muchos de sus objetos como el cubrebocas, la vacuna y el propio COVID-19, no es de extrañarse; en tanto, hasta hoy en día se escapan muchas explicaciones sobre qué es lo que causó la pandemia y sobre sus consecuencias en términos políticos, psicológicos y económicos. De manera que todavía hacen falta elementos explicativos a partir de la ciencia que permitan establecer un mayor orden en la representación de un acontecimiento histórico como lo es la pandemia por COVID-19. No obstante, también hacen falta elementos narrativos para poder comprender este periodo de tiempo, que si bien concentra una multiplicidad de experiencias diversas, éstas no dejan de estar relacionadas con significantes generalizados, como lo fue la enfermedad y pérdida de seres cercanos; el encierro y malestar psicológico, así como problemas derivados de la pérdida de ingresos económicos y de la falta de socialización. Por este motivo, hay elementos de la pandemia que todavía permanecen indecibles en la medida en que aún no se pueden narrar del todo.

Los entrevistados revelan en muchos momentos incertidumbre relacionada con el desconocimiento concreto de lo que pasó y con lo que pasará. Al respecto sugirieron múltiples posibilidades a futuro que abarcan escenarios catastróficos donde el desastre se vuelve más cotidiano, o en los que se instaura un nuevo orden mundial con mayor dominio biopolítico, hasta visiones más optimistas en las que la pandemia se trató de una interrupción en la normalidad que pronto logrará estabilizarse y/o que permitió un descanso de una rutina que parecía ya eterna, por lo que sus efectos serán positivos a futuro, una vez interiorizados los conocimientos sobre cómo actuar y a partir del mayor uso y provecho que hoy en día tienen las tecnologías de la información.

MODELOS DE COMPORTAMIENTO: LA DESOBEDIENCIA

La desobediencia o no acatamiento de directivas puede tener relación con una simple voluntad de reafirmación, de hacer uso del derecho de cada uno para actuar libremente (rechazando jerarquías), o con actitudes de rebeldía más próximas de cuestionamientos de orden político-partidario, aspecto sobre el que no abundaremos, pero que es necesario destacar.

Durante el período de observación se constató que *las actitudes y prácticas de desobediencia* se manifestaban de diferentes formas, como actitud persistente en la sociedad observable en comportamientos y transmisible como modelo posible de un repertorio que circula en distintos niveles sociales, en diferentes sectores socioeconómicos, en grupos de edades y de género.

“Yo estoy en un grupo de gente que se denomina antivacunas o se denominan negacionistas. Y hay gente que ha realizado como un tipo de defensa jurídica, me han llevado patrullas, en fin, tienen confrontaciones y yo no estoy de acuerdo con eso.” (Hombre, 55 años, agnóstico, Ciudad de México, 2022).

Actitudes que reaparecieron con frecuencia y que van en contra de los cuidados necesarios recomendados, prácticas que desatienden advertencias de riesgo. Sobre todo, *actitudes* que desafían a la autoridad (la que fuere), desafíos observables en microescenas en espacios públicos.

Conforme al crecimiento de la pandemia en nuestro país, otros dilemas se sumaban a los que se estaban viviendo o agravando, tales como el desabastecimiento, el desempleo, la inseguridad, violencia, la informalidad, la corrupción, los cuales eran noticias constantes, sumados a las dolosas pérdidas humanas.

“Las noticias de que se empezó a agotar varios víveres de los supermercados, obviamente la gente estaba en pánico, y eso en particular la familia sí lo resentía.” (Hombre, estudiante, 23 años, Ciudad de México, 2022).

También debemos tomar en cuenta que las críticas pueden ser comportamientos de resistencia ante la innegable necesidad de acceso a la tecnología, que en la actualidad es un medio importante para diversos aspectos laborales, educativos, entretenimiento, entre otros. Otra variable que puede ayudarnos para su comprensión es la demanda, oferta y consumo durante la pandemia, pues muchos productos tecnológicos, pasaron de ser un complemento, a una entidad de importancia en el espacio de convergencia social y familiar de ciertos sectores socioeconómicos que pudieron acceder a ello, lo cual implica necesariamente innovar en estos tiempos tan cambiantes, donde predominan la muerte, el miedo, la incertidumbre y la esperanza.

“Había mucha desinformación, que si era una enfermedad, que si no era una enfermedad, que si era una pandemia, que si era una de las plagas; inclusive llegué a escuchar que era una de las plagas que estaban mencionadas en el Apocalipsis, cosas así; [...] aunque no supieran exactamente qué es una célula, pero ellos ya mencionaban qué era lo que iba a pasar con la vacuna o con la misma enfermedad.” (Hombre, trabajador, Ciudad de México, 2022).

Taylor (2006), sin embargo, nos hace reflexionar sobre el elemento positivo de estas crisis, miradas desde la óptica de los imaginarios sociales: “La crisis se produce (...) cuando las personas se ven despojadas de sus viejas formas de vida –por causa de una guerra, de una revolución o de un rápido cambio económico [o una pandemia que potencia los tres elementos de la enumeración anterior]– antes de que puedan adaptarse a las nuevas estructuras, es decir, antes de que puedan asociar a los nuevos principios algunas prácticas viejas transformadas, hasta formar un imaginario social viable”.²¹

21 Taylor, Ch. (2006) *Imaginarios sociales modernos*. Barcelona: Paidós Básica. p. 31

LA PANDEMIA: DESVANECIMIENTO DE LAS FRONTERAS Y ESPACIOS LIMINALES

Por esta razón, con el inicio de la pandemia del coronavirus y las medidas para prevenirlo, como el confinamiento y la distancia física, asistimos a un desvanecimiento de las fronteras entre los espacios. Espacios y lugares se vuelven liminales, abiertos, ambiguos,²² se caracterizan por su indefinición. Así, por ejemplo, en la casa se mezclan lo público y lo privado, lo social y lo virtual con lo íntimo; además, el espacio entre los individuos se estrecha con la intimidad; las calles y espacios públicos cambian y empiezan a adquirir características propias de los espacios privados; toman preminencia los espacios virtuales, que se convierten en íntimos y públicos a un mismo tiempo.

Se trata de un momento donde las distintividades triviales quedan suspendidas, lo que permite la transición entre una condición y otra. La desaparición de las fronteras entre los espacios ahora conjuga diversas dimensiones, dando lugar a la creación de nuevos espacios indefinidos, se convierten no solo en espacios de análisis de los tránsitos y movilidades económicas, políticas, corporales, geográficas, culturales, discursivas, entre otras, sino también en “una metáfora conceptual que expone las consecuencias materiales de las fronteras en la vida diaria de las personas y en la constitución de (nuevas) formas de explorar la complejidad de la formación identitaria.”²³

Anzaldúa pone de relieve, en el caso de las fronteras, que estos espacios liminales son también lugares-espacios-territorios que se constituyen discursiva y materialmente a través de la representación; se convierten en espacios de desregulación, “en una metáfora de la división artificial entre lo produc-

22 Turner, Víctor. (1980) “Social Dramas and stories about them”, en Auslander Philip (Ed.) (2003) *Performance. Critical Concepts in Literary and Cultural Studies*. Vol. III. London and New York: Routledge. (1969) *The Ritual Process*. Middlesex: Penguin Books.

23 Anzaldúa, Gloria (1999). *Borderlands. La Frontera. The New Mestiza*. San Franw

tivo y lo reproductivo, entre la máquina y el cuerpo, entre lo sexual y lo económico, entre la masculinidad y la feminidad”²⁴

LO INTERNO Y LO EXTERNO

Como señala Alexander (2006), (2015), existen esferas no civiles que operan de forma distinta a la civil, a partir de sus propias lógicas de poder, estructuras, jerarquías y mundos morales, tales como el Estado, la economía o la religión.²⁵ “El Estado es una organización burocrática impersonal que ejerce control social a través de órdenes y principios de autoridad y fuerza. La esfera de la economía opera a partir de la productividad, el interés y la ganancia. La familia, por su parte, está ligada por lazos afectivos, pero depende de la potestad y la deferencia, no de la crítica. La religión, finalmente, genera lazos de comunicación y cohesión en función de una autoridad que media la relación entre los creyentes y Dios. Cada una de estas esferas establece relaciones de frontera con la esfera civil. A veces, los principios del Estado, el mercado, la religión o la familia son transferidos a la esfera civil por políticos, sacerdotes y padres de familia. También es posible encontrar dinámicas en sentido contrario: la solidaridad civil puede llegar a alterar la lógica económica, estatal, familiar y religiosa”²⁶

Lo local ya no puede pensarse si no es en relación con todo lo circundante y con las actividades variadas que cada persona o empresas pueden generar. No se trata solo de una cuestión de mercado, de intercambios a

24 *Ibidem.*

25 Alexander, Jeffrey (2006). *Civil Sphere*. Oxford: Oxford University Press; Alexander, Jeffrey (2015). “Nine Theses on The Civil Sphere”. *Solidarity, Justice, and Incorporation: Thinking through The Civil Sphere*, ed. Peter Kivisto y Giuseppe Sciortino, 172-189. Oxford: Oxford University Press.

26 Alexander citado por Wolfe, Alan (2008) “Sobre The Civil Sphere, de Jeffrey Alexander” *Revista Colombiana de Sociología*, núm. 31, julio-diciembre, 2008, pp. 187-201 Universidad Nacional de Colombia Bogotá, Colombia.

gran escala, sino que comprende muchos planos llegando a lo microsocioal, involucrando proyectos y acciones personales; conexiones en las que están comprendidos una pluralidad de actores, no solamente sectores de alto poder económico. Ello involucra a la diversidad de géneros y generaciones, al presente, pero sobre todo al futuro.

“La situación de mis hijos, obviamente con las restricciones que teníamos en la pandemia, obviamente no puedes hacer nada; para mí ese fue el gran problema con mis hijos, que tarde o temprano eso va a repercutir a mis hijos en la adolescencia, y esa es mi mayor preocupación, de qué manera va a repercutir estos dos años de encierro y no vivir una niñez como la vivimos todo mundo”. (Hombre, trabajador, Ciudad de México, 2022).

CONCLUSIONES

Bajo el fenómeno de la pandemia y los cambios que produjo, la sociedad empezó a crear discursos respecto a los eventos que se estaban desarrollando, modificando significados en los imaginarios colectivos. Los espacios, las actividades cotidianas y las palabras comenzaron a tener un nuevo enfoque que se concentra en los usos y las rutinas que se decretaron a partir de la situación del confinamiento.

El cambio de época, marcado por las transformaciones económicas, tecnológicas y socioculturales nos ha cambiado las preguntas. La pandemia significó en los mexicanos una nueva forma de ver la vida cotidiana, reflejando las carencias económicas y sociales que se asentaban en los diferentes contextos de cada hogar. Por una parte, debido al confinamiento las familias entraban en un tipo de crisis por la falta de espacio en su casa, aumentando su hacinamiento, mientras que, por otra parte, las personas podían dedicar su tiempo libre a actividades de ocio o a reforzar los vínculos entre los integrantes de la familia.

La declaración de la pandemia demostró que en el imaginario mexicano el virus era abstracto y China se encontraba en un lugar lejano al país; México era ajeno, ya que parecía que no había conexión alguna que pudiera afectarnos, sin embargo, cuando la emergencia y los contagios empezaron en México la percepción del riesgo aumentó en los diferentes aspectos, no solamente en materia de salud, sino en lo social y económico. Los primeros cambios fueron pioneros para que las personas construyeran ideas, expectativas e incertidumbre respecto al futuro.

En este sentido, las palabras que hasta entonces se consideraban como algarabía técnica exclusivamente de los médicos pasaron a ser parte del habla cotidiana de las personas. No se difundió desde el nivel de las autoridades nacionales el riesgo sanitario, y las medidas a tomar fueron expuestas en los medios de comunicación con la solemnidad de asuntos de interés nacional, no obstante, faltó el protagonismo explícito del Estado en su conjunto.

Un dato significativo es que en un primer tiempo toda la información sobre riesgos y sobre cuidados, más que del gobierno, vino del cuerpo médico de atención del primer contacto *stricto sensu* y algunas organizaciones no gubernamentales y de carácter científico como la UNAM. Ello también sugiere una carga simbólica en las actitudes del médico, de los científicos en las expectativas de las personas, en el enojo por incumplimiento de lo que se interpreta como obligación ejemplar del personal de salud.

Las palabras cobraron sentido según las experiencias vividas alrededor de ellas; por ejemplo, el propio coronavirus se ubicó en un contexto negativo comparándolo con enfermedad o incluso la muerte, por otra parte, el vocablo “vacuna” fue construido con palabras positivas como salud, cura y proteger. De esta manera, la sociedad empezó a montar desde el habla los significados de la pandemia, que mostraban la incertidumbre, miedo, esperanza y cambio de vida en la que se estaba desarrollando la emergencia por coronavirus.

No obstante, las visiones de la sociedad no son homogéneas, las apreciaciones de una situación pueden contener matices, pues, así como se formaron opiniones favorables a las vacunas, también surgieron expresiones que pueden considerarse de desobediencia o de resistencia, reflejados en pequeños

comentarios o acciones que evidenciaban la falta de confianza en las autoridades, medios de comunicación e información oficial, así como incertidumbre y recelo sobre la “verdad”.

Las acciones individuales que realizaron las personas son, en parte, influencia de los cambios abruptos en la vida cotidiana que sucedieron a partir del confinamiento; los contagios y la carencia de garantías orillaron a un sector de la sociedad a desafiar el discurso oficial, de manera que las desobediencias y resistencias son materia de los imaginarios formulados ante las noticias falsas y la información tendenciosa y un manejo de la pandemia que pretendía crear estereotipos negativos.

Por otra parte, antes de la pandemia, los espacios tenían etiquetas específicas para las diferentes actividades, como el trabajo, la escuela, el mercado, el gimnasio e incluso las fiestas. Sin embargo, desde el inicio del confinamiento el espacio se fundió bajo las paredes de la vivienda, considerando ahora al hogar como un lugar privado con actividades públicas, donde en el imaginario, en la casa, podía adquirir cualquier tipo de característica para sus nuevos usos.

Finalmente, en el imaginario colectivo de la pandemia se etiquetó como “nueva normalidad” al desarrollo de los mecanismos que adoptaron las personas para que, conectados por el mundo virtual, pudieran realizar sus actividades grupales en la individualidad de su hogar y bajo las restricciones sanitarias.

En un balance de la crisis, las personas encontraron aprendizajes en el ámbito familiar, social y cultural, partiendo de la percepción de que la pandemia y el conjunto de consecuencias fue devastadora para la sociedad por los diferentes problemas como contagios, decesos y problemas económicos. Sin embargo, se pueden destacar también la resiliencia, la solidaridad, el aprendizaje de los protocolos ante las emergencias sanitarias y las acciones colectivas organizadas de la sociedad civil como una forma de contener el riesgo.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Camín, Héctor (27 de julio de 2016). Recuperado de: <https://www.milenio.com/opinion/hector-aguilar-camin/dia-con-dia/el-estado-de-animo-como-reto-del-mundo>
- Alexander, Jeffrey (2006). *Civil Sphere*. Oxford: Oxford University Press.
- Anzaldúa, Gloria (1999). *Borderlands. La Frontera. The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Artega Botello, Nelson (2021) “La societalización de la pandemia en México”. *Korpus*. Recuperado de: <http://korpus21.cmq.edu.mx/index.php/ohtli/article/view/33/70>
- Auslander, Philip (Ed). (2003) *Performance. Critical Concepts in Literary and Cultural Studies*. Vol. III. London and New York: Routledge.
- Bronislaw Baczko (1999) *Los Imaginarios Sociales. Memorias y Esperanzas Colectivas*. Ediciones Nueva Visión SAIC Tucumán 3784, (1189) Buenos Aires, República Argentina.
- Castoriadis, C. (2002). *La institución imaginaria de la sociedad: El imaginario social y la institución* (Vols. 1-2). Buenos Aires, Argentina: Tusquets Editores.
- De Souza, Silva (2009). La Farsa del “Desarrollo”. Del colonialismo imperial al imperialismo sin colonias, Costa Rica.
- Diario Oficial de la Federación (2020). “Acuerdo por el que se establecen acciones extraordinarias para atender la emergencia sanitaria generada por el virus SARS-CoV-2”. Publicado en el Diario Oficial de la Federación. Recuperado de: https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5590914&fecha=31/03/2020&print=true
- Girola, Lidia. (2020) “Imaginarios y representaciones sociales: reflexiones conceptuales y una aproximación a los imaginarios contrapuestos”. *Revista de Psicología*. Teoría y Ensayo, no.23. La Paz, Junio de 2020. *versión On-line* ISSN 2223-3032.
- Girola, L. (2018) Elites intelectuales e imaginarios sociales contrapuestos en la era del milagro mexicano y su expresión en la revista Cuadernos Americanos. *Sociologías*, vol. 20, No. 47.

- Girola, L. (2018) Tecnología ¿Ideología e Imaginario? Aproximaciones teórico-empíricas desde México *Imagonautas*. No. 12, pp. 37-58.
- Maffesoli, M (1993). "The Sociology Imaginary". *Current Sociology*, vol 41, no. 2
- Martínez Lomelí, Liliana. "Xenofobia, COVID-19 y la sopa de murciélago". *El Economista*, 31 de Marzo de 2022.
- Miranda *et al.*, 2020, Visto en Artega Botello, Nelson (2021). "La societalización de la pandemia en México". Korpus.
- Silva-Herzog Márquez, Jesús. "Vulnerables". *Reforma*. 16 de Marzo de 2020.
- Organización Mundial de la Salud (14 de septiembre de 2020). Recuperado de: <https://news.un.org/es/story/2020/09/1480482>
- Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19. Encuesta levantada del 8 al 18 de abril de 2022. Coordinación de Humanidades-Secretaría General, UNAM, 2022.
- Quintana Enrique. "El desastre de China y nuevo riesgo del COVID". *El Financiero*, 21 de diciembre de 2022.
- Rivas, Elys (2007) "Epistemología de la educación y la pedagogía de Gabriel Ugas Fermín". *Revista de Filosofía y Socio Política de la Educación*. no 5 / Año 3 / 2007.
- Taylor, Ch. (2006) "Imaginarios sociales modernos". Barcelona: Paidós Básica.
- Thompson, E. P. (1984) La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII en Thompson, E.P. *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad pre-industrial*. Barcelona: Editorial Crítica. Thompson (1984).
- Turner, Víctor. (1980) "Social Dramas and stories about them", en Auslander Philip (Ed). (2003) *Performance. Critical Concepts in Literary and Cultural Studies*. Vol. III. London and New York: Routledge. Turner, Víctor. (1969) "The Ritual Process". Middlesex: Penguin Books.
- Wolfe, Alan (2008) "Sobre The Civil Sphere, de Jeffrey Alexander". *Revista Colombiana de Sociología*, núm. 31, julio-diciembre, 2008, pp. 187-201 Universidad Nacional de Colombia Bogotá, Colombia.

¡Nunca imaginé!

Las personas, las familias y la(s) pandemia(s)

2

Carlos Welte Chanes
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

“Esto prueba lo que te demuestra”
Juan Rulfo. *Pedro Páramo*.

INTRODUCCIÓN

A partir de 2020 hemos enfrentado no solo una pandemia generada por el virus SARS-CoV-2. Ésta ha tenido un carácter diferencial entre sectores sociales, familias e individuos, originado tanto por condiciones estructurales que definen objetivamente la situación de las personas, como por las percepciones y construcciones en el imaginario alrededor de esta pandemia. Es decir, hemos tenido muchas pandemias.

Los avances logrados en México en décadas recientes en materia de desarrollo social se ven difuminados por el incremento de la desigualdad y el crecimiento absoluto en el número de pobres, y es muy probable que el impacto de la pandemia en la actividad económica haya exacerbado la desigualdad y, aunque su efecto ha sido generalizado, también ha sido diferente entre sectores sociales, por lo que es posible suponer que ahora habrá pobres que son más pobres, pero también ricos que son más ricos.

La descripción de la desigualdad previa a la pandemia puede sostenerse con datos objetivos que muestran para la mayoría de la población transformaciones en sus condiciones de vida que reflejan esfuerzos a nivel individual y familiar para enfrentar la carencia de oportunidades que el modelo econó-

mico no provee, aunque los arreglos institucionales plasmados en las leyes reconozcan una serie de derechos sociales que deberían garantizar la satisfacción de las necesidades básicas de las personas. Algunos de estos derechos son la protección de la salud, el disfrutar de vivienda digna y decorosa y, al cumplir determinada edad, recibir por parte del Estado una pensión. Todos estos derechos, plasmados en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, pero, en la práctica, con efectos limitados para lograr una sociedad más equitativa.

Las estadísticas hacen evidente una mayor concentración del ingreso, y aunque esto se puede medir a través de índices como el de Gini, que permaneció prácticamente sin cambio entre 2000 y 2020, se necesitan mediciones más elaboradas para hacer evidente la evolución de la concentración de la riqueza en el país, porque, por ejemplo, en años recientes, aunque el 1 (uno) por ciento de la población que obtuvo el ingreso más alto pasó de concentrar el 42.8 al 31.0 por ciento del ingreso total en este periodo,¹ hubo personas al interior de ese 1 (uno) por ciento que incrementaron su participación, y si a todo el conjunto de los ricos en el decil más alto les tocó “una menor rebanada del pastel”, los *superricos* incrementaron su riqueza.

Vale la pena hacer evidente ante no especialistas que este panorama se manifiesta en situaciones que fácilmente se pueden documentar y percibir. En el territorio nacional se observa un número significativo de la población que reside en municipios del país que muestran indicadores del desarrollo que encontramos en algunas de las zonas más pobres del planeta² y que obligan a las personas a abandonar sus lugares de origen para buscar la manera de sobrevivir en las grandes áreas urbanas del territorio nacional y hacer, en sentido estricto, cualquier cosa que les represente un ingreso o emigrar a los Estados Unidos para que, además de obtener ingresos para sí mismos, puedan enviar a sus familias recursos que les permitan satisfacer sus necesidades.

1 Ver: Credit Suisse. 2021. Global wealth report june 2021. Research Institute.

2 Los informes más recientes del Consejo Nacional de Evaluación (CONEVAL) muestran las condiciones de vida de la población a nivel municipal con datos del Censo de Población y Vivienda 2020.

A pesar de esto, no es posible negar que, al mismo tiempo, una población cada vez mayor en términos absolutos ha tenido acceso en años recientes a bienes y servicios que en el pasado estaban lejos de estar a su disposición, y esto, como resultado básicamente de sus esfuerzos personales, porque el efecto de los arreglos institucionales que se han creado con este propósito, por ejemplo, el crédito para la adquisición de bienes de consumo y vivienda, al ser parte de prestaciones laborales, cubren solo a la población que tiene una ocupación en el sector formal de la economía.

Paradójicamente, la globalización pone a disposición de la población mercancías elaboradas en otros países, en donde la explotación extrema de la mano de obra por la vía de los bajos salarios es una de sus características y, aunque sean productos de mala calidad, pueden ser adquiridos por amplios sectores de la población por sus precios reducidos.

En el ámbito de la familia, una de las estrategias para lograr la sobrevivencia y aspirar a algo más ha sido la incorporación a la actividad económica de un mayor número de sus integrantes que, si resulta imposible hacerlo en el sector formal de la economía, lo hacen en “lo que sea”, abandonando la escuela o desempeñando cada persona más de uno de los roles que centralmente le tocaría asumir, según la etapa de su vida en la que se encuentre: estudiante y trabajador, madre y trabajadora fuera del hogar, jubilado y trabajador, lo que en este último caso representa, además, la ampliación de la edad activa hasta edades avanzadas y en condiciones de salud deterioradas.

Esta estrategia, por cierto, no resuelve la problemática asociada al cuidado de la salud, porque la posibilidad de acceder a los servicios que esto requiere está ligada a tener seguridad social o a contar con los recursos suficientes para obtenerlos de la medicina privada, con costos que para la mayoría de la población son imposibles de pagar.

Son las mujeres a través de su trabajo quienes más han contribuido a mantener o mejorar las condiciones de vida familiar cuando el ingreso que aportan otros miembros de la familia es insuficiente, o cuando éstos pierden el trabajo, fallecen o abandonan el hogar familiar.

Pero además de las condiciones socioeconómicas de las personas, su percepción sobre un evento catastrófico en el ámbito de la salud, como ha sido la

pandemia, ha incidido sobre su evolución y sobre la manera de enfrentarlo en organizaciones como la familia.

Este escenario de contrastes se ha manifestado en toda su crudeza en la actual coyuntura en que la pandemia ha transformado la vida de los individuos en todos los sectores de la sociedad, pero que, para aquellos con menores recursos económicos que han sobrevivido, puede significar un retroceso absoluto en las condiciones de vida que habían alcanzado. No solo los pobres serán más pobres, muchas personas que no lo eran probablemente se sumarán a este conjunto a partir de la pandemia.

Este proceso que muestra un escenario de precarización del trabajo y no de modernización, como podría suponerse cuando se observa el incremento de la participación de las mujeres en la actividad económica fuera del ámbito doméstico, es probable que se haya agravado como resultado de la pandemia al iniciar la segunda década del siglo XXI, especialmente cuando en el territorio nacional las redes familiares de apoyo, fundamentales para la sobrevivencia de amplios núcleos de la población, vieron limitadas sus acciones como efecto de la reducción de la movilidad de las personas para evitar los contagios, la caída de la actividad económica y, en el extremo, la pérdida de empleos y el incremento significativo de las defunciones entre la población en edades productivas.

No debemos olvidar que en México, a diferencia de lo que ha sucedido en otros países, el 36 por ciento de las defunciones registradas por COVID y reportadas por la Secretaría de Salud lo constituyen personas de entre 30 y 59 años, lo que tiene un impacto significativo sobre las condiciones de la familia, y para la sociedad representa una pérdida de capital humano. Además, esta situación es una muestra objetiva de las carencias de las organizaciones del Estado que deberían responder a esta problemática. Al respecto, autores como Fantin, Brenes y Barboza (2021), en el análisis de las defunciones de COVID en nuestro continente, concluyen que: “las debilidades de la cobertura médica de la población podrían haber creado una mayor letalidad en las poblaciones de menos de 60 años en América Latina y en los Estados Unidos”.

Los datos de la encuesta “*Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19*”³, estudio de campo realizado por la UNAM a través de la Coordinación de Humanidades en los primeros meses de 2022, y cuyas características se describen en otros capítulos de este libro, y que en adelante en este texto se denominará EPISC-19, muestran que para la mayoría de la población, concretamente para el 63 por ciento, la situación económica del país está peor que la que se tenía antes de la pandemia, aunque debe mencionarse que, en forma optimista, característica de los mexicanos, una de cada dos personas opina que en el año 2023 la situación del país va a mejorar.

Las cifras que muestran la evolución y el efecto de la pandemia definen escenarios que pueden ser considerados como catastróficos en diversos sectores de la sociedad, pero más allá de los números, la vida de las personas ha sido transformada y su efecto debe ser evaluado como acción inicial para superar las pérdidas provocadas por la pandemia.

Los testimonios que se presentan en este texto, y que reflejan apenas una parte microscópica de las vivencias de las personas a partir de los primeros meses del año 2020, cuando se inició la promoción del confinamiento para reducir la probabilidad de enfermarse de COVID, pretenden documentar el efecto que tuvo en las familias tanto la pandemia como las medidas para enfrentar al virus SARS-CoV-2 a través de una respuesta inicialmente no farmacológica.

EL CONTEXTO GENERAL

En condiciones críticas ha transcurrido nuestra existencia a partir del año 2020 con el reconocimiento de la pandemia y sus consecuencias en la salud. Nuestras percepciones sobre la vida y las relaciones con otras personas han tenido un cambio que se reflejará en el corto plazo, aunque el balance de sus efectos positivos o negativos no puede aún estimarse con certidumbre.

3 Encuesta Nacional “*Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19*”. Coordinación de Humanidades y Secretaría General. UNAM, 2022.

La incidencia de la pandemia sobre la macroeconomía ha generado una amplia serie de análisis que ponen énfasis en su carácter global, la respuesta sectorial a la caída de la actividad económica, la evolución de la demanda agregada y el empleo, o los mecanismos de política económica implementados por los gobiernos nacionales; todo esto, materia de los economistas, pero la sociología tiene, en el análisis de los arreglos institucionales que permiten la interacción de las personas en diversas organizaciones, la oportunidad de hacer evidente la manera en que cada una de ellas ha respondido a una situación que no se había visualizado y entender el papel de los individuos y su comportamiento en condiciones inéditas, con el objetivo de actuar con una visión estratégica que lleve a prever los efectos negativos de este tipo de situaciones y actuar en consecuencia.

Una de estas organizaciones es la familia, en la que se concretan las normas para garantizar la reproducción de la sociedad, lo que no se limita a la reproducción biológica e incluye transmisión de valores y creación del capital humano, con el objetivo de lograr su sobrevivencia en condiciones de bienestar que superen las de cada generación previa.

En el imaginario social, la familia constituye un modelo ideal y es “la célula básica” de la sociedad, origen de los males y bienes para su desarrollo. En esta visión organicista, cada uno de sus elementos tiene un rol que cumplir para nutrirla y desarrollarse individual y colectivamente, lo que en la práctica puede no suceder o, incluso, tener consecuencias negativas tanto por las decisiones de sus integrantes que no responden a una racionalidad en la que se benefician todos, como por las limitaciones derivadas de las condiciones que les impone su ubicación en la estructura de la sociedad.

Formar una familia es también en el imaginario social una tarea que todo individuo debe cumplir y esta aspiración se justifica porque en este espacio organizacional idealmente se encuentra apoyo y protección incondicional, situación que dista mucho de la realidad como ha sido mostrado reiteradamente por estudios en la materia (Welti, 2015). Al respecto, la EPISC-19 captó que las personas calificaron con un 8.4 en promedio, en una escala de 0 a 10, la satisfacción con sus relaciones familiares antes de la pandemia y esta calificación se redujo a 7.6 en la fecha de la entrevista.

Es evidente que después de la pandemia no solo nuestras percepciones sobre las relaciones en la familia cambiaron, también lo hicieron los roles que cada uno de nosotros está dispuesto a asumir en esta organización ante eventos como éste.

Como referencia general, que debe ser el foco de nuestra atención, tengamos presente que la estructura de los hogares y las familias se ha transformado aceleradamente en años recientes, y en México se han hecho evidentes tres características de su evolución: a), la disminución en el tamaño de los hogares familiares como resultado de la baja en el nivel de fecundidad y, por tanto, en el promedio de hijos; b), el incremento de los hogares unipersonales, y c), el incremento de los hogares familiares encabezados por mujeres, que representan ya una tercera parte del total.

Entre 1990 y 2020, el tamaño promedio de los hogares censales pasó de 5.0 a 3.6 integrantes, y el porcentaje de hogares unipersonales casi se triplicó, al pasar de 4.9 a 12.4 por ciento.

Además, según los datos del Censo de Población y Vivienda de 2020, 11.5 millones de hogares están encabezados por mujeres, y especialmente importante es el hecho de que 2 millones de mujeres viven solas en hogares unipersonales, lo que puede ser una condición relativamente pasajera en el caso de mujeres jóvenes que formarán en el futuro una familia nuclear, pero que en el caso de las mujeres de mayor edad está asociada a su situación conyugal de viudas en condiciones de vulnerabilidad, en las que un gran porcentaje carece de seguridad social y tiene alguna limitación física asociada al deterioro natural propio de la edad.

En este texto, por cierto, las protagonistas centrales son las mujeres, por lo que resulta importante conocer algunas de las características de esta población y en especial de quienes son jefas de hogar. En los hogares censales con jefas mujeres, éstas han tenido en promedio 3.2 hijos y, con respecto a su estado conyugal, la distribución porcentual es la siguiente: en unión libre, 12.8; separada, 19.2; divorciada, 7.8; viuda, 26.0; casada, 18.4, y soltera, 15.6. Puede verse, por tanto, que una de cada cuatro jefas de hogar son viudas, pero incluso entre mujeres casadas o en unión libre, en uno de cada seis hogares (16 por ciento), la pareja de la mujer no vive en ese hogar,

por lo que ellas tienen que enfrentar los problemas de la vida cotidiana y tomar las decisiones para resolverlos. En virtud de que estos son los datos del Censo de Población y Vivienda 2020, realizado en días previos al confinamiento, representan algunas de las condiciones en que la población nacional enfrentó la pandemia.

LAS PERSONAS, LAS FAMILIAS Y LA(S) PANDEMIA(S)

Hacer evidentes una serie de situaciones que contrastan la visión de la familia en el imaginario social y lo que ha sucedido en la pandemia COVID-19 es el objetivo de este texto, dando voz a quienes, bajo muy diferentes condiciones y disponibilidad de recursos, la enfrentaron.

Se presenta a continuación, a través de los relatos de personas que me permitieron documentar sus experiencias, una muestra de lo que ha sucedido en el ámbito familiar y que seguramente muchas personas no se imaginaron que sucediera o, para decirlo en una frase, hacer evidente que *la realidad superó a la imaginación*, esta última, que generalmente construye escenarios a partir de argumentos lógicos basados en modelos, y por tanto ideales, que no corresponden con la realidad cuando se presentan situaciones extraordinarias que no hemos sido capaces de visualizar previamente.

Las experiencias familiares muestran, además, como ya se planteó inicialmente, que en este ámbito se ha vivido no una, sino muchas pandemias.

Por los testimonios recogidos, los comportamientos de las personas pueden explicarse como reacción a situaciones que, para no utilizar absolutos, la mayoría no esperaba que en el siglo XXI se presentaran, y muestra en los extremos, tanto la insensibilidad como la solidaridad de las personas ante acontecimientos que estaban más allá de nuestra imaginación, como la pérdida abrupta del ingreso necesario para sobrevivir o las muertes causadas por el virus de varios miembros de una familia y la sobrevivencia de muchas personas con las secuelas que les ha dejado la enfermedad.

LA(S) PANDEMIA(S)

En la fecha en que redacto este capítulo del libro, la hoja del calendario de escritorio del año 2020 que está colocado a un lado de una de las computadoras que uso en mi cubículo en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM (y que así conservaré para no olvidarlo) mostraba cuando volví a trabajar en esta computadora, que por su capacidad utilizo solo para procesar grandes bases de datos, que habían transcurrido ¡102 semanas! desde que se recomendó que, como medida para evitar la transmisión del virus causante de la pandemia, permaneciéramos realizando nuestras tareas de investigación en casa, implementando las clases que impartimos a los estudiantes universitarios por vía remota y reduciendo, o de plano cancelando, nuestras actividades colectivas para evitar el contacto con otras personas. Este periodo se convirtió, por cierto, en uno de los más llenos de actividades académicas de mi vida, porque la posibilidad de interactuar a través de las diversas plataformas de comunicación a distancia, puestas a nuestra disposición por la UNAM, incrementó cursos, seminarios, asesorías a tesis y e incluso exámenes de grado, y por supuesto, actividades de investigación cuyos resultados se han publicado en revistas especializadas.

Yo podía suponer el día 20 de marzo de 2020 que *el encierro* duraría solo algunas semanas y que, probablemente, sería un periodo de confinamiento considerablemente más largo que el que vivimos en la Ciudad de México en la epidemia causada por el virus AH1N1, en 2009, pero *nunca imagine* que éste se prolongaría por más de un año y que pudiera generar los efectos que ha tenido en los individuos y en las organizaciones que componen la sociedad.

Conforme transcurrían los días de pandemia y, claro, como producto de los temas que abordo en mis investigaciones, en los que los sujetos centrales son las mujeres, su condición social, su comportamiento reproductivo, sus condiciones de vida durante la vejez y las políticas públicas y programas para atender sus necesidades, este sector de la población se convirtió además en sujeto de mi preocupación permanente.

Durante el confinamiento y la restricción de las actividades: ¿Las familias con hijos qué harían para mantenerlos en casa?, ¿cómo enfrentarían en casa los integrantes de las familias las demandas de la educación a distancia?, ¿cómo se haría compatible el trabajo y el cuidado de los hijos?, ¿cómo se organizarían las familias residentes en una vivienda si todos sus integrantes se enfermaban de COVID?, ¿qué harían las mujeres dedicadas exclusivamente al cuidado de los hijos si el padre enfermaba y, en la peor de las situaciones, fallecía por el SARS-CoV2? ¿Si la madre enfermaba, quién la iba a cuidar?, si es ella quien cuida a los hijos, al cónyuge, a las abuelas, abuelos y hasta a otros parientes cuando se enferman. ¿Qué harían los integrantes de una familia si su fuente de ingresos desaparecía?

Todo esto me obligó a pensar en un periodo reciente de la historia de la humanidad, y en particular de México, que parece que se ha borrado de la memoria colectiva por razones demográficas. Simplemente, porque una proporción importante de los adultos que lo vivieron han fallecido y muchos de los infantes de aquella época, que ahora deben tener 70 o más años, puedo suponer que no lo recuerdan. Me refiero a la epidemia de poliomielitis, cuyos impactos en México aún pueden observarse entre las personas sobrevivientes que sufrieron las consecuencias de haberse contagiado de un virus que, si no les causó la muerte, les provocó “parálisis infantil” y les afectó de por vida a ellas y a sus familias.

Esta epidemia se hizo presente en México con este carácter poco antes de iniciar la década de los años 50 del siglo xx y la década siguiente. Aunque las medidas para luchar contra esta enfermedad se iniciaron con la aplicación de gammaglobulina para incidir sobre la respuesta inmunitaria del organismo y enfrentar el virus de la polio, una vez que se contó con una vacuna con un nivel de eficacia aceptable se implementaron campañas intensivas de vacunación en las que enfermeras de la Secretaría de Salubridad y Asistencia recorrían pueblos, barrios y colonias para vacunar a los niños aplicando una inyección, por lo que éstos huían aterrorizados para evitar el piquete de la jeringa y las madres tenían que atraparlos para que fueran vacunados. Años más tarde, esta vacuna fue sustituida por una vacuna de aplicación oral que, además de ofrecer mayor protección, facilitó el proceso de inmunización de la población infantil.

Por cierto, no debe olvidarse que las primeras vacunas contra la polio, además de poco eficaces para prevenir la enfermedad, provocaron que infantes a los que se les aplicaba tuvieran reacciones adversas graves o, que, aunque los hubieran vacunado se contagiaron. Esto, afortunadamente, ante la inexistencia en aquellos años de redes sociales como las que caracterizan a nuestra época, no se socializó, porque seguramente muchas madres no hubieran permitido que sus hijos fueran vacunados.

Como ha sido recurrente en la historia de la humanidad, es posible observar episodios que parece que se repiten, y las experiencias vividas deberían ser aprovechadas como material didáctico por todos los sectores de la sociedad para actuar en consecuencia.

Lo que sucedió en materia de salud al concluir la primera mitad del siglo xx vale la pena recordarlo, y para el caso me remito a una nota publicada por el periódico *El Siglo de Torreón* en agosto de 1948, que apareció en su primera plana y que se reproduce íntegramente:

“La poliomiélitis continúa haciendo numerosas víctimas en la región norte de la República, pese a que las autoridades sanitarias llevan adelante la campaña contra este terrible mal.

El doctor Ángel Cuevas, comisionado por la Secretaría de Salubridad y Asistencia, informó lo anterior después de haber realizado una gira por la zona fronteriza.

La opinión pública del norte dice que fueron los Americanos los que llevaron a ese lugar el germen de la enfermedad.” (El Siglo de Torreón, 24 de agosto de 1948. Primera plana.).

Cinco años después de la publicación de esta nota, especialistas en esta materia afirmaban: “Parece que en la actualidad existen estudios y observaciones suficientes para admitir que la poliomiélitis se transmite por contacto

directo entre un enfermo y un susceptible. En consecuencia, es acertado suponer que los movimientos de las personas, y con mayor razón los desplazamientos de masas humanas en épocas de epidemia, han contribuido a la propagación de la enfermedad” (Ortiz, Calderón y Ornelas, 1953: 396).

Los autores mencionados hacían énfasis en el papel de la movilidad de la población entre México y Estados Unidos en la propagación del virus de la polio e intentaron mostrar una relación estadística entre la movilidad de los trabajadores estacionales agrícolas, denominados “braceros”, y la incidencia de la poliomielitis en México, aunque aclaran: “Probablemente en alguna época sí hubo importación de cepas, tal vez de virulencia o de afinidades distintas que determinaron el incremento de los casos paralíticos en México. Creemos que después de 1946 la enfermedad ha sido autóctona, existiendo hasta probable intercambio” (Ortiz, Calderón y Ornelas, 1953: 396); desde luego los autores se refieren al intercambio básicamente con los Estados Unidos.

Con una frontera de poco más de tres mil kilómetros con los Estados Unidos y una interacción intensa través de la línea fronteriza, el “germen” de la polio arribaría a nuestro país sin dificultad, igual que sucedió con el SARS-CoV-2.

Por cierto, décadas después, en el año 2020, la llegada del virus SARS-CoV-2 a nuestro país se hizo visible en los medios de comunicación cuando un grupo de mexicanos que había pasado sus vacaciones en famosos lugares para esquiar en los Estados Unidos regresaron enfermos e incluso algunos fallecieron, lo que generó la idea de que ésta era una enfermedad que atacaría solo a los “fifís”, término usado de manera despectiva por un sector de la sociedad y en especial por la clase política para referirse a las personas con recursos económicos y que sirvió para argumentar que los pobres no se enfermarían, y se usó como justificación de la falta de acciones eficaces en materia de salud en los primeros meses de la pandemia que protegieran precisamente a los pobres.

La intensidad de los contagios ha sido la característica de los virus a los que se ha hecho referencia, pero cuando apareció en México la poliomielitis, y ante el riesgo de una epidemia, el confinamiento como medida no terapéutica para enfrentarla no se planteó ni parecía factible en las condiciones del país, cuando la mayoría de las familias eran numerosas y el trabajo fuera del hogar de las personas requería de su presencia en el lugar destinado para

realizarlo. Simplemente no existía el trabajo a distancia ni las herramientas que lo hicieran posible.

No obstante, según los autores mencionados (Ortiz, Calderón y Ornelas, 1953: 406), se hacían recomendaciones “para que los niños menores de 5 años no asistan a los centros de concurrencia humana, pues en esa edad ocurre el 90% de los casos paralíticos (sic.)”.

Aunque la población en 1950 y 1960 era de solo 25.8 y 34.9 millones de habitantes, respectivamente, y en su mayoría asentada en localidades rurales, al final de su vida reproductiva, las mujeres mexicanas tenían en promedio 7 (siete) hijos. Además, los datos censales hacían evidente que una proporción significativa de las mujeres que no completaban la docena de hijos aspiraban a tener cuando menos “la media docena”. Una de cada tres familias tenía 6 miembros o más y era difícil pensar que, con esas familias numerosas, los niños pudieran permanecer confinados en sus casas y mucho menos que los adultos dejaran de trabajar. Los niños interactuaban con otros niños en las calles; desde luego, no podía pensarse en educación a distancia y las actividades con los adultos o entre los adultos tenían que ser presenciales. ¿Cómo mantener más de media docena de niños en casa?, sencillamente, imposible.

Si pensamos en aquellos años de nuestra infancia, ésta transcurrió en la calle o en el patio de las vecindades o los edificios de departamentos que todavía se construían con un patio central que era cancha de fútbol, parque de béisbol, plaza de toros y hasta pista de carreras de coches contruidos con tablas y ruedas de “baleros”.

Las condiciones en que transcurría la vida cotidiana en aquellos años hicieron imposible pensar en el confinamiento para evitar el contagio de la polio. Además, sin televisión que mantuviera entretenida a la población infantil, el confinamiento era una situación descartada. Fue hasta 1950 que se inicia la televisión comercial en México y, aunque no se tienen datos para estimar el porcentaje de viviendas en las que se tenía televisión en los años 60, pocas familias contaban con televisión y era común encontrar que aquellas que la habían adquirido y residían en colonias o barrios populares habían adaptado un espacio en sus viviendas para permitir, previo pago, que otras personas

vieran la televisión. Todo, en fin, estaba marcado por una interacción intensa entre todos los individuos, grandes y chicos.

En ésta, como en otras epidemias, las actitudes y acciones de las madres de familia incidieron sobre la sobrevivencia de sus integrantes.

Está suficientemente documentado el papel de la familia en las condiciones de salud de sus miembros, tanto en sus etapas preventivas como paliativas (Ross, Mirowsky y Golsteen, 1990), pero son las madres quienes tienen hasta nuestros días la responsabilidad central en el cuidado de la salud de quienes integran una familia y no solo de los propios hijos, lo que se constata con la información de diversas fuentes, tanto las encuestas de salud como las de uso del tiempo, y, por ello, destacar su papel en esta materia es fundamental para implementar acciones que contribuyan a enfrentar problemas como los que vivimos en las epidemias y, concretamente, en una pandemia.

No tuve oportunidad de preguntar a mi madre cómo vivió la epidemia de poliomielitis y cómo nos protegió y vacunó para que en aquella época y en etapas posteriores ninguno de los miembros de una familia numerosa nos contagiáramos de virus y bacterias que nos causaran enfermedades graves, pero puedo suponer que el acceso al Seguro Social que implementó acciones para que sus derechohabientes estuvieran protegidos permitió que saliéramos inmunes de esta epidemia y que recibiéramos atención adecuada a los problemas de salud en diferentes etapas de nuestras vidas.

Una pequeñísima muestra del papel central que el Instituto Mexicano del Seguro Social ha jugado en mi vida, así como en la vida de millones de personas, lo refleja un hecho concreto: me sé de memoria el número de afiliación al Seguro Social que tuve desde la infancia.

Con motivo de la pandemia COVID-19 me propuse conocer lo que vivieron las familias en México en los años 50 y 60 para evitar la polio, y la única posibilidad fue a través de recuperar la memoria de las personas sobrevivientes de aquellos años, que en el pasado tuvieron oportunidad de platicar especialmente con sus progenitoras sobre este episodio y me transmitieron sus experiencias.

Me relata Claudia que su madre “lo que hacía era rezar, ¿qué otra cosa le quedaba?, y, como era devota del Sagrado Corazón de Jesús, prometió que,

si nadie en la familia se enfermaba de la polio, iríamos los viernes primeros de cada mes a comulgar; bueno, nos tocó a mi hermano y a mí, que éramos los mayores y ya habíamos hecho la primera comunión, y así nos pasamos no sé cuántos viernes. Luego supe que la promesa era ir nueve viernes primero de mes, ¡nueve meses!, a comulgar, pero yo creo que nos pasamos más de un año haciéndolo.

“A mí sí me daba flojera ir a comulgar, porque cada jueves primero de mes teníamos que ir a confesarnos y la iglesia estaba lejos, y todo lo hacíamos caminando, y cuando me confesaba, a fuerza, el padre que nos confesaba quería que dijéramos pecados, pero qué pecados íbamos a tener, al menos yo ya no sabía qué decir, porque no podía decir que no tenía pecados, porque allí me tenía el padre, hincada en el confesionario hasta que le decía mis pecados. Le dije a mi mamá: ‘ya no quiero ir a confesarme’, pero rápido me convenció cuando me dijo que el Sagrado Corazón nos protegía de la polio; mientras a otros niños les había dado, a nosotros no.

“En realidad, nunca supe de niños enfermos graves y ya cuando estábamos más grandes sí vi a niños que no podían caminar por la polio”, me cuenta Claudia. “¿Que si me vacunaron?, mi mamá me dijo que sí, pero yo no me acuerdo, si me dice que me inyectaron, pues no me acuerdo. Lo que tampoco me acuerdo es que estuviéramos lava y lava las manos como ahora, y menos que nos quedáramos encerrados como ahora.

“No nos enfermamos de la polio, y aunque puedo decir bendito sea Dios, creo que debo decir bendita mi madre que nos cuidó y a todos nos vacunó contra la polio. Francamente no sé lo que hizo mi papá para cuidarnos y que no nos diera polio, para qué le voy a decir. Pero que yo me acuerde, mi mamá siempre fue la que nos llevó al doctor, pero, claro, casi siempre fuimos al Seguro Social porque mi papá tenía Seguro, o sea, tuvimos atención de los doctores por el Seguro Social de mi papá.

“Ahora con el COVID veo con preocupación a la gente que se enferma y no tiene Seguro, ¿qué hacen? Pues si no tienen dinero, pues se mueren, de dónde van a sacar para pagar un hospital, ir a un médico privado, y, no se diga, a un hospital, eso es para ricos”, añadió Claudia.

“¡Nos regresamos al Seco,⁴ no quiero que se me enfermen de polio!” les dijo la mamá de Esperanza a todos en su casa: “Yo ya no estaba tan chica, por eso me acuerdo; mi mamá estaba desesperada cuando le dijeron que a Paco, un primo, le había dado polio y estaba en el hospital, eso sí, no me acuerdo en qué hospital. Paco era mi primo y luego nos contó mi mamá que le habían dicho a mi tía que si no se moría porque no podía respirar, se quedaría parálitico del cuello pa'bajo, así que la preocupación porque nos enfermáramos era tremenda”, me cuenta Esperanza.

“Y ya se imaginará el miedo que teníamos yo y mis hermanas mayores de pensar en que nos enfermáramos de polio y quedáramos paráliticas. Los más chicos no se daban cuenta de nada. Ya luego mi mamá me contó que mi papá se puso como loco cuando le dijo que se iba con todas nosotras a su pueblo, porque allá no se había enfermado nadie. ‘¡Pues si sales de la casa no vuelves a entrar y a mis hijas no te las llevas!’ la amenazó, pero no sirvió de nada porque nos fuimos al pueblo del que habían salido mis padres.

“Afortunadamente allá todavía tenían casa porque la primera esposa de mi papá que ya se había muerto tenía casas y terrenos, y aunque ya habían vendido varias propiedades, todavía quedaba la casa a donde nos fuimos.

“Don Chico, no sé si así le decían o así se llamaba, que era el señor que cuidaba la casa y los animales y sembraba en los terrenos de la familia, ya tenía todo preparado cuando llegamos. Eso sí, no sé quién le aviso que nos iríamos al Seco.

“Mi papá no se fue para allá y se quedó con mis dos hermanas mayores, hijas de su primera esposa, porque no se podía quedar solo y sin que nadie lo atendiera. Yo creo que no se opuso a que nos fuéramos porque él era una persona que le gustaba estar informada y sabía de la gravedad de la enfermedad. En la mañana y en la noche alguna de mis hermanas le debía de leer todos los días el periódico. Él no sabía leer, pero además del periódico le gustaba que le leyeran libros.

“Claro, yo dejé la escuela igual que mi hermana más grande, pero mi otra hermana y mi único hermano todavía no iban a la escuela, estaban chiqui-

4 San Salvador el Seco, municipio del estado de Puebla.

tos. No me acuerdo cuánto tiempo estuvimos en el pueblo, pero yo ya no me quería regresar porque estaba muy contenta; tampoco mi hermana se quería regresar y las dos nos poníamos a llorar desde que nos dijeron que nos regresaríamos a la casa en la ciudad, y como nos preguntó mi mamá si llorábamos porque le teníamos miedo a la enfermedad, le dijimos que sí y santo remedio, nos quedamos allí hasta antes de la Nochebuena.

“Sí me acuerdo que nos vacunaron, pero ya mucho después supimos que a Paco ya lo habían vacunado cuando le dio la polio y no se murió, pero quedó mal de sus piernas, bueno de una más que de la otra, y siempre tuvo que usar unos aparatos de fierro para poder caminar.

“Yo creo que la decisión de mi mamá para llevarnos a su pueblo sí sirvió para que no nos enfermáramos, porque hubo otros niños en el barrio que se enfermaron y decían que la época de calor era la más peligrosa para contagiarse; yo no sé, pero creo que estuvo bien lo que hizo mi mamá. Regresamos cuando ya casi era la Nochebuena porque mi mamá tenía que preparar todo para poner el nacimiento y hacer las comidas de esos días, buñuelos, romeritos, mole y todo eso.

“Ahora recuerdo que la calle donde vivían mis tíos, los papás de Paco, era una calle muy empinada y para salir Paco no tenía problema porque estaba de bajada, pero cuando llegaba de la escuela y era de subida le costaba mucho trabajo, eso es lo que más se me quedó grabado de la polio. Por eso ahora me preocupa que a los que les da COVID, aunque se recuperen, creo que quedan mal, no pueden respirar bien, se cansan mucho, les duele la cabeza; me imagino que el COVID ya los dañó de por vida, ¿o no?

“ Después de lo de Paco, mi tía ya no tuvo más hijos y creo que siempre se sintió con culpa de que Paco se hubiera enfermado. Creo”.

¿Y tu papá que hizo?, -le pregunto a Esperanza,- ¿los llevó a vacunar, se preocupó o hizo algo para que no se contagiaran? “¿Mi papá?, a mi papá solo le interesaban sus negocios y qué bueno, digo yo, pero de las cosas de la familia no se ocupaba. Si nos enfermábamos, mi mamá nos llevaba al médico y todo; si nos enfermábamos, mi papá le echaba la culpa a mi mamá. Bueno, claro que la familia vivía bien con lo que mi papá ganaba. Tenía camiones de pasajeros y siempre estuvo pendiente de ellos”.

“Negación, negación y negación, eso hizo mi mamá para enfrentar la polio, porque no podía creer que existiera una enfermedad que no se podía curar y que enfermara a los niños que, si no se morían, quedarían paralíticos para toda la vida”, me cuenta Isabel.

“A mi mamá ya le había tocado ver cómo se enfermaban muchos niños de tosferina. Toda una historia me contó mi mamá cuando supo la primera vez que me tocó, ya de grande, andar en las campañas de vacunación como enfermera de Salubridad, no vacunando contra la polio, pero sí para tosferina o para prevenir otras enfermedades. Ha sido muy bonito eso, porque mi mamá siempre estuvo orgullosa de que yo hubiera sido enfermera”, me dice Isabel; “y aunque nunca me dijo, yo creo que lo que vivió con tantos hijos y tantas enfermedades, y que ella hubiera querido ser enfermera, hizo que me animara a estudiar enfermería.

“Primero estudié en la Cruz Roja y luego, como ya había practicado, me admitieron en la escuela de las monjas, y el hospital en donde estábamos, y que era en donde estaban las monjas, ese sí era muy bueno y tenía todo el material y equipo que se necesitara, bueno, el que había en la época, y estaba muy bien, porque había varias familias de ricos que les daban mucho dinero a las monjas para sostener el hospital. Aunque en ese hospital cobraban, sí les cobraban menos a los que no tenían dinero para pagar todo.

!Mi mamá era muy inteligente y había estudiado para ser contadora privada, auxiliar de contabilidad, aunque nunca trabajó porque se casó muy joven. Ella quería entender qué pasaba, por qué no salíamos de la tosferina y ya aparecía otra enfermedad como la polio. Me contó mi mamá que tenía pesadillas, que nos enfermábamos y estábamos graves, y, claro, con ocho hijos, no me quiero ni imaginar las pesadillas. Fuimos seis mujeres y dos hombres en total.

!Lo que le preocupaba a mi mamá es que, cuando la tosferina, había sabido que a niños vacunados les había dado tosferina, y si eso sucedía, no se quería imaginar qué pasaría con la polio.⁵ Así que se la pasaba pensando que

5 Carrada Bravo *et al.* (1982), al referirse a la vacuna contra la tosferina establecen que: “Al examinar la capacidad protectora de la vacuna mexicana, en niños

no, que no y que no, que a sus hijos no les iba a dar polio. Y no nos dio porque seguro que nos cuidó muy bien o por lo que sea. Y también es que a mis hermanos más chicos ya les tocaron las vacunas que estaban más probadas y todas se las aplicaron.

“Lo chistoso, bueno, no chistoso, es que mi mamá a lo largo de su vida no solo estuvo pendiente de que todos estuviéramos vacunados, cuando ya tuvo a sus nietos, también estaba pendiente y siempre me estaba diciendo que a mí me tocaba ver que todos en la familia se vacunaran, y eso no se me olvida, y se lo digo a mi hija y hasta a mis hermanas y mis sobrinas, y sí están pendientes, pero ahora con el COVID sé que se han vacunado, pero no sé si todos en la familia, pero yo mejor no me meto porque uno de mis cuñados es muy especial y no quería vacunarse, y no se le puede decir nada porque se enoja y se pone muy grosero con mi hermana”.

“A mí no me vacunaron contra la polio”, me dice Manuela.

¿Cómo que no la vacunaron, si cuando era niña la preocupación de los padres era vacunar a todos sus hijos por la epidemia de polio?, le replico.

“Pues sería la preocupación de las madres, pero yo fui huérfana; mi mamá se murió cuando tuvo a uno de mis hermanos y yo tenía como seis años y además tenía otro hermano y tan pronto enviudó, mi papá nos llevó un tiempo a vivir con una de sus hermanas, pero a tres chamacos quién los iba a querer cuidar y a un chiquitito, menos.

“No me acuerdo cuánto tiempo estuvimos viviendo con la hermana de mi papá, o sea mi tía, pero pronto se consiguió otra mujer y ya nos fuimos a vivir con ella, pero mi hermano chiquito se quedó con su hermana porque convenció a mi papá de que ya se había encariñado con él y, como no tenía hijos, se iba a dedicar a él. Fácil lo convenció, según nos contaron cuando ya éramos grandes; nosotros ni lo extrañamos ni nada”.

Pero ¿cómo sabe que no la vacunaron?, le pregunto.

expuestos al contagio familiar o extrafamiliar, se encontró que el inmunógeno producía una inmunidad suficiente para proteger contra una exposición poco intensa extrafamiliar, pero no protegía en el mismo grado contra la exposición intrafamiliar”. p. 423.

“De eso sí me acuerdo porque cuando me llevaron a inscribir a la escuela, no me admitían porque no estaba vacunada y yo me puse a llorar; mi madrastra, la esposa de mi papá, me dijo que varios días me la pasé llorando, no me vacunaron, pero sí me admitieron porque la directora de la escuela había sido la maestra de mi papá. Si me vacunaron después, no lo sé”.

A Guadalupe, hermana de uno de mis mejores amigos de la infancia, le dio poliomielitis y pude platicar extensamente con ella sobre este evento que marcó su vida y la de su familia.

La serie de situaciones que me relató superan los propósitos de este texto, pero seleccioné los que me parecieron significativos para el imaginario social en el que se inserta la familia y que a ella misma le interesaba transmitir como un relato didáctico.

“No tengo un recuerdo claro de cuándo me dio polio, mucho menos de lo que hicieron en mi casa cuando los doctores les dijeron que me había contagiado”, me dice Guadalupe; “de lo que ya me acuerdo es que me decía mi mamá que aprendí a caminar muy chiquita y aunque pude haber sido precoz para caminar, después no pude caminar y me sacaban en una sillita al patio para que jugara con las gallinas: había también guajolotes y conejos porque el terreno que mi abuelo les había repartido a cada una de sus hijas era muy grande, yo creo que como media manzana abarcaba el terreno y allí vivíamos varias familias y mis abuelos.

“Como no podía caminar y menos correr, yo les daba a las gallinas su alimento, y estaba rodeada de gallinas y guajolotes. Me convertí en la consentida de la familia.

“Me pusieron un aparato en la pierna que no podía mover y que se me fue poniendo flaquita, flaquita. Sí recuerdo que me llevaba mi mamá al doctor y también con doña Lolita, que sabía curar huesos y empacho, y curaba a los niños cuando “se les caía la mollera”; todo lo curaba con té; me acuerdo del té de cempasúchil que sabía muy feo, pero a mí me llevaba mi mamá con ella para que me frotara con unas pomadas que no me sirvieron para nada porque mis nervios ya los había afectado la polio.

“Tuve la suerte de que Aurorita, que había sido maestra de joven, pusiera una escuelita para los niños del barrio y allí me llevaban. Como estaba muy

muy cerca de la casa, después de un tiempo me pude ir caminando, y cuando aprendí los números pude contar cuántos pasos necesitaba para llegar: setenta y dos pasos, de puerta a puerta, eso nunca se me va a olvidar, ya de vieja se me olvidan muchas cosas, pero los setenta y dos pasos, nunca.

“Recuerdo que, en una fiesta del día de la madre, Aurorita organizó que nos disfrazáramos para representar unas canciones infantiles. *En el agua clara que brota en la fuente, un lindo pescado sale de repente...* Y si a ti te hicieron tu disfraz de pescadito”, me dice Guadalupe, “a mí, que no podía caminar, me disfrazaron de sirena y me paseaban por el patio de la escuelita en una carretilla de madera. Desde ese día fuiste conocido como pescadito, pero a mí nunca me dijeron sirenita. Sería porque no hay sirenas gordas, y siempre fui gordita”, ironiza Guadalupe.

“Todo cambió cuando tuve que entrar a la primaria; me inscribieron a la escuela más cercana, que para nada estaba cerca, y tenía que caminar una calle para tomar un camión que me dejaba a una calle de la escuela, pero esa calle era larguísima o se me hacía larguísima. Mi hermano mayor me cargaba la mochila, pero no le gustaba porque llegaba a la escuela con su hermana *la cojita*.

“Yo me enfermé de polio, no sé si antes o después de las vacunas, y mi abuela paterna durante años le estuvo diciendo a mi mamá que era castigo de Dios, porque algo malo habría hecho ella. No sé qué se imaginaba mi abuela, pero luego pude entenderlo porque mi hermano y hermana fueron morenos, morenos, como mi papá, y yo era la güerita de la familia, pero así era un poco mi mamá, *güera de rancho*.

“Por suerte, como dije, en donde vivimos el terreno se lo repartió mi abuelo, papá de mi mamá, a sus hijas, porque de otra manera yo creo que nos hubieran corrido de allí. Mi abuela siempre culpó a mi mamá de que yo me hubiera enfermado. Claro, las mamás siempre son las culpables. Sí fue un problema la polio para moverme, porque no había como ahora, que hay en muchos lugares facilidades para que pueda acceder la gente a ellos, aunque también hasta ahora subir al transporte público no es fácil si tienes limitaciones.

“A mí, no puedo decir que me discriminaron, pude estudiar, aunque recuerdo que en la primaria y la secundaria usaba una mochila como las que

ahora están de moda y creo que medio mundo usa, pero en aquella época me molestaban y me decían que cómo, estando cojita, me iba de excursión con mi mochila en lugar de ir a la escuela, y ahora, quién iba a decir, esas mochilas son las que están de moda.

“Yo estudié Derecho y ya me jubilé de la universidad, mi hermana enviudó y vive aquí conmigo, junto con su hija que se separó del marido. Sí que el COVID me hizo recordar otras epidemias y me asusta lo que puede pasar en las familias que tienen enfermos y muertos, y si se muere el papá y la mamá, ¿qué será de los hijos? Sobre todo me preocupa que haya personas que no se han querido vacunar y es por ignorancia. Parece que no aprendemos de lo que ya hemos vivido.

“Yo no me casé porque siempre estuve ocupada en mi carrera de abogada y, bueno, quizá tampoco lo pensé porque quién se iba a querer casar con una cojita, pero también tener hijos yo sabía que era un riesgo. Me acuerdo que Anita, una compañera de la universidad que también tuvo polio, pero a ella sí le había afectado más las dos piernas, y siempre usó muletas, se casó y se embarazó porque quería tener un hijo, y, claro, en el parto se murió, aunque no sé qué pasó, porque le hicieron cesárea y el bebé sí sobrevivió y ya debe ser adulto, se quedó con su papá. Yo no pensé tener hijos porque es mucha responsabilidad y no puedo decir que tenía toda la capacidad para tenerlos.

“Bueno, aunque parece que la polio está erradicada de México, con alguien que se enferme existe el riesgo de que se transmita si hay gente sin vacunar. Eso me sigue preocupando, yo pude salir adelante y estudiar y ser abogada; creo que eso hizo menos infeliz a mi mamá, porque a partir de que yo me enfermé, ahora estoy segura de que su vida cambió.

“Una enfermedad como la polio afecta a la persona que se enferma y a toda la familia, toda proporción guardada con el COVID, aunque la gente no se muera, las secuelas pueden ser para toda la vida. Pero no aprendemos”, concluye Guadalupe.

En la actual coyuntura, las entrevistas en profundidad que hice sobre el tema de la pandemia COVID-19 derivaron en reflexiones sobre las epidemias y su impacto en las relaciones entre las personas, pero igual que en las que se han reseñado previamente, al hacer referencia a la vida en familia, se destaca

el rol de la madre en el cuidado de todos sus miembros, y la carga y responsabilidad que esto representa en su vida cotidiana y la dificultad para que cada uno de sus miembros asuma nuevos roles en las condiciones de confinamiento y angustia permanente que genera el peligro de enfrentar la enfermedad o la pérdida de ingresos económicos que, en la línea del tiempo, se hace cada vez más evidente en sucesivas coyunturas.

Después de la epidemia de poliomielitis, un episodio más reciente que la mayoría de las personas adultas recordarán lo constituyó la epidemia de influenza asociada al virus H1N1, que en México apareció en 2009.

Sobre este episodio puedo destacar que las primeras reacciones a una situación inusual de incidencia de casos de neumonía atípica por parte de las autoridades sanitarias fue responder a través de la difusión de medidas para “mitigar la intensificación de la transmisión de influenza estacional en el país”, que de manera sistemática presentó la Secretaría de Salud en abril de ese año, 2009, a través de un boletín.⁶ La actitud mesurada de esta autoridad hizo que en el imaginario social no se vislumbrara una situación de emergencia, aunque lo que había detectado el sistema de vigilancia epidemiológica apuntaba hacia ello. Los casos de influenza que empezaron a surgir en algunos estados de la república no eran significativos, y menos aún se podía asegurar que las defunciones producidas por neumonía tenían como característica común, en aquellas en los que se pudo comprobar, la presencia de una nueva cepa del virus que tenía un componente porcino.

La presencia de casos de influenza en algunos municipios del estado de Tlaxcala, en los cuales el Atlas Agropecuario de ese estado contabilizaba el mayor número de cabezas de ganado porcino, como Huamantla o Ixtacuixtla (INEGI, 1996), y cuyas condiciones conozco desde mi infancia, era para mí una señal de que probablemente se trataba de personas que se habían contagiado de ese virus.

La evolución geográfica de la influenza en México parecía confirmar esta relación. Un caso que paradójicamente se transformó en una situación fes-

6 SSA. Acciones básicas ante la intensificación de la transmisión de influenza. Boletín Influenza 14/04/09. Secretaría de Salud.

tiva y fue aprovechada políticamente por el gobierno estatal para hablar de los éxitos de su política sanitaria, que permitieron que el niño Édgar Hernández, “el paciente cero” contagiado por ese virus, hubiera sobrevivido. A este niño, habitante de una localidad del municipio de Perote, en el estado de Veracruz, en la que se ubicaba una empresa de productos cárnicos, las autoridades le construyeron una estatua que hasta el momento se ubica en el parque de la localidad para convertirla en un atractivo turístico.⁷

Aunque desde los años 90 en México los casos de influenza son de notificación obligatoria, el flujo de información para documentar de manera confiable la evolución de esta epidemia asociada al virus H1N1 y el número de defunciones por esta causa no pareció ser ni oportuno ni completo, pero lo más relevante para los propósitos de este texto no es el análisis epidemiológico propio de especialistas en la materia y sí, en cambio, la serie de eventos visibles para la población en general asociados con la epidemia, así como la respuesta gubernamental y sus efectos en la vida cotidiana y en la organización familiar.

Del conjunto de medidas para enfrentar la epidemia, lo que adquirió visibilidad entre las familias fueron las medidas de mitigación y comunicación de riesgos que para la mayoría eran una novedad. Fue indispensable insistir en mantener la higiene en la vida cotidiana, lo que implicaba algo tan elemental como lavarse las manos frecuentemente y cubrirse la cara al toser o estornudar. La estrategia de comunicación fue intensa y, desde mi punto de vista, un acierto al haberse propuesto transmitir los riesgos de contagiarse sin querer minimizar el problema.

Ante el brote de casos de neumonía atípica que a partir de los primeros meses de 2009 fueron identificados por las autoridades sanitarias de cada una de las entidades federativas, y reportados a la Secretaría de Salud, la respuesta fue inmediata. Debe mencionarse que desde el año 2006 existía un “Plan Nacional de Preparación y Respuesta ante una Pandemia de

7 La localidad de La Gloria ganó fama mundial cuando se supo que entre febrero y marzo de 2009 se registró un brote de influenza. La cercanía con criaderos de cerdos propiedad de la trasnacional Granjas Carroll de México (GCM) generó sospechas sobre el origen de la nueva cepa del virus.

Influenza”. La coyuntura en 2009 lo puso a prueba y mostró la enorme brecha que puede existir entre los modelos de acción y su aplicación; no obstante, puede decirse que este plan significó una respuesta estratégica a los problemas en el ámbito de la salud asociados a las enfermedades que son ocasionadas por este tipo de virus.

El 24 de abril (jueves), el secretario de Salud del gobierno federal anunció que las clases en las escuelas de todos los niveles se suspendían en el Distrito Federal y en el Estado de México; el anuncio se hizo a las 11 de la noche, por lo que muchas personas se enteraron cuando se disponían a salir de su casa a la escuela.

El 25 de abril el presidente decretó una serie de medidas en el que se establecía que la Secretaría de Salud “implementará, pondrá en práctica, coordinará y evaluará todas las acciones que resulten necesarias para prevenir, controlar y combatir la existencia y transmisión del virus de influenza estacional epidémica”, y en el Artículo Segundo de este Decreto se establecieron la serie de medidas concretas para cumplir con este propósito, que el lector interesado puede conocer en el propio Decreto y evaluar después de lo que sucedió. Estas medidas incluyeron “inspección de pasajeros que puedan ser portadores de gérmenes, así como de equipajes, medios de transporte, mercancías y otros objetos que puedan ser fuentes o vehículos de agentes patógenos” (DOF, 25/04/2019).

Puedo suponer que las autoridades sanitarias se percataron de la gravedad de la situación, pero, después de decretar medidas para enfrentar e impedir la propagación del virus, apenas se atrevieron a decretar la suspensión de actividades en un periodo de cinco días en el que se incluían “dos días feriados”. El día 30 de abril de 2009, el secretario de Salud, a través del Diario Oficial de la Federación, “ordena la suspensión de labores en la Administración Pública Federal y en el sector productivo de todo el territorio nacional durante el periodo que comprende del 1 al 5 de mayo del presente año” (DOF, 30/04/2019).

Por primera vez en la historia de este país se promovía la suspensión generalizada de actividades fuera del hogar, pero no universal, de las activida-

des productivas y el confinamiento de las personas, como medida no farmacológica para enfrentar una epidemia.

La gente no se imaginó que este tipo de medidas pudieran implementarse, como tampoco pensábamos en años recientes que, para enfrentar los elevados niveles de contaminación atmosférica en el Valle de México, algún día se iba a prohibir la circulación de una proporción significativa de vehículos automotores cuando se decreten contingencias ambientales, y seguimos sin imaginarnos que esta prohibición pueda ser total. Estas medidas son equivalentes a enfrentar la mortalidad por accidentes viales prohibiendo la circulación de vehículos automotores.

Es importante mencionar que entre las medidas que se tomaron durante el episodio de H1N1, en el año 2009, se incluyó una campaña de comunicación intensa entre toda la población para promover medidas de higiene y el uso de cubrebocas, y los vehículos de transporte público, incluyendo el Sistema de Transporte Colectivo (Metro), fueron sometidos a procesos de sanitización permanente.

Como mencionó una de las personas que me relató sus experiencias, “desde 2009 debimos aprender que hay que lavarse las manos frecuentemente para evitar enfermarnos y que el transporte público es un espacio en el que podemos contagiarnos de casi cualquier enfermedad transmisible”.

En el entonces Distrito Federal (hoy Ciudad de México) se hizo una distribución masiva de cubrebocas, en especial en el Sistema de Transporte Colectivo y en los paraderos de autobuses. Se transmitió la idea de que todas las personas estábamos en riesgo de contagiarnos y, por tanto, debíamos protegernos. A ninguna autoridad se le ocurrió decir que “las estampitas religiosas” nos protegían. Se asignó a miembros del Ejército la tarea de distribuir cubrebocas en las calles del Distrito Federal y el Jefe de Gobierno consideró parar la actividad de todo el transporte público, aunque esta medida no se concretó.

El 26 de abril salió una procesión de la Catedral Metropolitana con la imagen del Señor de la Salud para pedir su protección ante la epidemia de influenza.

Para el 10 de mayo de 2009 la situación cambió drásticamente, y la influenza y el virus que la originó parecieron moverse en retirada después de

causar estragos en la economía nacional y en la salud de la población. El virus, sin embargo, no resultó ser tan letal como el SARS-CoV-2

Una muestra de lo que vivió la población de la Ciudad de México en su entorno más cercano, en éste que pareció ser un ensayo de lo que podía suceder una década después, lo expresan las historias que siguen, en las cuales las personas describen lo que vivieron en el entorno familiar en solo dos semanas de medidas extremas cercanas al confinamiento generalizado.

“He estado recordando todo lo que sucedió con el H1N1 y no alcanzo a entender por qué no nos sirvió de experiencia”, me dice Ma. Teresa, “o si sirvió de experiencia, sería para la gente como nosotros, que ante lo que vivimos en aquellos años, vaciamos los supermercados de todos los productos que podríamos necesitar y que podíamos comprar para aguantar un encierro en la casa.

“Todo mundo fue a comprar todos los rollos de papel de baño que cabían en el carrito del súper, eso pasó, y claro que yo también fui al Sam’s a llenar dos carritos, uno yo y otro mi empleada, y ahora no hice lo mismo porque solo llené un carrito de rollos; primero porque fui yo sola y segundo porque creo que no dejaban comprar más, pero ahora sí vi gente con cubrebocas y me acordé que en 2009 nos repartían en la calle cubrebocas y entonces pensé: hubo gente que sí aprendió del H1N1. Claro que me pareció exagerado que ahora usaran cubrebocas, pero tenían razón, y hasta vi gente que andaba con mascarillas de esas que usan los pintores cuando pintan y usan thinner, y eso sí que fue exagerado, pero a lo mejor no consiguieron otras mascarillas.

“Okey, pero ¿por qué lo primero que compramos en grandes cantidades es papel higiénico?”, me pregunta María Teresa.

No sé, ¿tú que piensas?

“Pues no sé, pero llama la atención. Yo creo que la gente se sentirá más segura ante lo que pueda pasar si tiene los rollos para el baño porque son artículos indispensables. Claro, se puede decir que lo indispensable son los alimentos, pero yo me imagino que esos no pueden desaparecer del súper o de los mercados, a menos que estuviéramos en una guerra y el papel sí. Además, ya no son baratos, pero no son tan caros, y también es que se pueden guardar en donde sea; cuando el H1N1 y ahora hice lo mismo, llené los clósets

de rollos de papel de baño y en cuanto pude seguí comprando. Ahora como pasaba el tiempo, hasta la cajuela del carro llené de rollos de papel higiénico. Bueno, si no te dicen qué puede pasar, yo creo que se justifica que hagamos compras de pánico.

“Bueno, pero regreso a mis experiencias con el H1N1. Primero tienen que ver con que no podía creer que se cerraran todas las escuelas y que te recomendaran no salir, y si salías debería ser para lo más indispensable. Sí me asusté, porque dije: ‘si cierran las escuelas ya con los cursos avanzados pueden perder el año los estudiantes’, pero como no duró mucho la suspensión, dos semanas, se pudieron reponer los días, pero más me asusté cuando vi que brigadas del gobierno se la pasaban desinfectando los vagones del Metro, el Metrobús y hasta en las terminales de los colectivos había gente desinfectándolos con cloro. Ya allí sí que me entró el pánico porque me acordé de la película sobre el ébola o algo así, en la que sale Dustin Hoffman y que nadie podía parar y las personas andaban con trajes especiales desinfectando todo.

“Tanto que estuvieron diciendo que había que usar cubrebocas y que lavarse las manos no sé cuántas veces al día y eso estuvo muy bien, porque la gente no se lava las manos, no somos un pueblo que se lave las manos, espero que eso haya cambiado, pero lo dudo; yo misma no me daba cuenta de eso y a partir del H1N1 siempre estoy diciendo a los familiares o los amigos; ‘¿ya te lavaste las manos?’ A partir de allí veo cómo preparan las tortas y los tacos los vendedores en la calle y claro que por eso la gente se enferma. Eso fue lo bueno del H1N1, que mucha gente cambió sus hábitos de higiene por el miedo a las enfermedades. Aunque no, creo que estoy exagerando, no mucha gente cambio sus hábitos higiénicos.

“Otra cosa importante, es que por primera vez empecé a pensar qué pasaría con la gente que estaba sola en su casa y no podría salir y si se enfermaba de H1N1 ¿qué haría? Allí sí que cambió mi manera de pensar. Tengo un tío que ya tiene 90 años y desde hace mucho vivía solo, no quiere vivir con nadie, se jubiló desde hace mucho; bueno él me preocupaba durante el H1N1, pero no le pasó nada y hace dos años se cayó en su departamento y ya no se pudo levantar, estuvo tirado más de un día hasta que el conserje del edificio vio que la luz estuvo prendida y le fue a tocar, pero no le respondió y me llamó por teléfono,

yo pensé ¡ya le dio COVID! Fui a encontrarlo en el suelo y no te digo cómo estaba... lo hemos tenido que colocar en una casa para gente mayor, porque no quiere estar con nadie de la familia. Afortunadamente con su pensión y sus rentas puede pagar ese lugar, pero la gente que no puede hacerlo ¿qué va a hacer? Bueno, si con el H1N1 en 2009 fueron dos semanas de encierro, no me imagino lo que habrá pasado ahora tanta gente sola o ya vieja en dos años de COVID”. Concluye Ma. Teresa.

“Yo creo que no tomamos en serio al H1N1 y por eso no nos sirvió de lección para lo que vino después”, me comenta Jorge, “tan no lo tomamos en serio, que la maestra Elba Esther en la inauguración de los cursos escolares después de la epidemia llamó a vacunarse contra la “INFLUENCIA AHLNL”⁸. Entonces, si la lideresa del magisterio mostraba este conocimiento, episodio que hasta ahora para quienes lo recuerdan es motivo de bromas, qué se podía exigir a las demás personas para que siguieran las indicaciones de la Secretaría de Salud.

“Yo no usé cubrebocas en 2009 porque me pareció una exageración, pero ahora veo que no, igual recuerdo que se decía en aquellos años que ante la falta de tratamientos y vacunas contra el virus H1N1, era de esperar que una medida para evitar los contagios sería el confinamiento. Tampoco lo tomé en serio hasta que la decisión se anunció.

“La suspensión de clases se tomó como un periodo de vacaciones adicional; aunque se pidió a los maestros que les dejaran tareas a los estudiantes, lo que se hizo fue realizar actividades de acuerdo con los programas de cada materia. Como este periodo no duró mucho tiempo, no hubo necesidad de planear actividades a distancia con programas de televisión y, por cierto, no existía Zoom o alguna plataforma accesible a toda la gente, o yo no la usaba. En las universidades sí podía hacerse porque ya se tenía experiencia en la edu-

8 Intervención de la maestra Elba Esther Gordillo en la ceremonia de apertura del Ciclo Escolar 2009-2010, el 24 de agosto de 2009. El lector interesado puede consultar la nota de Imagen Noticias con Francisco Zea, en: https://www.youtube.com/watch?v=yD-_RqpBJII.

cación a distancia. Este episodio yo creo que pasó de noche, porque no se pensó que duraría mucho el confinamiento en las casas.

“A mis hijos, que en ese entonces estaban en la prepa, les dejaron trabajos y se comunicaban por correo electrónico; por cierto, se organizaron para formar grupos para hacer los trabajos y creo que esto fue bueno para fomentar el trabajo colectivo, aunque, según escuchaba, como siempre, unos hacían los trabajos y otros no hacían nada”. Me sigue diciendo Jorge.

“La gente no tomaba en cuenta, no tomábamos en cuenta, cosas elementales como que la transmisión de la gripe o la influenza se da a través del contacto con las gotitas que esparce una persona que estornuda que está ya enferma. Yo creo que esto sigue sin enseñarse en las escuelas. No se enseña a ser responsables con nuestra salud teniendo buenos hábitos de higiene y cuidado con los demás si estamos enfermos de gripe. No sé si por el H1N1 se hizo el video de *¿cómo se lavan las manos?, las manos se lavan así...*”, me dice Jorge, y le respondo que no, que se hizo años después, pero que circuló profusamente durante esta pandemia.⁹

“Pues, ese video de *‘muere bacteria, muere’* es muy bueno y ya que toda la gente está pegada al celular viendo YouTube, esto debería aprovecharse para educar a la gente.

“Antes de la pandemia, la gente llegaba a su lugar de trabajo con un grippón a esparcir sus virus y a saludar de beso y yo creo que con toda la intención de contagiar a los demás, en fin. Lo que vivimos con el H1N1 se nos olvidó y se nos va a olvidar el COVID, aunque, claro, pasará más tiempo para que se nos olvide”, concluye.

Después de lo vivido previamente, desde los meses iniciales de la pandemia de COVID, decidí documentar sus efectos sobre una organización que es objeto prioritario de mis investigaciones: la familia.

Por obvias razones, la reducida interacción con otras personas me obligó a concentrar mi atención en el análisis de la información estadística que daba cuenta de la evolución de la pandemia y me permitía analizar la situación de

9 El video se puede ver en YouTube la siguiente liga <https://www.youtube.com/watch?v=6uezdgSrhLQ>

las familias y su contexto más general, utilizando los datos disponibles que fueron generando las organizaciones que forman parte del sistema estadístico nacional, con la enorme fortuna de contar, poco tiempo después, con la información del Censo de Población y Vivienda realizado por el INEGI en 2020, y que se recolectó coincidentemente con el inicio de la pandemia en México.¹⁰ Además, en el propio INEGI y en otras organizaciones se implementaron encuestas con el objetivo específico de conocer los impactos de la pandemia en diversos ámbitos de la sociedad o inferirlos a través de los datos de encuestas realizadas con otros propósitos.

Con mis vecinos, que constituyen el entorno más inmediato, establecí un diálogo para conocer sus vivencias en la familia en las fases iniciales de la pandemia, a través de entrevistas estructuradas que tenían como objetivo primario establecer las estrategias para enfrentarla, identificar su impacto sobre las relaciones entre sus miembros, las actividades que cada uno realizaba y sobre el rol de diversas organizaciones para apoyar los esfuerzos individuales en esta materia.

La realidad descrita por cada una de las personas entrevistadas superó lo que uno se podía imaginar. Familias que se desintegraron porque fallecieron varios de sus miembros o por uniones conyugales que terminaron. Episodios de violencia intrafamiliar, crisis económicas extremas y aparición de nuevas problemáticas en la familia se hicieron evidentes. Es posible suponer que la necesidad de hablar de las personas hizo que elaboraran un relato extenso de sus problemas que supera los propósitos de este texto.

El universo de personas entrevistadas se fue ampliando con el avance de la pandemia. La comunicación a distancia hizo posible el diálogo con otras personas a través de diversas herramientas tecnológicas que van desde el teléfono celular hasta las plataformas que permiten el diálogo grupal y que representan apenas una ventana microscópica para observar a la sociedad y que constituyen solo mi grupo de referencia, por lo que, tan pronto como fue

10 Se puede consultar al respecto: Welti, Carlos y Alfonso Ramírez (2021). Conocimiento sociodemográfico y respuesta institucional a una pandemia. El caso de México. *Papeles de Población*. Vol. 27 Núm. 107, pp. 41-101.

posible, decidí ampliar el número de entrevistas para incluir a personas que formaban parte de distintos tipos de familias para observar los efectos de la pandemia en esta organización, sin que buscara tener una muestra representativa a partir de la cual se pudieran hacer inferencias estadísticas para el conjunto de la sociedad, pero que tendría como propósito generar hipótesis que pudieran ser puestas a prueba en futuras investigaciones sobre el tema.

Un tema recurrente en los diálogos con las personas entrevistadas fue que no se habían imaginado el cúmulo e intensidad de situaciones asociadas de manera directa o indirecta con la pandemia y que, como yo, *nunca imaginaron* lo que viviríamos en los años iniciales de la segunda década de este siglo y que nos obligó a enfrentar una realidad desde las condiciones que impone permanecer en un espacio en el que solo interactuamos con la familia nuclear de la que formamos parte, sin poder estar en contacto con personas de otros grupos familiares o reduciendo al mínimo esta interacción, y que, en el extremo, para un número significativo de la población el confinamiento representó estar recluso en un espacio habitacional viviendo en soledad sin contar con el apoyo familiar y con las limitaciones físicas que impone la edad avanzada. No debemos ignorar que de los 4.4 millones de hogares unipersonales que el Censo de 2020 contabilizó en el país, en 1.4 millones de esos hogares vive una persona de 65 o más años, de los cuales el 60 por ciento son mujeres.

“Eso de que los pobres no se van a enfermar ¿quién se los iba a creer?”, me dice doña Malena, “si por aquí en la colonia medio mundo se enfermó; no digo que todos se murieran, gracias a Dios, pero cuando menos en cada calle supimos que había enfermos y que la gente no sabía qué hacer porque los hospitales no los admitían por tanto enfermo. En las familias grandes, que viven en la misma casa, pero en diferentes pisos, los que se ponían graves eran los mayores, pero gracias a Dios los viejos en las casas que conozco viven en el primer piso y no tenían que subir varios pisos, porque no hubieran podido hacerlo por el oxígeno que necesitaban y más se hubieran muerto. Ya sabe que nosotros hacemos un esfuerzo para darles casa a nuestros hijos, aunque no lo agradezcan, pero si no hay terreno, pues se construye piso tras piso hasta que aguante la construcción y luego hay hijas que quieren su casa, pero en el primer piso, y mandan a sus papás hasta arriba, y uno de vieja ¿pues cómo va

a subir?, y ahora con el COVID, la que no se muere, quién sabe cómo quede, y ni unos escaloncitos va uno a poder subir.

“Aquí la gente se enfermó porque nadie respetaba lo que se decía por la televisión, que no había que hacer fiestas, que los jóvenes no debían ir a los antros, pero aquí los jóvenes se la pasaban tomando en la calle y hubo pleitos de borrachos, pero nadie les decía nada, porque ¿qué iban a decir si eran sus hijos?

“Nosotros vivimos, toda la familia, en la casa que fue construyendo mi esposo desde que esto era puro cerro; según me contaba él, las personas que llegaban tuvieron que trazar las calles porque no había, y todo mundo se conocía, como en los pueblos y era gente honrada, no que ahora ya hasta miedo da salir, y ahora vemos gente que no sabemos de dónde salió, pero aquí encontró trabajo porque se metieron de taxistas, de taxis en regularización les dicen, porque no tienen placas o les ponen placas con caricaturas, y les va bien porque mucha gente tiene necesidad de estos carros porque no hay buen transporte por aquí.

“Con el COVID hubo muchachos que se quedaron sin trabajo porque los negocios donde trabajaban cerraron y no hubo de otra que se tuvieron que conseguir su taxi; bueno, uno de mis hijos trabajaba de mesero por Perisur, y aunque les mantuvieron su sueldo, no era igual por lo que ganan por las propinas y le decían que pusiera su carro de taxi, pero no quiso, porque me dijo que no quería andar en un taxi pirata, pero muchos, lo que se llaman muchos, tuvieron que buscar cómo obtener para vivir porque no la vieron fácil, y más si alguien de la familia se enfermaba; creo que por eso por aquí se ven tantos taxis sin placas y bien viejos, porque cualquier carro lo pusieron de taxi.

“Sí ha estado muy feo lo del COVID, porque los jóvenes contagiaron a los más viejos, pero no les importaba porque decían que de algo se tenían que morir. Para mí, en la familia, como que era la oportunidad para deshacerse de los viejos, y más si ya desde antes los viejos estaban enfermos, en el fondo, no creo que les importaba a mis hijos que me diera COVID, no vaya a creer que soy muy mal pensada, pero yo así vi las cosas. Con eso de que no había lugar en los hospitales y que había que quedarse en la casa, yo sí creo que hubo hijos que por irresponsables contagiaron a sus papás y luego dejaron que sus papás

se murieran antes que seguirlos cuidando, porque cuidar a un viejo no es nada fácil, se lo digo yo, y más porque si se morían no tenían que gastar en el velorio o en el entierro, bueno ni había entierros, porque a los muertos se los llevaban a incinerar por Iztapalapa para que no contagiaran con el virus.

“La pena porque un viejo o vieja como yo se muera pronto se les pasa a los hijos y más bien están viendo qué les deja uno. A lo mejor mis nietos me extrañarán, pero también se les pasa. Ya los veo preguntando: ‘¿Qué me dejó mi abuela?’ Eso sí, me llevaron a vacunar porque no puedo caminar muy bien; bueno, me acompañaron, porque la Delegación nos llevó en unos camiones a CU para la vacunación y hasta sillas de ruedas para que no tuviéramos que caminar los que no podíamos caminar nos pusieron. Todo muy organizado, eso sí, porque vi en las noticias el desorden en otros lados y los viejos que no se podían ni mover se quedaban sin vacunar, pero, como le digo, los viejos no les importan.

“Yo primero no me quería vacunar porque me daba miedo y muchas vecinas me decían que no me vacunara, y me decían que no necesitamos vacunas, y me repetían: “*toma el escudo grande de la fe*”, hasta me lo aprendí, pero ¿cuál escudo?, hubo gente que no se vacunó y se murió, pero como por aquí hay mucho Testigo de Jehová, cada quien con sus creencias y en eso creen.

“Ya mi nuera me estaba saliendo con que ya iba a ser de los Testigos de Jehová, y ahí si le dije, ‘pues es tu decisión, pero eso sí, te vas de esta casa porque aquí todos somos y seremos católicos’, y además no tiene justificación, porque yo sé que muchas vecinas se han vuelto *testigas* porque, como tienen prohibido beber alcohol, es la única manera de controlar a sus maridos borrachos. Es como esto de las drogas, dicen que muchos artistas se vuelven de esas religiones para salir de las drogas cuando ningún tratamiento les sirve. Pues igualito con lo del alcohol.

“Mi marido se murió hace varios años de enfermedades del hígado, pero no tomaba, solo de vez en cuando, y meses y meses estuvo enfermo hasta que ya no aguantó. Ya no tuvo que vivir esta pesadilla. Se dedicaba a la herrería y era muy bueno para el trabajo, y cumplido, por eso lo buscaban, quería que alguno de mis hijos se dedicara a la herrería pero a nadie le gustó; trabajaba con él uno de sus hermanos y siguió con la herrería pero ya no tuvo el local

en el que trabajaban, se cambiaron a un terreno más lejos, por el Estado de México, ese local lo volvieron tienda, y qué suerte, porque con la pandemia, aunque menos, pero siguieron vendiendo, y yo creo que solo con la herrería no hubieran tenido ni para comer, porque ese hermano tuvo muchos hijos y ya están grandes; algunos no trabajan, pero, eso sí, tienen esposa y dos o tres hijos, y mi cuñado Román, que así se llama, tiene quesque darles trabajo, pero mejor dicho, mantenerlos. Yo no sé de ellos por el COVID, pero deben estar bien porque ya hubiera sabido de ellos; ya sabemos que las noticias malas son las que vuelan”.

Rosa María me cuenta: “Pues no me lo va a creer, con la pandemia mi trabajo pasó de hacer el quehacer todos los días en la casa en donde trabajaba a hacer el quehacer y, además, cuidar a los enfermos en esa casa, porque, según me dijo la señora, a los pobres no les daba COVID y a mí no me pasaría nada. Y no me ha dado. ¿Por qué no me ha dado?, pues no sé, pero no será por pobre, porque conozco gente más fregada que yo que se ha enfermado y toda la familia se ha enfermado. ¿Por qué no me ha dado?, pues no sé, pero no me vacuné en las primeras vacunas y a la señora le urgía que me vacunara, pero yo le decía que me daba miedo que con tanta gente en los lugares de vacunación me contagiara y ya no me insistía.

“Como no tenía a qué salir porque todo lo pedían por su celular y no me daban ganas de salir los fines de semana a Cuautla, donde está mi familia, y allí no quería ir por miedo, pero no crea que solo al COVID, a las bandas de rateros y asesinos. Pues con todo, no había peligro de contagiarme o los que me contagiaran, en todo caso, iban a ser los de la misma casa, por eso no me preocupaba porque todos los días me tomaba mis vitaminas y me checaba el oxígeno y todo con los aparatos que había comprado el señor y que me enseñaron a usar.

“En la casa en la que trabajaba se enfermó el señor y se enfermó su hija, estuvieron encerrados pero no graves, y todos los días hablaban con los doctores que los estaban checando. La señora sí tuvo miedo de contagiarse y yo los atendía y les preparaba sus alimentos. Ella no quería ni verlos. Compraron cubiertos y platos y vasos desechables para no tener que lavarlos y la señora me pidió que le hiciera aparte su comida. En todo muy cuidadosa, pero un día

la señora se sintió mal y pensó que ya le había dado COVID y luego, luego, pidió que le hicieran la prueba COVID, y fueron a la casa de un laboratorio a hacérsela, pero le salió negativa. Santo remedio, porque yo sí me asusté, pensé, ¿si todos se llegan a poner graves yo qué hago? El señor sí estuvo muy agradecido, pero ni Jenny ni la señora me dieron las gracias por cuidarlos. Yo creo que hay pobres y ricos que no les ha dado, ¿por qué no a todo el mundo le ha dado si es muy contagioso?, ¿por qué a unos les da y a otros no? Yo estuve con enfermos y no me dio. Eso le deberían investigar”.

“Tengo tres hijos, dos, hombre y mujer, son de mi primer matrimonio, ellos ya no viven conmigo ya son adultos y ya hicieron su propia vida, y tengo una hija con mi actual pareja, esa hija que es la que vive conmigo. La pandemia sí nos afectó como familia, aunque iba a decir que no somos familia típica”, me cuenta Rosario.

“Pero, típica o no típica, somos una familia. Lo que pasa es que yo me separé hace ya muchos años, no he estado casada. Después de que me separé conocí a Manuel, él es profesionista y tiene un despacho de contadores importante. Es primo de mi comadre y por eso lo conocí en una fiesta de cumpleaños que le organizamos a ella. Siempre fue y ha sido muy atento, después de un tiempo me propuso que fuéramos pareja, pero él está casado y creo que seguirá casado, nunca me dijo que se iba a divorciar y que fuéramos pareja, para nada. Él tiene una hija que es doctora y después conmigo tuvo a Dianita, que tuvimos al año de ser pareja. Creo que esperaba tener un hijo porque con su esposa ya no pudo tener más hijos, se pone grave en el embarazo y más en el parto. Bueno, me convenció para ser su pareja. Ya que éramos pareja me llevó a Las Vegas, yo no conocía Las Vegas y yo creo que de allí es que me gusta ir a jugar a los casinos, a las maquinatas, y pocas veces, pero he ganado.

“El COVID nos afectó y el encierro nos afectó; durante meses no pudimos vernos, antes de la pandemia nos veíamos en la semana y hasta los fines de semana, cuando su esposa se quedaba en Miami, porque tienen desde hace muchos años un departamento en Miami, creo que tienen dos, uno que rentan y otro es el que usan cuando van. A la señora le encanta estar allá y tan pronto puede se va, porque se va de compras. Allá se pusieron las vacunas contra el COVID. Nos afectó la pandemia; primero, porque su hija se contagió

de COVID en el hospital, ella es especialista y le ha tocado duro con los enfermos graves. Pues ella también estuvo muy mal; claro, se tenía que contagiar y no sé, pero me imagino que le tocaba entubar a los enfermos que ya estaban muy graves y no me puedo imaginar que de estar atendiendo a los enfermos ella fuera la enferma.

“Manuel pensó que su hija no saldría de esa y estaba que nada lo consolaba, ¡y cómo no!, si es su única hija. Entre la enfermedad y la recuperación de su hija y que lo afectó mucho, pasaron varios meses sin que nos viéramos. Yo tengo mi sueldo de asistente ejecutiva, pero Manuel me da todos los meses para lo que necesite Dianita, nuestra hija, pero me da en efectivo, y como no nos vimos, pues no tuvo oportunidad de darme, y con lo que estaba pasando yo no me atrevía a pedirle y creo que hasta se le olvidó; él dice que no, pero yo creo que sí.

“Me las vi duras, porque, como no íbamos a la oficina, tampoco pude vender productos de *betergüer* (Betterware) que vendo entre mis compañeras. Todo fue duro porque no pensé que esto fuera a durar tanto tiempo; a mí se me hicieron muchos años, yo hasta pensé, cuando nos mandaron a nuestra casa, que regresaríamos para el 10 de mayo y que Manuel me daría mi regalo del día de las madres porque no se la pasa, para nada. Con esta experiencia, ya nos organizamos de otra manera y tengo una tarjeta de débito y Manuel me deposita. No sé por qué no lo hizo antes, pero creo que pensó que me dedicaría a gastar y gastar con la tarjeta, pero con las tarjetas de débito si no tienes saldo, pues no puedes gastar, malo; en todo caso que fuera tarjeta de crédito y allí sí, si una persona quiere fastidiar a su pareja se dedica a gastar sin control.

Después de esto, ahora los días que puede me trae de mi casa a la oficina, ahora se le facilita porque el edificio a donde nos mudaron en plena pandemia le queda cerca de su oficina, pero sí lo veo cambiado, creo que después de que se enfermó su hija a él le preocupa enfermarse, porque dice que si su hija está recuperándose es porque ella está joven y a mí también me preocupa que se enferme o que me enferme yo, porque Dianita todavía está joven y apenas va a entrar al CCH, le falta mucho para que pueda valerse por sí misma. No puedo saber si todas las familias la pasaron difícil como nosotros, pero no se lo deseo a nadie y, claro, ahora todos los días me preocupa el futuro, pero, bueno, nadie me obligó a tener esta relación con Manuel”.

Leoncio es tapicero, su tío, que en realidad fue como su padre porque se hizo cargo de él desde niño, le enseñó el oficio. Tío y sobrino han trabajado en un pequeño taller que no tiene más de 40 metros cuadrados ubicado en una avenida importante en el sur de la Ciudad de México reparando muebles, con tal esmero y puntualidad que no les faltaba trabajo. Quien deseaba que le tapizaran sus muebles debía “apartar lugar” y era probable que en un mes o más se comprometieran a hacer el trabajo que el cliente les solicitaba. Se les podía ver los siete días de la semana trabajando; por la mañana y por la noche sacaban y metían en su pequeño local los muebles que reparaban y, como es fácil suponer, los debían colocar de tal manera que todo cupiera en el espacio que tienen, como un rompecabezas. Yo tengo que decir que no he visto personas que trabajaran tanto como ellos, porque ni en los días festivos dejaban de trabajar. Por eso fue notorio que un día del mes de septiembre de 2020 el taller amaneciera cerrado y la siguiente semana apareciera una manta con el letrero: “*Disculpen, pero estará cerrado hasta nuevo aviso*”. Sorprendió que en la manta no se anotara “*para los trabajos no entregados favor de comunicarse al teléfono...*”, como suele hacerse. Después de un mes de que el local estuviera cerrado, los vecinos comenzaron a preguntarse qué pasaba con el maestro Pedro y su ayudante (Leoncio). En el número de teléfono que estaba colocado en el local no contestaban y nadie sabía algo sobre ellos. En febrero de 2021 la manta del local desapareció y al día siguiente estaba Leoncio haciendo el aseo de su taller con un tanque de oxígeno portátil a su lado. Esta es su historia.

“Pues no sé cómo nos contagiamos, si fui yo al primero que le pasaron el virus, o a mi esposa, a mi tío o a su esposa, pero todos nos enfermamos”, me cuenta Leoncio. “Yo fui el primero que se sintió mal, pero no pensé que fuera el COVID; un día cuando nos trajeron la comida que pedimos de aquí junto, ya no me supo a nada, pero no le conté a mi tío.

“En la noche, en la casa, tenía mucho escalofrío, y claro, era por la fiebre que ya tenía, pero me tomé una medicina que tenemos para la gripa y cuando me hizo efecto me pude dormir. Mi esposa como me vio me dijo: ‘se me hace que ya tienes el COVID’, pero yo seguía con que no, y en la mañana me fui al taller porque tenía que entregar un trabajo que me había comprometido, eso fue un sábado, después del 15 de septiembre, como nosotros no estamos acos-

tumbrados a beber, el día del Grito nos acostamos temprano y vine yo solo al taller el 16, el 17 fue cuando yo me sentí mal, como le cuento. El sábado estaba yo solo aquí en el taller porque mi tío fue a ver unas telas, en un rato ya no pude más y le hablé a mi esposa, ya casi no podía hablar y se vino de volada, con la suerte que nos llevamos bien con la doctora que está en el consultorio de los genéricos de aquí junto, cuando mi esposa fue a verla y le contó cómo estaba, vino paro acá rápido a verme. Bien que sabía la doctora que ya tenía el COVID; me puso su aparatito en el dedo y le dijo a mi esposa que me tenía que llevar a un hospital, porque ya no tenía oxígeno y me podía poner grave en unas cuantas horas. ¿A un hospital?, ¿pero a cuál hospital?, si nosotros nunca hemos tenido Seguro Social y el hospital que está aquí cerca es del Seguro. Mi esposa ya no sabía qué hacer y yo menos, cómo íbamos a ir a un hospital y con qué dinero, pero la doctora le dijo a mi esposa que me llevara al *Gea González*, que es del gobierno, y esperaba que me admitieran por cómo estaba. En eso llegó mi tío y se asustó, más porque él ya había estado malo desde hace ya un tiempo de cáncer en su cara. La doctora le dijo lo mismo, que me tenían que llevar a un hospital y la doctora le explicó a dónde llevarme, porque, claro, ir a un hospital cuesta tanto que nosotros no podíamos pagar. Mi esposa estaba llorando de no saber qué hacer, pero se calmó cuando mi tío le dijo que me tenían que llevar al *Gea González*.

“Pues que vamos los tres al *Gea González*, con la suerte de que estaba por aquí junto el sobrino de Nico, que a veces me viene a ayudar; el sobrino tiene un carro bien viejo, pero que usa como taxi por las mañanas y aunque creo que tenía miedo de llevarnos por los contagios, Nico lo convenció, porque ya había llevado enfermos y no se había contagiado. Yo ya no me daba cuenta de nada. La doctora nos dijo a dónde llegar y mi esposa en el *Gea* les dio la receta que nos había dado la doctora, no sé cómo le hicieron y no lo voy a saber, porque mi tío hizo todo, y en el hospital creo que me vieron tan mal que me quedé internado, estuve tres semanas sin enterarme de nada. Ya luego me fui enterando, mi esposa se enfermó y mi tío se enfermó. Mi tío se enfermó primero, ya no lo pudieron admitir en el *Gea*, yo creo que ya no cabían más enfermos, pero lo recibieron en el hospital del Ajusco Medio. No me imagino la que pasaron mi esposa y la esposa de mi tío, porque él solo duró una semana,

estaba tan mal que ya ni siquiera lo entubaron. Yo creo que mi tío no resistió por su edad y la enfermedad que ya traía desde antes. Mi esposa se enfermó, pero por suerte no grave, pero lo que sí, ya no pudo ir a trabajar al restorán en donde va a cocinar, ya no pudo ni salir, pero le dio tiempo de llevar a mi tío al hospital. Ella estuvo más de un mes sin trabajar. Claro, enferma, ¿qué la iban a admitir en el restorán? pero no la sustituyeron, le respetaron su lugar, porque la verdad es que no necesitaron más personal porque solo vendían para llevar o repartir a domicilio y ya no necesitaban preparar tanto alimento. Yo creo que ella se enfermó de todo lo que pasó; la esposa de mi tío bien viejita no se enfermó grave, pero cuando se sintió mal le hicieron la prueba en una carpa por aquí y, claro, salió positiva y dijo: ‘ahora sí que me voy a morir, si no es del COVID, de la edad’, pero no. Después de que salí del hospital estuve tres meses con el oxígeno, primero sin poder salir y sin dinero; mi esposa tenía que pedir prestado y sí que hubo gente que nos ha apoyado, con 20, 50, y, qué le digo, hasta mil pesos, eso no se me va a olvidar.

“Cuando tuve el tanquecito de oxígeno con sus ruedas ya me vine a abrir el taller, y la persona que me renta también me apoyó y me dijo que le fuera pagando como fuera, de todos modos, quién le iba a rentar si todo estaba cerrado y muchos negocios estaban cerrando. De aquí, la ferretería cerró y ya tiene más de año y medio cerrada.

“Éramos una familia de cuatro y en el mismo terreno, que no es muy grande, pero es nuestro, vive, bueno, vivía cada pareja en su casa, mi tío y su esposa y yo y mi esposa. Ahora somos una familia de tres, porque su esposa, ya de viuda, se quedó con nosotros; lo que es la vida, mi tío me adoptó desde chico, allá en Oaxaca, cuando me quedé huérfano y ahora nosotros adoptamos a su esposa.

“A mi tío lo incineraron y tenemos la urna de sus cenizas en su casa, porque su esposa quiere ir a dejarlas a su pueblo, a Oaxaca, en donde nació. Quién iba a pensar estas vueltas de la vida. Mi tío me enseñó un oficio para valerme en la vida y era un buen tapicero, ¿o no?”

Sí, desde luego, le digo a Leoncio.

“Será que soy muy resistente por ser de Oaxaca y tengo buena condición física y le aguanté al COVID, pero sí me preocupa que me vuelva a enfermar y

no sé si corra con suerte y me admitan en el *Gea González*, o que se enferme mi esposa o la esposa de mi tío, que ahora es mi responsabilidad, sin dinero y sin Seguro Social, ¿qué puede uno hacer?, eso sí me quita el sueño. La doctora de la farmacia de los genéricos me queda aquí cerca, pero si nos ponemos graves, ¿qué nos va a recetar?”

No quise incrementar la angustia de Leoncio por no tener acceso garantizado a servicios de cuidado de la salud, pero ante el panorama, en este país no se puede ser optimista. En el año 2020, según las cifras censales, una de cada cuatro personas no está afiliada a ninguna organización que ofrece servicios de salud, y aunque actualmente el Instituto de Salud para el Bienestar (INSABI) tiene como objetivo ofrecer estos servicios a la población que carece de seguridad social, lo que se vivió en los años recientes mostró las serias limitaciones que tiene para atender a la población que lo requiere.

La relevancia del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) en esta pandemia la hacen evidentes los resultados de la EPISC-19. La encuesta muestra que casi el 50 por ciento de las personas que declararon haberse enfermado de COVID fueron atendidas en el IMSS y solo un 6.7 por ciento en el INSABI. Los seguros privados de gastos médicos también cumplieron un papel importante en esta pandemia, ya que el 24 por ciento de quienes se enfermaron recurrieron a estos seguros; pero, como es posible suponer, personas como Leoncio y millones más no pueden acceder a estos seguros por su elevadísimo costo.

“Mi esposo se había quedado sin trabajo antes de que apareciera el COVID”, me cuenta Ma. Enriqueta, “porque con el cambio de gobierno, cambiaron también a mucha gente y Roberto, mi esposo, no se salvó del recorte. Tenía un buen puesto, porque era director de área y por eso mismo fue de los primeros que cambiaron, supongo que para que el nuevo jefe colocara a su gente. Ya tenía más de cuatro años en ese puesto y varios meses después de que entró la nueva administración le dijeron que pondrían a otra persona en su lugar, ya se lo esperaba, porque era personal de confianza.

“Afortunadamente somos muy bien administrados con nuestros gastos y algo ahorramos siempre. Además, no pagamos renta porque el departamento en donde vivimos se lo dejó mi suegra a Roberto de herencia, él fue el único hijo y estudió economía en el Poli. Yo estudié Bachillerato Tecnológico en

Contabilidad y trabajé de tiempo completo, hasta antes de que naciera Brandon, en un despacho de contadores y, antes, en una compañía de renta de automóviles, y me gustaba probarlos cuando llegaban y estaban nuevecitos, me dejaban manejarlos, y conocí de varias marcas de lujo.

“Después seguí trabajando por las mañanas mientras mi primer hijo estaba en la guardería, pero ya con Lesly dejé de trabajar y quedamos que así estaría hasta que estuvieran más grandes. Roberto pensó que encontraría trabajo, aunque no fácil, pero lo encontraría. Pasó el tiempo y nada, ya estaba desesperado y varios de sus amigos también se habían quedado sin trabajo, así que vimos que no estaría fácil. Mis papás nos ayudaban, pero qué me podían ayudar si los dos ya estaban jubilados. Roberto decidió meterse a Uber, porque todavía a principios de 2019, con el aguinaldo y lo que tenía ahorrado y lo que le dieron por el coche que teníamos, se pudo comprar un carro Nissan de ese año, así que para eso ha servido el carro nuevo, y yo que le decía que no cambiara de carro.

“No le gustó tomar esa decisión, pero la necesidad es la necesidad. Trabaja muchas horas, y si por él fuera, trabajaría más, pero en Uber no puedes manejar más de determinadas horas al día. Sí que es una friega, pero, bueno, pensábamos que solo sería mientras encontraba trabajo en su profesión. Ahora sabemos que hay conductores de Uber que son licenciados, ingenieros, y creo que hasta doctores hay porque no encuentran trabajo y ganan más en Uber que en los consultorios de las farmacias, que es en donde ahora les dan trabajo. Así que, ante este panorama, creo que por lo pronto no se sintió tan frustrado de que un licenciado en Economía fuera conductor de Uber en lugar de ser funcionario del gobierno. Se quejaba por el tráfico, pero más porque la gente no da propinas. Creo que cuando varias personas le dan buenas propinas es cuando llega contento a la casa, porque con lo que cuesta la gasolina, para un conductor Uber ya no es negocio.

“Pasaron los meses y, ¡zas!, llegó el COVID. Roberto se enfermó en julio; no puedo decir que no se cuidó, con la gente que sube y baja no se sabe si alguien está enfermó y pide el servicio. Según me dijo, no había llevado a alguien enfermo a un hospital, pero no le creo, porque bien que sabía a dónde ir cuando se sintió enfermo, y fue de inmediato sin decirme a un hospital del gobierno y, claro, le dijeron que tenía COVID y que tenía que aislarse en su casa

y no tener contacto con su familia. Solo le dieron unas pastillas y la receta para otras medicinas.

“Luego me contó todo lo que fue pensando cuando le dijeron que tenía COVID; que si nos iba a contagiar o ya nos había contagiado; que si se iba a morir si se ponía grave; que si necesitaba hospitalizarse, cómo le haría para pagar; que qué pasaría con nuestros hijos. Antes de que le diera COVID no creía en la enfermedad.

“Me llamó por el celular para avisarme. A mí se me cayó el mundo encima, pero dije: ‘de ésta también tenemos que salir’. Me dijo que no sabía qué hacer, pero que no debía estar en contacto con nosotros, o sea con mis hijos y conmigo. Su preocupación era que yo ya estuviera contagiada. Pensó que me debería ir con los niños a la casa de mis papás, pero eso era un peligro, ¿qué tal si yo ya tenía el virus y los contagiaba? Por suerte, el departamento que nos dejó mi suegra, como es un edificio antiguo, bueno, no tanto, tenía cuarto de servicio que usamos para guardar cosas, pero tiene un buen catre y su baño con regadera, así que le dije que se lo iba a preparar y que allí se encerrara.

“Claro que pensé: ‘si los vecinos se enteran no sé qué van a hacer, van a querer que mi esposo o toda la familia nos fuéramos a otra parte para no contagiarlos’. Lo bueno es que vivimos en el quinto piso y luego sigue la azotea, que es donde están los cuartos de servicio. Llegó, dejó en el estacionamiento el carro y se subió al cuarto que ya se lo tenía preparado. No quería que yo me le acercara y que solo íbamos a comunicarnos por el celular, lo que más le preocupaba es que me enfermara yo y ¿qué haríamos ahora si nos poníamos graves?, ¿y los niños? Y ¿cómo le haríamos si teníamos que estar en un hospital?, yo le dije que nos tendrían que recibir en un hospital del gobierno de la Secretaría para animarlo, ¡pero qué me iba a animar, si yo estaba viendo en las noticias que no recibían a la gente!, la mandaban a sus casas y la gente se moría allí. Yo me hice la prueba de COVID en una clínica de salud para la mujer que ya conocía porque allí me hacía la prueba del papanicolau y no cobran mucho. Salí negativa. Como les conté a las doctoras de Roberto, me dijeron que tenía que checar el oxígeno con un aparato, y que si marcaba menos de tal número lo debería ver un médico y, con menos, que no lo pensara, que tenía que ir a un hospital. Eso nunca se me va a olvidar.

“Bueno, grave por suerte no se puso, pero lo que sí es que le dio una diarrea tremenda que le duró varios días. Le dije que cuando comenzó con el COVID llegó a la casa como *Capulina*, porque es gordito, y luego iba, pero volando, a convertirse en *Viruta*, porque sí que enflacó, creo que perdió muchos kilos. Mi hermana, que vive en Querétaro, y mi hermano, que vive en Tijuana y trabaja en San Diego, nos apoyaron y me enviaron dinero por el banco a la tarjeta.

“Después de dos semanas Roberto no se puso grave, pero no se podía levantar de la debilidad y le preocupaba que no podía trabajar y seguía con una tos que nadie se querría subir a su coche. No sabíamos cuánto tiempo estaría así. Yo no me iba a quedar sin hacer nada y decidí que los niños se irían con sus abuelos y yo ya me había organizado mentalmente para trabajar sin decirle nada a Roberto. ¿Qué fue lo que decidí? Pues, obvio, trabajar en Uber, porque ya sabía todo lo que había que hacer y, como dije, soy buena manejando y me gusta.

“Como los dos pensamos que algún pasajero lo había contagiado en el carro, pues pensé qué debería hacer para evitar los contagios. Había visto en la calle y en televisión que muchos taxistas ponían un plástico en su carro para separarse del asiento de atrás y por una ventanita los usuarios que pagan en efectivo les pasaban el dinero; me acordé que, cuando fuimos a Nueva York de luna de miel, vi que en los taxis usan una división de plástico, bueno ahora sé que es una lámina de acrílico, por seguridad, no por el COVID, o quizá ahora para proteger su salud, y dije: ‘eso es lo que se necesita’. Le dije a Roberto lo que estaba pensando para protegerse en el carro y no me hizo mucho caso, pero yo en realidad estaba pensando otra cosa. Le hablé a mis amigos de la arrendadora de autos en la que había trabajado para que me ayudaran a colocarle al auto esa lámina, y, bueno, para no hacerla larga, el carro tiene una “pantalla de seguridad anticovid” de tres milímetros de grueso que me hicieron mis amigos, casi como las de los taxis de Nueva York, y tan bien les quedó, que les pidieron varios conductores que les hicieran unas y ya tienen ese negocio. Le dije a Roberto que su auto sería más seguro para él y sus pasajeros y eso le gustó.

“De dar el primer paso, al segundo y al tercero fue fácil. Me hice conductora de Uber. Si Roberto no se puso más grave del COVID, casi le da un infarto

cuando le dije que sería conductora de Uber. No quería y no quería, pero quedamos que yo trabajaría mientras se ponía bien. Trabajé dos meses solo por las mañanas y mis hijos se quedaron primero unas semanas con mis papás y luego con Roberto en la casa durante ese tiempo. El trabajo en un taxi es muy, pero muy duro en esta ciudad. Podría contar varias historias de mi trabajo en Uber, pero no tienen que ver con el COVID, lo que sí es que mucha gente no da propina a los conductores y con la gasolina cada vez más cara, sí está difícil la situación, y sí creo que la gente que ha trabajado en el transporte es la que más se ha arriesgado en la pandemia y no quiero pensar cómo le han hecho si se enferman; bueno, creo que, como yo, la gente le ha buscado para salir de esto como ha podido.

“Mi mamá y mi papá, felices de que les hubiera llevado a los niños, aunque estaban preocupados por mi trabajo como conductora, pero los convencí que era seguro y no me arriesgaría por los horarios o saliendo fuera de la ciudad, y que este trabajo sería solo por ahora y ya me buscaría otro.

“Roberto regresó a trabajar; yo, a la casa con mis hijos, aunque mis papás decían que se los dejara porque Roberto, con lo que ya había pasado, podría traernos el virus y contagiarnos, pero un mal día, porque no puedo decir que un buen día, mi mamá nos avisó que tuvo que llevar a mi papá al hospital porque se sintió mal, él ya tenía varios años malito del corazón. Se sintió mal por la mañana, pero no le dijo nada a mi mamá porque con el COVID no quería ir a una clínica por el peligro de contagiarse. En la tarde ya no pudo más porque no aguantaba el dolor en el pecho y se lo llevó mi mamá al hospital *20 de Noviembre*. Afortunadamente lo recibieron. Yo llegué al hospital cuando creo que ya le habían dado varios infartos, no sé cuántos, pero más de uno, al siguiente día se murió. Mi mamá dice que cuando lo llevaba al hospital, le dijo que había estado muy feliz en esos días porque había estado con sus nietos y que siquiera que el COVID hizo que se los lleváramos para cuidarlos y sus últimos días vivió feliz cuidando a sus nietos.

“Yo ya no he trabajado en Uber con pasajeros, pero ahora cuando puedo hacerlo, reparto productos especiales del súper, como son los vinos caros o productos gourmet, y aunque no todos los clientes lo hacen, los que me dan propina, sí me dan buena propina”.

“Rosa Iris me cuenta su historia: “¡Claro que me dio COVID, a mi papá no sé si le dio COVID; a mi mamá le dio COVID, a mi pareja le dio COVID, a mis hermanos les dio COVID!

“Primero nos avisaron que mi papá se había enfermado y que lo habían tenido que hospitalizar porque se sintió mal, pero que parecía que iba bien. Mi papá ya tenía tiempo de estar enfermo; creo que desde que se había jubilado se le aparecieron varias enfermedades, así que enfermo ya estaba, pero controlado. A la semana de estar en el hospital me llamó uno de mis hermanos para avisarnos que mi papá había fallecido, pero que no había sido COVID, no le hicieron prueba de COVID, pero les dijeron que no era COVID, o que si era COVID, ya qué importaba saberlo.

“Yo vivo y trabajo en Aguascalientes desde hace muchos años, pero soy de la Ciudad de México, allí me uní y nos venimos mi pareja y yo a Aguascalientes. Cuando nos venimos pudimos tener casa propia, porque allá vivíamos en un departamento en la colonia Moctezuma. Las vacaciones siempre las pasamos en la Ciudad de México, en la casa de mis papás o en la casa de los papás de mi pareja.

“Mi hermano nos dijo que no era necesario que viniéramos al funeral de mi papá porque era un riesgo viajar, pero mi marido me dijo que claro que teníamos que ir, y yo insistía que no, porque mi mamá también me había dicho que no fuera cuando hablé con ella, que en México había contagios por todos lados y que no velarían a mi papá en la funeraria porque no había funerales, que solo irían al panteón. Mi pareja siguió insistiendo y me convenció cuando nos avisaron que el entierro de mi papá no se podría hacer de inmediato porque los panteones no podían con tantos muertos, y que a mi papá lo incinerarían, que, mientras, su cuerpo lo tendrían en el hospital donde falleció. Nos fuimos en coche a México y fuimos al funeral de mi papá, que fue solo la incinerada en un lugar que no sé cómo se llama.

Estuvimos en la casa con mi mamá para acompañarla y planear qué iba a hacer porque no queríamos que se quedara solita, pero nos dijo que viviría sola y que si algo necesitaba mi hermana vivía muy cerca, que no nos preocupáramos. Nos reunimos todos los hermanos, y, claro, uno de mis hermanos, bien aprovechado, dijo que se iría a vivir con mi mamá para no dejarla sola,

pero en realidad era su oportunidad de irse con ella porque ha sido muy desobligado, se casó y se separó y tiene un hijo, pero no se hace cargo de él, y, claro, se iría con mi mamá para no pagar renta.

“Estuvimos unos días en México y de pronto nos avisaron que mi hermana y un hermano tenían COVID; lo primero que pensé fue en mi mamá, corrí a verla y me dijo que estaba bien, le tuve que decir que mis hermanos se sentían mal y les habían dicho que tenían COVID y que tenían que estar aislados. Mi mamá no lo podía creer y se puso mal de la preocupación porque me dijo que todos nos íbamos a morir de COVID, y que seguro que mi papá se había muerto de eso, que nosotros nos debíamos regresar ya a Aguascalientes. Ese día ya no tuve tiempo de preocuparme más por mi mamá, mi compañero ya estaba enfermo, me dijo que no era COVID, pero ¡qué va!, claro que era COVID; en la tarde ya se sentía muy mal y como en la familia mi mamá nos llevaba con un doctor que tenía su consultorio en la colonia y ese consultorio sigue funcionando con otro doctor, lo fui a ver, pero me dijeron que no estaba pero que le llamara por teléfono porque sí estaba consultando por WhatsApp; pero, claro, entendí que no se podía arriesgar viendo a los enfermos con ese contagiadero. En la noche me contestó el doctor y me dijo que tenía que estar checando su temperatura y su oxígeno; le recetó unas patillas, pero más mal se iba poniendo.

“En la colonia Balbuena está un hospital de la Secretaría de Salud y es el que más cerca nos queda de la casa de mi mamá y ya sabía que estaban allí atendiendo pacientes de COVID, pero él no quería ir; claro, le daba miedo que no saliera vivo del hospital. En la mañana ya no podía más y le hablé a mi hermano y tuvo que venir por nosotros para llevarnos a ese hospital, aunque podíamos haber ido al ISSSTE, ya había visto que la gente enferma era tanta que no podían atenderla y la regresaban a su casa, y él ya no podía estar en la casa. La gente del hospital nos recibió muy bien, aunque no pensaba que nos pudieran atender cuando vi a toda la gente enferma y sus familias por todas partes, y vi cómo llegaban más personas ya de edad avanzada que las traían sus familiares como podían. Bueno, hasta vi que a un viejito lo traían unas señoras en un diablito de esos que usan en los mercados para llevar las cajas de frutas. Creo que lo vieron tan mal que lo pasaron de inmediato y nosotros ya no pudimos entrar. Nos dijeron que se quedaría hospitalizado. Nos hicieron

la prueba rápida a mi hermano y a mí y salimos negativos. Nos dijeron que no tenía caso que nos quedáramos afuera del hospital, que estarían en contacto conmigo. Me hablaron como a las seis de la mañana para decirme que a mi pareja le había dado un paro cardiorrespiratorio y yo enloquecida me fui para el hospital, pero cuando llegué ya había fallecido, no lo podía creer. Esto era una verdadera pesadilla. Le hablé a mi hermano pero tardó una eternidad para llegar al hospital, yo hasta pensé que no quería ir por el temor a contagiarse, pero por fin llegó para ver qué haríamos con mi pareja. Como ya teníamos los datos de la funeraria que se hizo cargo de mi papá, nos dijeron que, como éramos clientes, no nos podían atender, pero nos pondrían en contacto con otra funeraria que nos atendería.

“Le avisamos a la familia y a los hijos de mi pareja, pero les pedimos que no vinieran al hospital y que lo incineráramos cuando se pudiera. Lo incineramos y sus hijos se quisieron quedar con sus cenizas, porque las pondrían en un nicho en una iglesia. Mis dos hermanos me apoyaron en todo, pero creo que por eso mismo siempre estuvieron arriesgándose, yendo de aquí para allá para arreglar todo. Yo ya no podía más, pero seguía más, mi hermana se había sentido mal y estaba aislada en su casa, pero aparentemente controlada; pero, claro, estaba preocupada por mí. Mi mamá no podía creer lo que estábamos pasando y me rogó que me regresara a Aguascalientes, que no debimos haber ido cuando se murió mi papá, yo le dije que no la dejaría sola, pero casi casi me amenazó que si no me iba me correría de su casa, y que mi hermano, el que no estaba enfermo, se quedaría con ella.

“Yo no me podía regresar porque no podía dejar a mi mamá sola y con mis hermanos enfermos. Pero yo ya me empecé a sentir mal en serio; aunque me sentía fatigada y con dolores en todo el cuerpo desde unos días antes, como había salido negativa en la prueba, no me preocupé, pero ya no me sabía la comida y no tenía olfato, conclusión: COVID. Llamé a la Secretaría de Salud y me dijeron dónde había un lugar cercano para ir a hacerme la prueba para que no fuera en taxi. Me confirmaron COVID y me mandaron a mi casa y que tomara paracetamol. Mi hermano afortunadamente salió otra vez negativo.

“Uno de mis sobrinos me habló para avisarnos que su papá, mi otro hermano, se había sentido enfermo y rápido se fue al Seguro. No sé cómo le había

hecho mi hermano enfermo, pero lo admitieron tan pronto llegó al hospital de la Clínica 25 y de allí lo enviaron a un hospital que habían puesto en el Autódromo de la Magdalena Mixhuca; me habló por teléfono cuando ya estaba allí y casi me da a mí un infarto, pero me dijo que no me preocupara, que lo habían admitido para monitorearlo y que estaría mejor que en su casa, solo unos días para recuperarse bien, que por eso me hablaba él para no asustarme, y estaba allí para recuperarse y que se había encontrado a una amiga enfermera y por eso me hablaba del teléfono de ella y a través de él me informaría cómo iba, porque en ese lugar no se daban abasto para informar a los familiares de los pacientes. Eso me tranquilizó por un rato.

“A mi hermana la habían llevado de urgencia otra vez al hospital de Balbuena y estaba en terapia intensiva; bueno, ya no voy a dar detalles de esta parte de la pesadilla, porque me pongo mal, pero mi hermana y mi hermano también fallecieron, yo decía: ‘eso ni en las películas de terror pasa y a mí me está pasando’. Pero la pesadilla no acababa; yo creo que del virus de la pena, no de COVID. Mi mamá se puso mal, la llevamos al ISSSTE y duró dos semanas hospitalizada, yo creo que ante tanta tragedia ya no quería vivir. No, no, no, no podía aceptarlo, llegué a México para el funeral de mi papá y se me murieron, además, mi pareja, mi mamá, mi hermana y mi hermano. Sobrevivimos de esta familia un hermano y yo.

“Además, resulta que nunca me casé con mi pareja; él se había divorciado, pero después de tantos años que vivimos juntos no nos casamos y, por tanto, hasta ahora ha sido un lío arreglar todo lo que tiene que enfrentar una viuda que nunca se casó. Con o sin COVID, la gente tiene que aprender además de esta situación y por eso lo he contado. Mi pareja nunca se quiso comprar un seguro de vida porque me dijo que para qué se lo compraba si él no lo iba a disfrutar; pues, obvio, pero uno no sabe cómo va a acabar, ¿quién nos asegura que se va a morir tranquilamente en su camita?, supongo que pensó que yo quería que tuviera seguro para que lo pusiera a mi nombre. La casa la compramos con una hipoteca y los dos contribuimos, pero está a su nombre y, claro, sus hijos se quieren quedar con todo. Ahora empieza otra lucha”.

“Pues me curé, pero yo creo que ya nada es igual”, me comenta Mario, “tanto por mi salud como por la familia. En la casa, afortunadamente solo

yo me enfermé y, claro, como estuve atendiendo pacientes en el hospital del Seguro y en mi consultorio, para mi esposa, me contagié en el Seguro o en el consultorio; puede ser, pero por mi especialidad no tuve contacto con pacientes COVID, ni el hospital era COVID. Pero claro que pude tener contacto con personas asintomáticas. Tomé todas las preocupaciones posibles cuando vi que amigos y otras personas cercanas se estaban enfermando. Lo que estaba sucediendo se explica fácilmente: no estábamos preparados ni sabíamos con certeza cómo evolucionaría el virus, y lo que es peor, ni en el Seguro ni en el hospital en donde está mi consultorio había material y equipo para enfrentar la pandemia. Para el personal fueron jornadas heroicas, no exagero. Simplemente no se daban abasto. Eso ya está documentado ahora, y las muertes del personal médico lo muestran, pero no es esto lo que quiero contar.

“Nunca piensa uno que puede ocurrir, si en una familia con hijos, la mamá y el papá fallecen, ¿quién se hará cargo de los hijos si los padres fallecen, haya o no haya pandemia? Yo creo que me enfermé porque fuimos a celebrar la Navidad con la familia de mi esposa, y aunque yo no quería ir, fuimos. Comimos con mi suegra, mis cuñadas y sus familias el 24 para tener nuestra propia cena de Nochebuena en nuestra casa, y quedamos en regresar el fin de semana. El 25 fue viernes, pero no iba yo a salir el 25, era día de quedarse en casa. No vi que en la reunión familiar tuvieran cuidado, y con mi cubrebocas, me decían que si yo estaba enfermo. Ya no pudimos regresar a la comida del fin de semana porque el esposo de una de mis cuñadas el 25 se sintió mal y el sábado lo tuvieron que llevar al hospital. Como tienen dinero no hubo problema para que lo admitieran, y, claro, era COVID. ¿Quién crees que los contagió?; según la familia, yo, porque, qué casualidad que ya iba con cubrebocas. Los siguientes días lo tuvieron que pasar a la UCI y ahora mi otra cuñada también se había enfermado. Respondió al tratamiento el cuñado y no tuvieron que entubarlo, también mi cuñada se mejoró después de estar aislada y tienen la fortuna de contar con una empleada de toda su confianza desde hace varios años que se hizo cargo de ella y de los niños, porque mi otra cuñada no creo que los hubiera recibido, pues estaba espantada de que pudiera también enfermarse.

“Nosotros nos hicimos una primera prueba y solo yo salí positivo. Yo estaba bien, pero empecé a tener tos el miércoles, mis niveles de oxígeno esta-

ban bien, pero para no estar en la incertidumbre me hicieron la prueba más confiable, que fue confirmando que tenía COVID; a mi edad y con COVID, sí me preocupé. Ivonne se hizo nuevamente la prueba y salió negativa y mis hijos solo les hicieron una con resultados negativos. Me aislé de inmediato y empecé el año 2021 aislado. La pasé mal, pero siguiendo estrictamente los tratamientos que definieron los amigos especialistas, aunque no pude tener acceso a algunos medicamentos que estaban probando. Salí de ésta pero no como entré, aunque sigo creyendo que me contagié en la reunión familiar, ya no estaba dispuesto a arriesgarme en el Seguro sabiendo que varios amigos se enfermaron y fallecieron porque no trabajaron en condiciones de seguridad adecuadas. Eso es innegable, no exagero, pero debo repetir que cada día se jugaron la vida hasta que el virus se las quitó. Decidí jubilarme del Seguro y dedicarme a la investigación y a mis clases en la universidad, pero lo más importante es que entre nosotros, en la casa, cambió la percepción del futuro. Pienso en mis hijos, aunque es importante asegurar económicamente su futuro, esto no es suficiente; es necesario el apoyo de los padres y más cuando están tan chicos como ellos y apenas están en la secundaria.

“Yo creo que mi esposa y mis hijos me vieron muy mal mientras estuve enfermo; no me han dicho que pensaron que me iba a morir, porque mi esposa es muy supersticiosa y no fuera a ser la de malas y sus pensamientos se cumplen. Creo que ahora que ya me jubilé me miran como un anciano y para todo me están cuidando y está bien, pero creo que exageran. Si salgo, están viendo que me ponga suéter, además de mi saco, que no ponga el aire acondicionado en el carro para no enfermarme de los bronquios, que solo atienda a pacientes que esté seguro que no tienen COVID, que mis clases solo las tenga por Zoom; como me gusta ir al mercado, que no vaya si se puede pedir todo por teléfono, en fin, casi, casi que me debo quedar en casa para no contagiarme. Están pendientes de mi salud, pero creo que les preocupa que no pueda superar una situación como la que enfrenté. Esta preocupación no estaba presente en la familia antes de la pandemia y adquiere otro nivel, en nuestro caso, porque siendo médico, me imagino que siempre pensaron que fácilmente yo resolvería cualquier problema de salud, si para eso estudié en las mejores escuelas y con médicos famosos, pero ahora es evidente que la medicina es una disciplina

experimental y cada uno de nosotros forma parte de un experimento, cuyos resultados han permitido que alcancemos la esperanza de vida que tenemos, pero como todo experimento, sus resultados reflejan probabilidades. Lo que enfrenté hizo consciente a mi familia de que el hecho de que seas médico no te hace inmune a las enfermedades. ¿O, tú qué crees?”, concluye Mario.

LO QUE NOS HA DEJADO LA PANDEMIA

Aunque el conocimiento científico nos obliga a no usar absolutos por lo que hemos vivido en años recientes, aprovecho la libertad para decir: estoy seguro, la pandemia pronto se nos olvidará. Y esto por muchas razones, una de ellas es que como mecanismo de autodefensa tratamos de olvidar las experiencias negativas de carácter traumático porque no podemos vivir en la angustia permanente; sin embargo, la limitación de recursos, lo que incluye la falta de conocimiento para advertir los riesgos que generan los peligros y nuestras condiciones de vulnerabilidad, explica que borremos del imaginario social las experiencias que, bien aprovechadas, servirían para incrementar nuestra seguridad y supervivencia ante una pandemia.

La pandemia mostró que, aunque no estábamos preparados para enfrentarla, el conocimiento científico, en contradicción con la idea generalizada que aún persiste entre la población, produjo en poco tiempo respuestas a los problemas de salud que provocó el virus. Las respuestas de corto plazo que se concretaron en el desarrollo de vacunas, tratamientos antivirales o de otro tipo, son cada vez más efectivas, aunque su acceso para toda la población está limitado por condiciones estructurales, incapacidad de las autoridades gubernamentales para hacerlas accesibles, e incluso, decisiones políticas. Estos avances científicos, además, no han logrado mayores coberturas para proteger a la población, no solo por la falta de recursos, también por la prevalencia de creencias y supersticiones que atribuyen el origen de las enfermedades a fuerzas del mal que solo pueden ser enfrentadas por su(s) contraparte(s) en el ámbito de lo divino.

Es importante en este periodo posterior al confinamiento saber a qué le teme la población para poder actuar y resolver los temores que se originan en

condiciones sobre las cuales el ser humano tiene control y, específicamente, a través de políticas públicas que sirvan para generar el conocimiento que lleve a las personas a tomar decisiones racionales en busca de su bienestar, respetando a las instituciones que se crearon con este objetivo y a las mismas personas con las que estamos obligados a convivir en sociedad.

En el imaginario de las personas, el COVID constituye una amenaza, pero los resultados de la EPISC-19 son una llamada de atención para quienes toman decisiones de política pública.

A la pregunta incluida en su cuestionario: ¿En estos momentos a qué le tiene más miedo?, el 47 por ciento de las personas expresó que su mayor temor es ser víctima de un delito y solo el 14 por ciento teme contagiarse de COVID. De manera especialmente importante, cuando se preguntó: “¿Por lo que usted piensa, lo que nos va a ayudar a poner fin a la pandemia es:...?”, el 60 por ciento contestó que “la vacunación de todos en la sociedad”; pero solo el 14 por ciento consideró que “las políticas de salud del gobierno” podrían ser la solución a la pandemia; y, para llamar nuestra atención, una de cada diez personas entrevistadas expresó que la solución sería “la voluntad divina”. Un especialista puede decir con razón que la vacunación es parte de una política de salud, pero la población la ve como una acción aislada que no constituye una, de toda una serie de acciones estratégicas, especialmente ante posiciones nada claras, titubeantes o francamente irresponsables por parte de autoridades gubernamentales, que en nuestro país lo ejemplifican afirmaciones como que los pobres no se enfermarían, que el cubrebocas no servía protegernos o que las imágenes religiosas serían un escudo ante el virus.

Lamentablemente no hay una vacuna para la inseguridad pública y ofrecer seguridad es una obligación del Estado que depende de políticas y acciones gubernamentales que tengan este objetivo, por lo que después de dos años de confinamiento es comprensible que ser víctima de un delito sea la mayor preocupación de la población.

Las cifras de alrededor de 400 mil defunciones registradas y originadas por el COVID durante los años 2020 y 2021,¹¹ que luego han sido ajustadas a la

11 Base de datos de la Dirección General de Epidemiología de la Secretaría de Salud,

baja, pero superan las 300 mil, compiten y son derrotadas por la percepción de preocupación o incluso terror que genera el número de hechos delictivos que sufre la población e incluyen actos que atentan contra la propiedad de las personas, su integridad física y, en el extremo, su propia vida, por lo que en el imaginario de las personas, además del COVID, estamos ante una pandemia de violencia delictiva a la que no se le ha enfrentado, probablemente por incapacidad gubernamental, porque no deseamos pensar que por complicidad.

Más allá del discurso, la pandemia y las vivencias de personas concretas han mostrado que el acceso universal a los servicios de cuidado de la salud debe ser un objetivo central de las políticas públicas; no se puede decir que se busca una sociedad equitativa y que el foco de atención son los pobres si no se garantiza que todos tengamos acceso universal a estos servicios.

Las vivencias relatadas por las personas en este texto corresponden a los habitantes de un ambiente urbano en el que destaca la posibilidad de encontrar fuentes de ingresos para enfrentar la pérdida de empleo o los gastos de la enfermedad desarrollando actividades que solo se presentan en las ciudades, como el ambulante, el transporte público e incluso la mendicidad, pero es importante saber cómo han vivido la pandemia los habitantes de las localidades rurales del país, en las que se incluyen 169,000 localidades menores de 500 habitantes, que representan el 89 por ciento del total, y en éstas habita apenas el 8 por ciento de la población (10.4 millones de personas). Aunque la dispersión y aislamiento de muchas de ellas pudo haber impedido que se contagiaran del virus sus habitantes, para las personas que se enfermaron de COVID debió haber sido una odisea acceder a servicios médicos para enfrentar la enfermedad y estas experiencias no están documentadas.

Conocer la manera en que se ha vivido la pandemia en las localidades, según tamaño y sus características, y documentar con detalle las actitudes de las personas, son tareas fundamentales para implementar acciones de política pública que busquen impactar positivamente las vidas de los habitantes de este país.

hasta el 5 de abril de 2022, procesados por el autor de este texto.

BIBLIOGRAFÍA

- Carrada-Bravo, Teodoro, Javier Gómez Orozco, Juana Luna Martínez y Laura Guadalupe Canales López (1982). La tosferina y la vacunación antitosferinosa. *Salud Pública de México*. 24 (4): 399-465.
- INEGI (1996). *Atlas Agropecuario: Tlaxcala*. México. Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- Ortiz Mariotte, Carlos, Carlos Calderón y Adán Ornelas Hernández (1953). Situación del problema de la poliomielitis en México. *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*. Octubre 396-409.
- Romain Fantin, Gilbert Brenes-Camacho y Cristina Barboza-Solís (2021). Defunciones por COVID-19: distribución por edad y universalidad de la cobertura médica en 22 países. *Revista Panamericana de Salud Pública* 45. (En línea). Disponible en| www.paho.org/journal <https://doi.org/10.26633/RPSP.2021.42>. (Consulta: 4 de marzo de 2022).
- Ross, Catherine; John Mirowsky and Karen Goldsteen (1990). The Impact of the Family on Health: The Decade in Review. *Journal of Marriage and the Family*. 52 (4):1059-1078.
- Welti Chanes, Carlos. (2015). ¡Qué familia! La familia en México en el siglo XXI. *Encuesta Nacional de Familia. Los mexicanos vistos por sí mismos*. Vol. 5. México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Welti Chanes, Carlos y Alfonso Ramírez (2021). Conocimiento sociodemográfico y respuesta institucional a una pandemia. El caso de México. *Papeles de Población*. 27 (107): 41-101.

Gilda Waldman M.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

El 2020 comenzó como un año relativamente normal. A mediados de enero las noticias cotidianas se referían al récord de tweets enviados por el presidente Donald Trump en un solo día mientras los demócratas presentaban en el Senado los argumentos para destituirlo.¹ Apple batía sus cifras de facturación después de cerrar el último trimestre del 2019 como el mejor de su historia. El gobierno británico decidía permitir a la compañía china Huawei participar en el desarrollo de las redes 5G.² Irán bombardeaba con misiles bases norteamericanas en Irak.³ En América Latina, Argentina anunciaba que en 2019 la inflación había llegado al 53,8%,⁴ y, en México, al tiempo que el gobierno se proponía dar una vuelta de tuerca al sistema de justicia del país,⁵ agentes de la Guardia Nacional se enfrentaban con grupos de migrantes centroamericanos.⁶ Sin embargo, desde finales de 2019 algunos signos ominosos nublaban el

1 *Los Angeles Times*, 23 enero 2020.

2 *El País*, 28 de enero 2020

3 *El País*, 7 de enero 2020.

4 *El País*, 15 de enero 2020.

5 *El País*, 15 de enero 2020.

6 *El País*, 23 de enero 2020

horizonte. Un virus, inédito hasta entonces y de muy rápida expansión, había sido detectado en China, impactando al mundo que suponía que, gracias a los avances científicos, sería ya invulnerable a este tipo de infecciones.

El 23 de enero de 2020, con quinientos setenta y cinco contagiados y diecisiete fallecidos, se cerraba en China la ciudad de Wuhan. Ese día marcaría un hito más en la fase de cambio epocal en la que vivimos, en la cual, como afirma el ensayista Amin Maalouf, “*la humanidad se metamorfosea ante nuestros ojos*” (Maalouf, 2019: 14), y de la cual el filósofo Yuval Harari afirmara: “*Los relatos antiguos se han desmoronado y todavía no ha surgido un relato nuevo que los sustituya.*” (Harari, 2018: 11). Ello, en el marco del colapso del paradigma civilizatorio que construyó la arquitectura filosófica y política de Occidente y del surgimiento de otro proyecto civilizatorio distinto, esculpido con el rostro de la revolución tecnológica/digital, el crecimiento exponencial de las redes sociales, la inteligencia artificial, la ingeniería genética, la nanotecnología y el internet de las cosas, y cuya incidencia en la vida y el debate público están modelando una realidad económica, social, política y cultural que, al parecer, todavía no se deja nombrar de manera clara.

En nuestro mundo globalizado, el nuevo virus -denominado SARS-CoV-2- atravesó rápidamente fronteras, se esparció por la amplia geografía del planeta en una vertiginosa cadena de contagios y muertes, se convirtió en el mayor reto para la humanidad desde la Segunda Guerra Mundial, y puso en jaque a los sistemas sanitarios a nivel mundial.

El 11 de marzo de 2020, cuando la Organización Mundial de la Salud señaló que el mundo enfrentaba una pandemia universal, y paulatinamente los gobiernos decretaban cuarentenas, confinamiento, distancia social y el uso de mascarillas, no solo se disparaban las alarmas sanitarias, sino que la “normalidad” que conocíamos quedaba devastada. Ciudades silenciosas y vacías, locales desiertos, escuelas, universidades y oficinas cerradas; actividades sociales canceladas, rutinas suspendidas, aislamiento social que debilitaba los lazos de contacto humano, virtualidad y apelaciones a la vigilancia social fueron configurando, en tiempo real, escenarios distópicos -anticipados ya por escritores como Phillip K. Dick (1987) o J. G. Ballard (1960, 1976) y de

los cuales también da cuenta una serie como “Black Mirror”-. En este sentido, las distopías -es decir, aquellas ficciones futuristas que a través de la libertad imaginativa han fabulado, representado y anticipado una sociedad inexistente proyectada en un futuro incierto que parece aterrador, pero que no resultan tan ajenas a nuestro presente- se han convertido en la cartografía más acertada de un “hoy” que marca un punto de inflexión en relación al pasado, pero también en referencia a un futuro inquietante cuyas coordenadas nos resultan, todavía, desconcertantes.

La pandemia trastocó las formas de vida en forma cataclísmica. El necesario aislamiento convirtió a la digitalización en un imperativo -en especial en los ámbitos laboral y educativo-, haciendo indistinguible la separación entre los espacios públicos y los privados, alentando al mismo tiempo el repliegue en el ámbito de estos últimos. Alteró la sociabilidad cotidiana y las relaciones interpersonales, incrementó la violencia doméstica, restringió los viajes, modificó los universos simbólicos y los marcos normativos, cognitivos y organizativos que estructuraban la vida personal y social; desbordó a los sistemas de salud, afectó a adultos y jóvenes, hombres y mujeres, de todos los estratos sociales, tanto en los países ricos como en los menos desarrollados, aunque ciertamente de manera diferencial, afectando con mayor fuerza a las poblaciones más vulnerables y agudizando las desigualdades económicas y sociales previas a pandemia.

A nivel mundial, el costo económico de la pandemia ha sido enorme. El crecimiento mundial se desaceleró en un 4,1% en 2022, tanto por efecto de la pandemia como por la disminución del apoyo fiscal y las persistentes dificultades en las cadenas de suministro (World Bank Group, 2022). En América Latina, la caída del Producto Interno Bruto fue de 8,1%. (Sánchez Díez y García de la Cruz, 2021). En México, aunque las calles nunca quedaron totalmente vacías y la actividad económica tampoco se detuvo totalmente, según datos del INEGI la economía se hundió un 8,5% en 2020 (Cullell, 2021). Más de 3.8 millones de mexicanos se sumaron en el primer año de pandemia a la pobreza y pobreza extrema (CONEVAL, 2021). Según datos de la Organización Mundial de la Salud, la cifra de muertes en México fue en 626 mil personas, incluyendo aquellas que perdieron la vida directamente por la enfermedad, por otros pro-

blemas médicos o por interrupciones de la atención médica derivados de la pandemia. (Castañeda, 2022). Y según datos del INEGI, más de 5.2 millones de estudiantes no se inscribieron al ciclo escolar 2020-2021 por motivos asociados al COVID-19 (Salinas Maldonado, 2021).

Pero también, en tanto los seres humanos somos seres emocionales y afectivos, la pandemia tuvo también un impacto en los afectos, sentimientos y emociones, en tanto “*experiencias ‘sentidas’ por medio de circunstancias sociales*” (Ariza, 2007: 77).

En este sentido, cabría preguntarse: ¿Cómo se jugó la pandemia en la afectividad de las personas, es decir, en aquella dimensión “*pre-subjetiva, visceral, corpórea, como fuerzas e intensidades que influyen en nuestros pensamientos y juicios, pero separados de ellos (como algo) diferente de la cognición?*” (Arfuch, 2016: 248). ¿Cómo se vivió la pandemia desde la experiencia subjetiva, es decir, desde una complejidad “*que abarca valores y creencias, disposiciones mentales y conocimientos prácticos, normas y pasiones?*” (Lechner, 2002:43). ¿Qué sucedió con el mundo de lo íntimo durante la pandemia al desarticularse la vida en comunidad para encerrarla en el ámbito de lo privado? ¿Cómo se cruzaron las dimensiones sociales de la pandemia con la biografía personal? ¿Cuál fue el mosaico de experiencias vitales -en tanto experiencias singulares e irrepetibles- “*del actor sintiente, el cuerpo y la afectividad*” (Ariza, 2016:9) cuando los referentes que modelaban la vida social se vieron corroídos y fracturados? ¿De qué modo los actores sociales se experimentaron a sí mismos y al momento y contextos situacionales que les tocó vivir?

Para intentar responder al menos algunas de estas interrogantes, hemos realizado diez entrevistas abiertas y en profundidad a personas de diferentes edades, géneros, estratos sociales y actividades profesionales y laborales. Cuando fue necesario, realizamos preguntas de seguimiento para profundizar en algún tema u obtener mayor información. Hemos contado asimismo con un diario de pandemia, del cual hemos seleccionado algunos fragmentos como una forma de registro de las vivencias del día a día en distintos momentos de la pandemia. Hemos cedido la palabra a los(as) entrevistados(as) y a quien escribió el diario.

Sus palabras hablan de experiencias individuales y subjetivas, pero también de experiencias colectivas, como asimismo de memorias personales y sociales. Las suyas son palabras propias y también reflejos de las nuestras.

Ciertamente, la pandemia fue un período vivido como una montaña rusa de desconciertos, miedos e interrogantes, Un nuevo coronavirus -invisible, amenazante y de comportamiento “extraño”- infectaba y se replicaba sin control en el tejido funcional del pulmón, dispuesto a secuestrar a los organismos disponibles hasta causar efectos letales. Las primeras reacciones fueron de estupor, pasmo y perplejidad frente a un fenómeno sanitario que aparecía de manera inesperada, a pesar de que el avanzado desarrollo científico y tecnológico que la humanidad había alcanzado permitía suponer que se podrían conocer y pronosticar acontecimientos de este calibre anticipadamente. La sorpresiva y brutal llegada del virus nos arrinconó en una realidad desconocida que nos golpeaba con sus nuevas y desconcertantes coordenadas.

Daniel H. es un joven de treinta y un años, entrenador deportivo. Vivió el COVID solo en su departamento, aunque muy cerca de la casa de sus padres, en Ciudad de México. Él relata:

“Los primeros días fueron los más raros y difíciles. Sentía una mezcla de shock y no saber qué hacer. No se sabía qué tan mortal era. Me sentí paranoico, sin saber qué hacer. No se sabía cuánto duraría. ¿Dos o tres semanas? Yo entrenaba niños y jóvenes en escuelas. Todo se detuvo por completo. Me quedé sin trabajo. ¿Cómo planear el futuro? ¿Cómo se regresaría a la normalidad? ¿Cómo mantener cierta salud mental?”

Gabriel M., cuarenta y seis años, sicoterapeuta, también vivió la pandemia solo en su departamento. Él narra al respecto:

“Me enteré del confinamiento que vendría en un concierto, el último, antes de que nos encerraran a todos. Me desconcertó. No sabía qué pasaría. Cuando comenzaron los cierres de las actividades económicas, oficinas, escuelas y comercios empecé a desarrollar paranoia. Pensaba que ya me había infectado

por haber estado en el concierto con gente que no conocía. Todos mis pacientes eran presenciales. Las medidas para atenderlos tuvieron que cambiar. Era difícil adaptarse a un sistema que no estaba pensado así. Me sentía descolocado. Empecé a trabajar en línea. Emocionalmente me empezó a causar confusión, ansiedad. Yo había dejado mi terapia individual. Me sentía solo.”

Camila R., estudiante de dieciséis años que vivió parte del COVID con su familia en su casa de Tlalpujahua, Michoacán, cuenta:

“No esperaba vivirlo. Jamás imaginaría que vendría una pandemia. Fue una experiencia nueva, pero dolorosa.”

Claudio V., treinta y un años, casado y con dos hijos pequeños, maestro de secundaria y preparatoria en una escuela particular, recuerda:

“Cuando empezó la pandemia en China, la veíamos como algo lejano, aunque estábamos informados y la tomamos en cuenta. Nos llevó a tener un poco de temor. Empezamos a pensar en ello, pero no era algo muy presente. Cuando empezaron los casos en Nueva York nos preocupamos un poco más y cuando avisaron que aquí comenzaría el confinamiento la preocupación aumentó. El confinamiento fue muy complicado.”

Rosario H., de sesenta y dos años, ama de casa, separada, quien vivió la pandemia en la casa familiar con sus hermanas, relata:

“Cuando empezó el confinamiento en China y escuché “pandemia” pensé que nos iba a dar y que habría que cambiar mucho de nuestra vida de acuerdo a instrucciones de gente experta, de médicos que dieran opiniones serias (más que las oficiales). En ese sentido no fue fácil ir modificando modos de vida, costumbres. Sentí miedo a lo desconocido, miedo a que no hubiera medicinas. Era un miedo nuevo. Veía imágenes de Wuhan, Italia, España, Francia y Estados Unidos, y eran para mí el comienzo del fin del mundo. Pensé que sería

una catástrofe mundial, la antesala de un mañana donde el orbe colapsaría de sopetón, poniendo en evidencia lo vulnerables que somos como humanidad.”

Fragmentos de un diario de pandemia:

10 de febrero 2020. “Escuché hoy en un noticiero matutino una entrevista con un mexicano residente en la ciudad china de Wuhan, en la que contaba que la ciudad estaba sellada, en confinamiento total para controlar la propagación de un nuevo virus que produce una infección respiratoria grave y letal. Millones de personas están encerradas en sus casas, sin poder salir de la ciudad y ni siquiera a las calles. Solo un miembro de cada familia podía salir cada dos días a comprar alimentos y artículos básicos. Al escuchar todo esto, pensé que no nos pasaría a nosotros, que ese extraño virus no llegaría a mi ciudad, a mi casa, que era algo que solo sucedía lejos-”

22 de febrero 2020. “Los rumores sobre este nuevo coronavirus y su rápida propagación continúan de manera alarmante. Internet y las redes sociales desbordan información, pero las noticias son poco claras. Me siento confundida. ¿Cuánto de esta información es veraz? Al parecer, no existe un tratamiento específico ni disponemos de ninguna vacuna experimental, Quizá tengamos que esperar un año, en el mejor de los casos.”

27 febrero: “Se detecta el primer caso de COVID en México, y empiezo a entrar en “modo paranoico”. ¿Cómo es? ¿Cómo se esparce el virus? ¿Cómo afecta a la gente? ¿Cómo me defiendo? ¿Habrán vacunas? La amenaza del coronavirus me deja sola frente a mí misma.”

20 marzo: “Comienzo a prepararme para el confinamiento. Salgo a comprar víveres, productos de limpieza, agua. La gente en el supermercado compra compulsivamente. Las filas son interminables. Todos navegamos en la oscuridad.

Pero frente al pasmo inicial hubo asimismo otras reacciones. En comunidades rurales, más allá de los efectos económicos, la pandemia se vivió de formas diferentes, quizá porque en el imaginario rural el virus estaba asociado al mundo urbano -fuera de su vigilancia- y a una situación de posible control gubernamental, ampliamente rechazada.”

Alfonso R., de setenta y tres años, casado y con una hija, trabajador por cuenta propia, vive en una ranchería de cuatro mil habitantes, en Timilpan, una zona rural perteneciente a Xilotepec, Estado de México. Su experiencia fue diferente. Él relata lo siguiente:

“Al principio no creíamos que la enfermedad existiera. No se creía que fuera cierto. Se dudaba que existiera el COVID. Yo pensé que era un virus desarrollado en China, que fue creado para eliminar economías débiles y controlar a la población, y que con el tiempo se sabría la verdad. Era poco creíble que fuera necesario confinarse. Que todo era cosa del gobierno. Pensé que si había confinamiento, sería solo en las ciudades, que mi comunidad no sería zona de infección. La mayoría de la gente que vive allí no va ni a Xilotepec, salvo los fines de semana. De todos modos, Timilpan se cerró y no se dejaba entrar a quien no fuera de la comunidad, en especial a gente del gobierno que decían que iban a fumigar. Pasaron meses antes de que alguien tuviera COVID, y fueron muy pocos casos, de la misma familia. Yo no tenía miedo ni angustia. Jamás pensé que me contagiaría.”

También, frente al desconcierto inicial, hubo algunas reacciones de planificación para hacer frente al mismo. Rosario H. narra:

“En casa, con mis hermanas, nos hicimos de medicinas, analgésicos, un tanque de oxígeno, sabiendo que no existía todavía alguna medicina concreta, tampoco vacunas. También preparamos un cuarto en la casa por si alguien tenía que aislarse. A medida que supimos que la pandemia se diseminaba, crecía la preocupación. También extremamos las medidas de higiene (mas-

carilla, caretas, lavado de manos, bañarse después de salir). Eso nos mantuvo muy ocupadas.”

Daniel H. señala:

“Al principio fue todo caótico, pero pensé que necesitaba tener un plan B para todo: qué hacer si a mis padres les daba COVID, dónde conseguir oxígeno, a qué hospital llevarlos, qué doctores consultar”.

La aparición de la pandemia y el desconocimiento, al menos en sus etapas iniciales, de su real magnitud y de la eventualidad de encontrar pronto una vacuna, dificultaron la posibilidad de imaginar y pensar el futuro con algún grado de certeza. La realidad dejaba de ser inteligible y desbordaba, sin control, todo ordenamiento social.

La subjetividad se ancló, así, en una lógica de incertidumbre no solo sobre el futuro, sino también sobre el presente inmediato. Sin duda, la incertidumbre (como también los sentimientos de inseguridad y desprotección) estaban presentes socialmente de manera previa a la pandemia, en un entorno en el que la globalización, la flexibilización de los hilos homogeneizadores de la sociedad, la desterritorialización física y cultural, la revolución tecnológica, las transformaciones en las dimensiones de tiempo y espacio y la redefinición del papel del Estado, entre otros factores, no solo desestabilizaban los códigos políticos y culturales heredados de la “modernidad sólida”, sino que daban paso a una “modernidad líquida” (Bauman, 2002) caracterizada por la galvanización de las instituciones sociales y políticas, la desprotección laboral, la fragilidad de los vínculos humanos y la provisionalidad de los mapas cognitivos que, si antes ofrecían seguridad y pertenencia, ahora solo era parte de un mundo de referentes móviles y provisionarios. Pero si bien la incertidumbre es uno de los “constituyentes básicos” de la subjetividad de nuestros tiempos, en un escenario donde el cambio continuo y acelerado era ya una constante, la pandemia la gatilló hasta límites incontenibles. De un día para otro la vida cambió debilitando los contextos habituales que brinda-

ban al individuo un marco normativo, cognitivo y organizativo para estructurar, de manera confiada, su lugar en el mundo, al tiempo que la amenaza de un virus que podía comprometer la salud y la vida -nuestra y la de otros- dibujaba un presente y un futuro poblados por interrogantes sin respuestas claras y que dificultaba cualquier planificación en una situación cotidiana de aislamiento social que acrecentaba las incertidumbres económicas, laborales, sanitarias, afectivas y emocionales.

Daniel H. narra al respecto:

“Tenía incertidumbre sobre cómo planear el futuro y también incertidumbre laboral. ¿Regresaría a trabajar? ¿Cómo? Sentía que en cualquier momento la situación se podía salir de control. No podía planear nada. No tener certeza me producía frustración. No se sabía de los efectos a largo plazo del COVID. No se sabía si las vacunas funcionarían. Cada día era de sobrevivencia. Había que esperar que llegara la vacuna. Eso me daba la sensación de tener una meta, pero entretanto había que minimizar el daño posible. Sentía paranoia frente a cualquier posible síntoma: fiebre, dolor de garganta. Pero eran todos falsos síntomas.”

Gabriel M., a su vez, cuenta:

“Sentía desprotección, soledad, desamparo, impotencia, desolación. Vivo solo y pensaba: si me enfermo, ¿qué voy a hacer con la comida? Mis padres son mayores y los podría contagiar. Me aterraba morir de una enfermedad que no había contemplado, totalmente desconocida. La enfermedad tenía síntomas confusos. Tampoco había espacio en los hospitales. ¿Cómo no proyectarles eso a mis pacientes? ¿Cómo no contagiarlos emocionalmente? Seguí con algunos pacientes presenciales. Tenía que seguirlos aceptando. No saludaba de mano, lo que me desconectaba del paciente. Exageré las medidas sanitarias. Desarrollé una enfermedad que no tenía: la obsesión compulsiva. Me lavaba las manos a cada rato. Desinfectaba permanentemente mi consultorio y mi casa. Pensé que me estaba volviendo loco. No concibo pensarme enfermo. Tenía dolores

físicos. Mi cuerpo empezó a sentir palpitaciones, sudoración. Era un dolor desconocido, y también un dolor emocional: pensarte enfermo aunque no lo estuvieras. Me dolía pensar que pudiera estar enfermo porque yo usualmente no me enfermo. Estuve totalmente confinado. Salía solo a comprar comida. El sentimiento de indefensión era atroz.”

Fragmentos de diario de pandemia:

15 abril: “Llevamos solo algunas pocas semanas de confinamiento. El mundo conocido está quedando atrás y el nuevo me parece ajeno y extraño. Lo que estamos experimentando no se parece a nada que hayamos enfrentado en el pasado. Sufro de pesadillas, inmersa en un viaje emocional de presagios ominosos. Mi única certeza son las persistentes noticias de enfermos y fallecidos. Me siento impotente sin saber cuándo va a terminar esta pesadilla. Me desconcierta vitalmente no tener ningún control sobre la situación.”

30 abril: “Cinco semanas de confinamiento. Mi reloj se detuvo y dejó de funcionar. El tiempo ha empezado a desdibujarse. Vivo en una intimidad obligada, en un tiempo suspendido. Me siento a la deriva en mi casa blindada, cerrada a piedra y lodo porque todo lo que viene de afuera puede ser COVID. Mi casa es refugio y cárcel. El mundo entero cabe entre sus muros, pero yo no puedo dejar de sentirme a la intemperie. Salgo solo a comprar comida. Oculto mi rostro tras la mascarilla, y siento que una burka me envuelve como si fuera una caparazón.”

6 de mayo: “Releo el “Diario de Ana Frank”, escrito en un espacio tan pequeño y claustrofóbico como el mío. “Quiero contarte lo que cada uno de nosotros desea hacer en primer lugar, al salir de aquí. Lo que más deseo es estar en mi casa, poder circular libremente, moverme y, en fin, ser dirigida en mis estudios, es decir, volver a la escuela. Anhele montar en bici, ver gente, sentirme libre.”

Estela G., de treinta y seis años, publicista en una empresa privada, vivió la pandemia confinada con su hija de seis años, aunque su madre la ayudaba haciéndose cargo de la escuela de la niña mientras ella trabajaba desde casa. Recuerda:

“La incertidumbre fue lo que más me afectó. No saber qué va a pasar para poder reaccionar. Me provocaban incertidumbre las consecuencias de la pandemia, si seguiría con trabajo, si nos iban a seguir pagando, si tendría un sueldo fijo, cuándo regresaríamos a la normalidad, si tendría vacaciones. También me producía incertidumbre saber qué pasaría si me contagiaba, si me daría fuerte o no, etc. Había muchas preguntas y no tener respuestas me producía ansiedad. Además, la pandemia me agarró en pleno proceso de separación de mi pareja. Desde un comienzo, en mi trabajo nos mandaron a casa y él seguía viviendo en la casa. ¿Qué hacer entonces con mi expareja? No lo podía sacar en plena pandemia. No sabíamos nada, faltaba información. Si el COVID te daba fuerte, era posible la muerte. Eso creaba incertidumbre y yo no sabía cómo manejar esta situación. No nos hablábamos y tener que convivir en la misma casa era difícil. Además, mi hija ya no tenía clases presenciales, pero no manejaba bien el tema digital. Yo tenía una carga de trabajo enorme y muchísimas preguntas sin respuestas para mi incertidumbre.”

Ciertamente, incertidumbre y miedo están emocionalmente entrelazadas. El no saber qué ocurre y qué pasaría en un futuro próximo puede convertir la incertidumbre en el presente en miedo al futuro a partir de la emoción de vulnerabilidad. Si bien el miedo se asocia, en general, con lo desconocido y de carácter imprevisible, y si bien nuestra sociedad contemporánea carga sobre los hombros -en el contexto de la crisis de los grandes relatos utópicos y de un presente de “riesgo” (Beck, 2002)- el miedo a las amenazas ambientales, el cambio climático, la precariedad económica, la exclusión, la escasez de recursos básicos que cubran las necesidades de la población mundial, la violencia, el terrorismo, y en muchos casos a un “Otro” que puede ser percibido como un potencial agresor (y cuyos matices pueden desplegarse entre el vecino y el extranjero), la llegada de la pandemia alentó en la subjetividad social la potencialidad disruptiva del miedo. El virus se convirtió en un “Otro” invis-

ble, amenazante y mortal que podía albergarse en cualquier cuerpo disponible que, a su vez, diseminaría el contagio en una escala cada vez mayor, fuese en los espacios laborales, la escuela, el transporte o incluso en la propia familia, independientemente de nuestro control.

Daniel H. relata:

“Era normal sentir miedo. Sentía preocupación por la gente más vulnerable: mis padres, padres de mis amigos, la gente que yo conocía que se enfermaba. Lo peor era el miedo a que mis padres estuvieran expuestos a la enfermedad y que alguien conocido muriera, en especial quienes siguieron trabajando. Tenía miedo cuando detectaba en mí falsos síntomas. Tenía miedo al futuro laboral, al aumento en los niveles de violencia, al desgaste de la gente por el encierro. A muchos de mis amigos les dio COVID cuando todavía no había vacunas, lo cual acrecentó mi miedo. Emocionalmente, mis energías estaban dedicadas a sobrevivir, un día cada día. Mi objetivo era superar cada día. Mi refugio ante el miedo fue refugiarme en el mundo de los juegos de *play station*.”

Gabriel M., a su vez, narra:

“El miedo a lo desconocido (mental y físico) es uno de los más horrorosos y profundos. ¿Por qué crees que la gente acumulaba tanto papel de baño? Porque estaba cagada de miedo. Yo tenía miedo a enfermarme o a pensar que alguien que yo conocía se enfermara y pudiera morir. Tenía que digerir también el miedo de mis padres. Amigos cercanos se contagiaron cuando todavía no había vacunas. Saber que podía dar la infección con síntomas leves me ayudaba a tranquilizarme un poco, aunque vivía con fantasías de que si me enfermaba podía morir. Un amigo se enfermó grave. Lo intubaron. Tuve mucho miedo a perderlo, a que yo también pudiera morir por algo desconocido. Veía deportes, películas, algunas series, para despejarme. Mentalmente no me concentraba con la lectura. Cuando empezó a bajar la pandemia, tampoco bajé la guardia. Entonces también tuve miedo a salir porque me podían asaltar. Se juntó entonces el miedo al contagio y a los asaltos. No quería sentirme en riesgo. Estaba

incrédulo ante las noticias de que las cosas se aligeraban. La pandemia destapó nuestra precariedad emocional. En muchos casos, al vivir juntas, las parejas vieron al otro como realmente era y se gatillaron el machismo y la violencia. En una situación de desprotección a nivel personal, los recursos emocionales no fueron suficientes. Socialmente, no encontramos protección en ningún lado. Incluso la gente más fuerte sabía que nadie la ayudaría. Vivimos la precariedad emocional. La pandemia mostró nuestras carencias emocionales. Yo viví la pandemia como una película de terror -aunque no me quedé sin casa, sin comer o sin internet- donde todo se vuelve un caos, todos gritan asustados, sin saber a quién hablarle porque no había nadie con quien hablar.”

Estela G. recuerda:

“Tenía miedo de contagiar a mi mamá y a mis tías porque las personas adultas que se contagiaban podían morir. Me aterraba la culpa que podría sentir si mi mamá se contagiaba. Yo estaba más expuesta: iba al supermercado, sacaba un poco a mi hija, y, pasado un tiempo, comencé a ver amigos porque estaba harta de estar encerrada. No sabía bien cómo manejar lo del divorcio. Durante todo este proceso me hice muchas pruebas, alrededor de quince, y a mi hija le hice alrededor de diez. Si alguien en la oficina se contagiaba, me hacía una prueba. Cada fin de semana que mi hija la pasaba con su papá, le hacía una prueba. El miedo me hizo mucho daño. Bajé de peso, se me cayó el pelo. Tuve que recurrir a terapia. A las ocho de la mañana empezaba con la escuela de mi hija y a las nueve empezaba yo a trabajar, hasta las nueve de la noche. Fue demasiada sobrecarga de ansiedad y estrés.”

Rosario H. relata:

“Yo tenía mucho miedo al contagio. ¿Qué me sucedía si yo me contagiaba y contagiaba a mis hermanas y a mi hija? Temía mucho por una de mis hermanas que sufre problemas pulmonares. Uno de mis sobrinos vivió con mucho miedo la pandemia porque trabaja en un hospital y veía lo que estaba pasando y estaba preocupado por nosotras. Otra de mis hermanas vive en Texas y me angustiaba

que si se enfermaba no podría yo cuidarla. Ella me contó que allí hubo escasez de huevo y carne, y que lo estaba pasando muy mal. Eso también me angustió mucho. Le tenía mucho miedo a que alguien querido se enfermara, sufriera o muriera sin tener la capacidad de ayudarlo.”

Camila R. cuenta:

“Con el confinamiento todos volvimos a vivir juntos en la casa de Tlalpujahua porque estábamos dispersos. Mis papás estaban muy asustados de que no nos fuéramos a contagiar. Mi miedo era que ellos se contagiaran. Como familia también tuvimos miedo por la caída de ingresos que vivimos. En lo personal, yo tenía que presentar mi examen para entrar a la prepa y tenía mucho miedo al contagio porque el examen era presencial. No me sentía preparada para presentarlo en junio de 2020. Lo presenté en Michoacán. Lo hice muy rápido para no contagiarme.”

Fragmentos de un diario de pandemia:

“30 de mayo 2020: Le tengo miedo al cuerpo del “Otro”. Tengo miedo a no saber si seré la próxima en formar parte de las cifras de los contagiados. ¿O de los muertos? Me he convertido en un ser virtual que se relaciona solo con otros seres virtuales. Mi cuerpo se ha perdido y el cuerpo de los otros me resulta amenazante. Estoy exiliada del mundo. La ciudad está muda. Herida. Los cuerpos han sido borrados. Las puertas se han cerrado. Ya no puedo descifrar el mundo. Me he quedado sin mapas. Solo veo un gran vacío: el presente.”

En el entorno rural en el que vive Alfonso R. la vivencia fue diferente. A pesar del evidente peligro, en Timilpan se minimizó la gravedad y letalidad del virus.

“La gente del rancho no creía que les fuera a pasar algo. Timilpan era una zona donde el trabajo principal es el reciclaje industrial de fierros. También es una zona de siembra (milpa, maíz) y de ganado. La actividad económica siguió normal. La gente iba al mercado, que estaba siempre lleno. La gente siguió traba-

jando; no se cerraron negocios, no hubo un impacto económico grave. La gente se seguía saludando de mano, pero ya no de beso. Es una comunidad donde todos se conocen. Lo único que cerraron fueron las escuelas, por órdenes de la Secretaría de Educación Pública. No estuvimos confinados. Hubo gente que no usaba cubrebocas, hasta el día de hoy. Nadie le dio mucha importancia al COVID. Los trabajadores en el campo y en la construcción ni siquiera usaban cubrebocas. El virus era visto como algo exótico. Luego, cuando llegaron las vacunas, muchos creyeron que les estaban poniendo un chip y no se dejaron vacunar, creyendo que el gobierno estaba esterilizando gente para control natal.”

Incertidumbre y miedo, ligados con sentimientos de vulnerabilidad, desprotección, fragilidad e impotencia configuraron profundos y persistentes trastornos de ansiedad, que se tradujeron en ataques de pánico, taquicardia, estrés, opresión en el pecho, falta de aire, tristeza, soledad, confusión, impotencia, enojo e incluso crisis de angustia o episodios de depresión difíciles de controlar que podían durar un largo tiempo, y que tuvieron serias consecuencias emocionales y familiares.

Miguel L., cincuenta y seis años, casado, promotor de negocios deportivos, relata al respecto:

“No me dio COVID. Sin embargo, emocional y mentalmente la pandemia fue muy complicada. Experimenté períodos de muchísima ansiedad. A partir del encierro ya no podía dormir, tuve trastornos de sueño, enfrentamiento con vecinos. Mi intolerancia (por ejemplo, a los ruidos nocturnos) se magnificó por el encierro. Por distintos motivos, mi esposa y yo nos cambiamos varias veces de casa. Tenía planeado ir a Los Cabos. Era un viaje largamente planeado. Mi esposa estaba determinada a viajar. Decía que el viaje serviría. No quise ir. Las noticias eran alarmantes. Eso exacerbó mi ansiedad. Viajamos con doble mascarilla y careta. El viaje en avión me volvió a detonar ansiedad. Pensé que me iba a morir. Sentía taquicardia y opresión en el pecho. Mar y desierto me animaron un poco, pero seguí sintiendo ansiedad. Ver el mar usualmente me

calma, pero llegar a las playas llenas en Los Cabos detonó otra vez la ansiedad. En una ocasión, estando en la playa, frente al mar, me habló un amigo moribundo por contagio de COVID y me dijo que quizá esa fuera la última vez que hablábamos. Me sentí muy mal. Tenía mucho miedo a morir. Tengo antecedentes pulmonares. La tranquilidad se fue. Me iba a caminar durante horas. Me pegaba a un árbol veinte o treinta minutos para que me bajara la ansiedad. Seguí autoflagelándome viendo noticias. Cuando regresamos a Ciudad de México nos mudamos a un lugar ruidoso, caluroso, cerrado y oscuro. Me iba a la azotea para escapar. Comencé a correr y eso me ayudó. Correr me daba equilibrio mental. Pero si no era en el bosque de Tlalpan no podía ser otro lugar. Era yo un preso de mis propios absurdos. Pero para llegar al bosque de Tlalpan tenía que gastar en taxi o en Uber. Sentí que la ansiedad era ya un problema para mí. Cuando llegó la primera vacuna me sentí más seguro y los episodios de ansiedad desaparecieron. En ese inter yo tuve sesiones con un psicólogo, pero sus verdades me provocaron más ansiedad. Retomé amistad con un pastor evangélico y me hizo sentir mejor: ejercicios de agradecimiento por poder respirar, tener un techo, etc. Pero seguía la ansiedad. Me llevó a comprar cien cubrebocas y luego otros cincuenta. Tuve un episodio terrible después de correr seis kilómetros. Me abracé a un árbol mucho y di las gracias. Finalmente nos vinimos a Mérida, un lugar con mucho sol, mucha luz. Los atardeceres son impresionantes. Pero regresó la ansiedad por los ruidos nocturnos. También el insomnio. Volví a contactar a mi amigo y retomé las oraciones.

La ansiedad bajó un poco hasta que a mi esposa le dio COVID. Cada quien se aisló entonces en su espacio. Estaba vacunada, el contagio no fue tan fuerte, pero perdió olfato y sabor. Me dediqué a encargarme de la casa. Seguía la ansiedad. El 22 de diciembre de 2021 ella salió del COVID y me propuso ir a Cancún, donde tiene familia, a pasar Navidad. Me dio otro ataque incontenible de ansiedad. Se me tapó la nariz. Hacía frío en Mérida y yo no podía respirar. La tercera ola de COVID entró por Cancún. Manejé tres horas. No podía respirar. Tuve un respiro cuando llegamos, pero al ver tanta gente sin cubrebocas me asusté. Pre-

fería no subirme al elevador del hotel. El COVID estaba siempre presente en mi mente. Veía noticias que alimentaban la ansiedad. Era como una droga. Sentí que estaba en un lugar donde todos tenían COVID o estaban a punto de tenerlo. En casa del hermano de mi esposa me dieron un remedio para destapar la nariz. Pero nuevamente, de la nada, se me renovó la ansiedad. El paisaje era hermoso pero poca gente estaba con cubrebocas. Me preguntaba por qué le tenía tanto miedo, tanto pánico, al COVID. Era el pánico a la muerte. No podía disfrutar nada. Me dormí en la cena de Navidad por efectos del medicamento. Me preguntaba ¿cuánto daño me estoy haciendo? Por primera vez razoné ese pánico. Sentía que me estaba autosaboteando, incluso en esas hermosas playas. Conforme nos acercábamos a Mérida, de regreso, todavía medio dopado y tomando mucha agua, sentí que la nariz se me iba destapando. Creo que se me destapó toda la presión del viaje. Había tenido miedo a morirme. Mi esposa había tenido COVID. En otro viaje a Uxmal me volvió a dar ansiedad. Son secuelas: cambios de casa, presiones, no tenía un trabajo fijo. Quizá la ansiedad ya estaba presente antes de la pandemia pero se me detonó al máximo. Viví el COVID muy mal sin que me haya enfermado. El impacto es directo cuando te da, y también indirecto cuando no te da. El ejercicio me permitió sobrevivir. Soy una víctima directa por trastornos de ansiedad. Ahora siento incertidumbre laboral y profesional. Durante el inicio del COVID también tenía incertidumbre ante la muerte, aunque tenía trabajo y dinero. A mi hermano también le dio COVID. Cuando yo me vine a Mérida, él estaba enfermo y sin vacunar. Pasó tres días muy mal. Le dio también a su esposa e hijo. La construcción del miedo es transversal. Todos nos construimos escenas de terror. No teníamos respuestas. La ansiedad paraliza. El miedo fue colectivo. Como afirmaba Bruno Latour: “Reconozcamos que estamos todos aterrados y no tenemos respuestas”.

Cecilia P, cuarenta y seis años, antropóloga evaluadora de programas de políticas públicas, y esposa de Miguel L., refrenda la ansiedad de Miguel y sus efectos en su matrimonio y en su propia subjetividad.

“Miguel estaba con mucha ansiedad. Yo tenía tristeza y lo expresaba como enojo. Tuvimos muchos problemas con tanto cambio de casa. Habíamos dejado

nuestras cosas en una bodega. Ningún lugar le acomodaba. Le propuse que él viviera en otro lugar, pero me dijo que no se iría sin mí. Ya no estábamos funcionando como pareja. Teníamos planeado un viaje a Los Cabos. Para mí era un viaje muy especial, pero Miguel se mostraba reticente: el COVID, el avión. Me di cuenta del grado de miedo de Miguel. Yo nunca tuve miedo de enfermarme, aunque estaba al tanto de las noticias. No veía un escenario catastrófico. Para mí viajar era un riesgo más en la vida. En Los Cabos Miguel se enteró que un amigo muy cercano se había contagiado. Tenía mucho miedo. Yo me sentía enojada y triste de que Miguel no disfrutara un viaje planeado con tanta ilusión. Regresamos y nos confinamos. Yo puedo vivir en cualquier lugar. Para mí el confinamiento no fue problema. No soy muy sociable. Yo gestiono mis horarios de trabajo. Pero Miguel es muy sociable y lo afectó el confinamiento, y más por estar viviendo en ese tiempo en un departamento sin luz, sin vista a la calle y muy ruidoso. Habíamos vivido en muy corto tiempo en varios espacios que no eran nuestros. Era un conflicto dónde vivir. Miguel veía todo negativo y yo no podía con eso. Me sentí impotente porque no lo podía ayudar. Para mí la única solución era irnos de la ciudad a Mérida. Yo ya había vivido en Mérida y tenía oportunidades de trabajo. Decidimos venirnos en junio de 2020. La relación se deterioró. Todo era motivo de conflicto. Miguel usaba Uber y era otro gasto. Fue difícil perder ingresos. Para mí era muy estresante. En Mérida encontramos un lugar agradable. Yo tengo tres trabajos. Uno de ellos implica hacer trabajo de campo. Miguel estaba muy asustado por eso. Me tocó varias veces ir a trabajar en autobús, y a veces en autobuses que puelleaban. Después de una salida, empecé con escurrimiento nasal, tos. Creí que era un resfrío. Miguel estaba muy preocupado. Perdí olfato y gusto. Yo estaba en negación. Si yo estaba contagiada, él también. Nos vacunamos con Cansino, pero leímos que era insuficiente. Miguel pensaba en irse a Estados Unidos a vacunarse, pero no tenía visa. Mi PCR resultó positivo y el de él negativo. Me aislé. Me sentí muy mal durante dos días, muy agotada. Encontré mucha empatía en el trabajo y descansé mucho, pero me preocupaba Miguel. No sabía cómo estaba. Teníamos planeado ir a Cancún para Navidad porque mi familia vive allí y no los había visto. Miguel tenía mucho miedo de viajar porque a su juicio había demasiada gente, demasiados turistas. No quería viajar. Para él era meterse en

la boca del lobo. Fue un viaje difícil. En el camino se le tapó la nariz. No podía respirar. Yo empecé a estresarme. Estaba enojada y triste. Él no podía disfrutar y yo me sentía culpable. Estábamos en un lugar lindo, pero no podíamos disfrutar. Miguel no podía respirar. Fuimos a casa de mi hermano, en una zona peligrosa de Cancún, y su ansiedad se gatilló. No podía respirar. Mi cuñada le quería dar una medicina, pero él no estaba convencido. Yo estaba muy molesta. Yo quería disfrutar y Miguel seguía sin respirar. La medicina lo ayudó y eso me dio un poco de paz interior, pero al oír las historias de violencia en Cancún, Miguel explotó. Además, la gente en Cancún andaba sin cubrebocas. En la cena de Navidad, que fue adentro de la casa, nuevamente se le disparó la ansiedad. No quería abrazar a nadie. El elevador del hotel le daba miedo. Que yo me contagiara fue muy fuerte para él. El viaje de regreso a Mérida fue muy estresante, pero al llegar ya respiraba bien. A mí me volvió a dar coraje. Me daba impotencia no poder ayudarlo. El tema del virus era real. Miguel veía muchas noticias. Estaba obsesionado con noticias de contagios y muertes. Yo no sufrí tanto el COVID, aunque me enfermé, pero vi cómo podía afectar a una pareja. Si me enfermo no me acongoja y siento que, a pesar de haberme enfermado, soy una privilegiada (en mi trabajo veo gente muy pobre) y no tengo derecho a quejarme de la vida. Nadie de mi familia se enfermó.”

Gabriel M. relata.

“Lo más duro fue la ansiedad. Le deposité a mi perro la ansiedad y él se volvió muy ansioso. No tenía yo una sesión de terapia para “vomitar” esta crisis, ni apoyo de padres o amigos. La pandemia me creó otra realidad: trabajar terapéuticamente en línea. Me apoyé en mis pacientes. Si no, habría enloquecido. Hubo pacientes que perdieron su trabajo y dejaron de asistir a terapia. Viví entonces una ansiedad económica. La pandemia representó diferentes tipos de ansiedad. La ansiedad propia, la ansiedad social, la ansiedad de perder gente cercana por una enfermedad no tratable. Sentía mucho enojo por no poder hacer nada, ni física ni médicamente. No te puedes acercar porque el “Otro” está contagiado, y pensar que alguien se contagió y no te puedes acercar es espantoso, y potenciaba mi propia ansiedad.”

En el caso de Claudio V. la ansiedad llegó a límites peligrosos. Él narra lo siguiente:

“Los primeros tres meses de confinamiento fueron relativamente fáciles. Todavía mi esposa y yo teníamos energía. Mis hijos, entonces de casi cinco y nueve años, se adaptaron rápido al cambio. Improvisamos un poco entre el trabajo y los niños. Yo seguí a distancia mis clases en secundaria y en prepa, en una escuela particular, y podía supervisarlos a distancia, y el trabajo de mi esposa le permitía estar más con los niños. A partir de agosto 2020 todo se empezó a complicar. La convivencia era ya muy forzada. Todos perdimos nuestros espacios personales. Se confundió lo personal y lo laboral y estar juntos 24/7 empezó a impactar para mal a la relación. Sentí que yo tenía que ser ejemplo y modelo para mis hijos y mis alumnos. Tenía que mantener yo la seguridad para darles a ellos seguridad y fue muy difícil mantener esa seguridad. Yo tenía que ser el fuerte y me sentía muy angustiado y ansioso. A todo esto se agregó la incertidumbre económica. No sabía yo si la escuela continuaría abierta, si se reducirían grupos o si habría recorte salarial. Hubo ajustes en la escuela, se redujo tiempo de clases, y pude estar más presente en las clases de los niños. Pero los conflictos con mi pareja se agudizaron por la convivencia forzada. No encontramos manera de resolverlo positivamente. Tuve un cuadro de depresión. No fue alarmante, pero incrementé mi consumo de alcohol. Llegué a tener pensamientos autodestructivos. Me quebré. La ayuda me llegó de mis amigos de la universidad y también de mis compañeros de trabajo que se percataron de que estaba mal. Pude hablar mucho con ellos. El director de la escuela también implementó reuniones semanales y eso permitió compartir experiencias. Me ayudó.”

La ansiedad también tuvo efectos devastadores sobre Nathaly L, treinta y ocho años, antropóloga:

“El confinamiento fue una experiencia muy disruptiva y difícil, aunque en comparación con quienes perdieron a alguien no fue tanto. El confinamiento fue muy duro y absoluto. Tenía dos niñas pequeñas, de año y medio y cinco años. La casa se convirtió en el espacio de todo. El encierro afectó la vida en

pareja y produjo un desgaste en la relación. ¿Cómo organizarnos? Una niña era muy pequeña y la otra no se podía conectar bien. Había mucha tensión. Ante ese desgaste, acudimos a la niñera que había trabajado con nosotros antes. Soy muy prehensiva y trabajaba con datos sociodemográficos sobre el COVID y eso me afectaba mucho. Además, soy extranjera (colombiana) y no tenía redes de apoyo. Nos encerramos totalmente. El punto era cómo gestionar el riesgo.

La niñera comenzó a venir tres días. Ayudaba mucho. Estuvo junio, julio y parte de agosto, hasta que empezó a sospechar que tenía COVID; se aisló, pero a mí me dio COVID en agosto. Me sentí fatal: un cansancio atroz, como si me hubieran dado una paliza en la espalda. Todo era nuevo y las noticias hablaban de miles de muertes. Me entró una ansiedad terrible. Si me pasaba algo, o a mi esposo, ¿quién cuidaría a mis hijas? Me sentí por primera vez huérfana. Tenía mucho temor sobre cómo iba a evolucionar la pandemia. Me checaba tres veces al día con el oxímetro. A mi esposo le dio COVID seis días después que a mí. Mi hija pequeña empezó con fiebre y diarrea, y también le dio COVID. Pero yo era la que tenía más cansancio y mareos. Cada vez que me tomaba el oxímetro era horrible. Todo lo que yo leía y de lo que me informaba era angustiante. Yo sentía mucha ansiedad y angustia por no saber cuál podría ser el desenlace. Había perdido a un hermano y me angustiaba el tema de las pérdidas y la muerte. Tuve secuelas. No me recuperaba bien y sentía mareos. No podía respirar. Con el estrés, mayor era la ansiedad y la angustia. Cuando Colombia abrió sus fronteras me fui con mi familia esperando estar en casa. Necesitaba protección. Yo salí de Colombia a los veintidós años y nunca sentí añoranza. La extranjería se me desató por primera vez en México con el COVID. No pensé que pudiera sentir eso en un país que sentía mío. Tenía añoranza de Colombia, aunque sabía que era mentira. Quería estar en mi país.

Cuando fui a Colombia solo vi a mis padres. A nadie más. Tenía la necesidad de sentir algo familiar, que fuera mi hogar. Si me enfermaba, sabía que tendría familia. Si me contagiaba sería más fácil. Tuve que tomar terapia para subir al

avión. Tenía mucho miedo al contagio. Pero adonde me fuera el malestar continuaba. Me aislé. Mi mamá tuvo que buscarme un departamento por seis días. Tenía miedo de contagiarla a ella. Fui en busca de paz y no lo logré. No podía estar con mi papá porque él veía gente y era muy riesgoso. Estuve seis meses en Colombia, pero no podía vivir con ese riesgo permanente. Estaba en un pueblo y la gente no usaba cubrebocas. Yo me asfixiaba y tenía mucha angustia. No pude disfrutar el lugar donde estaba y, además, tenía mucho trabajo. Regresamos cuando empezó la vacunación. Eso me ayudó. La ansiedad nos afectó a todos: marido e hijas. Tuve que regresar a terapia. Me ayudó cuando las niñas entraron a la escuela; sería la escuela la que manejaría el riesgo. Era mucha la angustia de ser la responsable de todo.

Pude retomar un poco de normalidad, pero cargaba siempre el problema de cómo reaccionar. Les pasé mis temores a mis hijas. Tuve que viajar a Colombia por unos días y mi hija mayor sintió terror de que a mí me pasara algo. Me sentí responsable por transmitirle ese temor. No podíamos manejarlo porque nos sobrepasaba. Costó mucho retomar la vida normal. Sentía miedo y ansiedad a que pasara algo y mis hijas quedaran desprotegidas. Mi temor era que las niñas no estaban vacunadas. Miedo a que les pasara algo a ellas. Fue horrible vivir así.

La vacuna fue un “cubrebocas mental” para mí. También me di cuenta que hay gente que está peor que yo. No quiero contagiarme otra vez. El riesgo sigue en China y Europa. En Año Nuevo decidí cancelar mis redes sociales para que al menos ese bombardeo no continúe. Fue un estado emocional muy complejo. No era solo la enfermedad ni estar encerrada. Me sentí huérfana, sola, desprotegida. Tenía temor a los otros. Estábamos los cuatro solos. Llegué a rechazar a todos por temor al contagio. El miedo y la ansiedad se tradujeron en un “¡fuera todos!”. Nos quedamos en una burbuja.”

La frustración fue también una emoción que se gatilló durante la pandemia. Ciertamente, la frustración no es ajena a la vida social en nuestras

sociedades contemporáneas -modeladas en gran medida por la cultura de la inmediatez y la gratificación inmediata- cuando se dificulta el alcance de ciertos deseos o anhelos. Pero la llegada del COVID trastornó el equilibrio emocional abriendo paso no solo a la frustración, sino también, ligada con ella, a emociones de enojo, ira e irritabilidad.

Rosario H. comenta:

“Me frustraba no poder ver a mis hermanas. Una de ellas vive en Tijuana. Otra en Texas. Ni siquiera podía ver a una tercera que vive en la colonia Lindavista y que por sus problemas pulmonares tenía que estar en un confinamiento muy severo.”

Daniel H. relata:

“Me causaba mucha frustración la información contradictoria. No se sabía cuál era la versión más cercana a la realidad. Me enojaba no poder planear nada. Me frustraba no tener tiempo para respirar ni para sentir alivio. El COVID fue como vivir una guerra: miedo, muertos, gente en el hospital muriendo. El mundo se está reconfigurando hacia lo digital. Cada vez más gente está expuesta a los algoritmos, y cada quien está en su burbuja digital.”

Claudio V. señala:

“Sentía una mezcla de ansiedad, enojo, frustración, impotencia, desesperación. Lo peor es que no tenía válvulas de escape. Además del miedo y la ansiedad, sentía rabia porque nos habían aventado a todos a ese contexto.”

Camila R. recuerda:

“Me frustró mucho la educación en línea porque yo tenía que prepararme para presentar el examen para entrar a la prepa. Los profesores estaban asustados y no daban muchas clases. Luego, si dos o más alumnos no se podían

conectar, suspendían las clases. Sentía frustración porque pensaba que no llegaría al examen bien preparada. No me acostumbraba a las clases en línea. También sentía enojo porque me sentía impotente de no acostumbrarme a las clases en línea.

Tenía enojo con los profesores cuando no daban las clases. A ellos no les importaba que hubiera muchas cámaras apagadas. Me enojaba cuando enviaban información por línea o YouTube, y la tarea era copiarla y enviarla de vuelta. No se podía reprobar a nadie. Algunos alumnos enviaban los documentos en blanco. Se preocupaban más por entregar que por entender. No aprendí nada en línea. A veces ni clases tenía, y tuve que buscar otras alternativas: videos, comentar con mis hermanos, tomar cursos gratis en línea. Sentía enojo porque no aprendía nada. Llegué a no poner atención. Sentía que a los profesores no les interesaba. Me enojaba conmigo misma porque llegué a un punto en que ni siquiera me esforzaba. Me sentía muy desubicada. Sentía tanta frustración y enojo que busqué salir de Michoacán y venir a la Ciudad de México para hacer la prepa.”

Fragmento de un diario de pandemia:

10 de junio 2020: “Me frustra estar viviendo este presente cuando lo que quisiera es vivir el futuro de un mundo sin COVID. Mi vida está en pausa, congelada. La impotencia duele. Como alcohólicos anónimos: “solo por hoy” resisto para sobrevivir.”

Los sentimientos de pérdida fueron una constante en las entrevistas. No se trataba necesariamente de la pérdida de un ser querido, pero de muchas otras pérdidas significativas que, en conjunto, se tradujeron en la confluencia de distintos duelos paralelos ligados con la falta de confianza en que el mundo fuera un lugar seguro.

Daniel H. recapitula en este sentido:

“Sentí que perdía dos años de mi vida. Perdí las ganas de salir. Ahora ni siquiera quiero ir a los estrenos en el cine, que siempre me gustaron mucho. Perdí las ganas de estar en lugares con mucha gente, como estadios o conciertos. Perdí confianza en la humanidad y en la naturaleza humana. Creo que son autodestructivas

En la pandemia todos quedamos librados a nuestra suerte. Hubo mucha falta de solidaridad social: gente que no usaba cubrebocas o que se oponía a las vacunas. Hoy cada quien ve por sí mismo. Hay un egoísmo colectivo. Y el gobierno tenía más interés en cuestiones políticas que en ayudar a la gente.”

Camila R. relata:

“Perdí amistades. No tuve vida social, ni siquiera con amigos cercanos. Ahora en la Ciudad de México tampoco tengo amigos, pero reconozco que la pandemia me sirvió para comunicarme mejor con mi familia. También pude estar conmigo y conocerme más para aprender a estar sola.”

Rosario H. afirma:

“Perdí libertad para moverme. Perdí la posibilidad de ir a mis ritos religiosos y tomar la comunión. Me dolía pensar que, en caso de enfermar y morir, no me darían los santos óleos. Tenía miedo de morir sin una última confesión, sin una última bendición. Me dolía pensar en la gente que se enfermaba, que era llevada al hospital y que moría sola sin una despedida familiar. Lo viví como un castigo.”

Gabriel M. narra:

“El confinamiento no fue tan duro porque yo trabajo en casa. Pero perdí el ver a mis padres y amigos. También perdí ir al cine. Eso fue difícil. El encierro fue emocional. No poder comunicarme emocionalmente con mi familia

o amigos fue muy duro. Fue como cancelar una parte importante de mi vida. Anulé, cancelé mi parte emocional. No pude pensar(me) ni contactar(me) conmigo mismo.”

Claudio V. relata.

“Perdí mis círculos sociales y no tener contacto con mis amigos personales. Mis dos niños tampoco convivían con sus amigos. Perdí mis rutinas, mi espacio. Perdí la celebración de mi cumpleaños número treinta y eso tuvo una carga simbólica. Perdí el cierre de ciclo de mis alumnos de secundaria al pasar a prepa. Perdí la confianza en mi capacidad como educador. Creo que viví una pérdida general de sentido. No estoy seguro de haber hecho el duelo de todo ello por completo. Más bien, me he resignado.

Hubo muchas cosas que se truncaron, y al regresar a la vida cotidiana no hubo oportunidad de procesarlo. Regresamos a lo mismo sin haber procesado esos duelos. Es raro que no se hable mucho sobre las pérdidas; quizá porque la gente no quiere hablar de eso. Quizá es más fácil enfocarse en los grandes miedos o frustraciones, que enfrentarse a las pérdidas porque eso presupone aceptarlo y lo hace definitivo, y no quisiéramos aceptar que fuera definitivo.”

Fragmentos de un diario de pandemia

25 de junio: J.P. “Solía decir que la vida es una larga cadena de pérdidas. Durante la pandemia perdí mi reloj (que dejó de funcionar, como si se resistiera a marcar el transcurso de las horas), y con ello perdí el sentido del tiempo. Perdí los abrazos de L. Perdí mis ahorros. Perdí las idas al gimnasio. También la serenidad. Perdí mis paseos junto al mar. Perdí paulatinamente, como la protagonista de la novela “La policía de la memoria” (Yoko Ogawa), no solo los árboles, los pájaros o los calendarios, sino también la memoria de un tiempo distinto. Perdí mi libertad. Perdí el derecho a decidir por mí misma.”

La pandemia se superpuso a una serie de crisis previamente existentes en un contexto internacional incierto, frágil, inseguro, fluido, volátil y precario; la crisis ecológica y ambiental, que no solo está amenazando seriamente a toda la humanidad, sino que también está generando riesgos sociales y políticos al desplazar a poblaciones enteras de sus lugares de origen, generando procesos migratorios que aún no han tenido respuestas eficaces; un sistema de seguridad global vulnerable y frágil; guerras cibernéticas y una creciente carrera armamentista que incluye nuevas armas creadas con tecnologías muy sofisticadas y de gran capacidad letal; inseguridad sanitaria a nivel global, una economía muy ajena a una situación ideal que se traduce en desigualdad y precariedad social, lo cual tiene implicaciones sobre la estabilidad social y política en términos de una creciente desintegración social, debilitando los vínculos solidarios entre los ciudadanos; la erosión de las condiciones de vida de la ciudadanía, el creciente debilitamiento de los sistemas democráticos y de sus promesas de inclusión social en el marco de un malestar y descontento con el quehacer de la política; y, ciertamente, una revolución científico-tecnológica que, entre otros factores, incide de manera significativa en la discusión pública y configura mecanismos de vigilancia cada vez más sofisticados.

Si antes de la pandemia, vivíamos un profundo quiebre de época, cuyos alcances y envergadura todavía no alcanzamos a discernir, pero que implican una honda conmoción antropológica en nuestros modos de vivir, estar y relacionarnos con el mundo, sin duda todo ello se intensificó con la pandemia, que desnudó, como señala el escritor Martín Caparrós, nuestra fragilidad, nuestros miedos, nuestra vulnerabilidad (Caparrós, 2021).

Ciertamente, la pandemia fue una emergencia inesperada y global que afectó seriamente la salud pública, no solo la física, sino también la salud mental, haciendo visibles los trastornos que ésta podía sufrir cuando se trastocaba la vida personal, familiar, laboral, afectiva, emocional de una población que tuvo que enfrentarse ante una situación inédita con emociones como la incertidumbre, el desconcierto, el miedo, la impotencia, la desprotección, la frustración y la ansiedad; al tiempo que vivía situaciones límites como el confinamiento, la pérdida de la libertad de movimiento y, en caso extremo, la enfermedad y/o la muerte.

La pandemia cambió la vida de todos y nos ha dejado, indudablemente, secuelas psicológicas, emocionales, y un profundo agotamiento. El riesgo del COVID no se ha eliminado totalmente y el riesgo persiste. Cabe preguntarse, sin embargo, ¿qué hemos aprendido de esta experiencia? ¿Hemos procesado el trauma colectivo de dolor y pérdida que fueron parte de nuestra vida durante la pandemia? ¿Lo hemos reconocido y ritualizado o hemos permitido que el olvido – uno de los epicentros de nuestra contemporaneidad- caiga sobre él? ¿Cuál es el mundo al que hemos regresado después del provisorio fin de la pandemia? ¿Cuál es nuestra “nueva” normalidad? ¿Es acaso la que describe el escritor Antonio Muñoz Molina el 20 de junio de 2020 cuando terminó el confinamiento en España? En sus palabras:

“El mundo de después, sobre el que tanto se especulaba, ha resultado ser muy parecido al de antes, salvo por el incordio de las mascarillas. A media mañana, en el calor seco y candente de Madrid, el tráfico es el mismo de otros veranos, quizás con un grado mayor de encono, porque la temperatura sube cada año, y porque los conductores de coches y de motos parecen ansiosos por compensar el tiempo perdido, la gasolina no gastada, los cláxones no apretados con gustosa violencia durante meses de silencio. Este mundo de después, igual que el de antes, está habitado por adictos al ruido, al motor de explosión y a la quema de combustibles fósiles. El aire de esta calle en la que hace nada se oían los gorriones huele casi palpablemente a gasolina. En un atasco un conductor ofendido por algo se baja de su furgoneta, llega a zancadas al coche que tenía delante, intenta abrir la puerta y como no puede da puñetazos en la ventanilla. Por fin logra abrir la puerta: sujeta con las dos manos la camisa del conductor, que se defiende a puñetazos poco efectivos, porque el agresor es mucho más corpulento. Se dicen a gritos cosas terribles. Las dos caras enrojecidas de furia y de sudor y tapadas a medias por las mascarillas están muy cerca la una de la otra. En ese momento el tráfico empieza a moverse: ahora el conductor agresivo tiene que volver a toda prisa a su vehículo para eludir la furia de los que pitan contra él. Uno y otro sacan la cabeza por la ventanilla y continúan gritando y agitando los puños mientras conducen” (Muñoz Molina, 2022:11-12).

BIBLIOGRAFÍA

- Abramowski, Ana y Canevaro, Santiago (comps), (2017), *Pensar los afectos. Aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Arfuch, Leonor, (2016), “El ‘giro afectivo’. Emociones, subjetividad y política”, *deSignis, Argentina*, Vol 24, enero-junio.
- Ariza, Marina, (comp.) (2016), *Emociones, afectos y Sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- (2017), “Migraciones y emociones; cómo entender el orgullo desde una mirada sociológica”, en Abramowski, Ana y Canevaro, Santiago (comps), (2017), *Pensar los afectos. Aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Ballard, James Graham (1960), *El mundo sumergido*, Buenos Aires, Minotauro. (1976), *La sequía*, Buenos Aires, Minotauro.
- Bauman, Zygmunt (2002), *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE.
- Beck Ulrich (2002), *La sociedad del riesgo global*, España, Siglo XXI.
- Caparrós, Martín (2021), “El año del desastre”, *El País*, 2 enero 2021.
- Castañeda, María Julia (2022), “La Oms calcula en más del doble de los registros oficiales el número de muertes por la pandemia en México”, *El País*, 5 mayo.
- CONEVAL (2021), *Estimaciones de pobreza multidimensional 2018 y 2020*, Ciudad de México, 5 agosto.
- Cullell, Jon Martín (2021), “La pandemia hunde la economía mexicana un 8,5% en 2020, la mayor caída desde la Gran Depresión”, *El País*, 29 enero.
- Dick, Phillip K. (1987), *Complete Stories of Phillip K. Dick*, New York, Kensington Publishing Corps, vol. 4.
- Harari Yuval Noah (2018), *21 lecciones para el siglo XXI*, Editor digital: Titivillus.
- Lechner, Norbert (2002), *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Santiago, LOM editores.

- Maalouf, Amin (2019) *El naufragio de las civilizaciones*, Madrid, Alianza editorial.
- Muñoz Molina, Antonio (2022), *Volver a dónde*, Barcelona, editorial Planeta.
- Nettel, Guadalupe y Volpi, Jorge (2020), *Diario de la pandemia. Marzo 28-Junio30*, México, Fomento Editorial UNAM.
- Salinas Maldonado, Carlos (2021), “*La pandemia deja a cinco millones de estudiantes fuera de la escuela en México*”, *El País*, 23 marzo.
- Sánchez Diez, Ángeles y García de la Cruz, Manuel (2021), “*El coronavirus en América Latina: las cifras que muestran el brutal impacto de la pandemia en las economías de la región*”, *BBC News*, 1 marzo.
- Velázquez, Carlos y Pérez Gay, Alonso (2021), *Lo que el 20 se llevó*, México, ediciones Cal y Arena.
- World Bank Group, (2022), *Global Economic Prospects*, Washington, The World Bank.

Sin brújula en la tempestad. El COVID en tres tiempos y territorios

4

Hugo José Suárez
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

Escribir sobre el COVID

no es tarea fácil. Al menos no para mí. Lo he intentado muchas veces y siempre termino por abandonar la tarea.

Desde que comenzó la pandemia incluso he evitado nombrarlo, teclear las cinco letras y menos redactar algo analítico, con datos, con teoría, con método. Algo “científico”, pues. ¿Qué hacer con tanto miedo, tanto dolor, tanta incertidumbre vivida? ¿Cómo pasar por la razón lo que nos arrincona el alma? Hará unos cinco años organicé en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM un seminario académico que titulé “*Descubrir y escribir. Dilemas narrativos en las ciencias sociales*”. El azar hizo que el encuentro sucediera unos días después de aquel terremoto de septiembre, el de 2017. Varios colegas compartieron sus reflexiones, pero una investigadora que vivía en un departamento en quinto piso de la Condesa, y que por tanto había sufrido el terror de la posibilidad de que su vivienda se viniera abajo con ella adentro, archivó lo preparado para el seminario y trajo una nueva pregunta: “¿Cuáles son las condiciones para que los académicos podamos escribir sobre un tema?”. A veces, decía con certeza, el silencio habla.

Por eso cuando me llegó la generosa invitación a colaborar con este estimulante volumen dudé mucho en aceptar. No tengo datos “duros”, no he hecho

investigación sistemática, no he leído interpretaciones lúcidas que me ayuden a entender mejor lo que ha sucedido. Solo tengo mis miedos, mis angustias, mi pesar. ¿Qué decir? ¿Desde dónde hablar? Cuando empezó este período tan incierto, yo, pasmado, no pude redactar nada, ni si quiera el diario personal con el que me encuentro casi todas las noches. Estaba en París -volveré al tema- y una colega desde Argentina me dijo: “Hugo: no dejes de escribir lo que estás viendo”. No pude hacerlo del todo, tomé notas sueltas, fotos, guardé recuerdos. Pero ahora sí acepto el desafío, parto de un puerto inundado a un rumbo denso, tanto en las letras como en el destino. Tal vez no sea tiempo las palabras, o talvez hay que forzarlas, exigirles, someterlas, aunque prefieran quedar guardadas.

Y voy a hacerlo desde dos lugares que mis lectores sabrán tolerar, incluso comprender. La sociología que exploro hace más de un lustro la he denominado “vagabunda”, no en su acepción de falta de esfuerzo, sino en su dimensión de movimiento, de errancia, de exploración. Sí, es una manera de buscar sin detenerse, de transitar por las ideas, por las experiencias, por los formatos. Pasar de lo sucedido en la cotidianidad al dato de una encuesta, del concepto sociológico a la metáfora narrativa, del número a la emoción. Una manera de pensar en libertad, de escribir sin frenos. En cierto sentido, esto implica ingresar en el escenario, meterse al cuadro como lo hacía Diego Rivera, o Marshall Berman cuando explica la modernidad desde su infancia en Nueva York (Berman, 2011; 2009). ¿Se puede escribir del COVID de otra manera? Muchos sí lo logran, no yo.

Por otro lado, lo que aquí propongo no es nuevo. Por suerte no son pocos los autores que se han logrado sacudir de los protocolos científicos de presentación de resultados y “control” de subjetividades del investigador, y han explorado rutas alternas para expresar, pensar y descubrir (Morin, 1994; Morin, 2012; Trejo y Waldman (Coord.), 2018; Eribon, 2015; Eribon, 2016; Suárez, 2018). De hecho, hace poco llegó a mis manos un libro que, en la larga lista de académicos que apuntan en la misma dirección, recogía las ponencias de un seminario realizado en el 2013 en el Laboratorio de Antropología Prospectiva de la Universidad Católica de Lovaina donde abordaban el tema “Intimidad y reflexividad”. Aquel colectivo se puso a reflexionar

sobre la intimidad del recorrido de cada investigador y su comunicación con los demás, entre lo individual y lo compartido, entre uno mismo y la alteridad. Poner al investigador íntegramente -con la dimensión emocional y social a la vez- en la discusión académica invita a repensar la relación entre conocimiento científico y sujetos de su producción; “defendemos un proyecto de conocimiento que no puede existir fuera de la trayectoria del investigador, fuera de sus experiencias vividas”. Es una apuesta a “tratar de manera indisociable reflexividad e intimidad” sin reducir una a la otra y sin caer en la confesión o la catarsis, pero permitiendo el intercambio de ambas y asumir la osadía de tomar en cuenta -y compartir- “nuestras sensibilidades en nuestras prácticas” (Defreyne, Mesturini, Hagad Mofrad, Vuilleminot, 2015: 7-9).

Por eso me atrevo a escribir lo que sigue, no desde los datos más objetivos, desde las encuestas, desde las estadísticas -aunque no las evito-, y vuelvo a la historia de un investigador mexicano que le tocó atravesar la tormenta de la pandemia sin brújula. Escribo estas líneas en el formato narrativo de que utilizó, entre otros, Luis González y González, evitando rupturas en la exposición de los datos y, a la vez, trenzando emociones, argumentos e historias. Retomo, pues, la idea que estaba inscrita en la carta en la cual gentilmente me invitaron a participar en este emprendimiento: “cómo se ha vivido” la pandemia; y más: me guía la interrogante cómo *yo* la viví. Y parece pertinente voltear sobre el tema porque, por cuestiones profesionales, en los dos años de mayor intensidad del COVID en el planeta me tocó transitar por Francia, México y Bolivia. Desplazamientos territoriales empapados de miedo, aviones, pasaportes, noticias, contextos. Todo tan diferente con un solo telón de fondo, un solo hilo conductor: el virus.

He contado en otros textos

cómo recibí las noticias del COVID desde París, mientras concluía una estancia como profesor e investigador invitado en la Universidad de la Sorbona Nueva (Suárez, 2022; 2023). Retomo algunos recuerdos y episodios ya contados en los textos que acabo de evocar, aun corriendo el riesgo de parecer repetitivo en algunos momentos.

La irrupción del COVID fue sorpresiva. La noticia a finales de 2019 sobre un nuevo virus en China no era motivo de preocupación; cada año en algún lugar de los periódicos hay información sobre las nuevas enfermedades. Para mí pasó casi desapercibida. Pero poco a poco el tema iba cobrando más importancia. Vivía en Montmartre, zona turística de París, particularmente con muchos visitantes orientales. Rápidamente apareció el estigma hacia los chinos, lo que se matizó cuando al poco tiempo se supo de un fuerte brote en el norte de Italia. Yo estaba muy calmado, me parecía todo un poco alarmista, innecesariamente exagerado. Tenía el recuerdo del 2009, cuando en México apareció la influenza H1N1. Fueron dos semanas de encierro que me parecieron eternas; las cosas no irían mucho más allá de eso; si acaso un tiempo de no salir, punto. Incluso pensé en lo pedagógico que sería la experiencia para mis hijas en términos del cuidado de la salud, la atención a las noticias serias y las normas de las autoridades, etc. Estaba claramente equivocado.

Repentinamente todo parecía cada vez más oscuro, el número de contagios, las muertes y el miedo mundial inundaban la radio. La palabra COVID resonaba cada vez más y siempre con una carga de angustia tendencialmente más profunda. Ya no había espacio para nada más. El tema cobró la mayor importancia, obligó a las más altas autoridades a tomar una postura, a decir algo, una voz en la cual refugiarse. A mediados de marzo de 2020 el presidente francés Emanuel Macron dio mensaje televisado a la nación. Nunca lo había visto con tanta atención y tanto tiempo, toda la familia estuvo pegada a la pantalla. Quedé pasmado. Toda la fuerza del sistema de salud pública francés estaba sobrepasada; se decía que en algunos lugares las muertes eran tantas que se empezaba a discriminar qué cuerpo tenía más posibilidades de sobrevivir para recibir la poca atención médica, los más jóvenes serían los privilegiados. Unos días más tarde, Macron volvió con otro discurso y retomando la frase bélica que no había resonado hacía décadas en el país: “estamos en guerra”. Se apoderó la incertidumbre de recibir al virus, como si fuera un monstruo invisible, un huracán de pronta irrupción; incluso con la sofisticación tecnológica y el notable manejo de información precisa en Francia, se mostraba cómo iba avanzando día a día la mancha viral en un mapa del terror; estaba cerca, cada día más cerca. En pocas horas llegaría el malvado e implacable virus a los

alrededores de París llevándose a quien se pusiera en frente. El ambiente apocalíptico contaminaba el aire. Escuchar el noticiero se convirtió en un insumo para la desolación, decidí que solo captaría la señal de la radio que transmite jazz, y una vez al día pasaría por el informativo. Muchas preguntas rondaban sin encontrar una tímida respuesta: ¿Cuánto va a durar? ¿Cómo nos vamos a proteger? ¿Cuándo descubrirán una vacuna, un tratamiento? ¿Resistiremos? ¿Sobreviviremos? Con los vecinos comentábamos si alguien había tenido el COVID; muchos contaban las historias de sus cercanos.

El drama asumía rostros, las muertes tenían nombre. Llegaron las restricciones: no se podía salir a la calle, solo para cuestiones prácticas y no más de una hora y a un kilómetro a la redonda del domicilio. Había que sacar un permiso y mostrarlo a la policía que vigilante podía pedirlo en cualquier momento, de lo contrario se era acreedor a una dura multa. Las calles quedaron vacías, salieron los pájaros, crecieron las plantas, todas las esquinas se llenaron de polvo. Era el escenario urbano de la desolación, una ciudad sin ciudadanos, una urbe sin vida. La ciudad luz sin brillo, apagada, agonizante.

La primera vez que fui al mercado fue impactante, varios estantes vacíos y la gente asustada; en algunos la fila de entrada era enorme. No había recursos básicos para enfrentar el virus, ni alcohol ni cubrebocas. Conseguí una “fórmula” fabricada para matar bacterias y virus que me vendieron en la farmacia a precio de oro, la única protección era no salir. Al llegar a casa empezamos con un protocolo de sanitización de los productos. Todos eran regados con alcohol antes de ir a la alacena, y las frutas lavadas con agua y jabón.

Empezamos con una nueva lógica. Mi departamento no era de más de 55 metros, así que había que optimizar todos los espacios. Mis hijas dejaron de ir a la escuela y todos tuvimos que ocupar el pequeño espacio y la única computadora para clases y trabajo, distribuyendo de otra manera la vida cotidiana.

Organizamos un universo íntimo complejo. Trabajaba en mi cama que se convirtió en escritorio mientras mis niñas usaban la mesa del comedor. Tomaba mi café de media mañana -solía hacerlo en algún local- tendido en la cama entre mis cuadernos, notas y la computadora; eso cuando podía trabajar esquivando la depresión y la angustia. Acudí a unos audífonos que me regalaron en mi cumpleaños para aislarme del ruido interno de casa y procurar con-

centración, a veces lo lograba, no siempre. Como al principio no se podía salir, empezamos a hacer ejercicio dentro de casa. Subía y bajaba los seis pisos de mi edificio varias veces hasta sentir sudor y cansancio escuchando música en mis audífonos. Lo propio mis hijas, empezamos a contar los minutos que tomaba subir un piso y a hacer cálculos ociosos. Procuré un orden y rutinas en el hogar, desayunábamos a la misma hora de siempre, almorzábamos y cenábamos con la regularidad de una vida “normal”. Incorporamos un par de iniciativas: todas las noches se instaló la práctica de salir al balcón a las ocho por un minuto a aplaudir al personal médico y para dar valor a los enfermos. Cumplimos rigurosamente con la práctica. Luego veíamos una película todos juntos, tratando de relajarnos. Intentamos algunas terapias familiares, la más práctica fue fabricar nuestros propios cubrebocas, pues no había en el mercado. Mi hija mayor vio varios tutoriales en internet, qué telas servían, cómo construirlos. Tuvimos así cada uno una mascarilla artesanal confeccionada con pedazos de telas africanas que habíamos guardado. Aprovechábamos cuando se podía la salida diaria de una hora, era el momento de tomar aire e intentar despejar la cabeza, al menos un poco.

Fueron 55 días de encierro en 55 metros de mi departamento. Ni bien pude, salí a correr en la mañana cerca del barrio. Como era primavera, la naturaleza había retomado su lugar. El excremento de los pájaros cubría coches enteros, motos, aceras por las cuales era imposible pasar. Las ramas invadían los senderos, los pastos impedían el movimiento. El primer día que pude tomar un café fue inolvidable. Fui a un local cercano y me pedí un expreso para llevar; me desinfecté las manos con abundante alcohol. Con la pequeña taza de cartón entre los dedos, me senté en un banco de una calle típica, arbolada y espaciosa. Saqué mi libreta de notas y empecé a trabajar. Todo fluyó. Era la primera vez en casi dos meses que hacía algo a lo que estoy acostumbrado: escribir con una tacita al frente.

La vida no se fue normalizando, pero sí paulatinamente entramos en una nueva etapa. Con las restricciones más laxas, la gente salía a la calle, con mascarillas que ya se podían adquirir en cualquier comercio, con gel de fácil disposición. Había pasado la “primera ola”; vendrían más. En los bares se veía personas, en las plazas y parques muchos retomaban la típica práctica

del picnic. Por mi parte, se acercó la hora de planificar la vuelta a México, todavía en un panorama turbio. Decidimos ir a Euro Disney para relajarnos antes de dejar París. Era de las primeras diversiones públicas que se abrían. Estaba vacío, pocas filas, distancia, alcohol. Pero no impedía que rondaran los miedos instalados. Mientras mis hijas subían a una montaña rusa, empecé a sentir dolor de cabeza, cierto malestar -por cierto, incontables veces he tenido los mismos síntomas estos dos años pandémicos-. Me invadieron las preguntas perversas que se convirtieron en un patrón de temporada: ¿tendré el virus? ¿Qué pasa si estoy enfermo? ¿Resistirá mi cuerpo? ¿Tendría que anular próximo vuelo, reprogramar, pedir a mi casera quedarme más tiempo? Pedí cita con tres médicos distintos al día siguiente. No tenía nada clínico, o más bien mucha angustia.

En julio de 2020 llegué

otra vez a México

luego de dos años de ausencia. Las cifras todavía no eran tan brutales como lo fueron meses más tarde, aunque, como siempre, en el país nada es pequeño. El número de contagios diarios pasaba los 6,300 casos, y los difuntos eran más de 580 personas. A diferencia de los 55 metros del departamento parisino, aquí tenía una casa de campo de más de 1,200 metros, a una hora de la Ciudad de México, hacia el sur. Durante meses habíamos fantaseado con la vuelta a México, nos teníamos que reencontrar con todo: la comida, los amigos, la ciudad, el cine, los bares, los cafés, la Ciudad Universitaria, Coyoacán, las playas. Mis hijas en plena adolescencia avivaron sus ganas de volver por verse con sus antiguas compañeras. Estaba claro que nada de eso iba a ser posible, estaríamos aislados del mundo al que queríamos insertarnos.

Visto fríamente, era el lugar ideal para un confinamiento; si bien es imposible pensar en darse un paseo por el bosque -se corre el riesgo de no volver- y la zona es fría y húmeda -se acercaba el invierno-, el espacio era suficiente para gozar de una comodidad inigualable. Los cuatro miembros de mi familia teníamos todo para distraernos: películas, libros, juegos de mesa, paisaje, parrilladas, pasto, lluvia, fuego en las noches, música. Salíamos poco, y normalmente al pueblo cercano para hacer algunas compras o eventualmente a un

supermercado a Cuernavaca. El problema era que se iba la luz y el internet con frecuencia, más si llovía, y hasta que vuelva podían pasar unas horas, hasta días, pero no impedía una sensación de refugio. A pesar de que el mundo se venía abajo, que las noticias eran aterradoras, teníamos algo de sosiego -no mucho-, sin contar con que la familia atravesó por otro episodio dramático que no voy a evocar aquí, pero que nos puso a todos al borde de la cordura.

Hubo que resolver cuestiones operativas. Empezaba el año escolar y había que tomar decisiones sobre la formación de mis hijas. No había el menor indicio de cuándo volverían las clases presenciales, y ante el temor de que todo ese tiempo sea desperdiciado en términos educativos, decidimos inscribirlas a un programa francés de educación a distancia. Pusimos reglas y horarios cual si fuera un colegio. A las ocho de la mañana estaban en su computadora cumpliendo con sus materias y deberes. Como sociólogo que soy, pensé en el daño que les haría eliminar la función disciplinaria -en su rostro más noble- de la escuela, cuánto les costaría retomar los formatos de los cursos y los conocimientos si se quedaban a merced del vacío.

Una mañana, mi hija Anahí, de 13 años, tuvo dolor de estómago, dolor de garganta y un poco de fiebre. El miedo se apoderó de todos, ¿tocaba el COVID las puertas de la casa? Fuimos al pediatra que aseguró que muy probablemente lo tenía o tal vez ya estaba de salida. No recomendó hacer la PCR, solo esperar si alguien tenía un síntoma mientras nos recetaba antibiótico para todos. La espera cabalga sobre la angustia. Como en toda la pandemia, todos sentimos algo, un “síntoma” que por banal que pareciera podría devenir en fatal. El dolor de cabeza nos rondó a cada miembro del hogar, nos tomábamos la temperatura varias veces al día, cualquier tos era sospechosa, un catarro, una molestia en el estómago podían ser indicios tremendos. Pasaron los días y ninguna expresión corporal fue tan contundente como para reafirmar el probable diagnóstico inicial. A las semanas no corrimos con la misma suerte.

Un año atrás a Loida, mi suegra, le detectaron un cáncer en el pulmón. La noticia fue devastadora, estábamos en París, por lo que mi esposa fue a acompañarla unas semanas a Bolivia, que se convirtieron en meses porque la agarró el cierre de fronteras por la pandemia. El tratamiento con quimioterapia duró varios meses, fue difícil pero relativamente eficaz. Luego de un semestre se

había logrado detener la enfermedad, y aunque no estaba superada, al menos controlada. Entretanto llegó el COVID a Bolivia y empezó a llevarse vidas sin discriminación. Ella tuvo todos los cuidados iniciales saliendo poco, pero cuando todo indicaba que se podía retomar la calle, no dudó en realizar algunas compras cotidianas en los mercados cercanos a su casa, en La Paz.

Un día, luego de ir por el pan, llegó con un esfuerzo excesivo, casi sin poder caminar. Desde entonces cada día empeoraba, hasta que su debilidad se hizo insostenible, no podía ni vestirse sola. Daniel -mi cuñado que vivía con ella- la llevó en brazos al hospital e inició el calvario. Los diagnósticos no eran acertados: que tiene piedras en la vesícula, que hay que operar de emergencia, pero no se puede por su condición general, que probablemente sea COVID por su pobre saturación de oxígeno. Le hicieron un test rápido que salió negativo, lo que no impidió la desalentadora frase de los doctores: “tal vez no pase la noche”. Al día siguiente despertó más estable, débil. Daniel le llevó galletas que no quiso comer y tuvo unos cortos momentos de lucidez. En el hospital público paceño estaba en condiciones poco adecuadas, la designaron en una sala con pacientes con COVID por la sospecha del día anterior, acentuando la posibilidad del contagio en caso de que no lo hubiera tenido ya. En la noche Cathia, mi esposa, no durmió, solo lloraba. Como en esos días había llovido, se fue la red de internet y quedamos relativamente incomunicados, pues en la zona no entra la señal a los celulares, solo esporádicamente llegan algunos mensajes de WhatsApp, para lo cual hay que subir a la terraza de la casa y esperar pacientemente por si en algún momento llega alguna información. Para no triangular, Daniel creó un grupo de WhatsApp “Salud de Loida” con mi esposa y conmigo, en la perspectiva de multiplicar las posibilidades de que lleguen los mensajes. En la mañana, temprano, mi esposa salió a unas cuadras cerca de la casa para intentar “agarrar red”, pues subiendo unos ciento cincuenta metros calle arriba suele haber señal. Llegó llorando, no pudo hablar con su hermano que también estaba en llanto, Loida tuvo una noche horrenda en el desolador hospital. Estábamos en casa, yo me preparaba para salir, luego de desayunar, pues tenía una agenda ya prevista en la Ciudad de México. Cathia subió a la terraza a ver si había red. Estaba por despedirme de mis niñas, decirles que estén atentas, que tal vez mamá tenga

que salir a agarrar red y que por unos minutos se tendrían que quedar solas. Me disponía a darles besos y luego ir a despedirme de mi esposa en la terraza, pero segundos antes de atravesar la puerta de salida de su cuarto, entró un mensaje al grupo creado por Dani: “ha fallecido mi mami por COVID”. Eran las 8:30 de la mañana. Cathia no había recibido todavía el mensaje, les comuniqué la noticia a mis hijas con un gesto de tristeza, se vinieron las lágrimas. Salimos los tres a la terraza al encuentro de Cathia que seguía en su inútil intento de la red. Se lo comuniqué sin ambages, directo, sin perder tiempo. Estábamos los cuatro en el pequeño corredor de la casa, nos abrazamos y lloramos. Salimos inmediatamente en coche calle arriba, a encontrar conexión. Nos bajamos todos del automóvil porque en esa zona es peligroso estar dentro; Cathia habló con su hermano, yo con mi madre y hermana. Todo estuvo muy triste, duro, pesadumbre. El COVID es un fantasma, un monstruo que actúa en lo oscuro. Su estrategia es la sorpresa, se monta en el miedo que le tenemos y en sus impredecibles consecuencias. Me sentí un papalote en un vendaval, prendido a la tierra por un hilo cada vez más frágil.

La muerte de Loida aceleró nuestra ida a Bolivia. Tocó que llegaba mi año sabático, así que institucionalmente cuadraba con la exigencia familiar. Empezó otra tarea difícil de cumplir. Por la pandemia, por un lado, algunas fronteras estaban cerradas –la boliviana– y todas las aerolíneas estaban sobrepasadas. Lo que es habitual en tiempos normales, como comprar pasajes aéreos por internet, en ese momento se convirtió en una tarea titánica. La información se cruzaba, las líneas telefónicas prácticamente no funcionaban, nadie tenía datos correctos. Éramos cinco pasajeros con la urgencia de volar a Bolivia con un perro y un gato. Buscamos por las páginas más tradicionales como “despegar” o “Edreams”, luego por las de las compañías aéreas; poco éxito. Salían las combinaciones más extrañas, carísimas, insensatas. Nunca es fácil llegar a La Paz, pero con la pandemia en plena vigencia era una misión imposible. Finalmente logramos el cometido, pero había un pequeño inconveniente que arreglar. Parecía fácil. Al día siguiente Cathia fue a la oficina de la aerolínea en Av. Reforma, que se encuentra a un par de horas de mi casa de Huitizlac. Su encuentro con la realidad del “cara a cara” -o barbijo a barbijo- en el peor momento de la ola era disfuncional. Filas enormes en la calle, cada

pasajero con alguna queja diferente, unos que se quedaron varados, otros que perdieron el vuelo, otros que requieren cambiarlo. Nada en su lugar. Luego de horas de fila en la calle, llegó a la ventanilla y quien atendía no pudo resolver nuestro asunto. Todo el día perdido en vano.

Para hacer el viaje a Bolivia teníamos que tener todos la prueba negativa reciente de COVID, por lo que fuimos dos días antes del vuelo. El tiempo cuadraba bien, nos darían el resultado y al día siguiente viajábamos. Realizamos la toma de la muestra, introduciendo un largo cotonete por la nariz hasta la frontera del cerebro, y el resultado debían enviarnos por correo electrónico a las 24 horas.

Era de mañana, Cathia y las chicas salieron, yo estaba esperando pendiente en la computadora. Llegó primero, el de mi hija menor, Anahí: negativo. Respiré tranquilo, si una persona no tenía el virus, lo más probable era que ninguno lo tuviera porque vivíamos juntos. Luego la prueba de Canela, mi hija mayor: negativo. Continué con el de Cathia ya prácticamente con certeza, pero se impuso la sorpresa: era positivo. La vi una y otra vez. No entendía, qué pasó, ¿por qué todos negativos y ella no?

La llamé por teléfono y empezó el nuevo protocolo. Por un lado, busqué una nueva prueba, pues había escuchado que, como todo era poco preciso, a menudo sucedían “falsos positivos”. El problema era el tiempo, el reloj corría y no teníamos seguridad si pudiéramos viajar; había que hacer maletas, contratar el taxi y organizar todo para el viaje. Un amigo me dijo que había un laboratorio en el que hacían el test con mayor rapidez, así que empezamos el procedimiento, mi esposa fue hasta el laboratorio a que le tomen la prueba. Por otro lado, procedimos con el protocolo de aislamiento en el hogar. Cathia se quedó en el cuarto, desalojé el escritorio, saqué mis cosas y no volvimos a tener contacto. En la noche cené con ella desde el balcón, con un vidrio en medio. Al día siguiente era cumpleaños de mi hija Canela, así que el “festejo” fue bizarro. Le cantamos *Las Mañanitas* y Cathia lo hacía por celular desde el cuarto contiguo por videollamada; temprano fuimos a Coyoacán a hacernos una prueba rápida para corroborar que no teníamos el virus -dos horas de fila-, y luego a Reforma a comer hamburguesas para no sentir tanta tensión. Volvimos a casa e intentamos llevar adelante el cumpleaños forzando

la alegría. Nos subimos a la terraza a cantar canciones alusivas y comer pastel. Cathia se sentó a dos metros de distancia, sin cantar. El reloj apretaba, bordeábamos las últimas horas que podrían definir si viajábamos o no. Cada treinta minutos mandaba un mensaje de WhatsApp preguntando si había un resultado. Nada. Cathia en su cuarto y nosotros tratando de matar el tiempo, con el aire denso y los nervios en punta. A eso de las nueve de la noche llamé por teléfono, me contestó un funcionario que luego de escuchar su nombre, me dijo: “es negativo”. No repetí la palabra hasta que reconfirmé: “¿está usted seguro?”, “sí, es negativo”, contestó. Lo repetí en voz alta y mis hijas abrieron la puerta del cuarto de su madre y se lanzaron a abrazarla. Corría la vida, no había sana distancia que respetar. Solo entonces pudimos continuar con

el viaje a Bolivia.

Llegamos en un momento donde el número de contagios era menor, la primera ola ya había pasado, pero en pocos días todo cambió. Llegó otra ola con su expansión terrorífica. Un domingo fuimos a comer donde mi madre; por seguridad, nos acomodamos todos en el jardín con sillas separadas, sin una mesa central. Cada quien agarraba su plato, se quitaba el cubrebocas, comía, y luego nuevamente la mascarilla. En la mesa, al lado de la alcuza, había gel y alcohol para el que lo desee. Empezó a caer la tarde, mi mamá sugirió que pasáramos a la sala cerrada para evitar el frío, pero mi hermana y yo negamos la gentil oferta. En la noche, el hermano de mi esposa que estuvo el domingo en la reunión familiar le contó que se sentía débil, como gripe y dolor en las piernas. Lo calmamos, todo dolor se asocia ahora con COVID, lo que no necesariamente es cierto. Se encerró por precaución, y se hizo un análisis de orina pensando que podría ser algo renal. Su análisis no arrojó nada extraño, así que al día siguiente optó por la PCR. Estábamos muy nerviosos, Cathia había platicado con él en un cuarto cerrado un poco antes de los síntomas. Daniel dio positivo, tenía COVID. Nuevamente se apoderó de nosotros un miedo aterrador. Tenía que aislarse, pero como vive solo con sus dos hijos de 10 y 13 años, ellos tenían que venir con nosotros; claro, antes había que comprobar que no estuvieran infectados. Los niños y mi esposa se hicieron la PCR, todos negativos. Les explicamos a mis niñas que con optimismo juvenil dijeron: “será una pijamada permanente”.

Esa misma noche mi hija menor tuvo diarrea y vómitos, fuimos al pediatra de urgencias al amanecer, que solo diagnosticó un mal estomacal.

El clima de información sanitaria volvió a ser tenebroso. El crematorio del Cementerio General quedó sobrepasado, los contagios no dejaban de subir tocando al alcalde y al canciller, una noche se recogieron tres cadáveres en las calles presuntamente por COVID, los hospitales estaban saturados, no había oxígeno. A la vez, militantes del Partido Humanista quemaron barbijos en la plaza de Quillacollo (Cochabamba) como un acto de “desobediencia civil” contra las medidas sanitarias. Evocaban la actitud de Gandhi, argumentando que estaban en contra del “orden internacional impuesto”. Algún manifestante llevaba una playera que reproducía la emblemática frase del himno nacional: “Morir antes que esclavos vivir”. Además, había demasiada gente en la calle, en el transporte público, en las oficinas, en las plazas.

Nosotros como ciudadanos no sentíamos que la autoridad en sus distintos niveles hiciera nada eficaz. El sistema de salud precario no daba abasto. Funcionarios pasmados, población desprotegida, nada nuevo en Bolivia. En el mercado una vendedora me dijo: “llévese alcohol, pronto va a escasear”. Su proyección era tan realista como aterradora. Tuve miedo, mucho miedo, sin olvidar que solo habían pasado unos meses de la muerte de mi suegra. Todo estaba fuera de control, nadie podía enfrentar al letal monstruo invisible. Empezamos con un desatinado recuento de los enfermos y fallecidos cercanos. No ayudaba, pero era catártico. En casa programamos tres fases de reacción: la primera era una vida pública con cuidados (barbijo, alcohol); la segunda, no encuentros sociales ni públicos, solo privados o familiares, y la tercera, autoconfinamiento y solo salidas estratégicas e inevitables (banco, mercado, médicos). Entramos en la tercera fase automáticamente.

Daniel -completamente aislado y recibiendo la comida que diariamente mi esposa le llevaba, le dejaba en la puerta, tocaba el timbre y partía- se sometió al cañonazo de pastillas diarias, y por suerte se recuperó en unos días sin mayores consecuencias. Nosotros vivimos en “pijamada permanente”, y cuando mi cuñado volvió a hacerse la prueba, ya sano, vino a recoger a sus hijos. Nos abrazamos en la entrega de los niños, todos lloramos, festejamos que la vida continuara.

Superamos el episodio y hubo calma por unas semanas. A finales de marzo apareció otra noticia inquietante: surgió la “cepa amazónica”. Dijeron que era más contagiosa, más rápida, más mortal. Otra vez el escenario apocalíptico, ese sentimiento de que no hay futuro, que nuestro mundo está por terminar. Me volvió poseer el desasosiego, el sentimiento de indefensión. Otra vez: ¿podré aguantar tanto peso, tanta incertidumbre? En casa pasamos a la “fase tres” de autoaislamiento. Volvieron -aunque nunca se fueron del todo- dolores de cabeza, el escalofrío repentino, el malestar físico inexplicable. Difícil sacudirse del ambiente tétrico, no hay dónde esconderse. A las pocas semanas, la única esperanza se abrió paso entre la tupida maraña, una sola palabra cargaba toda la expectativa: vacuna. Empecé el trámite de darme de alta en el sistema de salud boliviano, una peregrinación administrativa. Como no vivo en Bolivia y solo estoy de paso, tuve que encontrar el lugar donde poder inscribirme; fui de una oficina a otra, de una hora a otra, hasta que luego de un largo camino lo logré. Pero faltaba lo más importante: el pinchazo.

Una tarde, desde mi departamento en el centro de la ciudad, vi un barullo más allá del habitual. Era una caravana de coches, policías, ambulancias, y, al medio, un camión blanco. Todas las sirenas encendidas y las bocinas anunciando el paso. La gente alrededor de la calle conmovida, viendo pasar una posible salvación, algunos aplaudiendo. Había llegado la inoculación. Pero el número era muy reducido, y el proceso comenzaría por los adultos mayores, lo que no impidió que varios de mis amigos encontrarán una ruta alterna para recibirla por azar o estrategia, finalmente las formas en Bolivia siempre son negociables. Al mismo tiempo, varios de mis contemporáneos en el mundo colgaban sus fotos del momento del pinchazo, los miraba con envidia. Empezó otra travesía. Decían que en un centro del sur estaban vacunando incluso a los menores de 60 años (ahí cabía yo), fuimos corriendo, y nada. Luego que en otro centro; tampoco. Uno más, sin suerte. Al mismo tiempo mi hija Canela tuvo gripe, nada indicaba que tuviera COVID, pero un día perdió el olfato. Fuimos a hacerle la prueba, negativa. Entendí por primera vez lo que ya había escuchado: “COVID psicológico”.

En mayo de 2021 refrendé mi confianza en la medicina. Tocó la inoculación a la gente de mi edad. Fui temprano, hice una larga fila. Luego de

protocolos, preguntas administrativas y toma de datos médicos (temperatura y presión), pasé a manos de una enfermera que me advirtió que podía doler la penetración de la fina aguja en el brazo, solo respondí sonriente: “no se preocupe, me sabe a gloria”. Tardé unas cuatro horas en todo el proceso, acudí con mi hermana y mi esposa, todos de la edad. Era algo raro, un alivio, sentía que la vida fluía, que había futuro. Solo pasaron dos meses para que me llegara la segunda dosis, ahora mucho más ágil, pero me provocó el mismo sentimiento. Y la tercera unos meses después, la única que me dio reacción. Lagrimeé mientras la recibía, no de dolor, sino de inigualable paz.

Fue luego de la aparición de la variable omicron que las cosas se calmaron en el planeta. El nivel de contagios fue todavía más impresionante que con las anteriores olas, pero la letalidad mucho menor. Desde ahí, se instaló la idea del COVID como una enfermedad más, que, si bien requiere cuidados especiales, no asusta tanto como al principio. Terminó mi año sabático en Bolivia y volví a México en febrero de 2022, cuando la “nueva normalidad” empezaba a abrirse paso.

Aunque esta historia no ha terminado, ya es un tiempo en el que uno se puede poner la interrogante sobre

lo que el COVID nos dejó.

Sí, sé que es prematuro para un balance, pero algo se puede decir todavía a título provisional y como ideas que se verá si resisten al tiempo. Y para eso, en México, qué mejor que revisar los datos de la encuesta *Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19*, de la Coordinación de Humanidades de la UNAM. Es la primera vez que veo con detenimiento información cuantitativa, y cuando los datos salen a la luz, en abril de 2022, es también la primera vez que tengo el espíritu más calmado como para revisarlos con cierta distancia.

El COVID llegó cuando la sociedad mexicana estaba profundamente sumergida en la plataforma informacional: 78% de los hogares tiene conexión a internet, 73% se conecta por red en casa. La información circula a través de televisión (82%), internet (76%), Facebook (67%), WhatsApp (60%); en menor medida por YouTube (47%), y un sector menor lo hace por periódicos

(21%) y revistas (11%). Sin duda que el confinamiento aceleró la vida virtual aprovechando las condiciones ya instaladas.

Paradójicamente, toda la socialidad atravesó por un dispositivo, por lo que los ciudadanos estuvieron encerrados en una habitación pero conectados con el mundo. En efecto, la concentración de roles sociales (paternidad, mundo laboral, social, familiar, lúdico) confluyeron en un territorio mínimo y solo tuvieron un canal de expansión: la red.

Más allá de las diferencias sociales que habrá que estudiarlas con detenimiento, la pandemia y sus consecuencias llegaron a toda la población, aunque obviamente la manera de enfrentarla no fue la misma, de acuerdo con la posición social.

La encuesta revela que 32% se enfermó de COVID y que 16% perdió algún miembro del hogar. El luto entró en casi dos de cada diez familias mexicanas. En términos emocionales, los datos respecto del virus como amenaza son reveladores: 19% se sintió “siempre” nervioso al inicio del confinamiento; 17%, intranquilo; 11%, triste; 8%, sin esperanza; 7%, deprimido, 9% sentía que “todo le costaba mucho esfuerzo”. Y más: 18% sentía “a veces” que “no valía nada”. Esa sensación contrasta con un optimismo moderado de la mitad de la población encuestada que piensa que la situación económica del próximo año “va a mejorar”.

La estructura para enfrentar a la enfermedad se apoyó preponderantemente en la salud pública: 66% de los encuestados afirmaron estar afiliados o inscritos a instancias públicas para la atención médica y 60% acuden a ellos cuando tienen alguna enfermedad. Curioso, pues cuando se interroga si recibieron un “apoyo del gobierno o de alguna institución”, 83% responde negativamente (sin considerar que la salud pública es un servicio estatal); y 93% afirma que sí fue un familiar quien se hizo cargo de cuidar al paciente durante la enfermedad, lo que muestra la importancia de la familia para combatir la pandemia.

El origen y solución del virus se lo percibe a partir de tres matrices diferentes. Por un lado, la explicación religiosa. Un sector minoritario (4%) considera que el COVID fue un castigo divino; 10%, que lo que nos va a ayudar a ponerle fin es la voluntad divina, y 15% confía “mucho” en los sacerdotes para proteger a la población. Una segunda matriz tiene que ver con una lectura

política: 23% considera que el COVID es “un invento político”, y 33%, “una consecuencia del abuso de la naturaleza”; 14% responde que son las políticas de salud del gobierno las que ayudarán al combate a la pandemia y solo 5% responde “mucho” a la pregunta sobre el esfuerzo de los políticos para proteger a la población del coronavirus (en contraste con 41% que afirma “nada”). La matriz de explicación médico-científica es la dominante: 36% considera que el COVID es un fenómeno natural, 61% considera que la solución es la vacunación de todos (44% confía “mucho” en las vacunas y 88% las ha recibido), y 54% afirma que son los médicos los que “harán su mejor esfuerzo para proteger a la población”.

Lo que resulta un dato revelador es que, a pesar de todo lo vivido en dos años de pandemia, 47% de los encuestados responde que su mayor miedo es ser víctima de algún delito, 34% a que su economía se vea afectada y solo 15% teme contagiarse de COVID. A pesar de su crueldad, la pandemia es menos preocupante que la inseguridad y después de la estabilidad económica.

En términos globales, la pandemia está dejando una sociedad distinta a la conocida antes de 2019. La activación de redes familiares y barriales fueron de la mano de una presencia estatal activa y con posibilidad de regular hasta los mínimos movimientos cotidianos (dejar de saludarse con beso en la mejilla o darse la mano, por ejemplo; hasta aquí ese ámbito de la vida no era normada por la autoridad, algún amigo mexicano que vive en París decía: “se agradece que el gobierno haga algo en nuestras vidas para protegernos”). Como siempre, cuando “por tu seguridad” el Estado despliega un aparato de intervención (pública, policial o política), recuperar la autonomía lleva años, a veces décadas. Se verá cuándo la sociedad vuelva a ser libre y autorregulada.

En mi experiencia particular, me tocó vivir esta temporada en medio de sufrimientos y desplazamientos, en tres contextos completamente distintos como el francés, el mexicano y el boliviano. Cada gobierno tuvo una manera propia de manejar la crisis sanitaria (sin contar que en Bolivia hubo cambio de administración en noviembre de 2020). Francia se apoyó en el sólido sistema de salud pública, combinado con duras medidas coercitivas y normas estrictas para paliar la expansión viral; México acudió al sistema de salud, pero no implementó medidas que impliquen multas y permitan más violencia y

corrupción; Bolivia, con una plataforma sanitaria pobre y deficiente, primero implementó contundentes normas de regulación de la movilidad, y, luego, solo apostó a tener vacunas. Mi paso por los tres países fue en momentos distintos de la pandemia: en Francia el inicio, el miedo al fantasma desconocido; en México el aislamiento y tránsito hacia La Paz, donde se fue regulando la vida paulatinamente, para finalmente volver a México.

Es extraño, cuando estaba en Francia, bajo el manto del estado social que respondería si caía enfermo, me sentía menos protegido que cuando estaba en Bolivia, donde básicamente tenía que confiar en la fuerza de mi cuerpo y el apoyo familiar. Seguramente a muchos nos pasó: tuvimos que combatir la incertidumbre articulando las promesas públicas (vacunas y médicos) con lo concreto de las redes familiares.

Lo cierto es que en toda esta experiencia fue sentir que el apocalipsis es más que un libro bíblico. Hace años vi una película que narraba cómo un asteroide iba a golpear la tierra acabando con todo, idea que fue retomada en el film recientemente estrenado “*No mires para arriba*” (2021). El punto es en el fondo el mismo: la desaparición de la colectividad, la muerte de nuestro mundo. Aunque en varias civilizaciones y en distintos contextos históricos y culturales se vivió algo así, esta es la primera vez que me tocó sentirlo con todas sus implicaciones. En ese contexto, solo quedaba una tarea y gozo: intentar sobrevivir.

¿Qué vendrá adelante? Difícil saberlo. Nos queda la pregunta que una vez una niña, hija de un amigo, le hizo a su padre y que ahora resuena con especial contundencia: ¿Todo lo que termina se acaba? No lo sé. Está por verse.

BIBLIOGRAFÍA

- Berman, Marshall (2009). *On the town. One hundred years of spectacle in Times Square*. Nueva York: Verso.
- Berman, Marshall (2011). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI.
- Coordinación de Humanidades (2022). *Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19*. México: UNAM.
- Defreyne, Elisabeth, Ghazaleh Hagdad Mofrad, Silvia Mesturini y Anne-Marie Vuilleminot (dir.) (2015). *Intimité et réflexivité. Itinérances d'anthropologues*. Louvain-la-Neuve : Academia – L'Harmattan.
- Eribon, Didier (2015). *Regreso a Reims*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Eribon, Didier (2016). *Principes d'un pensée critique*. París: Fayard.
- Jablonka, Ivan (2016). *La literatura es una literatura contemporánea. Manifiesto por las Ciencias Sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morin, Edgar (1994). *Sociologie*. París: Fayard.
- Morin, Edgar (2012). *Journal (1962-1987)*. París: Seuil.
- Suárez, Hugo José (2018). *La Paz en el torbellino del progreso*. México: UNAM.
- Suárez, Hugo José (2022). *París a diario*. México: UNAM.
- Suárez, Hugo José (2023). "55 días de encierro en Montmartre". En *Los efectos de una pandemia*, Coordinado por Miguel López e Yvon Angulo. México: UNAM (En prensa).
- Trejo, Alberto y Gilda Waldman (Coords.) (2018). *Pasaporte sellado. Cruzando las fronteras entre ciencias sociales y literatura*. México: UAM.

PANDEMIA Y SOCIEDAD

Hacia una explicación de las agresiones al personal de salud durante la pandemia de COVID-19 en México. Estigma y semiótica del miedo

5

Roberto Castro

Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM

Hugo Córdoba

Comité Internacional de la Cruz Roja

INTRODUCCIÓN

Desde el inicio de la pandemia por COVID-19 comenzó a registrarse en muchos países un incremento, al parecer inusitado, de agresiones al personal de salud, así como, en ocasiones, a instituciones hospitalarias. Este fenómeno tuvo una notable presencia mediática sobre todo en los meses de marzo, abril y mayo de 2020, para luego desvanecerse y desaparecer de los medios.

En México la característica principal de estas agresiones fue el dinamismo con la que se presentaban, es decir, los ataques disminuían en un lugar y surgían en otro, lo que explica que las estrategias de atención tuvieran un carácter reactivo y no preventivo. El asunto rápidamente se convirtió en materia de investigación científica, por lo que también, a partir de esos meses, se registró un notable incremento de publicaciones académicas en diversas revistas y *journals* de medicina, salud pública, humanidades y ciencias sociales, en las que se describe el fenómeno de las agresiones al personal de salud en el marco de la pandemia. Si bien muchos artículos se limitan a describir cuantitativamente la magnitud y frecuencia de estas conductas hostiles,

una cantidad significativa ha recurrido al concepto de *estigma* para tratar de explicar las causas y la dinámica del problema.

En este capítulo nos proponemos hacer un análisis crítico del problema de las agresiones al personal de salud durante la pandemia en México, así como de las explicaciones que se han tratado de dar al respecto. Sostenemos que en muchas ocasiones el problema ha sido abordado superficialmente o sin la debida contextualización, lo que se ha traducido en una ausencia de explicaciones genuinamente sociológicas.

En la primera parte mostraremos que a nivel mundial, y, ciertamente, en nuestro país también, el personal médico, de enfermería y las instalaciones de salud son objeto de diversas formas de violencia desde hace muchos años. Argumentaremos, por tanto, que el problema de las agresiones a dichos profesionales en el marco de la pandemia no puede verse como una cuestión que haya surgido a raíz de ésta, sino que debe enmarcarse en ese contexto histórico más general. Revisaremos entonces algunos de los trabajos más relevantes que se han publicado sobre el problema en el marco de la pandemia, particularmente aquellos que han centrado la explicación en torno al concepto de *estigma*.

En la segunda parte haremos una revisión del concepto de *estigma*, poniendo particular interés en los desarrollos que ha alcanzado al paso de los años. Mostraremos, desde luego, el sentido en que Goffman propuso este concepto para la psicología social y la sociología. Pero, sobre todo, señalaremos los principales avances conceptuales alcanzados en las últimas décadas, mismos que hacen injustificable permanecer adscritos dogmáticamente a la definición Goffmaniana, ignorando (activa o pasivamente) todo lo que se ha avanzado desde entonces.

En la tercera parte de este trabajo presentaremos la evidencia empírica en la que se basa nuestra investigación. Se trata de un seguimiento de noticias sobre agresiones al personal de salud en México, realizado por la Delegación Regional para México y América Central del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR).

Con base en todos estos elementos, en la cuarta parte presentamos nuestra propuesta de explicación de las agresiones registradas contra el

personal de salud en México, específicamente entre marzo y junio de 2020. Sostenemos que la explicación más rigurosa debe echar mano de herramientas provenientes de la sociología y la antropología, así como de la semiótica, manteniendo siempre abierto un margen para la incertidumbre o para admitir que hay zonas donde nuestras explicaciones aún son incompletas. En otras palabras, para explicar un fenómeno como el que nos ocupa, debemos recuperar el carácter genético del mismo (o sea, sus antecedentes e inercias históricas), atender a sus componentes estructurales (relacionados tanto con las limitaciones y riesgos con los que operan los servicios de salud, como con las características de la formación de los médicos) y prestar atención a los significados que orientan la acción de los individuos.

Por alguna extraña razón, si bien desde un comienzo diversos medios visualizaron el fenómeno de la infodemia (a la que haremos referencia más adelante), poco se ha dicho sobre el contexto de rumores que circularon en aquellos meses en torno a la pandemia y que, sostenemos, jugaron un papel central en el problema de las agresiones.

ANTECEDENTES: VIOLENCIA CONTRA EL PERSONAL DE SALUD Y AGRESIONES EN EL MARCO DE LA PANDEMIA

Las agresiones al personal de salud: un viejo problema

La violencia contra personal médico y de enfermería es un problema que se viene estudiando, a nivel mundial, desde hace al menos cuatro décadas. Ya a fines del siglo pasado se publicaban revisiones de la literatura que hacían un recuento internacional de este problema (Hobbs y Keane, 1996). Más recientemente se ha llegado a caracterizar esta violencia como una pandemia en desarrollo (Ghosh, 2018) y se ha documentado que hasta un 70% de los profesionales de la salud llegan a experimentar uno o más episodios de agresión a lo largo de su carrera (Kapoor, 2017).

En el mismo tenor, un reciente reporte de la Cruz Roja Internacional señala que durante los últimos cinco años se registraron 3,780 ataques a personal médico y centros de salud en diversos países del mundo (ICRC, 2021).

La vasta investigación sobre este problema se ha referido tanto a los ataques al personal de salud en el marco de conflictos armados (Briody *et al.*, 2018), como ataques al personal de salud en sus lugares de trabajo, comúnmente con los pacientes o sus familiares como los principales agresores (Kumari *et al.*, 2020). En estos últimos destaca como un factor de riesgo la dimensión de género: los agresores son sobre todo personas de sexo masculino, mientras que las personas agredidas son sobre todo mujeres, fundamentalmente del área de enfermería. Esta dimensión, como veremos, también prevalece en el caso de las agresiones al personal de salud durante la pandemia en México.

También se ha reportado que los médicos jóvenes están en mayor riesgo de sufrir agresiones; que en el área de urgencias se registran los mayores niveles de agresión por parte de los pacientes o familiares; y que otras variables correlacionadas con el riesgo de agresiones son largos tiempos de espera y bajas habilidades comunicativas por parte de los médicos (Chakraborty, Mashreky, y Dalal, 2022; Reddy, Ukrani, Indla, y Ukrani, 2019).

La enorme cantidad de investigaciones realizadas sobre este problema muestra que la violencia contra el personal de salud se registra en muchos países del mundo, particularmente en Asia y en Norteamérica, y se asocia mayoritariamente a lo que podríamos caracterizar como “problemas de calidad” de los servicios y problemas en la atención a los usuarios (Liu *et al.*, 2019; Mento *et al.*, 2020). También en América Latina se han publicado numerosas investigaciones que demuestran un sostenido incremento, al paso de los años, de las agresiones que sufre personal médico y de enfermería en toda la región (Casallas Murillo, Peña Valero, Moreno Rodríguez, Marulanda Lenis, y Herrera Rodríguez, 2022). Ante la seriedad del problema, incluso el Colegio Médico de México A.C. publicó una serie de recomendaciones al personal médico como guía de acción frente a las agresiones a las que están expuestos (Colegio Médico de México, 2018).

Las agresiones al personal de salud en México también han sido objeto de investigación en nuestro país. En un trabajo previo, uno de los autores de este trabajo, en coautoría con Marcia Villanueva, propuso que existen dos tipos de violencia a la que está expuesto el personal de salud (de medicina y de enfermería). Estos tipos se denominan violencia externa y violencia interna. “La *externa* se refiere a aquellas formas de violencia u hostilidad que se ejercen contra actores del campo médico por agentes externos a dicho campo (secuestradores, integrantes del crimen organizado y también usuarios de servicios de salud); en contraste, la violencia *interna* se ejerce entre actores del propio campo médico, incluyendo personal de salud (estudiantes, médicos, personal de enfermería y de trabajo social, entre otros) y pacientes” (Castro y Villanueva Lozano, 2018, p. 544). Existe amplia investigación que documenta tanto la violencia interna (Montes-Villaseñor, García-González, Blázquez-Morales, Cruz-Juárez, y De-San-Jorge-Cárdenas, 2018) como la violencia externa (Arredondo Trujillo, Gascón Santos, Espino Álvarez, y Torres Morquecho, 2014) a la que están expuestos las y los médicos en este país. Las formas de violencia *interna*, como veremos, han sido mayoritariamente desestimadas por las investigaciones recientes sobre agresiones al personal de salud en el marco de la pandemia. Se trata de una omisión que empobrece nuestra comprensión del problema en su conjunto.

En síntesis, desde hace varias décadas se ha documentado de manera sistemática que las y los profesionales de la salud están expuestos a un creciente riesgo de sufrir agresiones y violencia por parte de los usuarios de los servicios, de sus familiares y de personas integrantes del crimen organizado, así como por parte de sus propios colegas, mentores y superiores jerárquicos. Esta exposición a diversos tipos de violencia, sostenemos, es un componente histórico y contextual que debemos tener en consideración para dar cuenta de las agresiones a dicho personal durante la pandemia.

Agresiones al personal de salud en el marco de la pandemia

Al comenzar la pandemia por COVID-19 era factible preguntarse cómo evolucionaría aquella inercia preexistente de agresiones a las y los profesionales de salud. En ese contexto, como algunos autores señalaron, cabía haber esperado que, al surgir la emergencia sanitaria por el COVID-19, los ataques y la violencia contra el personal de salud disminuirían ante la conciencia colectiva de la necesidad de contar con todos los recursos de salud en sus mejores condiciones para enfrentar la crisis.

Al principio de la pandemia, en varias ciudades del mundo se registraron cálidas manifestaciones de apoyo y reconocimiento a dichos profesionales, expresadas sobre todo en forma de ovaciones colectivas públicas a una hora determinada en la noche, como en Barcelona (Alfageme, 2020). Sin embargo, en paralelo con esas expresiones de apoyo, comenzó también a registrarse un creciente número de agresiones al personal de salud (Patil y Taneja, 2021).

La investigación mostró que ambas cosas (reconocimiento y rechazo) no estaban correlacionadas; es decir, que la existencia de expresiones de apoyo y reconocimiento al personal de salud no se asociaban ni positiva ni negativamente con las expresiones de agresión hacia dicho personal, sino que ambos procesos resultaron ser enteramente independientes uno del otro (Taylor, Landry, Rachor, Paluszek, y Asmundson, 2020).

Por otra parte, cabía la legítima duda de si las agresiones al personal de salud eran proporcionalmente mayores a las que podían experimentar otros grupos ocupacionales, como recolectores de basura, trabajadores de intendencia y similares. Una investigación internacional demostró que los trabajadores de salud alrededor del mundo presentaban una probabilidad mayor (estadísticamente significativa) de experimentar acoso, intimidación y daño durante los primeros meses de la pandemia que otros trabajadores no relacionados con el sector salud (Dye *et al.*, 2020).

Pronto resultó claro que había “motivos” específicos que parecían estar asociados a las expresiones agresivas y a veces por violentas de parte de algunas personas hacia los médicos y enfermeras. Entre tales factores se identificó

al miedo al contagio como uno de los principales, así como la rebelión frente a las estrictas medidas de seguridad dictadas por las autoridades de salud, la imposibilidad de acompañar a los pacientes hospitalizados graves y de darles sepultura normal a los fallecidos o, bien, la incapacidad del Estado para responder a la crisis sanitaria, tarea que al final recayó en la figura del personal de salud.

También jugaron un papel preponderante algunos ataques y procesos de desautorización de dicho personal desde el poder, i.e., cuestionando la validez de su conocimiento en torno al COVID-19 o descalificando las justas demandas por tener equipo de seguridad para poder trabajar, cosa que ocurrió, por ejemplo, en Brasil y en China; o descalificaciones de otro tipo como las ocurridas en USA con Trump y los negacionistas (Cathey, 2020), así como el aliento que se le dio en algunos lugares a diversas teorías conspiracionistas que propugnaban la inexistencia del COVID-19, o, bien, que se trataba de un plan gubernamental para dañar a la población, o diversas variantes de estas versiones (van Stekelenburg, De Cauwer, Barten, y Mortelmans, 2021).

Desde luego América Latina no fue ajena a este repunte de casos de agresión a personal de salud en el marco de la pandemia, y con causas y procesos similares a los reportados en otras partes del mundo (Bitencourt *et al.*, 2021; Dias, dos Santos, Martins, y Neto, 2021; Valdés *et al.*, 2020). En México también se documentó, tanto en reportes académicos como en notas de prensa, la crisis de agresiones a personal de salud durante la pandemia (Aspera-Campos, Gaspar Hernández-Carranco, Tadeo Gutiérrez-Barrera, y Quintero-Valle, 2020; Díaz-Victoria, 2020; Sarmiento, 2022).

ESTIGMA

Estigma como concepto psicosocial y sociológico

Goffman propuso el concepto de estigma “para hacer referencia a un atributo profundamente desacreditador; *pero lo que en realidad se necesita es un len-*

guaje de relaciones, no de atributos” (Goffman, 1986, p. 13, cursivas añadidas). El autor señaló que, al estigmatizar a una persona, se le discrimina a partir de la elaboración de una teoría o una ideología que “explica” su inferioridad y el peligro que representa.

Como han sintetizado otros autores, Goffman hizo cuatro señalamientos clave: que el estigma es una perspectiva que se genera en contextos sociales específicos; que las personas desarrollan estrategias (como encubrimiento y enmascaramiento) para evitar o manejar los efectos de la estigmatización; que la estigmatización es históricamente específica en las formas que adquiere; y que el estigma es una forma de control social (Tyler y Slater, 2018). Pero hay que destacar desde ya que las agresiones y la violencia física contra los estigmatizados no son el punto central de Goffman (ni siquiera menciona estos aspectos), justamente porque, como veremos, el concepto está diseñado para estudiar formas de dominación, control y exclusión que no necesariamente se expresan en agresiones violentas directas.

A partir de la propuesta original de Goffman (en 1963), el concepto de estigma se ha desarrollado enormemente. Cabe diferenciar dos grandes campos donde esto ha ocurrido: el de la psicología social y el de la sociología.

Desde ciertas corrientes de la psicología social se ha propuesto que la tendencia a estigmatizar podría tener raíces evolutivas, lo que contribuiría a explicar que en muchas sociedades, y a lo largo de diversas épocas históricas, se observe una tendencia a excluir y marginar a personas afectadas por enfermedades infecciosas o con deformidades en el cuerpo (Kurzban y Leary, 2001; Neuberg, Smith, y Asher, 2000). En todo caso, el grueso de la investigación desde la psicología social se ha centrado básicamente en los efectos que la estigmatización tiene sobre las personas estigmatizadas. Desde esta perspectiva, se ha señalado que donde hay grupos estigmatizados hay también representaciones colectivas que legitiman o normalizan tales clasificaciones sociales. Major y O’Brien señalan que los grupos estigmatizados saben que están devaluados ante el resto de la sociedad y conocen los estereotipos culturales con que se les caracteriza, estigmatiza y discrimina (Major y O’Brien, 2005).

Cabe entonces preguntarnos si de los profesionales de la salud podemos decir que se trata de grupos estigmatizados. En todo caso la representación colectiva que circuló de ellos en los inicios de la pandemia incluyó una doble imagen: por una parte, que eran “héroes, salvadores, merecedores de aplauso”; y por otro, también la incipiente idea de que eran o podían ser portadores de contagio. No se trata, por tanto, de una representación colectiva de un grupo socialmente estigmatizado.

Más importante, a los efectos de este trabajo, es el desarrollo que ha alcanzado la investigación sobre estigma con un enfoque sociológico. Link y Phelan señalaron el uso poco riguroso que se ha hecho del concepto y propusieron reservar el término de estigma “cuando concurren elementos de etiquetación, estereotipación, separación, pérdida de estatus y discriminación en un contexto de poder que permita que esos componentes se desarrollen” (B. Link y Phelan, 2001, p. 367). El término de “etiquetación” es más sociológico que “atributo” o “marca”, porque hace referencia a la actividad de diferenciar que ejercen unas personas sobre otras. La estereotipación se refiere al encasillamiento de las personas estigmatizadas en caracterizaciones colectivas y negativas. La separación hace referencia a la diferenciación entre “ellos” (las personas estigmatizadas) y “nosotros”, que se basa en la creencia de que, efectivamente, existen diferencias *fundamentales* entre ambos grupos. Dicha creencia, a su vez, suele fundarse en la asimilación identitaria que se hace de los “otros” a un atributo: “tú eres canceroso”, en lugar de “tienes cáncer”. Esa etiquetación, a su vez, suele traducir una pérdida de estatus o de prestigio de las personas así caracterizadas, es decir, un desplazamiento hacia abajo de las personas estigmatizadas en la escala de las jerarquías sociales. Y, en un contexto de desigualdad de poder, los grupos así adscritos a posiciones de bajo estatus pueden ser discriminados, ya sea de manera individual o estructuralmente.

Revisemos entonces si es posible aplicar esta teoría de la estigmatización a los médicos y enfermeras. En primer lugar, ambas son profesiones en las que no predominan los estereotipos negativos. Por el contrario, suele caracterizárseles como profesionales esforzados dedicados al cuidado y atención

de los demás. Asimilar su identidad con su profesión (“eres médica” o “eres enfermera”) no supone que se presuma que existen diferencias fundamentales entre esos profesionales y el resto de la población en detrimento de aquellos. Por tanto, ¿los médicos y enfermeras tienen un estatus general devaluado? Es verdad que la percepción social de estas profesiones ha cambiado a lo largo de las últimas décadas, a partir de la desaparición de la medicina liberal y su sustitución por la medicina institucional (Schraiber, 2019). No tienen el estatus de antes y, como dijimos en la primera parte de este capítulo, son objeto de muchas formas de violencia desde antes de la pandemia. Con todo, siguen siendo un grupo con elevado estatus. De acuerdo con la Encuesta sobre la Percepción Pública de la Ciencia y la Tecnología (ENPECYT), levantada por el INEGI y el CONACYT en 2017, la enfermería y la medicina se encuentran entre las tres profesiones más respetadas en México. Los datos indican, en consecuencia, que se encuentran lejos de ser grupos socialmente devaluados (García, 2018; INEGI, 2017).

Finalmente, el “contexto de poder” del que hablan los autores es absolutamente crucial para entender el correcto uso del concepto de estigma desde las ciencias sociales. En efecto, un desarrollo sociológico muy importante de este concepto se debe a la incorporación de la dimensión del poder y a lo que ellos mismos han llamado “el poder del estigma” o *stigma power* (B. G. Link y Phelan, 2014). Muchos de los procesos de estigmatización, señalan, proceden de maneras más bien sutiles, en el marco de lo que Bourdieu llamó “violencia simbólica”. Con ello se logran tres formas de control: mantener a la gente abajo (*keeping down people*); mantener a la gente dentro (*keeping people in*); y mantener a la gente lejos (*keeping people away*). Solo esta última se aplica, en ocasiones, a las personas enfermas o presuntamente contagiosas (Phelan, Link, y Dovidio, 2008).

Debemos preguntarnos, señalan los autores, si las personas que estigmatizan realmente tienen el poder para imponer de manera estable una diferenciación entre “ellos” y “nosotros”, lo cual se logra básicamente controlando el acceso a las instituciones educativas, laborales, de provisión de vivienda y de atención a la salud. Con frecuencia veremos que esto no es así (como en el caso que nos ocupa aquí, de las profesiones de salud), por lo que en

todo caso posiblemente algunos componentes cognitivos del estigma estarán presentes, pero no el estigma propiamente entendido desde una perspectiva sociológica. Ésta es, a nuestro entender, la raíz de la confusión que se observa en mucha de la literatura sobre las agresiones que sufrieron los profesionales de la salud al inicio de la pandemia. Como señalan los autores: “Recordemos que, si solo usáramos los componentes cognitivos de etiquetar y estereotipar para definir el estigma, grupos como abogados, políticos y personas blancas tendrían que ser considerados grupos estigmatizados. Nuestra incorporación de poder, pérdida de estatus y discriminación permite que la definición formal que derivamos sea coherente con la comprensión actual de lo que es un grupo estigmatizado” (B. Link y Phelan, 2001, p. 377). En el mismo tenor, podemos decir que ni los médicos ni las enfermeras son grupos socialmente estigmatizados.

Investigación sobre estigma y profesionales de la salud en el marco de la pandemia

En aras de la brevedad, nos interesa destacar aquí dos artículos recientemente publicados que incluyen, respectivamente, una revisión de cómo se ha usado el concepto de estigma en el marco de la crisis sanitaria por COVID-19, y una propuesta de adaptación del concepto ante las realidades de la pandemia.

En su revisión de la literatura sobre estigma y COVID-19, Schubert y colaboradores (Schubert *et al.*, 2021) buscan retomar algunos de los aportes propuestos en los últimos años para enriquecer el uso sociológico del estigma con la perspectiva de la interseccionalidad, en lo que se ha denominado el complejo estigma o *stigma complex* (Pescosolido y Martin, 2015). Bajo este nuevo concepto se postula la necesidad de distinguir, al aplicar el enfoque del estigma en la investigación social, conceptos como el carácter experiencial (percibido, endosado, anticipados, recibido y actuado) y la orientación de la acción (autoestigma, estigma por asociación, estigma público, estigma basado en el proveedor y estigma estructural).

Siguiendo la clasificación propuesta por Pescosolido y Martin, Schubert y colaboradores (Schubert *et al.*, 2021) clasifican la literatura tratando de diferenciar trabajos que presenten evidencias sobre tres tipos de estigma:

- “Estigma público”, donde se recogen evidencias de que sectores de la población suscriben el estereotipo o prejuicio contra profesionales de salud porque pueden tener COVID-19.
- “Estigma por asociación”, donde se recogen evidencias de que algunos sectores de la población suscriben estereotipos o prejuicios contra familiares y compañeros de trabajo de profesionales de la salud trabajando directamente con pacientes con COVID-19.
- “Autoestigma”, que a su vez se puede diferenciar en estigma internalizado, estigma percibido y estigma anticipado (trabajos que presentan evidencias de personas estigmatizadas que de alguna manera suscriben el estigma del que son objeto, sobre todo por la vía de sentimientos de culpa o de inferioridad. O bien, trabajos que recogen testimonios de personal de salud que está consciente de que está siendo objeto de prejuicios o de que podría llegar a serlo).

Si bien los autores registran trabajos donde se reportan algunas de las estrategias típicas de las personas que no quieren ser estigmatizadas (por ejemplo, profesionales de salud que ocultan la información de que atienden a personas con COVID), sus conclusiones son devastadoras: señalan que los 46 estudios revisados son de muy baja calidad, ya sea por un uso laxo de conceptos o porque su diseño metodológico es defectuoso, por lo que, señalan, poco se puede concluir de toda esa investigación. Por desgracia, una caracterización similar puede aplicarse a mucha de la literatura publicada recientemente sobre COVID y agresiones a personal de salud en nuestra región.

Por su parte, en el segundo trabajo se propone recuperar el carácter dinámico del fenómeno del estigma, máxime si se busca aplicarlo para investigar procesos de estigmatización relacionados con el COVID-19 (Farrimond, 2021). La autora señala que el estigma no es una condición estática ni fija,

sino que se realiza a través de procesos de continuidad y cambio. Propone tres conceptos para entenderlo mejor: linaje, variación y fuerza.

El *linaje* se refiere a la necesidad de identificar de qué corriente o tendencia deriva el estigma en cuestión. En el caso del COVID-19, por ejemplo, el estigma deriva de un grupo de enfermedades epidémicas e infecciosas ya estigmatizadas, como el VIH o la epidemia de influenza de 2009 (Fernández Poncela, 2012). Se ha mostrado que el linaje del estigma del coronavirus se asocia a que históricamente las enfermedades infecciosas han enfrentado los estigmas más poderosos (Dye *et al.*, 2020). Se sabe también que las enfermedades mortales, las enfermedades nuevas y las enfermedades sin una cura o tratamiento conocido son otros factores que también incrementan el riesgo de la estigmatización

La *variación* se refiere a la capacidad de los procesos de estigmatización de presentar diferentes intensidades a lo largo del tiempo, dependiendo de un conjunto de factores contextuales. Y la *fuerza* se refiere al alcance de los procesos de estigmatización, que incluye momentos históricos particulares en que el fenómeno puede debilitarse hasta desaparecer. En tal caso, si adoptáramos esta perspectiva para estudiar el problema de las agresiones al personal de salud durante los primeros meses de la pandemia, tendríamos que tratar de dar cuenta de esta dinámica y de explicar por qué se desvaneció al cabo de los primeros tres meses de iniciada la pandemia. Para ello, es necesario prestar atención tanto a las fuerzas que impulsan el estigma, como a las fuerzas contraestigmatizadoras.

Dado que los profesionales de la salud poseen un estatus social relativamente elevado, cabría pensar que por eso mismo están protegidos contra tendencias estigmatizantes de largo alcance: “Un relato procesual de la mutación del estigma, por lo tanto, presta atención al cambio complejo en el tiempo, incluyendo tanto fuerzas amplificadoras como fuerzas contrarias o desestigmatizadoras” (p.5).

En este entendido, de que los estigmas pueden mostrar una intensa dinámica, un artículo llegó a predecir que el estigma en torno al COVID-19 persistiría mucho tiempo después de que la epidemia desaparezca; que será

un factor que impida a aquellos que enfermaron recuperar sus capacidades plenamente; que la asociación del COVID-19 con grupos marginados y desempoderados hará que el estigma de esta enfermedad se escale; que, por lo tanto, el estigma del COVID reforzará las desigualdades sociales y en salud; y que las lesiones morales derivadas del estigma asociado al COVID-19 darán lugar a otra epidemia de padecimientos emocionales (Brewis, Wutich, y Mahdavi, 2020). Sin embargo, a la luz de las evidencias ya disponibles en estos años, parece que el estigma del COVID-19 ha mutado, pero en direcciones diferentes a las predichas por estos autores.

De más está señalar que nada de esto ha sido retomado o explicado en la ya muy amplia literatura sobre el tema. Las explicaciones han sido más bien simplistas o mecánicas (Espinosa Luna y Ramírez Ruiz, 2021).

CLASIFICACIÓN Y DESCRIPCIÓN DE AGRESIONES A PERSONAL MÉDICO Y DE ENFERMERÍA

Las agresiones contra el personal de salud en México en los primeros meses de la pandemia se dieron en el contexto más general de un largo historial de agresiones que este personal viene experimentando desde hace varios años (Vargas, Vélez-Grau, Camacho, Richmond, y Meisel, 2021). Tenemos pocas fuentes para documentar empíricamente las características específicas que adquirió el fenómeno durante la pandemia. Una opción sería recurrir a las denuncias presentadas ante el Ministerio Público por parte de este personal. Sin embargo, la investigación científica ha demostrado que menos del 7% de los delitos que se cometen, en general, son denunciados en México, lo que hace que esta fuente sea desaconsejable para nuestros propósitos (Carreto Romero y Ramírez-Álvarez, 2022).

Otra alternativa es el registro de quejas por discriminación que obra en poder de la Comisión Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED). Mediante una solicitud de información, pedimos un desglose detallado de todos los casos presentados por profesionales de la salud relacionados con

experiencias de acoso o discriminación sufridas con relación a la pandemia de COVID-19, a partir de marzo de 2020 y hasta diciembre de 2021.

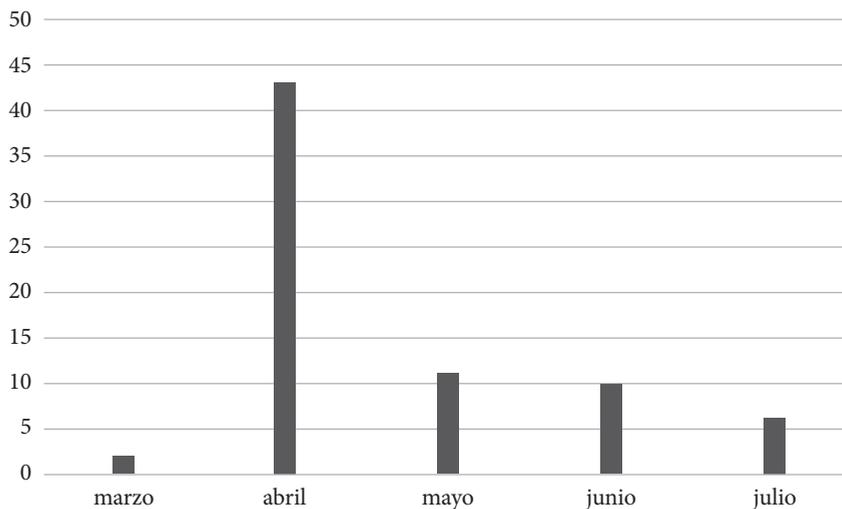
La CONAPRED reporta un total de 86 casos en todo el país, la mayoría de los cuales se refieren a quejas que interpone el personal médico y de enfermería porque se les obliga a seguir laborando en su centro de salud pese a presentar condiciones que los ponen en un riesgo mayor frente al COVID-19 (edad mayor de 60 años, otras comorbilidades, etc.), así como actos de discriminación en el transporte público o en sus unidades habitacionales. El mayor número de dichas quejas se presentó en el mes de abril de 2020 (sumaron 54); en mayo y junio de ese año se registraron 11 en cada mes; y a partir de ahí el número de quejas decreció a tres o menos quejas por mes. Y del total de casos, 54 fueron quejas presentadas por mujeres y 32 por hombres.

La mejor opción que se nos presentó fue revisar las notas de prensa que se publicaron en México en torno a esta materia, debido a que son las que ofrecen más información descriptiva de los casos. La oficina de la Cruz Roja Internacional en México realizó un seguimiento de prensa de las notas que referían actos de discriminación o agresiones contra personal de salud en el contexto de la pandemia. El registro inició en marzo de 2020 y se suspendió a partir de agosto de ese mismo año, ante la práctica extinción del fenómeno y su desaparición de los medios de comunicación masiva. Se registraron un total de 72 notas de prensa. La gráfica 1 muestra la tendencia.

Claramente el “pico” se registró en el mes de abril con 43 notas de prensa, y a partir de ahí se presentó una tendencia decreciente pasando a 11, 10 y 6 casos en los siguientes tres meses. Como se aprecia, la tendencia es muy semejante a la que describimos más arriba con base en los datos de la CONAPRED.

Hay que decir que, de las 32 entidades federativas del país, las notas periódicas se refieren a 22 de ellas. En diez estados del país no se registraron incidentes (Aguascalientes, Baja California, Baja California Sur, Campeche, Colima, Hidalgo, Puebla, Quintana Roo, Tlaxcala y Zacatecas).

GRÁFICA 1. DISTRIBUCIÓN DE EPISODIOS DE AGRESIONES A PERSONAL DE SALUD REGISTRADAS POR LA PRENSA NACIONAL



Fuente: Cruz Roja Internacional. Oficina en México.

En contraste, el mayor número de incidentes se refiere a Chiapas (10), seguido de Ciudad de México y Jalisco (nueve cada uno); Estado de México, Oaxaca y Veracruz registran cinco cada uno; Sinaloa y Yucatán, cuatro, y Querétaro y Guerrero, tres. Michoacán, Morelos, Sonora, Durango y San Luis Potosí, con dos cada uno, y finalmente se registró un solo episodio en los estados de Chihuahua, Tabasco, Tamaulipas, Coahuila, Guanajuato, Nuevo León y Nayarit.

Y, como en el caso anterior, un hallazgo importante se refiere al desbalance de género que se presenta en estas notas de prensa. Más de la mitad de ellas (40) se refieren a enfermeras, mientras que las notas que se refieren a médicos son apenas la mitad de aquellas (20; solo 27% del total). El resto (13%) se refiere a agresiones a hospitales, ambulancias o personal de la Cruz Roja.

Las estimaciones de la Cruz Roja Internacional sugieren que en este período hubo 79 enfermeras directamente afectadas por este fenómeno, así

como 35 médicos. Otros cálculos, basados en metodologías diferentes, estiman en “más de 200” el número total de afectados (García-Bermejo, 2020).

Como señalamos más arriba, en investigaciones previas hemos propuesto diferenciar entre violencia *externa* y violencia *interna* entre los profesionales de la salud (Castro y Villanueva Lozano, 2018). Una revisión de las notas de prensa relacionadas con este problema nos permite una clasificación de la violencia *externa* en tres grupos:

Discriminación y exclusiones con fines “preventivos”. Éstas se refieren no a agresiones físicas directamente, sino a conductas ejercidas por el público en general, cuya intencionalidad es separar a profesionales de enfermería o de medicina; es decir, poner distancia de por medio con la supuesta finalidad de evitar el riesgo de contagio, pues se asume que, siendo profesionales de la salud, pueden haber estado en contacto con personas enfermas de COVID-19 y, por lo tanto, portar también la infección. Las principales conductas que se registran en los medios dentro de esta categoría son:

- Negar acceso al transporte público.
- Negar acceso a establecimientos comerciales.
- Retirar el saludo.
- Conductas de evitamiento.
- “Invitación” a abandonar la vivienda o impedimento físico para que la ocupen.
- Impedir salir o entrar a una comunidad.
- Etiquetación.
- Negar el ejercicio de su profesión.

Agresiones con fines “preventivos”. Estas conductas, a diferencia de las anteriores, sí incluyen un componente de agresión física o verbal. También son ejercidas por el público en general y también están motivadas por el deseo de evitar el riesgo de contagio. Las conductas registradas por los medios dentro de esta categoría son:

- Insultos y amenazas en lugares públicos.
- Rociar a enfermeras con cloro.
- Ataque a ambulancias.
- Ataque a personal que fumigaba.
- Retención del personal de salud en sus centros de trabajo o en la comunidad.

Agresiones con fines “punitivos”. Las dos categorías anteriores engloban conductas que persiguen fines supuestamente preventivos; es decir, se ejercen contra el personal de salud no porque se sepa que efectivamente son portadores de COVID-19, sino solo por el riesgo potencial de que lo sean. Las conductas punitivas, en cambio, son aquellas que se entienden como actos de revancha o castigo contra profesionales de salud y que surgen ante el sentimiento de agravio que experimentan los agresores por actos, medidas o decisiones de parte del personal de salud. Las conductas registradas en los medios dentro de esta categoría son:

- Amenaza de quemar o quema real de un hospital.
- Escupir al personal de salud, o arrojarles café caliente o huevos por atender pacientes con COVID-19.
- Ataques al personal dentro de un hospital por no dejar pasar a ver a un familiar enfermo o no darlo de alta, o no atenderlo bien.
- Actos de incriminación contra personal médico o de enfermería, como resultado del diagnóstico o muerte por COVID-19 a un familiar.
- Amenazas a personal de salud por la muerte de un familiar por COVID-19.
- Destrozos a instalaciones de salud como respuesta por pacientes de COVID-19 fallecidos.

Junto con estas expresiones de violencia externa, igualmente importante, pero mucho menos documentada, es la violencia interna; es decir, el conjunto de actos de etiquetación, discriminación o agresión ejercidos por los integrantes del equipo de salud; es decir, personal médico y de enfermería, contra sus

propios colegas. A partir de una serie de entrevistas realizadas a médicos residentes, en el marco de otro proyecto de investigación,¹ hemos constatado que durante los meses más agudos de la pandemia se dieron fenómenos como la etiquetación como “COVIDólogos” al personal de salud que estaba asignado a la atención directa de pacientes y el desarrollo de conductas de segregación contra ellos; la designación como “covilandia” de las áreas específicas de atención a pacientes de COVID-19 al interior de los hospitales y el desarrollo de patrones de etiquetación y evitamiento tanto de las personas ahí adscritas como de las zonas así designadas. Un factor muy importante para destacar es que las razones que esgrimen los profesionales de la salud para discriminar a sus colegas al interior de los hospitales son semejantes a las que se reportan de parte de quienes les agreden en la calle: el miedo, simple y llano, al contagio (Arias y Martínez-Salazar, 2022, p. 26).

Uno de los pocos artículos que aborda el tema con sofisticación muestra el estigma que los médicos desarrollan y aplican entre ellos mismos, y no solo del que son objeto por parte de la población (Muñoz Martínez, 2021). El autor, además, intenta una diferenciación entre autoestigma, estigma interpersonal y estigma estructural. La dimensión de poder, muestra el autor, sobre todo se aprecia en el estigma que los médicos de jerarquía ejercen contra los médicos residentes e internos, justo porque se trata de subordinados que ya desde antes del COVID venían sufriendo abusos de varios tipos. Y como bien señala el autor, en ocasiones “la línea entre la gestión eficaz de riesgos interpersonales y organizacionales y el estigma y la discriminación parecería borrosa” (p. 678).

HACIA UNA EXPLICACIÓN DE LAS AGRESIONES AL PERSONAL DE SALUD EN EL CONTEXTO DE LA PANDEMIA DE COVID-19

A la luz de lo expuesto hasta aquí, quedan claros varios elementos: a) que el concepto de estigma no necesariamente es la mejor alternativa para explicar

1 Castro, R., Proyecto de investigación sobre agresiones a médicos y médicas residentes por parte de sus superiores.

las agresiones sufridas por los profesionales médicos y de enfermería en los primeros meses de la pandemia; b) que dichas agresiones, si bien resultaron ser un fenómeno inadmisibles y que llamó mucho la atención por la cobertura que se le dio en los medios, no constituyó una “epidemia” paralela ni comparable; y c) que es indispensable contextualizar esas agresiones en el marco más general de violencias que históricamente viene enfrentando el personal médico, tanto de fuentes externas como internas.

Desde los primeros meses de la pandemia, uno de los autores de este capítulo propuso un acercamiento sociológico basado en Smelser para explicar las agresiones que se estaban registrando (Castro, 2020; Smelser, 1996). Se trató de un primer acercamiento a un fenómeno que recién comenzaba, del que se tenía aún poca evidencia empírica y del que, naturalmente, no se sabía cómo iba a evolucionar.

Al paso del tiempo estamos en condiciones de elaborar una explicación retrospectiva con más y mejores elementos tanto conceptuales como empíricos. Un primer elemento importante se refiere a la infodemia y, vinculado a ella, los rumores que se difundieron en torno al COVID-19, sobre todo al principio de la pandemia. La infodemia es un neologismo creado por la Organización Mundial de la Salud, precisamente en el contexto de la pandemia de COVID-19, para referirse a la “cantidad excesiva de información -en algunos casos correcta, en otros no- que dificulta que las personas encuentren fuentes confiables y orientación fidedigna cuando las necesitan” (OPS, 2020). De entre los millones de videos subidos a YouTube, de tuits, de mensajes enviados por WhatsApp y otros medios equivalentes, importa aquí enfatizar la cuestión de los rumores que circularon en México en los primeros meses de la pandemia. Los rumores “son ventanas a un mundo poco reconocido... en donde se captan las maneras de pensar de diferentes grupos sociales” (Zires, 2021, p.376). Los rumores expresan los temores, la incertidumbre y las teorías explicativas que eventualmente confieren cierto sentido a una realidad que, a los ojos de diversos grupos de población, se presenta como amenazante, desarticulada, inexplicable de otra manera, esto es, urgida de cierto ordenamiento interpretativo.

La infodemia ha resultado ser un fenómeno mundial que mostró constantes y variantes (Singh *et al.*, 2022; Xiao, Huang, Zhang, Wan, y Li, 2021).

La investigación muestra que, si bien el surgimiento de los rumores y noticias falsas se registró en múltiples países, las formas que adquirieron variaron en cada uno de ellos en función de las características culturales locales. No solo existen los rumores surgidos “espontáneamente” en algunas sociedades, sino, más importante aún, se ha comprobado la existencia de grupos de interés de variada índole que son proactivos en la fabricación y diseminación de rumores de diverso tipo (Oseguera Montiel, 2021).

En el caso de México, corrieron rumores de diferentes tipos. En algunas zonas del país, particularmente en ciertas comunidades de Chiapas, se decía que el personal de salud vacunaba y/o fumigaba para esparcir el COVID; en otros lugares se difundió la versión de que los médicos estaban matando deliberadamente a los pacientes; que les pagaban para certificar muertes por COVID; que todo era una campaña de las compañías farmacéuticas para vender su vacuna (cuando la tuvieran; en ese momento no estaba disponible); y otros rumores similares (Foro Consultivo, 2021).

En México, dos de los rumores que más circularon y que más efectos tuvieron fueron: uno que sostenía que “el coronavirus no existe” y otro que señalaba que en realidad a las personas “las están matando” los propios médicos y enfermeras mediante inyecciones de sustancias con el virus.

Al igual que el *estigma*, los rumores también poseen una dinámica muy intensa y se van transformando bajo el enorme impulso que le proveen las redes sociales: mensajes de texto y de voz, “memes”, videos, tuits, etc. Esta dinámica debe entenderse en el marco de un contexto de *luchas discursivas* en las que se enfrentan “diferentes lógicas de pensamiento científico, religioso, apocalíptico, conspiracionista, leyendas o mitos de múltiples tradiciones, junto con lógicas de pensamiento y orientación política más o menos partidaria de ‘la oposición’ o ligadas al régimen actual” (Zires, 2021, p. 378).

En estas luchas discursivas está en juego, en primer lugar, la voluntad de imponer una descripción e interpretación específica de las cosas (“el virus no existe” versus “el virus sí existe”; “los médicos están matando a la gente” versus “los médicos son los héroes que nos están salvando”, etc.). Pero, además de ello, a través de esas luchas se propagan, en mayor o menor grado, emociones colectivas concomitantes al contenido del rumor: quienes creen que

se trata de una conspiración genocida orquestada desde el gobierno con la colaboración del personal de salud pueden experimentar ante sí una amenaza muy importante para la propia supervivencia. El caso del asalto al hospital de Ecatepec² es ilustrativo del efecto que pueden tener estos rumores: “Estos llamados a agredir a los doctores y enfermeros a partir de la noción de que son criminales deben explicar algunas de las razones por las que ha sido agredido el personal médico en muchas regiones de México durante esta pandemia” (Zires, 2021, p. 394).

La reconstrucción que hace Zires del ambiente registrado en las redes en torno a este episodio y los rumores a él asociados muestra el ambiente de tensa confrontación entre diversos actores sociales en el ciberespacio en el que -y esto es crucial para nuestro argumento- se observan tácticas de estigmatización y contraestigmatización de unos grupos sociales a otros. Esto es, así como circula el rumor de que los médicos están matando a los pacientes y se les estigmatiza como criminales, aparecen otros mensajes que estigmatizan a los habitantes de Ecatepec como “ignorantes”, “salvajes” y otros calificativos despectivos. En consecuencia, es posible que existan (al menos parcialmente) procesos de estigmatización en el origen de las agresiones registradas contra el personal de salud en los primeros meses de la pandemia. Pero si hemos de observar procesos de estigmatización, debemos ver el contexto general, la estigmatización y la contraestigmatización, para comprender mejor el “ambiente”, esto es, el contexto social y colectivo en el que se dieron esos fenómenos.

En los mensajes de las redes sociales que analizan Zires y Oseguera se observa una enorme frustración de la población con los servicios de salud, alimentada a lo largo de muchos años; una grave sensación de haber sido engañados históricamente y de estarlo siendo otra vez en el contexto de la pandemia; y, consecuentemente, una enorme desconfianza en las instituciones. En el concepto de estigma en sí mismo no hay una teoría de la acción que explique, como se ha pretendido, las agresiones que se registraron. A dicha

2 <https://www.capitaledomex.com.mx/local/familiares-irrumpen-por-la-fuerza-en-el-hospital-las-americas-en-ecatepec-para-exigir-informacion-de-pacientes-con-COVID/>

teoría nos acercamos mucho más a través del análisis del estado de ánimo colectivo, tal como se aprecia en las redes sociales.

Ese contexto de frustración, decepción y desconfianza colectivas resultó ser un medio idóneo para la propagación del miedo ante un fenómeno que resultaba desconocido para todos. Es fundamental, por tanto, una explicación que dé cuenta de lo que significaba la pandemia y de la dificultad de controlar el miedo que suscitaba. Hacía falta una semiótica del miedo (Pliego Pérez, 2022).

Un segundo elemento muy importante que tampoco se ha considerado en los esfuerzos por explicar el problema de las agresiones al personal de salud (en general, y en el caso de la pandemia por COVID-19 en particular) se refiere a la certeza subjetiva de la impunidad, debida tanto a diversos vacíos legales que impiden defender desde la ley al personal de salud, como a la experiencia socialmente acumulada de que la probabilidad de enfrentar consecuencias legales por delinquir es extremadamente baja. Se sabe que es muy improbable que una agresión impulsiva en la calle sea sancionada. No existe una restricción para no hacerlo. Es lo que el Observatorio Ciudadano denominó “la pasividad con la que se han abordado las agresiones en contra del personal médico, la cual ha derivado en la impunidad de estos casos y en el respectivo incremento de su exposición al riesgo” (Observatorio Nacional Ciudadano, 2020).

CONCLUSIÓN

En este capítulo hemos mostrado que el fenómeno de las agresiones al personal de salud a principios de la pandemia de COVID-19 fue un fenómeno que se registró en varios países del mundo en paralelo (y sin correlación alguna) con las manifestaciones de apoyo y reconocimiento que también se dieron hacia dichos profesionales.

Hemos mostrado que las agresiones que sufre el personal de salud son un problema de larga data, sobre el que se ha hecho mucha investigación en las últimas décadas, y hemos sugerido que no se puede ignorar este contexto en la explicación que buscamos. Hemos visto que una gran proporción de los trabajos publicados sobre este tipo de agresiones optó por “explicar” estas

manifestaciones de discriminación y violencia recurriendo al concepto de *estigma*, propuesto originalmente por Goffman. Hemos argumentado que dicha investigación, en su mayoría, carece de la sofisticación necesaria para recuperar todo el desarrollo subsecuente que presentó el concepto de *estigma* en las décadas posteriores a la propuesta original. Hemos mostrado, así, que dicho concepto, en su acepción actual, difícilmente puede ser indicado para sustentar una explicación adecuada del problema de las agresiones.

Hemos sugerido entonces que la explicación de dichas agresiones debe buscarse en los significados y los miedos que se asociaron a la pandemia en sus comienzos, máxime que se trataba de un fenómeno en ese momento desconocido y sin cura. Hemos mostrado, en consecuencia, que es una semiótica del miedo la ruta que ofrece las mejores posibilidades de dar cuenta, desde un enfoque de ciencias sociales, de la naturaleza de las agresiones registradas por un breve período que finalmente no se prolongó por más de tres o cuatro meses. Un enfoque basado en el concepto de *estigma* no permite dar cuenta fácilmente del desvanecimiento que se observó, al cabo de un breve período de tiempo, de estas agresiones y de la vuelta a la “normalidad”.

En la explicación de los fenómenos sociales, como el que nos ha ocupado aquí, es fundamental renunciar al expediente fácil de la explicación pretendidamente canónica y examinar con detalle el contenido y la evolución de los conceptos que buscamos usar para responder a las preguntas de investigación.

BIBLIOGRAFÍA

- Alfageme, A. (2020). La crisis del Coronavirus. Por qué se les aplaude. *El País*. Retrieved from <https://elpais.com/sociedad/2020-05-03/por-que-se-les-aplaude.html>
- Arias, S., y Martínez-Salazar, I. (2022). The COVID-19 HEalth caRe wOrkErs Study (HEROES) Informe Regional de las Américas.
- Arredondo Trujillo, F., Gascón Santos, S., Espino Álvarez, L. A., y Torres Morquecho, M. (2014). Agresiones hacia los médicos durante el servicio social. *Gaceta Médica de México*, 150, 331-337. Retrieved from <https://www.medigraphic.com/cgi-bin/new/resumen.cgi?IDARTICULO=55408>
- Aspera-Campos, T., Gaspar Hernández-Carranco, R., Tadeo Gutiérrez-Barrera, A. D., y Quintero-Valle, L. M. (2020). Violencia contra el personal de salud antes y durante la contingencia sanitaria COVID-19. *Revista Médica del Instituto Mexicano del Seguro Social*, 58, S134-S143. Retrieved from http://revistamedica.imss.gob.mx/editorial/index.php/revista_medica/article/view/3826
- Bitencourt, M. R., Alarcão, A. C. J., Silva, L. L., Dutra, A. d. C., Caruzzo, N. M., Roszkowski, I., . . . Carvalho, M. D. d. B. (2021). Predictors of violence against health professionals during the COVID-19 pandemic in Brazil: A cross-sectional study. *PLoS ONE*, 16(6), e0253398. doi:10.1371/journal.pone.0253398
- Brewis, A., Wutich, A., y Mahdavi, P. (2020). Stigma, pandemics, and human biology: Looking back, looking forward. *American Journal of Human Biology*, 32(5), e23480. doi:<https://doi.org/10.1002/ajhb.23480>
- Briody, C., Rubenstein, L., Roberts, L., Penney, E., Keenan, W., y Horbar, J. (2018). Review of attacks on health care facilities in six conflicts of the past three decades. *Conflict and Health*, 12(1), 19. doi:10.1186/s13031-018-0152-2
- Carreto Romero, C., y Ramírez-Álvarez, A. A. (2022). Why do Mexicans report so little crime? The determinants of crime reporting in Mexico. *Sobre México. Temas de Economía. Nueva Época*, 2(5), 42-68.

- Casallas Murillo, A. L., Peña Valero, A. M., Moreno Rodríguez, B., Marulanda Lenis, C. A., y Herrera Rodríguez, T. (2022). Agresiones al personal de salud y afectaciones en la prestación del servicio sanitario en Latinoamérica. Estado de la cuestión, 2011-2021. *Revista Salud, Historia y Sanidad*, 17(1), 7-18.
- Castro, R. (2020). Agresiones contra el personal de salud en el contexto de la epidemia del COVID-19. Apuntes hacia una reflexión sociológica. *Notas de Coyuntura* (1). doi:<https://doi.org//10.22201/crim.001r.2020.1>
- Castro, R., y Villanueva Lozano, M. (2018). Violencia en la práctica médica en México: un caso de ambivalencia sociológica. *Estudios Sociológicos*, xxxvi(108), 539-569. doi:10.24201/es.2018v36n108.1648
- Cathey, L. (2020, 6 August 2020). With string of attacks on doctors and experts, Trump takes aim at science: ANALYSIS. *ABC News*. Retrieved from <https://abcnews.go.com/Politics/string-attacks-doctors-experts-trump-takes-aim-science/story?id=72170408>
- Chakraborty, S., Mashreky, S. R., y Dalal, K. (2022). Violence against physicians and nurses: a systematic literature review. *Journal of Public Health*. doi:10.1007/s10389-021-01689-6
- Colegio Médico de México. (2018). Cómo actuar ante una agresión verbal o física. In A. C. Colegio Médico de México (Ed.). Ciudad de México.
- Dias, M. S. F., dos Santos, H. L. P. C., Martins, A. M. E. d. B. L., y Neto, J. F. R. (2021). Estigmas vivenciados por profissionais de saúde durante a pandemia do coronavírus: revisão integrativa. In M. S. F. Dias (Ed.), *Segurança do trabalho: experiências exitosas* (pp. 158-170). Brasil: Certifica Digital.
- Díaz-Victoria, A. R. (2020). Elementos para comprender la discriminación y agresiones en contra de personal sanitario durante la pandemia de COVID-19. *Revista de la Universidad Industrial de Santander. Salud*, 52, 319-325. Retrieved from http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-08072020000300319&nrm=iso
- Dye, T. D., Alcantara, L., Siddiqi, S., Barbosu, M., Sharma, S., Panko, T., y Pressman, E. (2020). Risk of COVID-19-related bullying, harassment and

- stigma among healthcare workers: an analytical cross-sectional global study. *BMJ Open*, 10(12), e046620. doi:10.1136/bmjopen-2020-046620
- Espinosa Luna, C., y Ramírez Ruiz, L. (2021). Microsistemas de interacción: Agresiones al personal sanitario en la pandemia por COVID-19 en México. *MAD*, 0(45), 46-59. doi:10.5354/0719-0527.2021.65871
- Farrimond, H. (2021). Stigma Mutation: Tracking Lineage, Variation and Strength in Emerging COVID-19 Stigma. *Sociological Research Online*, 0(0), 1-18. doi:10.1177/13607804211031580
- Fernández Poncela, A. M. (2012). Psicología de masas, identidad social, epidemias y rumores: la influenza en México. *Sociológica (México)*, 27, 189-230. Retrieved from http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732012000200006&nrm=iso
- Foro Consultivo. (2021). Ciencia y el Coronavirus. Mitos y rumores. Retrieved from <https://foroconsultivo.org.mx/cienciayelcoronavirus/index.php/mitos-y-rumores>
- García-Bermejo, C. (2020). Más de 200 médicos y enfermeras fueron atacados por el estigma asociado al virus en México. *Salud con lupa*. Retrieved from <https://saludconlupa.com/noticias/mas-de-200-medicos-y-enfermeras-fueron-atacados-por-el-estigma-asociado-al-virus-en-mexico/>
- García, A. K. (2018). Profesiones más respetadas en México. *El Economista*. Retrieved from <https://www.economista.com.mx/empresas/Profesiones-mas-respetadas-en-Mexico--20181105-0040.html>
- Ghosh, K. (2018). Violence against doctors: A pandemic in the making. *European Journal of Internal Medicine*, 50, e9-e10. Retrieved from [https://www.ejinme.com/article/S0953-6205\(17\)30319-9/fulltext](https://www.ejinme.com/article/S0953-6205(17)30319-9/fulltext)
- Goffman, E. (1986). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Hobbs, F. D. R., y Keane, U. M. (1996). Aggression against Doctors: A Review. *Journal of the Royal Society of Medicine*, 89(2), 69-72. doi:10.1177/014107689608900203

- INEGI. (2017). *Encuesta sobre la Percepción Pública de la Ciencia y la Tecnología (ENPECYT) 2017*. Retrieved from: <https://www.inegi.org.mx/programas/enpecyt/2017/#Tabulados>
- Kapoor, M. C. (2017). Violence against the medical profession. *Journal of anaesthesiology, clinical pharmacology*, 33(2), 145-147. doi:10.4103/joacp.JOACP_102_17
- Kumari, A., Kaur, T., Ranjan, P., Chopra, S., Sarkar, S., y Baitha, U. (2020). Workplace violence against doctors: Characteristics, risk factors, and mitigation strategies. *Journal of postgraduate medicine*, 66(3), 149-154. doi:10.4103/jpgm.JPGM_96_20
- Kurzban, R., y Leary, M. R. (2001). Evolutionary origins of stigmatization: the functions of social exclusion. *Psychol Bull*, 127(2), 187-208. doi:10.1037/0033-2909.127.2.187
- Link, B., y Phelan, J. (2001). Conceptualizing stigma. *Annual Review of Sociology*, 27, 363-385.
- Link, B. G., y Phelan, J. (2014). Stigma power. *Soc Sci Med*, 103, 24-32. doi:10.1016/j.socscimed.2013.07.035
- Liu, J., Gan, Y., Jiang, H., Li, L., Dwyer, R., Lu, K., . . . Lu, Z. (2019). Prevalence of workplace violence against healthcare workers: a systematic review and meta-analysis. *Occupational and Environmental Medicine*, 76(12), 927-937. doi:10.1136/oemed-2019-105849
- Major, B., y O'Brien, L. T. (2005). The Social Psychology of Stigma. *Annual Review of Psychology*, 56(1), 393-421. doi:10.1146/annurev.psych.56.091103.070137
- Mento, C., Silvestri, M. C., Bruno, A., Muscatello, M. R. A., Cedro, C., Pandolfo, G., y Zoccali, R. A. (2020). Workplace violence against healthcare professionals: A systematic review. *Aggression and Violent Behavior*, 51, 101381. doi:<https://doi.org/10.1016/j.avb.2020.101381>
- Montes-Villaseñor, E., García-González, J., Blázquez-Morales, M. S. L., Cruz-Juárez, A., y De-San-Jorge-Cárdenas, X. M. d. C. (2018). Exposición a la violencia durante la formación profesional de los residentes médicos.

- CienciaUAT*, 12, 54-66. Retrieved from http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-78582018000100054&nr=iso
- Muñoz Martínez, R. (2021). COVID-19 and Social Stigma in Hospitals: A New Epidemic of Signification? *Medical Anthropology*, 40(7), 667-681. doi:10.1080/01459740.2021.1974021
- Neuberg, S., Smith, D. M., y Asher, R. (2000). Why people stigmatize: Toward a biocultural framework. *The Social Psychology of Stigma*, 31-61.
- Observatorio-Nacional-Ciudadano. (2020). *Responsabilidades y corresponsabilidades en las agresiones a personal sanitario en México en el contexto de la COVID-19*. Retrieved from Ciudad de México: <https://onc.org.mx/buscar/Responsabilidades%20y%20corresponsabilidades>
- OPS. (2020). Entender la infodemia y la desinformación en la lucha contra la COVID-19. In. Washington: OPS.
- Oseguera-Montiel, A. (2021). El otro virus: rumores y chismes sobre la pandemia COVID-19. Una explicación cognitiva. *Antropología Americana*, 6(11), 11-30.
- Patil, P., y Taneja, S. (2021). Medicine or martyrdom? A peek into the rising violence against doctors during times of COVID-19. *Journal of family medicine and primary care*, 10(8), 2732-2734. doi:10.4103/jfmpc.jfmpc_1790_20
- Pescosolido, B. A., y Martin, J. K. (2015). The Stigma Complex. *Annual Review of Sociology*, 41(1), 87-116. doi:10.1146/annurev-soc-071312-145702
- Phelan, J. C., Link, B. G., y Dovidio, J. F. (2008). Stigma and prejudice: One animal or two? *Social Science y Medicine*, 67(3), 358-367. doi:<https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2008.03.022>
- Pliego Pérez, S. (2022). Perspectiva (bio)semiótica sobre las agresiones al personal de salud en México durante la pandemia de COVID-19. *Devenires*, 23(45), 173-211. Retrieved from <https://devenires.umich.mx/devenires/index.php/devenires/article/view/782>
- Reddy, I. R., Ukrani, J., Indla, V., y Ukrani, V. (2019). Violence against doctors: A viral epidemic? *Indian journal of psychiatry*, 61(Suppl 4), S782-S785. doi:10.4103/psychiatry.IndianJPsychiatry_120_19

- Sarmiento, M. (2022). Crónica de la violencia en contra del personal de salud durante el primer año de pandemia (Primera Parte). *Saludiarío*. Retrieved from <https://www.saludiarío.com/cronica-de-la-violencia-en-contra-del-personal-de-salud-durante-el-primer-ano-de-pandemia-primera-parte/>
- Schraiber, L. B. (2019). *El médico y la medicina. Autonomía y vínculos de confianza en la práctica profesional del siglo xx*. Buenos Aires, Argentina ENDULa.
- Schubert, M., Ludwig, J., Freiberg, A., Hahne, T. M., Romero Starke, K., Girbig, M., . . . Seidler, A. (2021). Stigmatization from Work-Related COVID-19 Exposure: A Systematic Review with Meta-Analysis. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18(12), 6183. Retrieved from <https://www.mdpi.com/1660-4601/18/12/6183>
- Singh, K., Lima, G., Cha, M., Cha, C., Kulshrestha, J., Ahn, Y.-Y., y Varol, O. (2022). Misinformation, believability, and vaccine acceptance over 40 countries: Takeaways from the initial phase of the COVID-19 infodemic. *PLoS ONE*, 17(2), e0263381. doi:10.1371/journal.pone.0263381
- Smelser, N. J. (1996). *Teoría del comportamiento colectivo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Taylor, S., Landry, C. A., Rachor, G. S., Paluszek, M. M., y Asmundson, G. J. G. (2020). Fear and avoidance of healthcare workers: An important, under-recognized form of stigmatization during the COVID-19 pandemic. *J Anxiety Disord*, 75, 102289. doi:10.1016/j.janxdis.2020.102289
- Tyler, I., y Slater, T. (2018). Rethinking the sociology of stigma. *The Sociological Review*, 66(4), 721-743. doi:10.1177/0038026118777425
- Valdés, P. R., Viera-Jaraba, A., Cámara, L. A., Batista-Rujano, N., Melgar-Cuéllar, F., de la Serna, M., . . . Betancourt-Torres, I. (2020). Ataque al personal de la salud durante la pandemia de COVID-19 en Latinoamérica. *Acta Médica Colombiana*, 45(3), 55-69. Retrieved from <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=163164977009>
- Van Stekelenburg, B. C. A., De Cauwer, H., Barten, D. G., y Mortelmans, L. J. (2021). Attacks on Health Care Workers in Historical Pandemics and

- COVID-19. *OSF Preprints*. Retrieved from <https://doi.org/10.31219/osf.io/rw4es>
- Vargas, L., Vélez-Grau, C., Camacho, D., Richmond, T. S., y Meisel, Z. F. (2021). The Permeating Effects of Violence on Health Services and Health in Mexico. *Journal of Interpersonal Violence*, 0(0), 0886260521990832. doi:10.1177/0886260521990832
- Xiao, Q., Huang, W., Zhang, X., Wan, S., y Li, X. (2021). Internet Rumors During the COVID-19 Pandemic: Dynamics of Topics and Public Psychologies. *Frontiers in Public Health*, 9. doi:10.3389/fpubh.2021.788848
- Zires, M. (2021). “El coronavirus no existe”. “Los están matando”. De rumores y lógicas de pensamiento conspiracionista en México. In G. Gutiérrez Cham, S. Herrera Lima, y J. Kemner (Eds.), *Pandemia y crisis: el COVID-19 en América Latina* (pp. 376-406). Guadalajara, México: CALAS Maria Sibylla Merian Center.

La resistencia a las vacunas contra la COVID-19: entre el anticristo y el druida

6

Guillem Compte Nunes
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

INTRODUCCIÓN

La sociedad constituye una producción colectiva a nivel material y simbólico, articulada mediante procesos de significación que construyen un sentido común. Las personas pueden navegar la realidad social porque les es inteligible, porque incorporan los universos simbólicos que entretejen la comprensión del mundo y colaboran en su mantenimiento y evolución (Berger y Luckman, 2012). Ahora bien, determinados sucesos resquebrajan las estructuras de plausibilidad que sostienen el orden social; esos eventos fuerzan un reacomodo de los imaginarios existentes a partir de imaginarios alternativos que renuevan la significación social, lo cual, a su vez, reorganiza las prácticas colectivas (Gilabert, 1993: 61-69).

Es evidente que la pandemia COVID-19 se ha erigido como acontecimiento traumático por su alcance y gravedad. A poco más de tres años de su inicio, el virus SARS-CoV-2, que la causa, ha infectado a 677 millones de personas, de las que 6.9 han fallecido.¹

La anterior crisis sanitaria mundial data de 1918, cuando la llamada gripe española también infectó a medio billón de personas, matando al diez

1 <https://coronavirus.jhu.edu/map.html>, 10 de marzo de 2023.

por ciento de contagiados. Con los avances biomédicos del último siglo ahora se han podido desarrollar vacunas en tiempo récord, lo cual debe facilitar el paso de pandemia a enfermedad endémica bajo control sanitario, aunque todavía es temprano para asegurarlo. Lo que sí está claro, en términos científicos, es que la vacunación reduce el contagio y la letalidad de la COVID-19.

La pandemia ha resquebrajado la vida cotidiana de personas y comunidades, agudizando crisis existentes y generando nuevas contradicciones (Martín, 2020). En este panorama de inestabilidad existencial, el denominado “movimiento antivacunas” ha adquirido notoriedad pública por su estridente crítica a la gestión pública de la pandemia, particularmente en relación con las vacunas y la vacunación. Con frecuencia, la respuesta de las instituciones y la academia al fenómeno “antivacunas” remite a consideraciones normativas, señalando el peligro de este posicionamiento para la salud pública, como si fuera una aberración social que opera en los márgenes de las sociedades contemporáneas informadas por el conocimiento científico. Aquí cuestionaré este planteamiento estigmatizador; argüiré, en contraste, que dicho fenómeno se encuadra en una experiencia general y cotidiana en la modernidad, la resistencia al poder, por lo que el estudio de la ideología “antivacunas” puede aportar elementos relevantes para profundizar en la comprensión de las luchas de poder que integran la crisis civilizatoria actual.

En esta indagación sociológica de corte empírico busco responder la pregunta de cómo caracterizar el proceso de significación que realizan personas en resistencia a las vacunas contra la COVID-19. Primero, argumento que ser “antivacunas” constituye una expresión de resistencia al poder, y que ésta está asociada al conspiracionismo y al pensamiento mítico. Formulo la hipótesis que tal resistencia encuentra vehículo en el mito del anticristo. Para verificarla se llevaron a cabo dos grupos de discusión con once informantes. El análisis de su discurso señala que efectivamente se corrobora la hipótesis indicada. Asimismo, junto al anticristo hallo al druida, mito que responde de forma espiritual y despolitizada a un supuesto Gobierno Mundial del Mal.

RESISTENCIA, CONSPIRACIONISMO Y PENSAMIENTO MÍTICO

Empiezo con un par de precisiones terminológicas y conceptuales en relación con el objeto de estudio aparente, el “movimiento antivacunas”. La noción “movimiento” asume que un conjunto de personas se autoadscriben un cuerpo social y que, además, ello genera una voluntad colectiva que dirige su actuación. Ambos supuestos son cuestionables en general, pero lo son todavía más en movilizaciones, como la presente, que han sido estigmatizadas y reprimidas, o que no son determinantes en la vida cotidiana de gran parte de sus simpatizantes. De hecho, en esta investigación hallo personas que articulan un discurso “antivacunas”, pero que mayoritariamente *no* se identifican con ese presunto “movimiento”.

En segundo lugar, la etiqueta “antivacunas” es inadecuada para uso sociológico, porque ha sido apropiada por el discurso público para fines polémicos contra quienes no aceptan la vacunación. El prefijo anti es demasiado prejuicioso, además de ambiguo. Alternativamente, si se entiende que el rechazo a la vacunación implica una resistencia a aceptar la vacunación, y que la vacunación es una política pública, es decir, una expresión del poder político, entonces el objeto de estudio puede enunciarse *personas en resistencia a la vacunación*, con independencia de si se consideran “antivacunas” o forman un “movimiento”.

Este acercamiento conceptual ubica la resistencia a la vacunación en un fenómeno mucho más amplio: la resistencia al poder. Gracias a Foucault, hoy día se aprecia la dimensión relacional del poder y su operación en formas subrepticias, pero éste continúa siendo considerado a nivel popular como una “cosa” ligada a personas en jerarquías institucionales políticas, económicas, etc. (Basaure, 2022). Esta comprensión deriva de la experiencia cotidiana de estar sujeto al poder de otra persona o de ejercer poder sobre ella en relaciones tan habituales como madre – hijo, jefe laboral – trabajadora, o jefe político-administrativo – ciudadano. Resulta asimismo familiar sentir resistencia al poder del jefe familiar, laboral, político, etc. y expresarla, por ejemplo, en forma de crítica a esa persona (o institución a la que pertenece) con poder sobre nosotros.

El poder y la resistencia al poder son consubstanciales y mantienen una relación dialéctica (Ramírez, 2017). La resistencia comprende dos elementos nucleares, una inclinación a oponerse al poder y acciones que materializan esa oposición (Hollander y Einwohner, 2004). Más allá de resistencias cotidianas al poder de otras personas, la resistencia al poder político constituye una dinámica fundante y recurrente de la modernidad; el pensamiento contractualista y las revoluciones francesa y estadounidense formulan soluciones al problema de cómo limitar el ejercicio del poder público para evitar la tiranía. Históricamente se ha mostrado que, si el poder constituido se enfoca al mantenimiento del orden social, la resistencia al poder procura innovar (Castro, 2017: 56); las luchas sociales surgidas de esta contradicción han supuesto avances significativos en la construcción de regímenes políticos más democráticos, con una ciudadanía ampliada y relativamente empoderada (Marshall y Bottomore, 1998).

Abordar la compleja relación entre modernidad y resistencia al poder está fuera del alcance de este trabajo. Me centraré, más bien, en un aspecto clave para comprender el fenómeno que nos ocupa: la relación entre resistencia y desconfianza de las instituciones. No debe sorprender que quien se resiste al poder de una institución desconfíe de ella. Ahora bien, la desconfianza institucional se ha convertido en un común denominador de las sociedades contemporáneas, en las que las personas, en general, tienden a desconfiar de las instituciones sociales y, particularmente del poder político como apuntan las encuestas de opinión pública.²

Pasando a la resistencia a las vacunas, ésta varía en un rango entre la indecisión y el negacionismo. Mientras la indecisión puede resolverse en favor

2 P. ej. según la encuesta 2020 del Latinobarómetro (<https://www.latinobarometro.org>), ocho de cada diez ciudadanos piensan que su país “está gobernado por unos cuantos grupos poderosos en su propio beneficio”; también ocho de cada diez tienen poca o ninguna confianza en el Congreso, mientras que siete de cada diez afirman lo mismo en relación con el Gobierno y el Poder Judicial. Igualmente, siete de cada diez tienen poca o ninguna confianza en que “empresas como Facebook” –o sea, corporaciones transnacionales– y organismos multilaterales “trabajan para mejorar nuestra calidad de vida”.

de la vacunación, si se abordan las dudas pertinentes, el negacionismo consiste en rechazar consensos científicos obstinadamente (McKee, 2009), en este caso, que las vacunas salvan vidas y que sus beneficios son muy superiores a cualquier riesgo.

Estudios realizados en el marco de la pandemia han establecido una correlación positiva entre la indecisión sobre las vacunas y la desconfianza de autoridades que gestionan la respuesta a la COVID-19 (Hudson y Montelpare, 2021). También se ha verificado una correlación positiva entre tener creencias conspiratorias sobre la pandemia y desobedecer las recomendaciones de salubridad de las autoridades (medidas de distanciamiento social, vacunación, etc.), siendo la desconfianza institucional una tercera variable que explicaría esta relación (Pavela *et al.*, 2021). Esta desconfianza institucional incluye a las farmacéuticas, a las que se atribuye un afán de lucro desmedido (Rowland *et al.*, 2022).

El conspiracionismo, como ser “antivacunas”, ha sido sobrecargado de connotaciones negativas en los imaginarios público y académico. Sin embargo, la resistencia al poder implica el desarrollo de creencias conspiratorias, que son “creencias explicativas de que un grupo de actores coluden en secreto para perseguir objetivos malévolos” (Van Prooijen, 2022: 89). Si la resistencia al poder implica desconfianza institucional, es razonable pensar que ésta genere interpretaciones desfavorables sobre dichas instituciones y, concretamente, sobre la actuación de los grupos de poder que las dirigen (en línea con la ley de hierro de la oligarquía de Robert Michels). En otras palabras, la resistencia al poder implica la proyección imaginativa del comportamiento de ese poder con tal de anticiparlo y contrarrestar su acción presumiblemente opresora. Van Prooijen (2022: 96-98) plantea que este “conspiracionismo adaptativo” es un fenómeno universal, evolutivamente ventajoso para la supervivencia de los individuos y la especie humana. En realidad, el pensar mal de otros, sin evidencias tangibles que lo justifique, es una experiencia habitual, especialmente en situaciones de asimetría de poder; lo chocante de las teorías conspiratorias de quienes se resisten a las vacunas no es que sean conspiratorias, sino que su contenido violento el consenso social del saber científico como verdad. Si bien la mayoría de personas contemplan teorías conspiratorias sobre las institu-

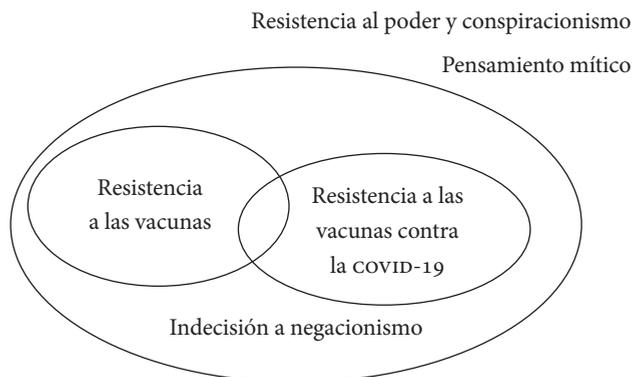
ciones, solo una minoría concluye que la ciencia se ha coludido con el poder político para perjudicar a la humanidad.³

Para terminar de construir una comprensión teórica de la resistencia a la vacunación debe considerarse la interpenetración entre, por un lado, la resistencia al poder y el conspiracionismo y, por otro lado, el pensamiento mítico. Ésta ha sido la estrategia epistémica dominante para la humanidad durante miles de años y solo recientemente surge el análisis filosófico y luego científico; pero el pensamiento mítico subsiste en la mente humana y, de hecho, informa todo aquello que desborda la racionalidad (Aguirre, 1994). García-Pelayo (2009: 2736) afirma que “el mito no trata de satisfacer una necesidad de conocimiento y de conducta racionales, sino una necesidad existencial de instalación y de orientación ante las cosas, fundamentada en la emoción y en el sentimiento y, en algunos casos, en profundas intuiciones”, aunque, señala este autor, eso no descarta que pueda asumir cierta racionalidad o emplearse para argumentar. De ahí que el pensamiento mítico siempre haya estado involucrado en la legitimación y el mantenimiento de las relaciones de poder y, concretamente, del orden político (Ibarra, 1995). Por su parte, las clases subalternas han ensamblado mitos –por ejemplo, el mesías, el Reino de Dios (o del hombre), el anticristo– que facilitan la resistencia al poder político y originan explicaciones conspiratorias.

Acontecimientos parteaguas, como la pandemia, que desestabilizan el orden social –hoy basado en la racionalidad moderna– promueven el protagonismo del pensamiento mítico en la reestructuración de la comprensión colectiva del mundo. En este escenario destaca la irrupción del mito del anticristo en relación con la supuesta operación de una “plandemia”, o sea, un plan secreto para subyugar al mundo (Cuesta y Prestifilippo, 2021). Este mito problematiza la dimensión política de la pandemia, desvinculando la resistencia a las vacunas contra la COVID-19 de anteriores resistencias (fig. 1).

3 En una encuesta nacional mexicana se preguntó, en una escala 0-nada a 10-mucho, el nivel de confianza en distintas profesiones. Políticos, funcionarios públicos y policías obtuvieron las peores calificaciones, entre 4 y 5, mientras que los científicos (y los bomberos) recibieron la calificación más alta, 7.7 (Franco, 2015: 98).

FIG. 1. MAPA CONCEPTUAL DE LA RESISTENCIA A LA VACUNACIÓN. FUENTE:
ELABORACIÓN PROPIA.



RESISTENCIA A LAS VACUNAS EN MÉXICO

La resistencia a la vacunación surge a mediados del s. XIX en Reino Unido (cinco décadas después del desarrollo de la primera vacuna contra la viruela por Jenner), precisamente en oposición al poder del Estado que aprueba leyes para obligar a vacunar a niños. Inmediatamente aparecen las primeras organizaciones inglesas contra las vacunas; en unos años el fenómeno se extiende a otros países como Estados Unidos y Alemania, motivado también por la obligatoriedad de vacunarse (Lopera, 2016: 20-24). En México la vacunación inicia en 1803, con una campaña contra la viruela que cubre varios estados de la República (Cardoso *et al.*, 2021: 1211). La resistencia mexicana emerge durante el gobierno de Porfirio Díaz, de nuevo, por forzar la vacunación (Castillo, 2021).

A fines del s. xx esta oposición cobra nueva vida a raíz de un documental de 1982, *DPT: Vaccine Roulette*, que cuestiona, sin aportar pruebas científicas, la vacuna contra la tosferina (Naundorf, 2022: 8). Pero el mayor impulso a este antagonismo deriva de la publicación, en 1998, de un estudio en la prestigiosa

revista médica *The Lancet*, que vincula el autismo a la vacuna contra sarampión, rubeola y paperas. Aunque pronto se desacredita científicamente al autor y su estudio, éste deja mella en el imaginario colectivo (Lopera, 2016: 27). Por ejemplo, justo antes del inicio de la pandemia, Ramírez y sus colaboradores (2020) aprecian la reaparición de enfermedades infecciosas en México y relacionan este fenómeno con la incidencia del “movimiento antivacunas”. Ya en pandemia, una encuesta (no representativa, n = 150) a mexicanos encuentra que casi un tercio no aceptaría vacunarse “por el miedo a las consecuencias adversas y a la falta de experimentación” (Cardoso *et al.*, 2021: 1214). Estas mismas razones se citan como “desventajas de la vacuna contra COVID-19” en un estudio sobre la vacunación en Venezuela (Angelucci y Rondón, 2021).

Otra encuesta (representativa, n = 995) halla que nueve de cada cien mexicanos no se han vacunado porque “no me quiero vacunar”; pero la desconfianza es mayor: uno de cada cinco dice confiar poco o nada en las vacunas contra la COVID-19 y se sintió poco o nada contento al recibir la vacuna (UNAM, 2022). Esta desconfianza de la vacuna está asociada a una sospecha de las instituciones políticas, ya que el 23% de respondientes cree que es “un invento político” (frente a 37%, “un fenómeno natural”; 33%, “consecuencia del abuso de la naturaleza”, y 4%, “castigo divino”). Asimismo, la encuesta evidencia una brecha de confianza entre políticos y personal científico, confirmando un hallazgo anterior (pie de p. 3). En cuanto a la obligatoriedad de vacunarse, los resultados son contradictorios, según se formule la pregunta: tres de cada cuatro encuestados están de acuerdo, o de acuerdo en parte, en que “cada quién es libre de decidir si se vacuna”; en contraste, en casi la misma proporción, apoyan que “la vacuna para COVID-19 debe ser obligatoria” y que “se debe vacunar a los niños de 6 a 12 años”.

En México las muestras de protesta contra las vacunas contra la COVID-19 en el espacio público han sido escasas –en algunas ciudades y puntualmente, sobre todo en 2021, cuando empieza la vacunación– y su cobertura mediática claramente refleja su marginación respecto al discurso científico-gubernamental sobre la vacunación.⁴ El grueso de la movilización se ha concentrado

4 P. ej. el medio *Animal Político* titula “Antivacunas protestan frente a la Secretaría de

en redes sociales, aunque ahí también ha habido represión por parte de aplicaciones populares como Facebook, Instagram, Twitter o YouTube, que han eliminado contenidos contrarios a las vacunas. Sin embargo, otras aplicaciones, particularmente Telegram, siguen manteniendo grupos que construyen y socializan esta resistencia, entre ellos: ABOGADOS x la VERDAD, Médicos por la verdad México, AntiVacunaMX, Totalitarismo kovidiano México, MEXICANOS POR LA VERDAD,⁵ Totalitarismo Sanitario. Otros grupos contrarios a la vacunación enfatizan su adherencia a modelos alternativos de salud, como COMUSAV MUNDIAL OFICIAL (Coalición Mundial Salud y Vida) y GNM GERMÁNICA NUEVA MEDICINA (Fernández, 2021: 7-8). Algunos son extensiones de iniciativas originadas en otros países; además, muchas entradas provienen del extranjero, ya que se aprovecha la dimensión global de la pandemia-vacunación para sostener la relevancia para México de supuestas informaciones de otros lugares. Igualmente, usuarios mexicanos pueden subscribirse a grupos de otros países o con alcance transnacional. De esta manera se ha establecido una red virtual de comunicaciones contrarias a la vacunación, con públicos y entradas que desbordan el marco estatal.

RESISTENCIA DESDE GRUPOS DE DISCUSIÓN

Planteo un método de investigación cualitativo de corte descriptivo desde un paradigma construccionista, enfocado a recopilar el discurso de informantes en resistencia a las vacunas contra la COVID-19 para luego llevar a cabo un análisis hermenéutico. Escojo el grupo de discusión como técnica de recolección de datos (Suárez, 2005) por dos razones. Por un lado, su realización vía la

Salud con dichos falsos sobre la pandemia” una nota en la que desmiente distintas acusaciones lanzadas por los manifestantes, explicando, entre otras cosas, que “la vacuna... no tiene otro fin más que de ayudar a nuestro cuerpo a protegernos del SARS-CoV-2” (Aguirre, 2021).

5 Este grupo destaca por combinar el ciberactivismo con la movilización pública por distintos estados de la República (Zárate, 2022).

aplicación Zoom facilita la participación de personas en distintas localidades y sin riesgo de contagio. Por otro lado, a diferencia de la entrevista, permite obtener puntos de vista informados por la interacción grupal, con lo cual se genera un discurso con referentes simbólicos colectivos, aunque los participantes no se conozcan con anterioridad. Once informantes se reunieron en dos grupos en marzo de 2022: seis hombres y cinco mujeres de 29 a 85 años; todos ocupados menos dos jubiladas; y todos con licenciatura a excepción de dos con secundaria y uno con maestría.⁶

Analizo el discurso en dos dimensiones. A nivel procesual, me fijé en cómo estas personas organizan el sentido en torno a su resistencia a la vacunación; de los patrones comunes entre ellas derivé un proceso de significación. A nivel expresivo, identifiqué formas de pensamiento mítico en su discurso, siguiendo la caracterización de García-Pelayo (2009: 2739-2748), que destaca los siguientes rasgos de este tipo de aprehensión: fusión de percepción de la realidad y participación en ella, fusión entre el todo y las partes, vivencia dramática de la realidad y comprensión totalizadora o bipolar del mundo.

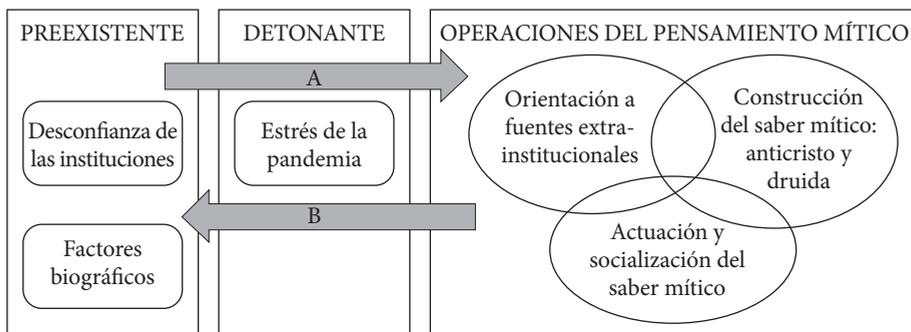
PROCESO DE SIGNIFICACIÓN MÍTICA

De ambos grupos de discusión se puede derivar un proceso de significación empleado por estas personas en resistencia a la vacuna(ción) para orientar su

6 Debido a la estigmatización social de la resistencia a las vacunas, el reclutamiento de informantes no fue sencillo; inicialmente intenté contactar con grupos organizados a través de una persona intermediaria que cuestionó mis motivos y que finalmente no pudo, o no quiso, proporcionar participantes. Intentos de reclutar directamente del grupo MEXICANOS POR LA VERDAD en Telegram generaron respuestas hostiles, hasta violentas. Finalmente, el alistamiento se produjo a través de contactos de otras investigaciones y de conocidos de conocidos. Para evitar sesgos, dado que yo conocía a algunos participantes, los grupos fueron moderados por un facilitador profesional bajo mi supervisión. Los condujo utilizando una guía de preguntas previamente elaborada. Ambas sesiones fueron grabadas y transcritas para posterior análisis.

pensamiento y acción en torno a la pandemia (fig. 2). Este modelo se asemeja al de producción de sentido en general desarrollado por Park (2010: 258), que abarca tres aspectos: el sentido global que las personas construyen a largo plazo sobre sus propias vidas y la realidad social; el sentido situacional, que se nutre del primero, pero también de otras percepciones coyunturales; y la producción de sentido propiamente dicha, que se activa particularmente cuando hay discrepancias entre el sentido global y el situacional, e implica diversos procesos de elaboración de sentido; estos generan distintos productos de significación que retroalimentan los sentidos global y situacional para reducir o eliminar la sensación de carencia de sentido.

FIG. 2. PROCESO DE SIGNIFICACIÓN MÍTICA DE PERSONAS EN RESISTENCIA A LA VACUNACIÓN CONTRA LA COVID-19. FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA.



El modelo de significación mítica comprende tres partes análogas al de Park, aunque ajustadas a la experiencia evidenciada por estos informantes: primero, un sentido global preexistente que incluye dos facetas: la desconfianza de las instituciones y factores biográficos, es decir, de la trayectoria vital de cada persona; segundo, el sentido situacional en forma de estrés personal y social motivado por la pandemia; y, tercero, tres operaciones del pensamiento mítico –orientación a fuentes extrainstitucionales, construcción del saber mítico, y actuación y socialización de ese saber– que procuran reducir la disonancia cognitivo-afectiva provocada por la conjunción entre lo preexistente y

el detonante pandémico (flecha A). Como en Park, estas operaciones modifican las condiciones que las posibilitan (flecha B).⁷

Desconfianza de las instituciones

Para conocer el nivel de confianza en las instituciones de estas personas informantes se les pregunta qué tanto confían, en una escala del 0 al 10 (nada a plenamente), en las instituciones político-administrativas mexicanas e internacionales. Las calificaciones promedio por grupo son 1.5 y 2, lo cual encaja con el clima social de sospecha institucional; pero aquí se muestra un grado de antagonismo extremo –con muchos ceros de calificación–, característico de un enfoque bipolar, mítico.

En sí mismo este dato no indica si las y los informantes desconfiaban de las instituciones con anterioridad a la pandemia o si ello es producto de ésta. Una evidencia de sospecha previa radica en la postura ante determinadas instituciones y coyunturas, como los partidos políticos y el gobierno del presidente López Obrador. Desconfiar de cualquier partido predispone a sospechar del partido en el poder y su gestión de la pandemia. Así, nueve de once informantes dicen no tener afinidad con ningún partido político y varios expresan su rechazo al presi-

7 Para apreciar este modelo correctamente, caben algunas precisiones. De entrada, hablo de pensamiento por cuestión de énfasis, porque me interesa destacar la construcción simbólica de la realidad social, pero no hay ninguna pretensión de separar pensamiento de acción; al contrario, el primero constituye un comportamiento que a veces se centra en la mente, pero que frecuentemente, en concurrencia con la producción simbólica, se despliega de manera observable, a través del lenguaje y del cuerpo, y con incidencia física-material. Segundo, tampoco debe escindir la cognición de la emoción, como apunta Park (p. 260). Tercero, el modelo capta aspectos que emergieron en la discusión con y entre informantes a partir de determinadas preguntas; en consecuencia, no pretende ser exhaustivo. Por último, las partes del modelo se integran de forma orgánica, no mecánica –como parece si se lee el diagrama literalmente–; esta representación es un recurso heurístico-analítico que permite abordar la complejidad del proceso de significación desde distintos ángulos.

dente de México; en palabras de Andrés:⁸ “Lo que estamos viviendo en la famosa 4T [Cuarta Transformación del partido Morena], [es] que nuevamente [López Obrador] está haciendo lo mismo que los otros expresidentes: hacer las leyes a su modo para usarlas ellos y enriquecerse, y el pueblo que se joda”.

Sin embargo, durante la discusión se reitera un recelo contra toda institución, sin mención de la pandemia. Para estas personas las instituciones, aunque originalmente hayan sido pensadas para beneficiar a la sociedad, se corrompen y actúan en contra de su mandato; favorecen a una minoría, que las controla, y perjudican a la mayoría, que las sufre. Elena asevera que “todas éstas [instituciones] sabemos que corresponden a intereses de diversos tipos”, en alusión a que se orientan a fines particulares, no al bien común, pese a su retórica pública. A decir de Andrés, “desafortunadamente, cuando ya entran en funciones... la gente [administradora] se vuelve un nido de corrupción”; o sea, la práctica funcional deforma la institución. Por tanto, las personas íntegras no ascienden en la pirámide institucional, o ni tan solo acceden a ella. Opina Gema: “Los casos que yo conozco de gente bienintencionada que han querido acceder a alguna posición tanto en la ONU como a nivel nacional, pero no llegan porque no comparten, si se vale llamarlo ideales, más bien intereses”.

El metarrelato acerca de la corrupción de las instituciones no ha sido forjado por personas en resistencia a las vacunas; más bien, éstas abrevan de la desconfianza que permea la cultura política mexicana,⁹ ajustando su interpretación al tema de la pandemia-vacunación. Tal sospecha conduce al conspiracionismo –las instituciones planean hacernos daño– y a procesar la realidad de acuerdo con ese prejuicio, con lo que se instaura un círculo epistémico monológico –encerrado en sí mismo–, en lugar de dialógico –abierto a la (auto)crítica– (Goertzel, 1994).

Si en general se tiende a desconfiar de las instituciones del Estado, cuando éstas incrementan su control sobre la vida cotidiana, como en la pandemia, entonces las personas más sensibles a esa fiscalización habitual experimentan

8 Los nombres han sido cambiados para preservar la privacidad.

9 P. ej. Fix-Fierro *et al.* (2017: 174-176 y 240), Flores *et al.* (2015: 181) y Marván *et al.* (2015: 68-107).

mayor rechazo a la intervención gubernamental. El refugio en las propias convicciones sobre cómo cuidarse, desechando el argumentario gubernamental que apela a la solidaridad, da salida a la desconfianza institucional en forma de comportamientos que buscan retomar sentirse “en control”; de ahí que, como indica la literatura, se desobedezcan las políticas de salubridad. Por ejemplo, Alberto relata que “en la otra comunidad [en la que participó] se decidió... confiar en la protección de Dios y ni en los servicios se usaban los cubrebocas”; aquí la fe se reafirma como centro existencial, por encima de la razón científica-estatal.

Factores biográficos

La desconfianza institucional instiga, pero en sí misma no determina que una persona se resista a las vacunas contra la COVID-19. Todos los informantes presentan, además, vivencias que reinterpretadas en el marco de la pandemia les conducen a ese rechazo. Entre estos factores biográficos destacan tres: estudios u ocupación, exposición a modelos de salud alternativos al paradigma biomédico dominante, y religión.

Tener formación o estar ocupado en algo que de alguna manera está relacionado con la pandemia o las vacunas proporciona un filtro hermenéutico para procesar y juzgar la actuación de las autoridades públicas y otros actores sospechosos, como las empresas, concretamente las farmacéuticas. Por ejemplo, Alfredo cuenta: “Yo, que soy psicólogo y estudio el sistema nervioso, [creo] de un bebé que acaba de nacer [que] le está dando la bienvenida al mundo con mercurio en su sistema nervioso. Ya se sabe que el autismo crece entre más vacunas les meten a los niños”. Valeria siembra, vende y consume moringa; Gerardo combina su trabajo principal con ser “asesor en alternativas a la medicina [convencional]”; Andrés tiene un “equipo de resonancia magnética portátil” con el que “escanea” cuerpos y, junto a una “terapeuta”, atendió “a muchísima gente que decía que tenía COVID-19”.¹⁰

10 Trujillo (2020) muestra que para trabajadores informales de la Ciudad de México la desconfianza institucional previa, aunada a la amenaza ocupacional a raíz de las

En el otro lado están quienes se identifican como usuarios de esos cuidados alternativos, como Gema: “Yo he estudiado un poco y regido mi salud bajo un esquema que conocí hace más de diez años, de las Cinco Leyes Biológicas del Dr. Hamer”. O Isabel, que se abona a la homeopatía: “Tengo 85 años y tengo 64 años de ver un homeópata; no veo un alópata hace mil años; entonces el doctor homeópata me dijo ‘no se vacune ahorita, porque no sabemos las consecuencias que puede traer la vacuna... va a tomar ivermectina cada mes, nada más’”. Finalmente, para algunos informantes la religión juega un papel central en su resistencia a las vacunas; la fe puede imponerse a la autoridad pública, como ilustra el testimonio de Alberto, citado arriba, o promover el pensamiento conspiracionista, como sucede con el gnosticismo, religión de Andrés.

Estas tres dimensiones son facetas axiales de la vida de estas personas, es decir, configuran su identidad, les proporcionan el sentido global de la realidad a nivel cognitivo y afectivo, y esta comprensión trasciende la racionalidad y las evidencias que el gobierno o la ciencia puedan aportar. El compromiso con estos modelos alternativos de salud en conjunción con la desconfianza institucional establece una mirada mítica que acomoda la interpretación de cualquier dato sobre salud a un esquema predefinido, en el que lo alternativo se iconiza positivamente y lo convencional, negativamente. Resulta improbable que se les pueda persuadir de que las vacunas no causan autismo o de que, a día de hoy, no se ha probado la efectividad de la ivermectina para tratar la COVID-19, porque, como apunta García-Pelayo (2009: 2741), “no es la desvelación [racional], sino la desilusión [experiencial], lo que quebranta los mitos”.

Estrés de la pandemia

No son los sucesos, sino el sentido social que estos adquieren lo que conforma la realidad humana. ¿Cómo se han sentido estas personas informantes en pandemia? La mayoría no reportan ansiedad derivada del contagio propio ni de

medidas de salubridad, generó una respuesta negacionista o escéptica de la existencia del virus pandémico.

familiares cercanos.¹¹ Esta fortuna personal¹² refuerza la impresión de que las respuestas “alternativas” a las recomendaciones científico-gubernamentales funcionan, o que la gravedad de la pandemia ha sido exagerada intencionalmente.

Con todo, estas personas subrayan el clima de “miedo”, “pánico” y “psicosis” que, según ellas, el gobierno y los medios de comunicación han generado en torno a la COVID-19; dice Andrés: “Que se iniciara el bombardeo [mediático] del COVID creó una psicosis”. Declaran que este ambiente les afectó inicialmente, pero que pudieron sobreponerse mediante “investigación” y análisis de lo que estaba ocurriendo; en palabras de Mateo, “surge esta pandemia, el famoso COVID que le llaman; entonces empieza un poco más de información en lo que respecta a mi persona: empezar a ver, empezar a indagar, a investigar”.

En fin, el estrés personal y ambiental por la pandemia desestabiliza momentáneamente las estructuras de plausibilidad que rigen la vida de las y los informantes, que, por tanto, se ven obligados a reajustar su apreciación de la realidad social mediante la exploración y explotación de fuentes “alternativas” a falta de suficiente confianza institucional.¹³

Orientación a fuentes extrainstitucionales

El triángulo alternatividad-desconfianza-pandemia impulsa a estas personas a reequilibrar sus esquemas hermenéuticos a través de un aprendizaje de fuen-

11 Un estudio sobre el escepticismo ante la pandemia lo relaciona con la inconsecuencia a la salud propia y de familiares (Cambroner, 2022).

12 Algunos participantes manifiestan que tuvieron afectaciones laborales, aunque no señalan que hayan perdido sus empleos.

13 Esta caracterización concuerda con los hallazgos de una encuesta (no representativa, n = 783), que encuentra que la percepción de riesgo sobre la COVID-19 y la desconfianza de la respuesta institucional a la pandemia están correlacionadas con sentimientos de ansiedad y falta de control, y que creencias conspiratorias sobre la COVID-19 están asociadas con un sentimiento de falta de control y desconfianza de las instituciones (Šrol *et al.*, 2021).

tes extrainstitucionales, particularmente internet.¹⁴ En tiempos de pandemia la abundante oferta de contenidos virtuales sobre salud, que incluye críticas y alternativas al paradigma biomédico dominante, se encuentra con la demanda de información de personas que no están suficientemente satisfechas con el relato oficial de salud pública.

Ya sea en línea, por amistades o de otra forma, las personas en resistencia elaboran su interpretación sobre la pandemia y juzgan la realidad desde su versión de la verdad.¹⁵ Así, Alfredo opina que la población no está “suficientemente informada de qué contienen las vacunas como para poder tomar una decisión responsable y adulta sobre su uso”; además, continúa, “algunas enfermedades infecciosas se han controlado; *se cree* por las vacunas, pero también *se sabe* que se erradicaron porque el ser humano aprendió a vivir de una manera mucho más higiénica”. Estos y otros argumentos pseudocientíficos¹⁶ se aprenden de fuentes disidentes de la ciencia normal (Kuhn, 1971), como ilustra Mónica: “Escuché varias opiniones de investigadores, de doctoras, investigadoras, y me convencieron; o sea, no eran charlatanes, no estaban inventando; entonces me convencieron [de] que era algo [las vacunas contra la COVID-19] que no estaba totalmente estudiado”. En contraste, les parece que los modelos alternativos de salud dan mayor certeza, por ejemplo: “en un lugar de Brasil hay una persona que siembra también, igual, el mismo producto que yo [moringa], y lo llevó a una cárcel y lo regaló, y dijo que quería que dieran

14 Una encuesta coreana (representativa, n = 1036), previa a la pandemia, relaciona el uso de internet y redes sociales con la falta de credibilidad de las autoridades de salud pública durante un brote del síndrome respiratorio de Medio Oriente (Jang y Baek, 2019). Internet ha facilitado la proliferación de informaciones sobre cualquier asunto, creándose un mercado virtual de comunicaciones con heterogéneo valor epistémico. Si, por un lado, evaluar sus contenidos aplicando un baremo científico sería caer en científicismo, por otro lado, tampoco puede sostenerse que cualquier entrada posea la misma intención o capacidad de construir conocimiento (aceptando que hay distintas formas de conocimiento, no solo la científica).

15 La incorporación de “por la verdad” en los nombres de grupos en Telegram responde a esta necesidad de legitimarse ante sí mismos y la sociedad.

16 Para una revisión de argumentos y tácticas discursivas ver Kata (2012), Lopera (2016: 43-50), Smith y Rubinstein (2020).

obviamente el testimonio [de sus efectos]; y se vio ahí que fue una de las cárceles donde menos COVID hubo” (Valeria).

Este aprendizaje “alternativo” muestra su dimensión mítica con claridad cuando adopta un aura misteriosa, mágica; en este sentido, Elena relata que “unos meses antes de iniciar la pandemia... me llegó un mensaje... me dijo ‘pase lo que pase no te vacunes y toma agua cada dos horas’;... no le encontré sentido; a los meses aparece la pandemia... entonces cuando se empezó a hablar de la vacunación, eso lo conecté”. Pero el pensamiento mítico *colectivo* radica fundamentalmente en plantear una comprensión bipolar y conspiracionista de la pandemia-vacunación, disgregando la realidad en dos bandos, el “malo”, del poder, y el “bueno”, del saber. Quienes se ven marginados del consenso social sobre las vacunas entienden que el poder institucional se legitima y perpetúa engañando al público con verdades espurias, mientras que ellos saben y dicen la verdad, y por ello se les persigue; por ejemplo, “algunos piensan como que [no vacunarse] es algo malo, que urge que nos vacunen y que somos como bichos raros” (Elena).

Construcción del saber mítico

El motor de significación de estas personas informantes en resistencia a las vacunas contra la COVID-19 comprende los mitos del anticristo y del druida. Para algunos esta significación pandémica está más cercana a su centro existencial; para otros constituye una faceta relevante, pero no dirige sus vidas cotidianas. En todo caso, todos aluden a estas dos figuras míticas, aunque sin etiquetarlas de esta manera.

El mito del anticristo,¹⁷ en entornos religiosos o laicos, se ha vertebrado alrededor de un relato maestro que puede resumirse así: pronto surgirá, o ya ha surgido, un personaje, o una camarilla, que se erige como poder o gobierno planetario, y que mediante simulación, engaño y seducción subyuga al mundo, persiguiendo a los pocos que reconocen su maldad y se le resisten.

17 Basado en la descripción de la “bestia” en el Apocalipsis de Juan, cap. 13.

En el discurso de las y los informantes, este relato arquetípico se ha ajustado a la COVID-19 y se expresa en dos grandes bloques: la colusión institucional y la “plandemia”, es decir, el plan detrás de la pandemia, producto de esa connivencia y que incluye la vacunación.

Las personas en resistencia a la vacunación no sospechan de cada institución por separado; más bien, imaginan que varias o muchas instituciones se están coordinando a espaldas de la población para fomentar intereses particulares, perjudiciales para la sociedad. Estos actores incluyen: el Estado o sistema político-institucional, sobre todo el gobierno federal y la administración pública que implementa las políticas de salud; los medios de comunicación masiva de televisión, radio y prensa, pero también algunas corporaciones propietarias de redes sociales populares que han reprimido la resistencia a las vacunas, las farmacéuticas y los organismos multilaterales (ONU, OMS, etc.). Sobre estos últimos, Luis señala: “Yo los veo muy confabulados... como que están ahí; ya es La Verdad S.A. de C.V. a nivel mundial”. Esta confabulación global exige la lealtad de las dirigencias estatales, so pena de castigo: “Los presidentes [de Burundi y Tanzania] actuaron de forma autónoma e inteligente y dijeron a su población ‘aquí no los vamos a paniquear y todo va a estar bien’, y les costó la vida a esos presidentes; ¿qué quiere decir?, que esos presidentes no estaban alineados” (Alberto).

En cuanto a medios, Mateo comenta: “Realmente sabemos que están muy coludidos, no es la veracidad lo que se informa”. Sobre farmacéuticas, Andrés afirma: “Tuve la fortuna de conocer las farmacéuticas y ahí me di cuenta de toda la farsa de muchos productos farmacéuticos que están diseñados para generar una enfermedad y volver a sacar otro fármaco para venderlo, y así sucesivamente”. Se establece, por tanto, un triángulo conspiratorio gobierno-medios-farmacéuticas. “Creo que todo fue simplemente una propaganda [mediática] a nivel farmacéutico-gobierno. No quiero sonar conspiracionista, pero fue una propaganda enorme para convencer a la población de que se pusieran algo que era experimental [vacunas] y que ahorita estamos dándonos cuenta [de] que está causando mucho más daño de lo bueno que logró” (Alfredo). Significativamente, esta colusión interinstitucional incorpora a las universidades públicas, que, se entiende, forman parte de la red institucional

del Estado; a decir de Alberto, la UNAM “tuvo que alinearse con muchas de las cuestiones que se estaban dictando;... esa autonomía [de la UNAM] tiene sus límites también”. De esta manera, la ciencia se subordina a intereses y mandatos “dictados” por los poderes.

Estos y otros testimonios evidencian la creencia de las y los informantes en la existencia de un complot de alcance estatal y global, pero no terminan de dilucidar el propósito de esa colusión. Para incitar a una reflexión en ese sentido, se les plantea el término “plandemia”, en alusión a un plan global vinculado a la pandemia. ¿Conocen los participantes este neologismo pandémico (Klekot, 2021)? ¿Están de acuerdo con el concepto al que refiere? La mayoría sí conoce la palabra y está de acuerdo con su uso, y todos concuerdan con el concepto de confabulación mundial. Pero lo más interesante es la caracterización que hacen de ese plan. Implica que una minoría se está lucrando con medicamentos y vacunas contra la COVID-19, pero tiene una finalidad de gran calado, mucho más tenebrosa que la ganancia económica.

Se trata de someter a la humanidad al gobierno mundial de una élite, pero de manera que no parezca dominación. Supone manipular las mentes y esclavizar a las personas sin que se den cuenta, incluso con su abierta cooperación, como “borregos” (Isabel). En palabras de Alberto, estamos ante “un sistema satánico para realmente llevar al matadero a las personas, dentro de una manera donde parece que no... o sea, en la pastorela el demonio no sale así de ‘me los voy a comer’... no, sale seductor y sale así, atractivo; y así es como esa Agenda 2030 [de la ONU] parecen cosas muy atractivas, que, cuando se analiza en el fondo, dices: ‘oye, espérame, me estás quitando la libertad, o sea, me estás volviendo una cuestión comunista, socialista’; y eso es Satán”. Alfredo añade que “es una Agenda donde la autonomía individual y la soberanía de los países se pierden a una idea global, a un orden mundial de un solo gobierno... y, lamentablemente, la mayoría de los ciudadanos... son portadores inconscientes de este nuevo sistema; es decir, van a ser los nuevos policías sociales... como en las Juventudes Hitlerianas, que reportaban a sus papás cuando no iban de la mano con las creencias... me recuerda mucho a *1984*, de Orwell”.

En este “nuevo orden mundial” los gobernantes son “títeres” (Isabel, Mónica) del círculo secreto que realmente maneja los hilos del poder tras-

nacional. Esta hiperélite, como dioses o demonios, ordena el mundo. Isabel asegura: “Yo sí creo que hay un plan; ellos creen [ser dioses], es el endiosamiento del hombre”. Según Gerardo, “los verdaderos [poderosos], yo utilizo la palabra demonio, que están a la cabeza en esta situación, esa es gente que ni siquiera sabemos nosotros cómo se llaman, esa es la manera en que ellos se van a proteger”; y remata: “Nosotros somos las víctimas, pero los gobiernos están llevando a cabo agendas internacionales”.

La pandemia y la vacunación forman parte de esta trama maquiavélica, entre otros instrumentos de control social. El coronavirus SARS-CoV-2 se introdujo o diseñó intencionalmente con el fin de generar pánico colectivo y, por esa vía, obtener obediencia. De nuevo, Isabel: “Están haciendo pruebas, [dicen] ‘ya los podemos dominar ahí por miedo [a la COVID-19], están encerrados en su casa’”. La vacunación complementa este disciplinamiento masivo y está encuadrada en una estrategia subrepticia de tecnificación de la salud y otros ámbitos sociales para subyugar. Esta sujeción por tecnología entraña un proceso de experimentación con los cuerpos y las mentes de las personas, mediante el cual se van perfeccionando estos instrumentos de control. Sintetizando, “definitivamente las vacunas es un experimento en el ser humano para tener controlada a la humanidad” (Andrés).

Uno de los grupos de discusión apunta que la COVID-19 y otras futuras pandemias son herramientas del poder global con el propósito de reducir el número de habitantes en el planeta, ya que no hay recursos suficientes para sostener a tantos billones de personas, como indica Mateo: “No ha existido ahorita una guerra [mundial] y estamos en un crecimiento [poblacional] global muy fuerte, donde ahorita la economía no está para esta situación [de crecimiento]; entonces... por medio de esta situación [de pandemia] se cree [que se pueda]... ir reduciendo este tipo de población... por eso estoy de acuerdo [con]... el término de ‘plandemia’”. Es decir, estamos ante un genocidio maltusiano a escala mundial; “es un plan exactamente de exterminio a corto y largo plazo” (Gerardo).

Ante este panorama, las personas informantes ofrecen dos tipos de resistencia, directa e indirecta. La primera implica contestar al “sistema” de dominación a través de comportamientos que se oponen a la “plandemia”. Esto

significa, en primer lugar, “investigar” y descubrir el complot; segundo, rechazar en pensamiento y acción la narrativa oficialista acerca de la pandemia, en particular, las recomendaciones y medidas de salubridad y el vacunarse; y, tercero, socializar con otras personas este saber mítico, especialmente por internet, espacio que facilita el encuentro de creyentes de ideologías marginadas. Sin embargo, esta resistencia abierta conlleva penalizaciones sociales –críticas de personas cercanas, ridiculización y represión mediática, paternalismo y restricciones gubernamentales–, lo cual, a su vez, es interpretado como una predecible persecución de “los justos” por parte del anticristo. En boca de Alberto, “el sistema dispuso todo su arsenal para dividir, callar y ocultar lo más posible las voces de gente pensante, inteligente, científica, que no se estaba quedando con la versión [oficial]”.

Pero hay otra respuesta de resistencia, menos confrontacional, que sitúa en el mito del druida.¹⁸ Su relato maestro puede esquematizarse: el druida es un sabio con espiritualidad, pensamiento y prácticas holísticas; posee el poder y ministerio de armonizar la naturaleza física y biológica –el orden natural y el cuerpo humano– con la mente, el alma y los dioses; y esta labor sacerdotal, que supone la custodia –no exenta de secretismo– de saberes ancestrales o para iniciados es necesaria para purificar y equilibrar a personas y sociedades cuya naturaleza se fundamenta en esa integración de lo material y lo espiritual.

El discurso de las y los informantes refleja tres aspectos de este mito: el poder de la naturaleza-cuerpo-espíritu, los cuidados naturales-espirituales y el cuerpo-espíritu como templo inviolable. De la primera vertiente destaca la creencia en el poder del cuerpo humano para autosanarse si se le da un cuidado “natural”, consistente en una sana alimentación y el sentirse feliz. De lo contrario, sin buenos alimentos y con estrés, por ejemplo, miedo a la pandemia, las defensas inmunitarias “bajan” y la gente se enferma, e incluso puede morir. Entonces, para estas personas en resistencia la respuesta adecuada es

18 Personaje histórico (Puchal, 1995) mitificado por el Romanticismo que ha resurgido en el imaginario contemporáneo vía los denominados nuevos movimientos religiosos y, específicamente, las espiritualidades que se han agrupado bajo el término Nueva Era; aunque no es necesario adscribirse a estas corrientes para apropiarlo.

rechazar el miedo social a la COVID-19 (que ha sido artificialmente generado por el anticristo para someter al mundo) y reafirmar su creencia en la autosanación corporal, lo cual comporta minimizar la acción biológica de la enfermedad. Así, “[debemos] quitarnos ese miedo, ya que el COVID es curable, es curable; ha habido personas que han sanado, así es que no hay que tenerle ese terror, pavor a lo que es el COVID” (Elena).

Este dualismo entre miedo espurio y poder verdadero se replica en el plano espiritual, ya que el temor proviene del Maligno, mientras que la paz deriva de Dios; en consecuencia, uno debe centrarse en la divinidad y confiar en que ésta anule cualquier ansiedad pandémica. Isabel aconseja: “Tienes que pensar en ti; cómo eres tú, creada por Dios, única, irrepetible y que no te van a venir a manejar”. De este modo, la fe triunfa sobre la COVID-19, porque mantiene “altas” las defensas inmunitarias y, junto a los buenos alimentos, asegura la autosanación corporal.

La sintonía personal con la naturaleza y lo divino permite realizar una interpretación auténtica de la realidad social, desentrañando la verdad a partir de ciertos indicios en sí mismos no concluyentes, pero que se “abren” a quienes puedan descifrarlos –como las entrañas de animales en tiempos remotos–. Por ejemplo: “Hablando de si es un plan... quiero comentarles que si agarramos cabitos sueltos... la directora del Foro Económico Mundial... decía que había que... reducir la población; después, cuando se hizo presente la Agenda 2030 de la ONU, uno de los ONU... es reducir la población... ahí ya coinciden dos cabitos; y luego sale la ONU con... recomendaciones [con las que] como que se morían más rápido [los enfermos de COVID-19]; pues ya son tres cabitos, que si no es un plan” (Luis).

Asumida la tríada alimentación-felicidad-fe, y con esta capacidad de interpretar la realidad, se puede guiar a otras personas, rescatándolas de su ignorancia y temor. Alfredo comenta: “[la pandemia] fue un catalizador para investigar más, mejorarme como persona y también ser de ayuda; porque también mucha gente en estas épocas la pasó muy mal y tratar como de decirles ‘vamos a abrir los ojos, vamos a superar esto’”.

La segunda faceta druídica, los cuidados naturales-espirituales, se encuadran en este planteamiento inicial de autosanación y armonía. Las

atenciones “naturales” al cuerpo y al espíritu se integran a la vida cotidiana como paradigma de autocuidado genuino, en contraposición al modelo alópata convencional, orientado al manejo de crisis y síntomas. La herbolaria, la homeopatía o las Cinco Leyes Biológicas del Dr. Hamer, ejemplos citados por los informantes, constituyen vías complementarias y aceptables de medicina “natural” que contrastaría con la artificialidad de los tratamientos dispensados por las instituciones de salud pública.¹⁹ La no aceptación de estos cuidados alternativos por parte del *establishment* gubernamental y biomédico provoca una reacción de autodefensa en estos informantes, que reivindican el “libre albedrío” (Gerardo, Valeria, Elena, Alfredo) para poder decidir sobre su propio cuerpo. Rechazan, por tanto, que cualquier política de salud pública, como la vacunación, pueda establecer obligaciones colectivas por encima de la individualidad.²⁰ Que eso suceda, por ejemplo, restringir accesos o viajes a personas no vacunadas, incita a la desobediencia civil. En este sentido, cuando un informante menciona que sabe cómo obtener cartillas de vacunación escolar y pases COVID-19 para viajar, fraudulentos, otras dos personas expresan interés en esas posibilidades.

Dicho lo anterior, resulta lógico que se entienda el cuerpo humano como santuario, ya que es lugar de encuentro entre lo natural y lo sobrenatural. Por ello, las vacunas son intolerables, sobre todo las que se han desarrollado contra la COVID-19 en tiempo récord. Si las vacunas tradicionales son sospechosas, mucho más éstas, que no han sido suficientemente probadas y se insertan en un plan de dominación mundial. Vacunarse significa violar el/al cuerpo: “meterse” (Gema, Alfredo) algo artificial, antinatural, con sustancias y consecuencias dañinas. Significa participar en un experimento global de control social: “estábamos siendo conejillos de indias” (Elena).

19 Lopera (2016: 45) señala la superioridad de lo “natural” sobre lo “químico” para los “antivacunas”.

20 Un estudio ubica a personas que rechazan las vacunas en un eje de énfasis en el individualismo, no el colectivismo (Cruz *et al.*, 2019: 55).

Actuación y socialización del saber mítico

Las y los informantes dan testimonio de dos estrategias conductuales, una en relación con la gestión de su resistencia a la vacunación y la otra en cuanto a la enseñanza-aprendizaje del saber mítico. Por un lado, el anticristo y el druida inspiran y orientan comportamientos de resistencia a las vacunas, básicamente desobediencia a las directrices institucionales y desarrollo de comportamientos “alternativos”. Por otro lado, estos mitos estimulan que el creyente profundice en su aprendizaje práctico y que desee hacer proselitismo de ellos. Por ejemplo, al iniciar el grupo de discusión, en su primera intervención, Luis informa: “Tengo algunas investigaciones que quisiera compartir”. Y cuando se pregunta al otro grupo cómo enfrentar la “plandemia” Valeria responde: “Cuidarme en todos los aspectos de mi vida, y los conocimientos que tengo los comparto con mi familia, amigos, conocidos”. Alfredo contesta en la misma línea: “Estoy en grupos de Telegram, hablo con amigos, hablo con mi familia.” Para Alberto se trata de “influir en lo que puedas en tu entorno y, muy importante, que no te influyan”.

La mención de Telegram no es baladí, porque estas personas informantes efectivamente pertenecen a una comunidad virtual –configurada en y por internet– de resistencia a las vacunas contra la COVID-19. Aunque mayoritariamente no se identifican como miembros o simpatizantes de un “movimiento antivacunas”, sí participan en el aprendizaje y la difusión de informaciones (de diversa calidad epistémica) en línea que critican la gestión de la pandemia, incluyendo las vacunas. Este ciberactivismo concuerda con el *ethos* individualista de los informantes y, además, les proporciona cierta anonimidad y protección ante el “sistema”.

ALGUNAS REFLEXIONES

El discurso de otras personas en resistencia a las vacunas, tanto en internet como en estudios previos, indica que las y los informantes de este estudio no conforman una muestra excepcional, con lo cual se puede pensar, al menos

tentativamente, que para otras (¿muchas?) personas el rechazo a la vacunación contra la COVID-19 también moviliza, o está movilizada, por los mitos del druida y del anticristo.

En segundo lugar, cabe destacar que la interacción entre mitos produce un determinado tipo de resistencia. El mito del anticristo emplaza a una sociedad orwelliana de la que parece no haber escapatoria; Andrés lo expresa de esta forma: “Como ya está dictado lo que se va a hacer, contra las autoridades no vamos a poder hacer nada, más que seguir sus lineamientos, y así ha sido; y quienes hemos tratado de no seguirlos, nos hemos metido en problemas, tanto legales como con las propias personas; y bueno, ahí [a nivel colectivo] no vamos a hacer nada, pero sí individualmente”. Frente al fatalismo colectivo, Andrés y los demás apuestan por una respuesta individual que espiritualiza el conflicto político que están experimentando. La opresión institucional se reinterpreta en clave mítica, como lucha entre el Bien y el Mal en la que no solo cuentan las victorias tangibles, observables, sino que importa más en qué bando uno está, porque finalmente, de alguna manera, el Bien triunfa(rá) sobre el Mal.

No es casual que el mito del anticristo se encuentre adentro del mito del Cristo, ni tampoco que el imaginario de lo natural sea, para muchos, más atractivo que el de lo artificial. La imaginación humana siempre procura reconciliar los sucesos de la vida cotidiana y aquellos de gran envergadura, como la pandemia, con un sentido global de las cosas, un metarrelato que genere bienestar simbólico personal y colectivo. En personas que se resisten a vacunarse el druida realiza esta labor armonizadora: da salida a la esperanza individual en un mundo sin esperanza; conecta el creyente a un Más-Allá que *realmente* controla el mundo, pese a las apariencias en el Reino del Demonio, y, en consecuencia, le proporciona herramientas epistémicas de carácter mítico-mágico para vivenciar su resistencia.

Ahora bien, esta sublimación de la contienda política al plano mítico –invisible, misterioso, inefable...– tiene un costo: la despolitización en el mundo material de quienes abogan por una visión espiritual. Por despolitización entiendo la renuncia a la capacidad del ser humano de *colectivamente* buscar soluciones a problemas de convivencia social. Este posicionamiento antipolítico encaja con la desconfianza institucional extrema de estas per-

sonas. Aunque se ha mostrado que el conspiracionismo puede resultar en activismo político extrainstitucional (Imhoff *et al.*, 2021), la resistencia a las vacunas ha tendido a tomar la vereda contraria, de espiritualización. Podría decirse que el fenómeno de la resistencia a las vacunas contra la COVID-19 consiste en una compensación individual(ista) del victimismo político que ha sido introyectado en la subjetividad colectiva mediante, precisamente, formas políticas institucionales de corte maquiaveliano. Supone, por tanto, un síntoma de agotamiento de la política moderna, afianzada en el paradigma de la razón de Estado, la partidocracia y la oligarquía electoral (Compte, 2021).

Si bien la mistificación individualista del enfrentamiento político despolitiza, es probable que la resistencia a las vacunas y otras resistencias articuladas por el mito del anticristo abonen a la configuración de un imaginario insurgente que ha de nutrir las luchas y los proyectos políticos del s. XXI.

En este sentido, la resistencia al poder y el conspiracionismo de estas personas no constituyen fenómenos marginales, sino que representan una arista, entre muchas, de la concientización política de las sociedades contemporáneas frente al fracaso de las instituciones políticas para abordar problemas globales que están destruyendo a humanidad y planeta. A nivel académico, esto implica desestigmatizar el concepto-término conspiración(ismo) y apreciar que en la asimetría de poder en la que se sitúa cualquier resistencia, ella siempre anticipa e imagina, sin información completa, el comportamiento del poder al que se resiste.²¹ De hecho, el paradigma de la teoría crítica en las ciencias sociales, desde Rousseau, pasando por Marx, hasta hoy, ha tenido a bien desarrollar teorías que buscan revelar las dinámicas de poder y que, ya sea por uso de académicos o activistas, formulan explicaciones conspirativas de la realidad social (Nefes y Romero-Recher, 2020). De ahí que no deba extrañar que se publiquen artículos académicos que apliquen la teoría crítica, por ejemplo, en clave marxista o foucaultiana, a la pandemia, con puntos de partida, argumentos y conclusiones conspiracionistas (Bautista, 2021; Chajin, 2020; Ociel

21 Bertuzzi (2021) señala la ausencia de estudios sobre teorías conspiratorias en la literatura de los movimientos sociales, pero no ubica el conspiracionismo como dimensión transversal de cualquier movilización política.

et al., 2019; Ramírez *et al.* 2022; Salamanca, 2021). En fin, la represión intelectual de la ubicuidad del fenómeno conspiratorio solo contribuye a mitificar la ciencia como proyecto positivista, ajeno a los choques de poder que cruzan a investigadores, ciencia y realidad.

CONCLUSIÓN

La pandemia de la COVID-19 ha sacudido las estructuras de plausibilidad de las sociedades contemporáneas, cuestionando la viabilidad de la propia humanidad. La gestión pandémica de autoridades internacionales y estatales ha generado resistencias de parte de distintos sectores poblacionales, esto en el marco de un clima social de desconfianza institucional.

Este estudio se ha centrado en la resistencia a las vacunas contra la COVID-19 en México, analizando el discurso de once informantes para examinar su proceso de significación en torno a la pandemia. He planteado este fenómeno como expresión de la resistencia al poder, y el conspiracionismo como dimensión de cualquier resistencia al poder; asimismo, he relacionado la resistencia-conspiracionismo al pensamiento mítico.

En efecto, las personas informantes corroboran discursivamente esta conceptualización; además, organizan el sentido alrededor de los mitos del anticristo y el druida, lo cual deriva, por un lado, en una despolitización individual y, por otro lado, en la elaboración colectiva, trascendiendo esta particular resistencia, de un imaginario de lucha contrahegemónica global.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Jesús Ma. (1994). “Pensamiento postilustrado sobre la experiencia mítico-religiosa”. *Temas de comunicación* 5: 7-22.
- Aguirre, Samedi (2021). “Antivacunas protestan frente a la Secretaría de Salud con dichos falsos sobre la pandemia”. *Animal Político*, 12 de agosto.
- Angelucci, Luisa, y José Rondón (2021). “Creencias asociadas al empleo de las vacunas contra el COVID-19”. *Analogías del comportamiento* 20: 18-33.
- Basaure, Mauro (2022). “Conceptualizaciones sobre el poder. Trayectorias de un objeto”. *Revista de Sociología* 16: 127-148.
- Bautista, Rafael (2021). “Del mundo post-COVID al nuevo orden post-mundo”. *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América* 28(112): 10-12.
- Berger, Peter, y Thomas Luckmann (2012). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bertuzzi, Niccolò (2021). “Conspiracy theories and social movements studies: A research agenda”. *Sociology Compass* 15(12): e12945.
- Cambronero, Milena (2022). “¿Cuál pandemia?: vivencias de personas escépticas de la COVID-19 en Alajuela, Costa Rica”. *Reflexiones* 101(1): 1-21.
- Cardoso, Dulce, Jaimes, Madison, Trejo, Nelly, Ruvalcaba, Jesús, Cortés, Sandra, Rivas, Ingrid, Reynoso, Josefina, y Luilli López (2021). “Vacunación por elección contra COVID-19 por la comunidad mexicana”. *JONNPR* 6(9): 1209-1221.
- Castillo, Naix’ieli (2021). “Coronavirus. Por qué hay gente que no quiere vacunarse”. *Ciencia UNAM*, 14 de septiembre.
- Castro, Rodrigo (2017). “Foucault y la resistencia. Una gramática del concepto”. *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía* 22(1): 45-63.
- Chajín, Miguel (2020). “La pandemia: el robo del siglo”. *Dictamen Libre* 27: 11-13.
- Compte, Guillem (2021). “Apuntes para una refundamentación de la democracia”. *Revista Internacional de Pensamiento Político* 16: 379-402.
- Cruz, Maite, Rodríguez, Ainhoa, Hortal, Joaquín, y Javier Padilla (2019). “Reticencia vacunal: análisis del discurso de madres y padres con rechazo total o parcial a las vacunas”. *Gaceta Sanitaria* 33(1): 53-59.

- Cuesta, Micaela, y Agustín Prestifilippo (2021). “Retóricas de la crueldad. Mitos y razones de la desigualdad social”. *Pilquen* 24(4): 47-60.
- Fernández, Ana Ma. (2021). “Expresiones caleidoscópicas de experiencias ante la crisis”. *Religación* 6(30): 1-19.
- Fix-Fierro, Héctor, Flores, Julia, y Diego Valadés (2017). *Los mexicanos y su constitución*. Ciudad de México: UNAM.
- Flores, Julia, Córdova, Lorenzo, Alejandro, Omar, y Salvador Vázquez (2015). *El déficit de la democracia en México*. México DF: UNAM.
- Franco, José (2015). *Ciencia y tecnología: una mirada ciudadana*. México DF: UNAM.
- García-Pelayo, Manuel (2009). *Obras completas: revisada y ampliada (2ª ed.) (3 vol.)*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Gilbert, César (1993). *El hábito de la utopía*. México DF: Porrúa.
- Goertzel, Ted (1994). “Belief in Conspiracy Theories”. *Political Psychology* 15(4): 731-742.
- Hollander, Jocelyn, y Rachel Einwohner (2004). “Conceptualizing Resistance”. *Sociological Forum* 19(4): 533-554.
- Hudson, Amanda, y William Montelpare (2021). “Predictors of Vaccine Hesitancy: Implications for COVID-19 Public Health Messaging”. *International Journal of Environmental Research and Public Health* 18, 8054.
- Ibarra, Laura (1995). “El pensamiento mítico y las formas de concebir el poder político”. *Espiral* 2(4): 69-78.
- Imhoff, Roland, Dieterle, Lea, y Pia Lamberty (2021). “Resolving the Puzzle of Conspiracy Worldview and Political Activism: Belief in Secret Plots Decreases Normative but Increases Nonnormative Political Engagement”. *Social Psychological and Personality Science* 12(1): 71-79.
- Jang, Kyungeun, y Young Min Baek (2019). “When Information from Public Health Officials is Untrustworthy: The Use of Online News, Interpersonal Networks, and Social Media during the MERS Outbreak in South Korea”. *Health Communication* 34(9): 991-998.
- Kata, Anna (2012). “Anti-vaccine activists, Web 2.0, and the postmodern paradigm – An overview of tactics and tropes used online by the anti-vaccination movement”. *Vaccine* 30: 3778-3789.

- Klekot, Nina (2021). "Procesos de la creatividad léxica durante la pandemia de COVID-19 – un estudio contrastivo". *Roczniki Humanistyczne* 6: 101-114.
- Kuhn, Thomas (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México DF: FCE.
- Lopera, Emilia (2016). *El movimiento antivacunas*. Madrid: Catarata.
- Marshall, T. H., y Tom Bottomore (1998). *Ciudadanía y clase social*. Madrid: Alianza.
- Martín, Fernando (2020). "COVID-19, crisis de crisis existentes e inesperadas". *Boletín IEEE* 18: 1398-1410.
- Marván, María, Navarro, Fabiola, Bohórquez, Eduardo, y Hugo Concha (2015). *La corrupción en México: percepción, prácticas y sentido ético*. México DF: UNAM.
- McKee, Martin (2009). "Denialism: what is it and how should scientists respond?" *European Journal of Public Health* 19(1): 2-4.
- Naundorf, Gerardo (2022). "De las pandemias biológicas a otro tipo de pandemias". *International Studies on Law and Education* 40: 1-14.
- Nefes, Türkay, y Alejandro Romero-Recher (2020). "Sociology, social theory, and conspiracy theory". En *Routledge Handbook of Conspiracy Theories*, editado por Michael Butler y Peter Knight, 94-107. Londres y Nueva York: Routledge.
- Ociel, Mario, Cea-Nettig, Ximena, e Ingrid González (2019). "¡No te vacunes! La ciudadanía biológica como dispositivo de control y forma de resistencia frente a las políticas en salud". *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 62: 311-323.
- Park, Crystal (2010). "Making Sense of the Meaning Literature: An Integrative Review of Meaning Making and Its Effects on Adjustment to Stressful Life Events". *Psychological Bulletin* 136(2): 257-301.
- Pavela, Irena, Banai, Benjamin, e Igor Mikloušić (2021). "Beliefs in COVID-19 conspiracy theories, compliance with the preventive measures, and trust in government medical officials". *Current Psychology*.
- Puchal, Israel (1995). "Druidas: del mito al hombre". *Fòrum de Recerca* 1: 216-229.
- Ramírez, Mario (2017). "Ontología de la resistencia". *Valenciana* 10(19): 7-28.

- Ramírez, José, Hinojosa, Vania, y Paulina Barragán (2020). “Resurgimiento de enfermedades infecciosas y movimiento antivacunas, ¿qué pasa en México?”. *Atención Familiar* 27(4): 208-211.
- Ramírez, Rubén, Chávez, Daniar, y Jaime González (2022). “Estado y protesta social. México y Chile en el contexto de la pandemia de COVID-19”. *Revista de Ciencias Sociales, DS-FCS* 35(50): 203-232.
- Rowland, Jussara, Estevens, João, Krzewińska, Aneta, Warwas, Izabela, y Ana Delicado (2022). “Trust and Mistrust in Sources of Scientific Information on Climate Change and Vaccines”. *Science & Education*.
- Salamanca, Antonio (2021). “La (re)insurgencia histórica de los derechos humanos de los pueblos y derechos de la Naturaleza en América Latina: un desafío iusmaterialista a la ideología iusnaturalista e iuspositivista de la burguesía”. *Nullius*, 2(1): 1-14.
- Smith, Tara, y Dorit Rubinstein (2020). “Digging the rabbit hole, COVID-19 edition: anti-vaccine themes and the discourse around COVID-19”. *Microbes and Infection* 22: 608-610.
- Šrol, Jakub, Ballová, Eva, y Vladimíra Čavojová (2021). “When we are worried, what are we thinking? Anxiety, lack of control, and conspiracy beliefs amidst the COVID-19 pandemic”. *Applied Cognitive Psychology* 35: 720-729.
- Suárez, Magdalena (2005). *El grupo de discusión*. Barcelona: Laertes.
- Trujillo, Joel (2020). “La vida social del COVID-19: una etnografía del escepticismo y el negacionismo en poblaciones informales de Ciudad de México”. *Perifèria, revista de recerca i formació en antropologia* 25(2): 141-153.
- UNAM (2022). *Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19*. Ciudad de México: Coordinación de Humanidades y Secretaría General.
- van Prooijen, Jan-Willem (2022). “Injustice Without Evidence: The Unique Role of Conspiracy Theories in Social Justice Research”. *Social Justice Research* 35: 88-106.
- Zárate, Alberto (2022). “Mexicanos por la verdad. ¿Cómo funcionan los grupos antivacunas en México?”. *Datanoticias*, 1 de febrero.

Información en medios digitales durante la pandemia por COVID-19. Desafíos para México

7

Georgina Araceli Torres Vargas

Instituto de Investigaciones
Bibliotecológicas y de la Información, UNAM

INTRODUCCIÓN

El 27 de febrero de 2020 se confirmó el primer caso de coronavirus en México. Dos meses después, el 30 de abril, el número de pacientes aumentó de forma exponencial, alcanzando 19,224 casos (Suárez, 2020).

Junto con las graves consecuencias para la salud de los mexicanos, la COVID trajo consigo problemas de diversa índole, entre ellos la alta generación de información y datos en medios digitales, tales como páginas web, redes sociales, servicios de mensajería que, por su gran cantidad, la Organización Mundial de la Salud llamó infodemia a la sobreabundancia de información (OMS, 2020).

La infodemia se considera un problema por las dificultades que representa en diferentes aspectos, entre los que destaca la imposibilidad de validar cada uno de los contenidos que circulan en medios digitales. Sin validación no es posible saber si la información tiene calidad, lo que, entre otras cosas, provoca desinformación entre la población. Ante la desinformación se posicionaron diversos grupos como los llamados antivacuna, que difundieron de manera amplia y rápida mensajes en contra de la vacunación; de igual forma

surgieron especulaciones sobre medicamentos para la cura de la COVID, por citar algunos problemas derivados de la infodemia y la desinformación.

Más allá de la desinformación -tema ampliamente abordado desde varias disciplinas a partir de la contingencia sanitaria-, se manifestaron con más fuerza otras situaciones que si bien ya estaban presentes en cuanto al uso de la información, se hicieron más visibles a partir de la realización de las diversas actividades productivas y educativas desde casa. Por ejemplo, la brecha digital se hizo muy notoria, así como la carencia de una alfabetización informacional entre la población mexicana a diferentes niveles.

También se revaloró la importancia de contar con información digital en apoyo a las actividades docentes y de investigación, como las bibliotecas digitales, los repositorios institucionales, los archivos digitales, entre otros.

Es necesario señalar que para los estudiosos de la información ya se planteaban desde la década de 1990 escenarios en donde el uso intensivo de las tecnologías para la generación, administración y uso de la información serían comunes. Temas como el de bibliotecas vacías o inmateriales, que después se llamaron electrónicas, virtuales y finalmente digitales, se han tratado desde los inicios del internet, pero se auguraba el logro de esta biblioteca del futuro a muchas décadas de distancia, una vez que la tecnología hubiera alcanzado un desarrollo adecuado, que se contara con infraestructuras adecuadas y la población contara con las habilidades necesarias para utilizar los recursos digitales.

El tránsito hacia tales escenarios acertó distancia a partir de la pandemia y en pocos años se avanzó -si bien de manera forzada- hacia una transformación digital que se calculaba en 10 años. En los inicios del internet era inimaginable cuánto tiempo se tendría que esperar para que la población realizara actividades a distancia, aun cuando se mencionara y deseara el *home office* en varias de las publicaciones de la época.

Debido a las repercusiones que trajo consigo la pandemia por COVID-19 en el ámbito de la información digital, en el presente texto se exponen algunos problemas por atender para poder dar mejor respuesta a situaciones similares, sobre todo en el contexto nacional.

RELEVANCIA DE LOS SITIOS WEB EN LA DIFUSIÓN DE INFORMACIÓN SOBRE COVID-19

De forma somera, se puede decir que el término *digital* es lo opuesto a lo analógico. Sin embargo, desde la aparición del internet y las primeras versiones de la web hasta nuestros tiempos, lo digital se ha resignificado y ahora se entiende como una serie de cambios culturales y no solamente un aspecto tecnológico, puesto que las tecnologías ejercen influencia en nuestra forma de vivir y de interpretar el mundo. Vitali precisa que la cultura es continua y que en ese sentido lo digital también marca continuidad y no una revolución o ruptura, sino que se han dado cambios paulatinos (Vitali, 2018: 17).

Uno de los primeros cambios que se vieron en el terreno de lo digital fue la creación de la *www*, misma que ha evolucionado a través del tiempo. Si bien el internet se construyó a mediados de los años setenta y fue concebido como un sistema de comunicación por medio de la conexión de diversas computadoras para poder trabajar en caso de una guerra nuclear, la *www* fue desarrollada posteriormente por Tim Berners-Lee, quien define a la web como una red global para el acceso a la información, como un espacio en donde la gente puede interactuar, enlazar páginas con texto, imágenes y animaciones, ocasionalmente con sonidos, imágenes en tres dimensiones y videos. La arquitectura de la *www* se propuso en 1989.

En la actualidad es posible acceder a una gran cantidad de información en la web a través de la consulta de diferentes páginas. Cientos de sitios surgen a diario y nuevas páginas se añaden a los sitios, pero, aunado a su crecimiento, la web se ha transformado. Es importante mencionar brevemente las etapas de desarrollo que se muestran en la web para poder contextualizar algunos aspectos que se desarrollan más adelante.

A grandes rasgos, cada etapa se caracteriza por lo siguiente:

Web 1.0: Estática y sin interacción.

Web 2.0 o web social: Hay interacción con el usuario.

Web 3.0 o web semántica: La diferencia está dada por la forma en que permite la recuperación de información mediante un lenguaje natural.

Web 4.0: Se espera que ayude a una búsqueda más predictiva. Se relaciona con otros avances como la tecnología de voz a texto y texto a voz; el aprendizaje automático (*machine learning*); el internet de las cosas (IoT, por su término en inglés), entre otros.

La web es un medio muy útil para la búsqueda de información en el área de salud. Se calcula que durante 2019, previo a la pandemia, un 72% de las visitas a las páginas por parte de la población española se realizaron sobre temas de salud (Martín, 2022). Ya en el contexto de la COVID-19, la web adquirió mayor relevancia como medio para la difusión y acceso a la información acerca del virus. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que mucha de la información sobre salud que se difunde en páginas web no son respaldadas por instituciones o expertos en los temas, por lo que hay una cantidad considerable que carece de validez. Este uso de la web es más preocupante si se considera que los jóvenes de entre 15 y 24 años de edad son quienes hacen mayor uso del internet.

De acuerdo con los datos recabados mediante la Encuesta Nacional *Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19*, auspiciada por la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 52.9% de la muestra respondió que consulta información sobre la situación de la pandemia para la toma de decisiones; el 46.1% considera que está “algo” informado, es decir, revisan diferentes medios, pero consideran que sus necesidades de información no están cubiertas.

Es interesante ver cuáles son los aspectos que le interesa a la población sobre la pandemia por COVID-19. Si bien para Calva (2021) no se cuenta todavía con algún estudio que ayude a conocer qué información se busca, el autor ofrece la siguiente lista:

- Guías prácticas o procedimientos ante la COVID-19.
- Tratamientos contra el virus.
- Normas de comportamiento en establecimientos públicos como el transporte.
- Qué es la enfermedad, cómo se trata, cómo se combate y sobre la vacuna.

- Teléfonos de emergencia.
- Teléfonos de apoyo a la población con síntomas de la enfermedad.
- Teléfonos para apoyo psicológico por la cuarentena.
- Hospitales en los que se atienden a enfermos por COVID-19

Se observan así temas relacionados con las medidas de prevención y tratamiento, además de teléfonos de utilidad en caso de infección, lo cual podría estar disponible en sitios con enlaces a páginas autorizadas. De ser posible, también se debe incluir información elaborada para los diferentes grupos etarios, adaptada al lenguaje común, ya que por lo general los usuarios de internet encuentran dos extremos de información: aquella que se dirige a un público muy especializado y otra que tiene poca rigurosidad o es de baja calidad. Debe hacerse un trabajo de adaptación de los contenidos, en donde, sin perder la calidad, se ofrezca con palabras fáciles de comprender.

Lo importante es diseñar estrategias de comunicación que permitan la asimilación de los diferentes temas en salud, como en este caso lo relativo a la COVID-19.

Como ejemplo, la OMS da algunas recomendaciones para el diseño de intervenciones digitales de salud dirigidas a los jóvenes, en donde se hace hincapié en la necesidad de que cada sistema de salud establezca canales de información alternativos para completar y extender la cobertura de servicios de salud para los jóvenes (WHO, 2020).

Calidad en los sitios web en temas de salud

Los sitios web que difunden aspectos de salud deben cumplir con una serie de requisitos de calidad. *Health on the net* es una organización sin fines de lucro que certifica sitios web en salud y, entre otros aspectos, considera los siguientes como parámetros para evaluar la calidad de las páginas web:

- Autoría: se debe indicar quiénes son los autores.

- Complementariedad: la información debe complementar, no reemplazar la relación médico-paciente.
- Confidencialidad: respetar la privacidad y confidencialidad de los datos personales proporcionados por un visitante al sitio.
- Atribución: el sitio debe citar las fuentes de información.
- Garantía: el sitio web debe mantener cualquier requerimiento relativo a un tratamiento, producto o servicio, respaldándolo con las evidencias adecuadas y objetivas.
- Transparencia de los autores y accesibilidad: la presentación ha de ser accesible, mostrando la identidad del editor y del webmaster, así como disponer de un correo electrónico de contacto.

En un ambiente de web 2.0 es posible ofrecer sitios con las cualidades anteriores, sobre todo en un medio como los blogs, que permiten que los *posts* sean escritos con un lenguaje ameno y comprensible al público en general, pero sin pérdida de rigor. Es deseable incluir referencias que mediante hipervínculos dirijan a las fuentes originales y el usuario pueda tener la confianza de que hay un sustento científico que avala la información del sitio que visita. En el caso del blog, se necesita de una actualización periódica de los contenidos y es un medio que puede llegar a tener éxito; como muestra está el blog Boticaria García, que es muy consultado en España para temas en salud y que está creado de manera atractiva, acompañado de imágenes e infografías hechas por la autora. Un blog permite que el lector envíe dudas, lo que le hace tener más cercanía con la población y conocer las inquietudes, además de poder contar con material adicional.

Sin duda alguna, la web es un medio idóneo para difundir temas de salud como el relativo a la COVID-19, pero hay mucho por mejorar en cuanto a la calidad y la forma en que se presenta y valida la información en este medio.

Otro medio digital que tiene gran relevancia es la web 2.0, también llamada web social, en donde, sin duda alguna, las redes sociales son protagonistas en el escenario de las noticias falsas.

NOTICIAS FALSAS E INFORMACIÓN FALSA EN EL CONTEXTO DE LA PANDEMIA

Para Sagredo e Izquierdo, una cualidad de la realidad es poseer una perspectiva, la cual depende del espacio-tiempo y varían según el punto de vista. Para los autores, “todo conocimiento lo es desde un punto de vista determinado, por lo que no hay observaciones absolutas, ya que una perspectiva falsa es aquella que pretende ser única” (Sagredo e Izquierdo, 1983: 14). La realidad absoluta no existe, sino que la sociedad conoce o reconoce algo como realidad y, en este sentido, los medios de comunicación llevan a cabo una selección de temas que construyen la realidad y limitan el acceso a determinados contenidos (Chacón, 2002: 61).

En relación con esto, las noticias organizan la percepción que se tiene sobre el mundo, pero los medios también modifican la realidad que percibe la sociedad (Fishman, 1983), de forma tal que la realidad que nos muestran los medios de comunicación es también una construcción. La realidad que muestran los medios de comunicación resulta en una elaboración de la realidad y no su reflejo, y esto es lo que hace la diferencia entre realidad y construcción de la realidad, en palabras de Aparici (2010).

Es así como la información es el resultado de la intervención de alguien que decide seleccionar hechos y representa la realidad. Para Wolton (1992), la información nunca es réplica de lo real, sino una interpretación y, por lo tanto, no hay relación directa entre realidad y verdad, sino que la interpretación y el contexto son elementos que intervienen en el relato de la noticia.

En el plano del periodismo, lo falso puede verse como la calidad que resulta del proceso informativo, el cual incluye la recolección, selección y elaboración de la información. Una información periodística puede ser falsa al omitir un dato o inventar un hecho de forma deliberada.

La información periodística (noticia) falsa en los medios tradicionales siempre ha estado presente, ya que constituye parte de la dinámica de este ejercicio. A partir del uso de los medios digitales se utilizó el término de *noticias falsas* a las noticias fabricadas que se generan casi siempre con intención

de manipular a la opinión pública, y que se difunden rápidamente porque los usuarios no verifican la fuente y comparten la noticia (Muñoz, 2020:); “una de las consecuencias más directas de esas noticias es la manipulación” (Ramón, 2002:255), lo que se agrava en el caso de información sobre un tema de salud, en donde se puede derivar en comportamientos y toma de decisiones que pueden traer consigo resultados fatales.

Aquí es importante mencionar que, si bien los medios de comunicación deben ser plurales y dar acceso a los diversos puntos de vista, también tienen que ser acordes con los principios que establece la teoría de la responsabilidad social, la cual, entre otros aspectos, señala que los medios de comunicación deben tener un nivel alto de veracidad, exactitud, objetividad y equilibrio (McQuail, 1998). Sin embargo, como ya se mencionó, hay diferentes elementos que intervienen en la elaboración de una noticia, pues, además del contexto y de la interpretación del periodista, debe añadirse el ámbito de la organización para la cual labora. Esto es, hay una especie de *gatekeeper* o filtros de diversa naturaleza que condicionan el que una noticia sea seleccionada y con un tratamiento específico.

En este sentido, cuando se hace referencia a noticias falsas se alude al contexto periodístico, en donde se selecciona cada noticia y se reinterpreta, según los objetivos de la organización noticiosa y del periodista que la elabora.

Por su parte la información que circula a través de redes sociales, redes sociodigitales o redes sociales en línea no necesariamente se desprende de una actividad periodística, sino que la mayor de las veces es la audiencia o el público en general quien lleva a cabo los mensajes. Cuando se trata de medios no periodísticos se debería referir a información falsa y no a noticias falsas. Esta distinción no suele llevarse a cabo y por lo general se alude al término de noticias falsas.

En estos medios “existe un riesgo potencial por generar noticias que no tienen un compromiso ético con realizar narrativas con veracidad y objetividad, sino a intereses de grupos” (Monge, 2022: 157). En este tenor resulta interesante observar lo que ocurre en cuanto a grupos como los llamados anti-vacunas y la información falsa en redes sociodigitales.

Mensajes antivacunas. Navegar entre información falsa y burbujas de filtro

Se ha visto que los puntos de vista a favor o en contra de una vacuna se transmiten de manera intencional para persuadir a otras personas a que adopten una opinión. A la vez, cada opinión de cada persona se modifica conforme actualiza las ideas que obtiene mediante las interacciones con otros, aunque se conoce que hay individuos que contrastan la información y hay quienes se dirigen por lo que les parece más convincente sin complementar ni comparar para la toma de decisión (Prieto: 2021). Este grupo de personas es quizá la más vulnerable en cuanto a tomar por cierta una información falsa.

Detrás de las ideas antivacunas pueden existir factores religiosos, políticos o temores sobre la seguridad de las mismas. Si bien el origen y motivos de los mensajes falsos no son muy claros, es común que se genere pánico en quienes los leen y se aliente a compartir la noticia con familiares y amigos. De acuerdo con Prieto (2021), se piensa que una de las razones por las que se comparten estas “noticias” es debido a la intención de ser solidarios con los demás y ponerlos al tanto del peligro, sin importar si la información es o no falsa, es decir, sin previa verificación.

Los mensajes en contra de la vacunación no surgieron a partir de la pandemia por COVID-19; ya durante agosto de 2019 la Organización Mundial de la Salud (OMS) informaba sobre la aparición del sarampión en Europa, entre ellos en Reino Unido, por lo que es uno de los países que no ha erradicado esta enfermedad.¹ En ese mismo año, el primer ministro británico, Boris Johnson, aseveró que la cobertura de vacunación se había reducido debido a los mensajes de los grupos antivacunas.

Cierto es que los mensajes antivacunas que se publicaron en redes sociales durante los primeros meses de la pandemia favorecieron la difusión de los argumentos que están en contra de la vacunación. Sin embargo, existen diferencias entre países en cuanto a la respuesta de la población frente a la

1 Para la OMS una enfermedad está erradicada cuando no hay transmisión continua durante 12 meses en una zona geográfica particular.

aceptación de las vacunas, es decir, no se incide de manera directa en la toma de decisión de las personas, sino que influyen otros factores.

Por ejemplo, en México, en una encuesta realizada en julio de 2021 por Consulta Mitofsky, titulada *El coronavirus en México*, se reveló que solamente el 7.2% de los encuestados son antivacunas y que el 92% de los participantes en la encuesta ya se había vacunado. En la encuesta de mayo de 2022 una mayoría declaró que ya cuenta con al menos una dosis de vacuna contra la COVID-19, de tal forma que los grupos antivacunas en México representan una minoría. Entre los que aparecieron desde el inicio de la pandemia se encuentran *Mexicanos por la verdad* y *Abogados por la verdad México*, que han difundido sus mensajes en diferentes redes sociales, como el siguiente:

“... Y llegaron a decir en todos los medios vacúnate, vacúnate, vacúnate, cuando es un arma letal para la humanidad y lo vamos a ver... cuando sucedan los cambios que se están esperando a través de las antenas 5G...”

EN REDES COMO FACEBOOK CIRCULA INFORMACIÓN COMO LA QUE SE OBSERVA:



Fuente: Abogados por la verdad México (2022), Uso de mascarilla.

Estos mensajes pretenden causar impacto en diferentes formas, por lo que quienes los generan toman en cuenta elementos que llaman la atención en

las búsquedas. A través de estudios sobre el comportamiento de búsqueda de información, se conoce que los usuarios siguen cierto orden de patrones para la evaluación de las fuentes de información en internet, y que en primer lugar consideran al autor del mensaje, luego a la institución, el tipo de documento (si cuenta con imágenes, solo texto, video, etcétera) y finalmente al contenido.

Esto puede explicar por qué es tan relevante para el lector un contenido generado por alguna celebridad. También se ha encontrado que las imágenes y videos representan evidencias para considerar que el mensaje es cierto, tal como se pudo observar en un estudio sobre comportamiento en búsqueda de información, en donde los videos de niños sanos que supuestamente no estaban vacunados generaron confianza entre los lectores (Ma, 2017).

La utilización de la inteligencia artificial para la manipulación de imágenes hace todavía más complicada la verificación de la información digital, por lo que en medios como Tik Tok o YouTube Shorts se da una creciente desinformación.

Los videos engañosos suelen crearse de manera intencional para incorporar contenido que logre el resultado esperado entre la audiencia de la red social. Por ejemplo, en un estudio realizado en Estados Unidos y publicado en 2021 en la IEEE International Conference on Big Data se analizaron imágenes de TikTok con contenidos antivacunas. Entre otros, se identificó un video de un hombre con una banda magnética en el brazo y un título sobrepuesto que decía: “Y me dices que la vacuna no es más que una simple toma”, con lo que se hace creer que una vacuna puede hacer que nuestro cuerpo sea magnético. En la misma investigación se desarrolló un módulo de inteligencia artificial que logró identificar las fusiones de sonido, imágenes y texto que se llevaron a cabo para producir dicho video.

Por lo corto de los videos que circulan en Tik Tok es complicado identificar información errónea sin el uso de tecnologías, por lo que la difusión de información falsa sobre COVID-19 se ha vuelto un tema crítico desde los inicios de la pandemia, aunque se están llevando a cabo una serie de esfuerzos para contrarrestarla (Shang, 2021). Ante la diversidad y cantidad de información que circula en internet, se nota una tendencia a la utilización de la inteligencia artificial para reducir el tiempo y esfuerzo, por lo que el uso del

aprendizaje automático, la minería de datos y el procesamiento del lenguaje natural se notan como herramientas de gran ayuda para la identificación de noticias falsas (Wan, 2021) en el futuro.

Si bien la información contra las vacunas ha crecido en Tik Tok, se ha podido detectar que la mayoría de contenidos erróneos se difunden en Twitter y en segundo lugar en Facebook (Hoffman, 2019). Pese a la información falsa que circula en contra de las vacunas, es grato notar que hay un alto porcentaje de mexicanos que confía en la vacunación; así lo demuestra el 43.8% que arroja la *Encuesta Nacional Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19* antes mencionada, en cuyos datos se tiene que más de la mitad de los encuestados (59.7%) opina que la vacuna para COVID-19 debe ser obligatoria.

Al navegar entre la información disponible en medios digitales, el usuario se enfrenta a otros fenómenos que se dan tras el uso de las tecnologías, tal es el caso de las burbujas de filtro, que son aquellos resultados de búsqueda que arrojan los algoritmos a partir de preferencias de búsquedas anteriores o de reacciones de “me gusta” y “compartir” en redes como Facebook. Estos filtros limitan el acceso y dirigen hacia recursos relacionados por dichas preferencias y no al universo de los contenidos.

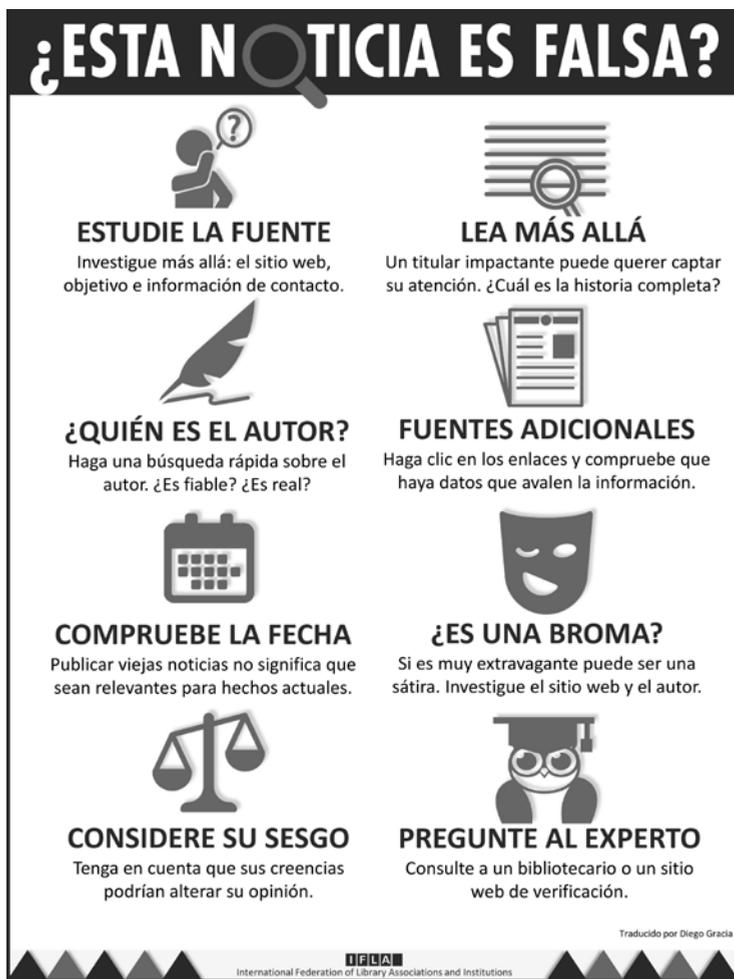
En un estudio sobre los resultados que arrojó Facebook en un grupo de usuarios, se notó que muy pocas páginas se denominan abiertamente antivacunas, pero desatan interés por los textos que aluden a temas sobre COVID-19. Las mujeres que son madres son las que más visitan estas páginas, seguramente guiadas por la preocupación sobre la salud de su familia. Se notó también que estas noticias son más fáciles de transmitir entre grupos de Facebook que entre usuarios individuales y que la actividad entre grupos atrapa en una burbuja a los individuos, impidiéndole ver otro tipo de información, a fin de reforzar la práctica contra la vacunación (Bogle, 2018).

Importancia de la alfabetización informativa para identificar información falsa

La identificación de información falsa se logra mediante la contrastación de información o la verificación de su origen. IFLA señala que el pensamiento

crítico es una actividad clave para no aceptar noticias falsas y que para poder desarrollarlo se debe educar.

Un elemento importante para no caer en engaños causados por información falsa es la verificación. La *International Federation of Library Associations and Institutions* (IFLA, 2017) estableció una serie de recomendaciones sobre cómo detectar noticias falsas, que se pueden observar en la siguiente infografía:



Fuente: ¿Esta noticia es falsa? IFLA(2017).

Ante este escenario se suele suponer que los jóvenes son más propensos a aceptar las noticias falsas, sin embargo, se ha comprobado que los jóvenes cuentan con mejores capacidades para identificar y verificar estos mensajes erróneos. A través de una encuesta realizada a estudiantes universitarios de Argentina (Tarullo, 2021) se pudo conocer que utilizan Instagram de forma intensiva para conocer información sobre COVID-19, pero que esta población cuenta con capacidades suficientes para identificar noticias falsas sobre el virus. Si bien los medios sociales son los más utilizados como fuentes de información sobre el tema, se arrojaron los siguientes datos:

- Poco más de la mitad se dedica a leer noticias (51%).
- Otros, además de leer, comparten las noticias (36.1%).
- Un bajo porcentaje comenta las noticias (10.9%).
- Un 34% revisa otras fuentes de información.
- 43% afirmó que Instagram le genera poca o nula confianza.
- Un 76.5% afirmó que el medio que menos confianza le genera es WhatsApp.
- Los portales digitales de noticias son los medios en los que más confían los estudiantes y les siguen los medios tradicionales, como noticieros de televisión, radio, periódicos impresos.
- En general, tanto medios tradicionales como digitales les generó más desconfianza que confianza.

En este escenario es necesario impulsar el desarrollo de habilidades adecuadas para el uso de la información digital, es decir, trabajar para que la población cuente con una alfabetización informativa que oriente hacia la identificación de información digital de calidad y el uso de fuentes confiables en internet.

La alfabetización informativa se entiende como la “acción educativa sistematizada destinada a proveer a los sujetos de un conjunto de habilidades, procesos de pensamiento, como el pensamiento crítico, y actitudes que le permitan acceder, evaluar y usar efectivamente la información para cubrir una necesidad dada” (Hernández, 2012:32). Para lograr que en nuestro país

se tenga una alfabetización informativa se requiere del diseño de una política nacional que dirija hacia la creación de programas sobre el desarrollo de habilidades en el terreno de la información, tal y como lo afirma Sánchez (Sánchez, 2012:55). Éste es un reto a largo plazo que sin duda plantea varios desafíos. Junto con éste, la brecha digital es otro un problema por afrontar.

BRECHA DIGITAL Y SU REPERCUSIÓN DURANTE EL CONFINAMIENTO

En el texto de Rodríguez (2006:21-22) se menciona que la brecha digital es:

La diferencia que existe entre individuos y sociedades que tienen acceso a los recursos tecnológicos de cómputo, telecomunicaciones e internet... una diferencia más amplia es la que enfatiza el acceso a la información como elemento relevante y no tanto el acceso a la tecnología. Este enfoque resulta más significativo, pues le da un sentido más amplio al uso de la tecnología, con un propósito determinado, y no el uso de la tecnología en sí mismo.

Según Gómez (2018) pueden identificar tres niveles de brecha digital:

1. De acceso
2. De uso
3. De apropiación de las TIC

A su vez, la brecha digital de acceso se observa como un nivel en diversas fases, entre las que figuran:

- El acceso motivacional, que se refiere al interés que se tiene en cuanto al uso de la tecnología.
- El acceso físico a las tecnologías. Con relación a este acceso, muchas veces se tiene la falsa idea de que al disponer de los artefactos tecnológicos se supera la brecha digital. En este sentido se tiende a dotar de herramientas tecnológicas, pero sin dar acceso a contenidos.

La pandemia por COVID-19 provocó un aumento muy alto en el trabajo a distancia en todo el mundo, y esto da pauta para una nueva división entre los que pueden desempeñarlo desde casa y los que no.

Las cifras muestran que hasta la llegada de la crisis sanitaria por la COVID-19, solo una de cada veinte personas empleadas en la Unión Europea solía trabajar desde su casa y con la aparición de la pandemia de COVID-19 y las medidas de confinamiento implementadas para frenar la propagación del virus transformaron de forma inesperada la situación, ya que durante el primer semestre de 2020 se comenzó a trabajar desde casa en casi todo el mundo.

Sin embargo, el trabajo a distancia no fue posible para todos, en parte por las diferentes actividades productivas que requerían continuar en presencial y en otra por la carencia de acceso a los recursos tecnológicos necesarios. Es así que la brecha digital se hizo más evidente durante el confinamiento.

A escala global, la evolución y despliegue de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) ha sido acelerada, no solo en su grado de penetración y alcance económico, sino en el ámbito social, logrando ser un núcleo de transformación (Gómez Navarro, et. al. 2018: 50). Sin embargo, apropiarse de las TIC para la obtención de beneficios no ha sido un proceso uniforme para todos los grupos sociales.

De acuerdo con la Asociación Latinoamericana de Integración (2003:13), existe una distancia “tecnológica” entre individuos, familias, empresas y áreas geográficas en sus oportunidades en el acceso a la información y a las tecnologías de la comunicación y en el uso de internet para un amplio rango de actividades.

Por tales razones es que la brecha es descrita como un factor que dirige hacia la segmentación entre los denominados:

Inferricos e infopobres, y que puede ser analizada tanto atendiendo a las asimetrías de conectividad que se observan entre las distintas regiones del mundo (por ejemplo, países desarrollados vs en vías de desarrollo), como contemplando las diferencias en el acceso a las nuevas TIC que tienen lugar

dentro de los países (segmentaciones de acuerdo al estrato socioeconómico, la etnia, el género, la pertenencia ecológica, la edad, etc.) (Villatoro y Silva, 2005: 11).

Bajo este enfoque, Barrantes (2009: 5) menciona que “el pobre digital es uno que carece, sea por falta de acceso –consideración de oferta— o sea por falta de conocimiento de cómo se utiliza o sea por falta de ingresos –consideraciones de demanda-”.

De acuerdo con Pasjalidis (2020), el proceso de digitalización de la sociedad que pudo tomar tres años (1,095 días) para alcanzar el actual nivel se aceleró y se implementó en 40 días. Dado tal proceso de aceleración: “La crisis del COVID-19 también pone de manifiesto que la brecha digital en América Latina es un tema urgente, pues quienes permanezcan al margen de estas herramientas posiblemente se verán más afectados por las consecuencias sanitarias, económicas y sociales de la crisis, lo cual acrecentará las desigualdades socioeconómicas” (CEPAL, 2020: 34).

Durante la pandemia por COVID-19 se observó una brecha digital en nuestro país bajo diferentes aspectos, como los siguientes:

Acceso a internet

De acuerdo con la Encuesta Nacional sobre Disponibilidad y Uso de Tecnologías de la Información en los Hogares (ENDUTIH, 2020), en México, el 78.3% de la población urbana es usuaria de internet, mientras que en la zona rural la población usuaria se ubica en 50.4%. También se estima que en 2020 hay 84.1 millones de usuarios de internet, que representan 72.0% de la población de seis años o más.

Otro dato es que, en 2019, el 95.3% de los usuarios de internet se conectaron a través de un celular inteligente (smartphone); para 2020, este porcentaje incrementó a 96.0%, mientras aquellos que lo hicieron por medio de una computadora portátil fueron 41.0% en 2019 y 33.7% en 2020.

E-Gobierno

Con un gobierno digital y mayor cantidad de trámites electrónicos la ciudadanía habría estado mejor preparada para afrontar la pandemia.

Con respecto al e-Gobierno falta una inclusión de la ciudadanía a estos servicios, además de que finalmente muchos de los trámites tuvieron que realizarse en presencial, dada la falta de un tratamiento previo a la pandemia que permitiera contar con acceso a plataformas digitales (Carrera, 2021). También hubo una carencia de recopilación y procesamientos de datos, lo que limitó en toma de decisiones basadas en datos confiables y disponibles en tiempo real. Puede afirmarse que la brecha digital de la administración pública es amplia y que requiere implementar procesos automatizados a diferentes niveles que permitan el acceso a la información digital, así como el manejo de grandes cúmulos de datos, respetando las normativas nacionales que existen en esta materia. Junto con la implementación de herramientas digitales para los procesos administrativos y de servicio, es necesario capacitar al personal para que cuente con las habilidades digitales necesarias para llevar a cabo sus funciones (Juárez, 2021).

A través del e-Gobierno también se deben ofrecer al ciudadano herramientas para mejorar su salud, entre ellas una información diseñada para diferentes capacidades, así como medios para el apoyo a las decisiones de salud y al seguimiento de enfermedades.

Uno de los elementos que más se requieren para la incorporación a las actividades a distancia es el acceso a una adecuada infraestructura de información. Quienes no tengan ese acceso no podrán participar de los beneficios de los servicios digitales, en detrimento de su calidad de vida y de su desarrollo.

INFRAESTRUCTURAS DE INFORMACIÓN PARA ACORTAR LA BRECHA

El concepto de *infraestructura de la información* se utiliza generalmente para referirse a premisas estructurales que sustentan diferentes tipos de actividades y procesos. También se les nombra *infraestructuras de conocimiento* y se usa

para referirse a bases compartidas, en evolución, abiertas, estandarizadas y heterogéneas, que permiten, facilitan y dan forma a nuestro entorno y forman un sustrato invisible para las actividades (Isto, 2019). La noción de *infraestructura de la información* incluye además del internet, redes de banda ancha, sistemas de información, entre otros recursos.

Las *infraestructuras de información* a gran escala (o *ciberinfraestructura*) se pueden dirigir tanto a la docencia como al apoyo de las labores de investigación a través de una amplia gama de servicios y recursos digitales comunes (laboratorios, depósitos de datos, desarrollo de mejores prácticas y estándares, herramientas de visualización, etc.) (Bowker, *et al.*, 2010).

Las inversiones en equipos interdisciplinarios y profesionales de infraestructura cibernética con experiencia en desarrollo de algoritmos, operaciones de sistemas y desarrollo de aplicaciones son esenciales para explotar todo el poder de la infraestructura cibernética para crear, difundir y preservar datos, información y conocimientos científicos.

Una infraestructura de investigación debe estar compuesta por un conjunto de actividades distribuidas: técnicas, sociales e institucionales, e indiscutiblemente de sistemas de información que ofrezcan documentos. Entre los componentes de una infraestructura de información están los siguientes:

Biblioteca digital

La biblioteca digital (BD) plenamente desarrollada es una colección organizada, con servicios asociados, en la que la información está almacenada en formato digital y accesible en un sistema de información virtual.

La BD consta de tres componentes básicos:

1. Tecnologías de la información y la comunicación necesarias para la BD
2. Contenidos digitales organizados
3. Servicios digitales de información

Cada una de estas partes tendrá características propias del momento tecnológico actual, pues no hay que olvidar que la biblioteca en el medio digital experimenta cambios provocados por los vertiginosos avances en las tecnologías de la información y de la comunicación. Esto provoca que nos movamos constantemente de una imagen de biblioteca a otra, o que el modelo prevaleciente sea modificado debido a las características de las nuevas herramientas.

Entorno Virtual de Investigación (EVI)

Un Entorno Virtual de Investigación se define como una plataforma que permite que varios investigadores en diferentes ubicaciones trabajen juntos a distancia. En términos de contenido, los entornos virtuales de investigación potencialmente respaldan todo el proceso de investigación, desde la recopilación, la discusión y el procesamiento posterior de los datos hasta la publicación de los resultados. Desde una perspectiva tecnológica, los entornos virtuales se basan principalmente en servicios de información y herramientas tecnológicas que permiten el acceso a recursos de investigación como los datos, herramientas de análisis y procesamiento, así como instrumentación y servicios científicos.

La construcción de un EVI requiere una estrecha cooperación entre los investigadores y las instituciones de infraestructura de información (por ejemplo, centros de datos, bibliotecas, etc.). No es necesario que la infraestructura sea operada por la institución de origen, pero se necesita de elementos que deben plantearse desde el inicio:

- a. Marcos nacionales e internacionales interdisciplinarios y/o específicos del tema y oportunidades de colaboración que existen (por ejemplo, proyectos nacionales e internacionales).
- b. Estándares, procesos, flujos de trabajo, políticas, roles y responsabilidades acuerdan los participantes del EVI.

Repositorio institucional

Lynch (2003) define al repositorio institucional como un conjunto de servicios que una universidad ofrece a los miembros de su comunidad para la gestión y difusión de materiales digitales.

Los repositorios institucionales desempeñan un papel fundamental en la preservación y acceso al capital intelectual de la institución y tienen la posibilidad de formar parte de un sistema global de repositorios distribuidos e interoperables que den la base para un nuevo modelo desagregado de publicaciones académicas (Johanson, 2002). Los repositorios institucionales se relacionan con el acceso abierto a las publicaciones.

Si bien es cierto que la carencia de herramientas tecnológicas es parte de la brecha digital, también existe brecha cuando no hay contenidos digitales de calidad de los que se pueda disponer para su uso y consulta, por lo que tanto infraestructura como contenidos son dos elementos indisolubles para cerrar la brecha digital, obviamente en conjunto con el desarrollo de habilidades para el uso de la información.

En cuanto a los contenidos, el tema del Acceso Abierto toma relevancia.

EL ACCESO ABIERTO A CONTENIDOS DIGITALES EN TIEMPO DE PANDEMIA

En la Iniciativa de Acceso Abierto de Budapest (2002) se señala lo siguiente:

Por “acceso abierto” [a la literatura científica revisada por pares] nos referimos a su disponibilidad gratuita en la internet pública, que permite a cualquier usuario leer, descargar, copiar, distribuir, imprimir, buscar o añadir un enlace al texto completo de esos artículos, rastrearlos para su indización, incorporarlos como datos en un software, o utilizarlos para cualquier otro propósito que sea legal, sin barreras financieras, legales o técnicas, aparte de las que son inseparables del acceso mismo a la internet. La única limitación

en cuanto a reproducción y distribución, y el único papel del *copyright* (los derechos patrimoniales) en este ámbito, debería ser la de dar a los autores el control sobre la integridad de sus trabajos y el derecho a ser adecuadamente reconocidos y citados.

Este acceso a los contenidos digitales se considera un elemento importante para alcanzar el desarrollo sostenible en América Latina, de acuerdo con las Naciones Unidas.

Durante la pandemia por COVID-19, se hicieron algunos esfuerzos tanto a nivel nacional como internacional para dejar en acceso abierto publicaciones que trataron aspectos sobre el virus, con la intención de que el conocimiento científico se pudiera compartir y colaborar para avanzar en el entendimiento de la enfermedad.

Las siguientes editoriales permitieron el uso de sus documentos en acceso abierto:

ACS Publication (https://pubs.acs.org/page/vi/chemistry_coronavirus_research)

Elsevier (https://www.elsevier.com/connect/coronavirus-information-center?dgcid=_SD_banne)

ITMS Group (http://itmstrial.libsteps.com/itmsdemo2020/index.php/default_search)

Oxford University Press (<https://global.oup.com/about/COVID19?cc=pr>)

Tal es el caso de la Biblioteca Digital de la Universidad Nacional Autónoma de México, el Colegio de México, entre otras.

Las actividades docentes a diferentes niveles, así como las de investigación, requirieron de sustento documental, por lo que los repositorios institucionales y las bibliotecas digitales se revaloraron. Es necesario desarrollar este tipo de sistemas de información para situaciones en donde el trabajo desde casa sea un imperativo.

CONSIDERACIONES FINALES

Durante la pandemia por COVID-19 se hizo uso de la información digital que se tenía a la mano para dar apoyo a las actividades docentes, de investigación y de otras áreas de trabajo.

Los medios digitales que existen ayudaron a difundir y a dar a conocer los aspectos relacionados con el virus. En el caso de los sitios web se notó la falta de estrategias que permitan la creación de contenidos acordes a las necesidades de cada grupo de individuos, ya que cada uno posee requerimientos particulares de información.

También se necesitan estrategias de comunicación que usen lenguaje asequible para el grueso de la población, porque muchos de los sitios con información sobre COVID-19 están dirigidos a especialistas en el área de salud.

Durante la pandemia también ha circulado gran cantidad de información que no es confiable. En este tenor, las llamadas noticias falsas pueden derivar en casos fatales para quienes siguen los consejos de medios no verificados. Por tanto, se hace necesario que la población conozca cómo identificar información falsa y saber qué estrategias debe seguir para eso.

En el contexto de las redes sociodigitales, es cada vez más compleja la forma de verificar información falsa y en gran parte depende del tipo de información que contenga cada medio.

Ante tal problemática es importante que los individuos cuenten con una alfabetización informativa y conozcan las estrategias que se necesitan para distinguir entre la información falsa y la confiable para comprender, interpretar y analizar los contenidos que leen en medios digitales y sepan tomar decisiones basadas en información de calidad. La información falsa solo se puede combatir con habilidades informativas, y para ello se requieren de políticas públicas a nivel nacional.

La pandemia también nos ha mostrado lo necesario que es hacer frente a la brecha digital y tratar de acortar las distancias entre quienes tienen acceso a tecnologías de la información y a contenidos digitales y quienes carecen de estos recursos. Mientras más amplia sea la distancia entre *infopobres* e *inforri-*

cos, será más complicado llevar a cabo programas para la realización de tareas académicas y trabajo a distancia en circunstancia similares.

Uno de los aspectos que urge impulsar es el desarrollo de infraestructuras nacionales de información, que, además del internet, incluya redes de banda ancha y sistemas de información, como los repositorios institucionales, las bibliotecas digitales y los entornos virtuales de investigación. Los contenidos digitales alojados en estos sistemas serían de gran utilidad, sobre todo los que permitan el acceso abierto a los materiales. En México varias bibliotecas académicas ofrecieron colecciones en acceso abierto sobre temas relativos al COVID-19 en un esfuerzo por acercar a los estudiosos los avances en cuanto al conocimiento del virus, lo cual fue de gran utilidad en la situación de emergencia.

El estudio de la información digital tiene muchas otras aristas que analizar, pero, a grandes rasgos, los aspectos que se han mencionado son algunos de los más urgentes de tomar en cuenta para plantear alternativas y propuestas que ayuden a generar, organizar, diseminar y utilizar la información que se requiere en situaciones como la emergencia sanitaria por COVID-19, que nos mostró cuánto camino hay por recorrer para poder contar con mejores condiciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Abogados por la verdad México. (Abril 19, 2022) [En línea] Disponible en: <<https://www.facebook.com/Abogados-por-la-verdad-M%-C3%A9xico-108882307647578>> (Consulta 10 de junio de 2022).
- ACS Publications. *Chemistry in Coronavirus Research: A Free to Read Collection from the American Chemical Society* [En línea] Disponible en: <https://pubs.acs.org/page/vi/chemistry_coronavirus_research>, (Consulta 10 de junio de 2022).
- Aparici, Roberto. *La construcción de la realidad en los medios de comunicación*. Madrid: UNED, 2010.
- Asociación Latinoamericana de Integración. *La brecha digital y sus repercusiones en los países miembros de la ALADI*. Estudio 157. Rev 1. Disponible en: <https://www.itu.int/net/wsis/newsroom/coverage/publications/docs/aladi_brecha_digital-es.pdf>, 2013.
- Barrantes, Roxana. *Análisis de la demanda por TICs: ¿Qué es y cómo medir la pobreza digital. Pobreza Digital, perspectivas de América Latina y El Caribe*. Perú: Instituto de Estudios Peruanos, 2009.
- Bogle, Ariel. *What anti-vaccination groups tell us about Facebook's filter bubbles*. ABC Science. [En línea] Disponible en: <<http://www.abs.net.au/news/science/2018-01-17/what-anti-vaccination-gropus-reveal-about-facebook-filter-bubble/9324876>>, 2018.
- Boticaria García [En línea]. Disponible en <<https://boticariagarcia.com/>> (Consulta 10 de junio de 2022).
- Bowker, Geoffrey C. et al.. *Toward Information Infrastructure Studies: Ways of Knowing in a Networked Environment*. En *International Handbook of Internet Research*, coordinado por Jeremy Hunsinger, Lisbeth Klastrup y Matthew Allen, 97-117. Australia: Springer, 2021.
- Budapest Open Access Initiative (BOAI). *Diez años desde la Budapest Open Access Initiative: hacia lo abierto por defecto*. [En línea] Disponible en: <https://www.budapestopenaccessinitiative.org/boai-10-translations/spanish> (Consulta 10 de junio de 2022).

- Calva González, Juan José. *El comportamiento informativo de los usuarios de la información ante las pandemias: COVID-19*. En *La pandemia por COVID-19: un acercamiento desde la bibliotecología y los estudios de la información* / coordinado por Georgina Araceli Torres Vargas, 177 – 205. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información, 2021. Carrera Mora, Oscar, et al.. *E-gobierno local en México en tiempos de COVID-19*. *Revista Venezolana de Gerencia* 26 (94): 678-695, 2021. Chacón Gutiérrez, Inmaculada. *La fiabilidad del proceso documental del discurso periodístico, como fuente de información: análisis, método y valoración*. Tesis de doctorado en periodismo. España: Universidad Complutense de Madrid, 2002 Elsevier. Novel Coronavirus Information Center. [En línea] Disponible en: https://www.elsevier.com/connect/coronavirus-information-center?dgcid=_SD_banne (Consulta 5 de junio de 2022).
- Encuesta Nacional sobre Disponibilidad y Uso de Tecnologías de la Información en los Hogares (ENDUTIH)* (2020). [En línea] Disponible en: https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2021/OtrTemEcon/ENDUTIH_2020.pdf
- Fishman, Mark. *La fabricación de la noticia*. Buenos Aires: Ediciones Tres Tiempos, 1983 Gómez Navarro, Dulce Angélica. *La brecha digital: una revisión conceptual y aportaciones metodológicas para su estudio en México*. *Entre ciencias: diálogos en la sociedad del conocimiento* 6(16): 49-72, 2018.
- Health on the net. *Guidelines for the certification of health websites, the HON-code* [En línea]. Disponible en <https://www.hon.ch/en/> (Consulta 10 de febrero de 2022), 2020. Hernández Salazar, Patricia. *Contexto teórico de la alfabetización informativa*. En *Tendencias de la Alfabetización Informativa en Iberoamérica*, coordinado por Patricia Hernández Salazar. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2012. Hoffman, Beth L. et al.. *It's not all about autism: the emerging landscape of anti-vaccination sentiment on Facebook*. *Vaccine* 37 (16): 2216-2223. – (2019). – p. 2217, 2019. IFLA. *Cómo identificar noticias falsas* [En línea]. Disponible en <https://repository.ifla.org/handle/123456789/195> > (Con-

- sulta 10 de junio de 2022), 2017. Isto, Huvila. *Learning to Work between Information Infrastructures*. *Information Research*, 24 (2): 1–26, 2019
- Johnson, R.K. “Institutional repositories: partnering with faculty to enhance scholarly communication”. *D-Lib magazine*, 8(11). Disponible en: <<http://www.dlib.org/dlib/november02/johnson/11johnson.html>>, 2002.
- Juárez Mojica, Javier. *Un gobierno digital para la nueva normalidad*. [En línea] Disponible en: < <https://u-gob.com/un-gobierno-digital-para-la-nueva-normalidad/> > (Consulta 10 de junio de 2022), 2021.
- Lynch, Clifford A. *Institutional repositories: Essential infrastructure for scholarship in the digital age*. *Portal: Libraries and the Academy*, 3(2): 327–336. doi:10.1353/pla.2003.0039, 2003.
- McQuail, Dennis. *La acción de los medios: los medios de comunicación y el interés público*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- Martín Jiménez, María del Carmen. *Influencia de internet en el mundo de la salud*. *Ocronos* 3 (8): 266, 2020.
- Ma, Jinxuan. *A multimodal critical discourse analysis of anti-vaccination information on Facebook*. *Library and Information Science Research* 39: 303-310, 2017.
- Mitofsky. *Fin de la pandemia COVID-19, encuesta 117 en México* [En línea]. Disponible en: <<http://www.consulta.mx/index.php/encuestas-e-investigaciones/item/1510-finpandemia22>> (Consulta 10 de febrero de 2022), 2022.
- Monge Olivarría, Christian Heriberto. *La mediación algorítmica en construcción de la opinión pública en las redes sociodigitales en el marco de la comunicación política*. *Sintaxis* 4 (8):155-169, 2022
- Muñoz Machado Cañas, Julia. *Confianza y configuración de la opinión pública en os tiempos de Internet*. En *El cronista del Estado Social y Democrático de Derecho* (86-87): 122-138, 2020, OECD, et al.. *Perspectivas Económicas de América Latina 2020: transformación digital para una mejor reconstrucción*. París: OECD, 2020
- Organización Mundial de la Salud (OMS). *Primera conferencia de la OMS sobre infodemiología* [En línea]. Disponible en <<https://www.who.int/es/news/detail/2020/06/30/default-calendar/1st-who-infodemiology-conference> > (Consulta 10 de febrero de 2022), 2020.
- Oxford University Press. *Coronavirus*. [En línea]. Disponible en < <https://global.oup.com/about/COVID19?cc=pr> > (Consulta 10 de febrero de 2022).

- Pasjalidis, Diego. *La transformación digital se aceleró 27 veces* [En línea] Disponible en: <<https://www.linkedin.com/pulse/el-d%C3%ADa-del-trabajador-2020-cuando-la-transformaci%C3%B3n-se-pasjalidis/?originalSubdomain=es>>, 2020.
- Prieto Curiel, Rafael y Humberto González Ramírez. *Vaccination strategies against COVID-19 and the diffusion of anti-vaccination views*. *Scientific reports* 11: 1-13. <<https://doi.org/10.1038/s41598-021-85555-1>>, 2021.
- Ramón Fernández, Francisca. *Comunicación y noticias falsas en relación al COVID-19: algunas reflexiones sobre la información, la desinformación y propuestas de mejora*. *Revista Española de Comunicación en Salud Sup.* 1: 253-264.
- Rodríguez Gallardo, Adolfo. *La brecha digital y sus determinantes*. México: UNAM, CUIB, 2006. Sagredo Fernández, Félix e Izquierdo Arroyo, José María. *Concepción lógico-lingüística de la documentación*. Madrid : IBERCOM, 1983. Sánchez Vanderkast, Egbert. *Las políticas de información en el marco de los estudios sobre la alfabetización informativa*. En *Tendencias de la Alfabetización Informativa en Iberoamérica*, coordinado por Patricia Hernández Salazar. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2012. Shang, Lanyu, et al.. *A multimodal misinformation detector for COVID-19 short videos on Tik Tok*. *IEEE International Conference on Big Data (Big Data)*: 899-908. <[10.1109/BigData52589.2021.9671928](https://doi.org/10.1109/BigData52589.2021.9671928)>, 2021.
- Suárez, V., Quezada, M. S., Ruiz, S. O., & De Jesús, E. R. *Epidemiología de COVID-19 en México: del 27 de febrero al 30 de abril de 2020*. *Revista clínica española* 220(8): 463-471, 2020 Tarullo, Raquel. *Ver no siempre es creer: el uso juvenil de Instagram como canal de información y noticias falsas sobre COVID-19*. *Cuadernos del Centro de Estudios de Diseño y Comunicación* 136: 37-53, 2021.
- Villatoro, P., & Silva, A. *Estrategias, programas y experiencias de superación de la brecha digital y universalización del acceso a las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC)*. *Un panorama regional*. Italia: CEPAL, 2005.
- Vitali Rosati, Marcello. *On editorialization structuring space and authority*

in the digital age. Amsterdam: Institute of network cultures, 2018. Wan, Zhibin y Huatai Xu. *Performance comparison of different machine learning models in detecting fake news*. Tesis de licenciatura Informática. Suecia: Dalarna University, 1992.

Wolton, Dominique. *War game: la información y la guerra*. México: Siglo XXI, 1992.

World Health Organization (WHO). *Youth-centred digital health interventions: a framework for planning, developing and implementing solutions with and for young people*. Geneva: World Health Organization, 2020.

La resignificación de la fiesta religiosa durante la pandemia COVID-19 en los pueblos originarios de la Ciudad de México.

8

María Ana Portal

Departamento de Antropología, UAM-I

INTRODUCCIÓN

La Ciudad de México, metrópoli con más de 20 millones de habitantes, no puede pensarse como una unidad; se caracteriza por su fragmentación. Como todas las metrópolis del mundo, su complejidad y diversidad de formas imposibilita analizarla a partir de un orden único. Es necesario contemplarla desde la pluralidad y la diversidad de los espacios que la constituyen. Dicha fragmentación implica formas diversas de construir y apropiarse el territorio, de habitar en él, de experimentarlo y de regular las prácticas que en él se desarrollan. Es decir, implica una construcción de espacios diversos integrados en forma compleja e incluso contradictoria.

Ángela Giglia y Emilio Duhau (2008) proponen una suerte de tipología de estos fragmentos,¹ en donde muestran seis tipos de “ciudades” que confor-

1 En el libro *Las reglas del desorden*, los autores analizan seis espacios diferenciables que les denominan *ciudades*: *la ciudad del espacio disputado* que corresponde a la ciudad central; *la ciudad de los espacios homogéneos o fraccionamientos*; *la ciudad del espacio colectivizado*, correspondiente a las unidades habitacionales; *la ciudad negociada*, que hace referencia a las colonias populares; *la ciudad ancestral*, para

man la metrópoli y cómo cada una de ellas tiene características propias (tanto físicas como simbólicas), de lo cual se desprende una normatividad o un *orden urbano* específico (implícito o explícito) que deviene en una lógica de apropiación y de uso distinguibles.

Así, los espacios urbanos se distinguen entre sí, no solo por su estructura o por los servicios con los que cuentan –que en muchos casos pueden ser similares–, sino por la forma en que sus habitantes conciben, ordenan y consumen el espacio, lo cual supone un tipo de la vida para sus pobladores.

En este contexto, es pertinente pensar que una situación tan compleja como la pandemia por COVID-19 ha tenido efectos diferenciables en los distintos espacios urbanos.

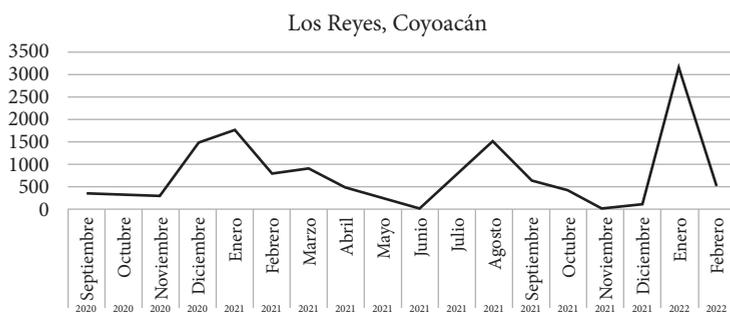
La pandemia, fenómeno complejo de dimensión mundial, a partir del cual se han visto trastocados todos los planos de la vida social, se caracteriza por la imposición de un modelo hegemónico de cuerpo, del esquema salud/enfermedad y de la medicina moderna como paradigma central. Los dictados de la OMS, la ONU y de los sistemas de salud nacionales han recomendado medidas sanitarias específicas y homogéneas (uso de mascarillas, sana distancia, confinamiento en los hogares, etc.), las cuales deben ser adoptadas en todos los rincones del planeta. Sin embargo, estas determinaciones hegemónicas se asumen de manera diferenciada en función de los contextos socioculturales concretos. Lo anterior me lleva a pensar que estas medidas impactaron, para el caso de la Ciudad de México, también de manera distinguible. No es lo mismo el confinamiento en una zona residencial que en una colonia popular, en una unidad habitacional o en un pueblo originario urbano. No solo hay diferencias obvias en las condiciones físicas y económicas, sino también en las maneras de significar y de apropiarse del espacio público y del privado a partir de la visión de mundo que se tiene y las prácticas culturales que implican.

referirse específicamente a los pueblos originarios, y *la ciudad insular*, referida a los conjuntos cerrados.

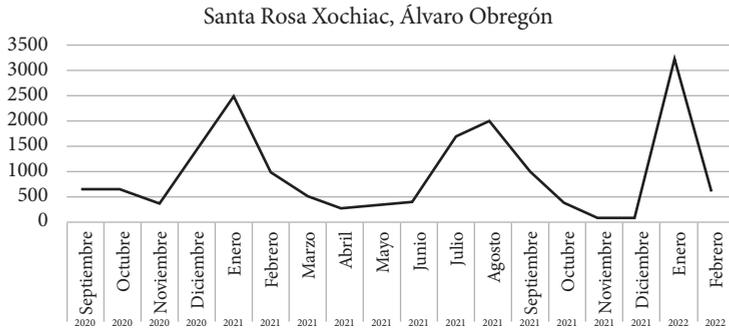
Al revisar la página oficial del gobierno de México *Históricos. Casos COVID-19 por colonias* me pude dar cuenta de que, en efecto, hay un comportamiento distinguible entre los diversos espacios urbanos en relación al número de contagios.

La incidencia en los contagios se puede deber a múltiples factores: el tamaño del lugar, la cantidad de habitantes, su ubicación geográfica, problemas de infraestructura, falta de información oportuna, posturas ideológicas, entre otras; sin embargo, para el caso de los pueblos originarios urbanos hay un elemento adicional que tiene que ver con los procesos festivos y las formas en que se usa de espacio público, como trataré de mostrar más adelante.

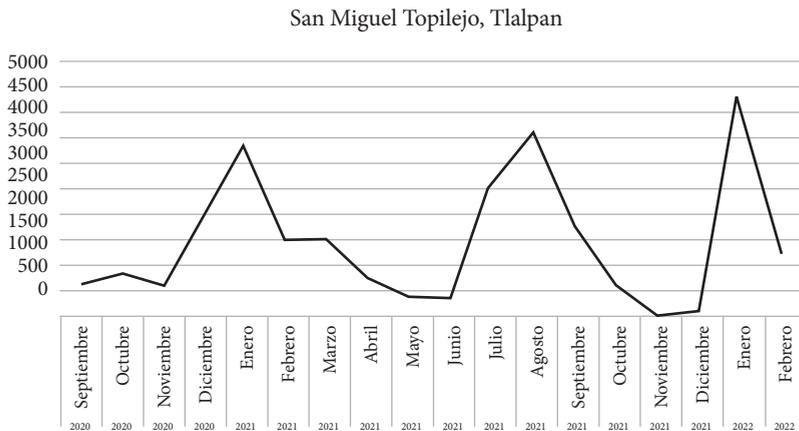
En los siguientes gráficos tomé algunos ejemplos para ver la relación entre fiestas religiosas y “picos” de contagio en la pandemia. Si bien no es una relación absoluta, sí encontramos ciertas tendencias en la relación fiesta religiosa/aumento en el número de contagios en algunos pueblos.



En este pueblo, si bien tienen un calendario festivo muy intenso, las fiestas más importantes se celebran el 6 de enero (Día de Reyes), el 9 de enero (bautizo del niño Dios), Miércoles de Ceniza (generalmente en marzo, pero con fechas cambiantes), Semana Santa (entre marzo y abril). En julio hay tres fiestas importantes: la Ascensión del Señor, la Santísima Trinidad y Corpus Christi. Todos los “picos” de contagio se relacionan con esas fechas.



Aquí las fiestas religiosas más importantes son: la Navidad, la fiesta patronal de la Virgen de Guadalupe (12 de diciembre), la quema del Judas en Semana Santa (fecha variable entre marzo y abril) y la fiesta patronal en honor a Santa Rosa de Lima (30 de agosto).



En este caso, las dos fiestas más importantes se realizan el 29 de septiembre y el 8 de mayo (celebración de San Miguel Arcángel), además de las fiestas decembrinas.

Es importante resaltar que, por un lado, en todos los pueblos hay un conjunto de eventos festivos que se engarzan unos con otros y, como veremos más adelante, se engarzan también entre los diversos pueblos de una región. Asimismo, cada fiesta tiene un proceso de desarrollo que implica un período amplio de tiempo para su preparación (por ejemplo, los mayordomos hacen la recolección de aportaciones en dinero de la comunidad, casa por casa, con muchos meses de antelación); el desarrollo mismo del acto festivo que generalmente dura varios días (hasta semanas), y, finalmente, la conclusión, que también implica rituales de cierre, entrega de cuentas y el nombramiento de los nuevos cargueros. De tal suerte que durante todo el año -aunque haya momentos de actividad más intensos- se están generando acciones festivas y rituales.

En los ejemplos anteriores vemos que, en todos los casos, los niveles más altos de contagio se dieron entre diciembre y enero, cuando se celebran fiestas tan emblemáticas como la de la Virgen de Guadalupe, la Navidad, que incluye el arrullo del niño Dios, las posadas y el Día de Reyes, además de ciertas concordancias con las fiestas patronales.

Otro aspecto que hay que tomar en cuenta, y que inside en esta contabilidad, es el estadio en el que se encontraba la pandemia. Durante el 2020, cuando no se tenía claridad en la información sobre las formas de contagio y se debatían las medidas a tomar, en muchos casos las fiestas se realizaron. Fue hasta diciembre de ese año que la Iglesia Católica oficialmente suspendió la fiesta de la Virgen de Guadalupe en la Basílica de la Ciudad de México.² Es diferente a lo que sucedió en los meses subsecuentes, cuando ya hubo una prohibición oficial, con sanciones específicas si no se cumplían las reglas. Sin embargo, llama la atención que en los meses de diciembre de 2021 y enero de 2022 (cuando ya las medidas se empezaron a distender) fueron cuando se registraron los mayores contagios.

2 Véanse las noticias al respecto: <https://www.dw.com/es/pandemia-arruina-la-principal-fieta-religiosa-de-m%C3%A9xico/a-55343135>; <https://www.jornada.com.mx/notas/2021/01/28/capital/cancelan-fiestas-tradicionales-en-xochimilco-por-pandemia/>

El impacto económico, social, sanitario y afectivo³ frente a la pandemia ha empezado a ser analizado.⁴ Sin embargo, las prácticas culturales de los pueblos no se han explorado de manera sistemática. De allí que el interés de este trabajo es analizar algunos de los efectos en el plano cultural e identitario que ha tenido la pandemia por COVID-19 al interior de los pueblos originarios urbanos de la Ciudad de México, los cuales -dadas sus características socioculturales y territoriales- se distinguen de otros lugares; en particular por el uso intensivo del espacio público asociado a la vigorosa religiosidad popular que los caracteriza. En ellos encontramos que la relación entre lo público/lo privado está atravesada por un potente sistema festivo, en donde el santo patrón se constituye en el eje de la organización cívico-religiosa. A través de ello se crea un sentido de pertenencia y de comunidad articulado a la idea de *ser pueblo*.

Retomando las reflexiones de José Ignacio Homobono Martínez (2004), coincidimos en que la fiesta es:

...Un hecho social total, en términos de Mauss; una celebración cíclica y repetitiva, de expresión ritual y vehículo simbólico, que contribuye a significar el tiempo (calendario) y a demarcar el espacio. Se sitúa en oposición al tiempo ordinario y a la vida cotidiana, y establece una relación dialéctica, paradójica y contradictoria entre lo sagrado y lo profano, la ceremonia -religiosa o cívica- y lo lúdico, la celebración y la rutina, las pautas de institucionalización y de espontaneidad, la liturgia y la inversión, la trasgresión y el orden, la estructura y la communitas, las dimensiones de lo público y de lo individual. A través de ella, un agregado social entra en contacto con las fuentes últimas de su identidad y reconstruye la experiencia de comunidad imaginada, mediante la actuación de grupos específicos como agentes del ritual festivo. Evidenciando y exaltando identidades y religa-

3 Véase, por ejemplo, los trabajos de Páez, 2022; Novak y Castillo, 2021; Rossi 2020, entre otros.

4 Es importante resaltar que estamos todavía en pandemia, y que es difícil analizar un fenómeno que aún no concluye. Tal vez de allí que su análisis todavía no cuente con abundante bibliografía.

ciones, contribuye a la toma de conciencia y a la creación de identidad colectiva (Homobono Martínez, 2004, 34).

Para este trabajo me pregunto: ¿Qué impacto tuvo la pandemia por COVID-19 ante la prohibición explícita de la realización de las fiestas religiosas en los pueblos originarios de la Ciudad de México? ¿De qué manera la suspensión de las festividades religiosas afectó la dinámica social de estas comunidades? ¿Qué mecanismos de resiliencia se han generado para sortear este fenómeno?

Para analizar estas cuestiones he dividido el trabajo en tres partes: la primera busca contextualizar la importancia de los pueblos originarios urbanos y sus prácticas festivas para ubicar después dos aspectos que considero centrales para comprender el impacto del COVID-19 en ellos: la manera en que conciben y usan el tiempo/espacio, y la cualidad regional de las fiestas patronales. Concluyo con algunas ideas -a manera de reflexión preliminar- sobre lo que se llevó y lo que dejó la pandemia en estos espacios.

LOS PUEBLOS ORIGINARIOS URBANOS Y SUS FIESTAS RELIGIOSAS

Los pueblos originarios urbanos juegan un papel primordial en la estructura histórica de la ciudad y se encuentran distribuidos en todas las alcaldías de la urbe. Aunque el número exacto no está claramente definido -pues depende de los criterios para delimitarlos y los intereses de los organismos que los cuentan-, sabemos que existen más de 130 pueblos considerados originarios en la ciudad. Muchos de ellos se ubican en sus márgenes -particularmente en el sur y surponiente-, en donde se encuentra una zona de conservación ecológica⁵ fundamental para la sustentabilidad de la urbe, manteniendo un papel

5 Recordemos que el 59% del suelo de la Ciudad de México es de conservación, y que se ubica principalmente en el surponiente de la misma. De allí la importancia de la lucha de los pueblos que están asentados en estas áreas boscosas, atravesadas por ríos y manatales, cuya preservación, en última instancia, representa un pilar de la vida misma de la urbe.

activo en la defensa y preservación de los recursos naturales, particularmente en relación a la conservación de los bosques y el derecho al agua.

Sin embargo, es importante enfatizar que la ubicación geográfica de algunos de los pueblos en estos márgenes no significa que estén desarticulados de las dinámicas de la ciudad. Por el contrario, están integrados a partir de diversos factores: laborales, de interconexiones viales, de la conectividad tecnológica, de la oferta educativa y de diversión, entre otros. En este sentido, no estamos hablando de enclaves cerrados, sino de lugares que mantienen un contacto cotidiano con la ciudad de la que forman parte.

Aproximadamente el 11% de la población que habita en la ciudad se encuentra en los pueblos, los cuales ocupan 148 km² de los 1,461 km² de la superficie total de la capital.⁶

Por las características físicas, geográficas y de equipamiento urbano, éstos pueden pensarse similares a las colonias populares y de autoconstrucción presentes a lo largo y ancho de la ciudad, sin embargo, se distinguen de estos otros asentamientos, ya que tienen características culturales propias que se activan a través del sistema festivo y su organización.

Si comparamos los diferentes pueblos originarios encontramos algunas características que comparten:⁷

Son poblaciones que reconocen su descendencia de pueblos prehispánicos y refundados en el periodo colonial.⁸ Tienen como base social las relaciones de parentesco a partir de un conjunto de familias que se autoidentifican como *originarias*, lo cual se expresa en el predominio de algunos apellidos claramente reconocidos. Poseen un territorio en el que se distinguen espacios de uso comunitario y ritual, con una capilla o iglesia como centro y con un panteón que generalmente ellos administran. Tienen nombres toponímicos en donde se combina el nombre del santo católico con un nombre nahua

6 Información basada en datos del INEGI, obtenida en Mora, (2007:29)

7 Sin embargo, hay que subrayar que también mantienen diferencias importantes dependiendo de elementos históricos, económicos, geográficos y de formas de inserción a la ciudad.

8 Producto de las conragaciones de indios y la transformación demográfica colonial.

-lo que denota una estructura mesoamericana resignificada por la religión católica-, sus territorios pueden estar organizados a partir de *parajes* que conservan nombres nahuas originales. Asimismo, poseen terrenos agrícolas o forestales a partir de tres modalidades de tenencia de la tierra: ejido, propiedad privada y/o comunidad agraria.

Su continuidad cultural está basada en formas de organización comunitaria, vinculadas al sistema festivo que, como señalé antes, tienen como eje un santo patrón, figura que se constituye en el fundamento de la organización social y en un elemento simbólico vital para el sentido de pertenencia de los habitantes. El santo patrón es, en términos de Giménez (1978), no solo el protector de la comunidad, sino el centro en donde convergen todas las relaciones sociales, constituyéndose en el elemento clave de la identidad.

Un aspecto importante de destacar es que el santo patrón es un referente con características únicas y exclusivas a partir de las cuales la comunidad se define a través de él. Es lo que Gimenez puntualiza como “la objetivación emblemática de la colectividad pueblerina (Giménez, 1978, 147). Es el pueblo simbolizado en una imagen. El santo patrón no es entonces una figura inerte labrada en madera; es concebida como parte del sistema de parentesco, pues se le piensa como a un padre o a un abuelo del que todos los originarios descienden y del que dependen para su subsistencia. En este sentido, partimos del plano más primario de identidad a partir de la demarcación de un *adentro/afuera*, que inicia con la delimitación consanguínea de las relaciones de parentesco y que se construye desde la idea del *ser originario*. Desde la perspectiva psicoanalítica, André Green plantea que “... el sujeto solo puede definirse desde la perspectiva psicoanalítica por la relación con sus progenitores” (Green, 1977, 89). Desde la perspectiva social, los grupos también requieren definirse a partir del establecimiento colectivo de un origen parental claro (Portal, 1997). En términos antropológicos, la dimensión étnica de los pueblos se sostiene en la ancestralidad. En el caso de los pueblos originarios urbanos, ésta, estructuralmente, es muy similar a las definiciones de identidad de las comunidades mesoamericanas prehispánicas.

Es a partir de esta idea del santo patrón como ancestro mítico que se teje el *nosotros los originales*, que después se materializa en un conjunto de prác-

ticas que tienen que ver con el territorio y con mecanismos de reproducción de la comunidad.

El sustento de todo este sistema festivo lo da una organización conocida como *sistema de cargos* o *mayordomías*, cuyos miembros no solo se encargan de la continuidad en la celebración de las fiestas religiosas y su financiamiento, sino que, además, dota al pueblo de una normatividad específica.

El sistema festivo religioso⁹ basado en cargos cumple varias funciones: algunas de orden económico, pues la fiesta representa un punto importante en la economía local; también está la dimensión política vinculada a la función de generar liderazgos y reconocimientos; asimismo, es un mecanismo para la construcción de redes de intercambio regional; y de manera central está la dimensión simbólica e identitaria, pues es el medio para refrendar y actualizar la identidad y la pertenencia al pueblo, al mismo tiempo que contribuyen a la continuidad de las tradiciones locales. Es un referente histórico del origen común que implica también una posición diferenciada frente a otros pueblos de la región, favoreciendo la delimitación de fronteras (a partir de un reconocimiento del *afuera* y el *adentro*, de los que son de aquí y los que no lo son).

En este contexto, ocupar un cargo implica una gran responsabilidad, no solo financiera, sino social y política. La investidura de mayordomo (o los cargos equivalentes, dependiendo de cada pueblo)¹⁰ es fundamental, pues implica, por un lado, *representar* al Santo frente a su propio pueblo, pero también de cara a los otros pueblos con los que mantienen relación a través de las llamadas *promesas* o *correspondencias*; por otro, desplegar estrategias organizativas que garanticen el buen desarrollo de la festividad, ya que de

9 Considero que es un sistema festivo, pues articula un conjunto de fiestas religiosas, así como las diversas peregrinaciones y procesiones que se realizan en los pueblos.

10 Es importante subrayar que cada pueblo tiene su propia estructura de cargos. En algunos casos hay mayordomos, en otros aparecen fiscales y mayordomos, o solo fiscales. En algunos más, el sistema se ha transformado y los cargos se denominan *comisiones*. Sin embargo, pese a estas modalidades en los nombres, generalmente tienen las mismas funciones con respecto a la organización de las fiestas, al cuidado de las capillas o iglesias y a su intervención en las mejoras del pueblo.

ello depende el orden social, pero también el orden cósmico. Cada vez que se celebra una fiesta religiosa se marca cíclicamente un nuevo comienzo. Los habitantes de los pueblos contruyen y dan sentido a su relación con lo sobrenatural, conformando un *corpus* de creencias o una visión de mundo particular que dota de un marco ético donde desarrollarse, lo que garantiza la reproducción de la colectividad.

El complejo proceso de autoidentificación y delimitación de fronteras -tanto sobrenaturales como sociales- se incorpora a la memoria colectiva y a la vida cotidiana mediante diversos mecanismos, entre los cuales encontramos los rituales y la tradición oral (Portal 1997, 134).

La estructura del sistema de cargos, aunque tiene formas diferentes en los distintos pueblos, cumple funciones similares y en todos los casos fomenta una importante participación del conjunto de los habitantes. Esta participación amplia de la población se da porque, aunque el que asume un cargo aparentemente lo hace de manera individual (como sujeto), en la práctica no es así, ya que siempre se apoya en su familia para desarrollar el cargo. Paralelamente a ello, el número de cargos puede ser amplio, con tareas distinguibles y específicas, en donde se articulan otras organizaciones del pueblo que participan coadyuvando con las tareas para la preparación de las fiestas. Así, por ejemplo, en pueblos como San Andrés Totoltepec hay tantas mayordomías como elementos de la fiesta que se tienen que cubrir (jaripeo, música, cirios, cuetes, adornos de la iglesia, castillos, etc.). En cada mayordomía participa un número variable de mayordomos (con sus familias), habiendo mayordomías hasta de 50 mayordomos con diferentes responsabilidades.

En todos los casos observamos que, además de estos cargos, hay otras organizaciones que también convocan a apoyar a los mayordomos y fiscales aunque no se encuentren dentro del sistema de cargos como tal. Este tipo de organización comunitaria y parental favorece la participación de un número importante de miembros de una comunidad. Pero no basta con la participación amplia de los habitantes; la eficacia de estos procesos tiene que ver con la repetición cíclica de los rituales y la transmisión de saberes a partir de

prácticas concretas. De allí que, aunque generalmente los pueblos originarios urbanos tienen una fiesta grande (donde se celebra al santo patrón), cuentan también con una fiesta *chica* en honor a algún santo o virgen relevante para ellos. Pero también hay otras celebraciones articuladas como pueden ser los santos de los barrios que conforman a un pueblo, la Semana Santa, el 12 de diciembre (la Virgen de Guadalupe), las posadas navideñas, entre otras. De tal suerte que el ciclo festivo es variado y complejo, y los rituales se engarzan unos con otros y se repiten cíclicamente. Hugo José Suárez lo sintetiza de la siguiente manera:

En la ciudad las fiestas religiosas preponderantemente son de cuatro tipos: las patronales, que se refieren a las que se organizan para celebrar al santo; las de Semana Santa o eventos vinculados al calendario oficial católico –por ejemplo el enorme despliegue que se genera en Iztapalapa con la representación de la pasión de Jesús–; las procesiones barriales, donde las vírgenes o santos van paseando por el barrio transitando de casa en casa, y las guadalupanas, que con distintos formatos suceden el 12 de diciembre. (...) Eso no impide que existan intercambios y convivencias con otras formas festivas, por ejemplo, las cívicas, las familiares y hasta las políticas (Suárez, 2015, 324).

Sin embargo, es importante resaltar que para que un acto ritual tenga la fuerza cohesionadora que se le atribuye, también debe contar con un sustento cotidiano que genere un campo propicio para que la repetición cíclica de los rituales adquiera sentido. Para el caso de los pueblos originarios de la ciudad, la estructura del sistema de cargos, al concluir el momento festivo, no se disuelve, trasciende el momento ceremonial y hace presente el mundo sagrado en la cotidianidad. Ello se logra porque es un sistema permanente que se renueva en ciclos anuales y cuya eficiencia se sustenta en los mecanismos normativos. Dicho en otros términos, la fiesta es la culminación de un proceso anual que se va forjando día a día y de manera cíclica. Es decir, es una estructura social que ordena al conjunto social a través del tiempo.

De allí que la importancia de celebrar las fiestas radica no solo en su carácter lúdico o espiritual. De ello dependen elementos tan importantes

como las relaciones sociales al interior de pueblo, el restablecimiento de cierto orden tras los conflictos a su interior, los vínculos hacia afuera del mismo, la reproducción del sistema de parentesco y las alianzas con otros grupos sociales a través de matrimonios y compadrazgos, entre otros.

Una vez delimitada la importancia de lo festivo en la vida de los pueblos, me centraré en dos aspectos que me parecen cruciales en la distinción de los pueblos frente a otros espacios urbanos, y en los que la pandemia incidió de manera importante: la manera en que organizan y se apropian del espacio y el tiempo, y la religiosidad popular como una de las formas de conectarse -a través de los procesos festivos- con otras comunidades y pueblos a nivel regional.

ASPECTOS TEMPORO-ESPACIALES DEL SISTEMA FESTIVO

Si la fiesta está al centro de la vida de los habitantes de los pueblos originarios, es importante entender de qué manera se organizan los tiempos/espacios que se encuentran estructurados a partir del acto festivo para comprender las dinámicas sociales que de ello se desprenden. Un primer elemento importante de subrayar es que las fiestas religiosas se realizan -como afirmé antes- en el espacio público. La orden de “quédate en casa” obviamente trastocó el ritmo y el sentido social de la fiesta y todo lo que ella implica en cuanto al mundo social y cultural.

Coincido con Aguilar de la Cruz (2017) cuando plantea que las religiones populares tienen formas propias de organización, ocupación y apropiación del espacio público, distinguibles de las maneras en que otras clases sociales dentro de la misma ciudad ejercitan sus creencias.

Este elemento de ocupación es una expresión de códigos culturales, sociales y económicos de los denominados sectores populares, que se muestran en una racialización, etnicidad y religiosidad específicas —opuestas a la conformación moderna del espacio público entre los sectores de clase media y alta—, en donde el cuerpo, lo colectivo y los símbolos trascienden el ámbito privado de lo religioso (Aguilar de la Cruz, 2017:110).

Dicho fenómeno tiene que ver, por un lado, con la pluralización y pulverización¹¹ de las grandes religiones y con los procesos de secularización de las sociedades contemporáneas.

El fenómeno de secularización explica, en alguna medida, la privatización relativa de la religión en las sociedades latinoamericanas, particularmente entre la clase alta y las élites intelectuales (Parker, 1993: 127). Los sectores populares, influidos por la laicidad, agregan formas explicativas desde el ámbito de lo científico y político a algunos aspectos de la vida. Pero, de modo general, la expresión religiosa pública es un rechazo a la secularización; más bien nos encontramos frente a la pluralización religiosa de la sociedad (Aguilar de la Cruz, 2017:111).

Lo que nos muestra Aguilar de la Cruz (2017) es que hay una lógica socio-espacial distinta entre las clases medias y altas y las clases populares, en donde las primeras tienden a reproducir valores de una modernidad capitalista en la que el uso del espacio público es muy limitado y se realiza fundamentalmente para el traslado por la ciudad o el uso puntual para actividades como las deportivas, por ejemplo. Referidas a los procesos religiosos, esta manera de concebir al espacio público genera que el individualismo y la privatización imperen. Sin embargo, la lógica espacial de las clases populares, anclada a la religiosidad popular, tiene un marcaje del espacio/tiempo distinguible.

El espacio público es concebido en tanto el lugar de lo comunitario, del tránsito común, del encuentro entre *los que somos de aquí* y se abre para los que visitan desde fuera, siempre manteniendo las fronteras de la pertenencia.

11 Para Guillermo de la Peña (2004) se ha generado, históricamente, una tensión en dos planos: por un lado, al interior de la propia Iglesia Católica, entre la “ortodoxia” de algunos sectores de la Iglesia oficial y la “heterodoxia” de las mayordomías; por otro lado, la proliferación de la diversidad religiosa en México muestra cómo ha disminuido el porcentaje de la población que se declaraba católica, y cómo ahora en esta filiación se agrupan los ortodoxos, los populares, los fundamentalistas, los progresistas, los radicales, los carismáticos y, en tiempos recientes, se han sumado las variedades *New Age*.

cia con claridad. Estos espacios tienen una característica fundamental: son multifuncionales. Es decir, tienen una dimensión sagrada cargada de interacciones festivas, pero también son usados para otro tipo de actividades fundamentales para la comunidad: son espacios de reunión, de toma de decisiones colectivas y de actividades cívicas diversas. Aquí lo público se considera como tal en la medida en que sucede en espacios abiertos donde puede asistir cualquiera. En ellos impera la costumbre de normas no escritas, más que una reglamentación formal.

Esta idea de lo público tiene su correlato en relación con lo privado, que es el espacio de las familias (generalmente extensas). En el momento festivo, la delgada línea entre lo público y lo privado se desdibuja. El pueblo entero se vuelve “la casa del santo”, con su fronteras bien establecidas por marcajes físicos (papel picado, entradas adornadas y la vigilancia de los mayordomos que deberán recibir a los invitados del santo, organizados en promesas o correspondencias). Al tiempo que las puertas de las casas se abren para dar la bienvenida a los visitantes ofreciéndoles bebida y comida, desbordándose o extendiéndose hacia la calle.¹² Las líneas divisorias entre público y privado son flexibles y se reacomodan dependiendo de las circunstancias.

Ahora bien, si el espacio es lo público, el tiempo está determinado por ese *continuum* llamado calendario. Es a partir del calendario festivo que los habitantes de un pueblo organizan sus tiempos personales y sociales. “La historia del calendario de un pueblo es en muchos sentidos la historia de sus fiestas. Éstas son, en efecto, una forma de organizar y entender la vida; son un corte en el tiempo cotidiano que da sentido al ir y venir de la vida diaria” (Portal y Sevilla, 2005, 342).

El calendario festivo de los pueblos es un complejo “cronograma” que deja pocos momentos vacíos de rituales y celebraciones. Por ejemplo, sabemos que alcaldías como Xochimilco con orgullo afirman que tienen más fiestas que días del año. Si analizamos los calendarios festivos de los pueblos en

12 La imagen frecuente de lonas que cubren las calles invadidas por mesas y sillas para extender el momento festivo del orden privado a la vista de todos: de lo público, lo visible, al que todos pueden acceder.

las diversas alcaldías de la ciudad encontramos que hay fiestas de diferente importancia todos los meses. Para ejemplificar lo anterior retomo el calendario festivo del pueblo de San Juanico Nextipac, ubicado en la alcaldía de Izta-palapa, en donde se puede observar el ciclo de las fiestas y las mayordomías que en ellas intervienen. Este pueblo tiene 20 mayordomías que intervienen en seis fiestas religiosas y cuatro peregrinaciones anuales.

Fiesta	Mayordomías
Santo Jubileo (última semana de abril, de martes a viernes).	Mayordomía del Santo Jubileo de la Banda de Viento.
Fiesta Patronal de San Juan Bautista (24 de junio).	<ul style="list-style-type: none"> • Mayordomía de San Juan Bautista de la Banda de Viento. • Mayordomía de San Juan Bautista de la Misa. • Mayordomía de Santiago Apóstol de los Fuegos Artificiales. • Mayordomía del Divino Salvador de los Fuegos Artificiales.
Barrio de Santiago Apóstol (25 de julio).	<ul style="list-style-type: none"> • Mayordomía de Santiago Apóstol de la Banda de Viento. • Mayordomía de Santiago Apóstol de la Salva. • Mayordomía de Santiago Apóstol de los Fuegos Artificiales. • Mayordomía de Santiago Apóstol Juvenil.
Barrio del Divino Salvador (6 de agosto).	<ul style="list-style-type: none"> • Mayordomía del Divino Salvador de la Banda de Viento. • Mayordomía del Divino Salvador de los Fuegos Artificiales. • Mayordomía del Divino Salvador de la Salva. • Mayordomía del Divino Salvador del Enflorado. • Mayordomía del Divino Salvador del Desayuno.
Virgen de la Merced (24 de septiembre).	<ul style="list-style-type: none"> • Mayordomía de la Virgen de la Merced de la Banda de Viento. • Mayordomía de la Virgen de la Merced del Enflorado.

Fiesta	Mayordomías
Virgen de Guadalupe (12 de diciembre).	<ul style="list-style-type: none"> • Mayordomía de la Virgen de Guadalupe Grande. • Mayordomía de la Virgen de Guadalupe de los Cirios y la Banda de Viento. • Mayordomía de la Virgen de Guadalupe de la Guardia. • Mayordomía de Santiago Apóstol de los Fuegos Artificiales.

Aunado a lo anterior están las peregrinaciones que se articulan al sistema de cargos, ya que son las mayordomías de promesa las que las organizan, configurando un complejo sistema festivo.

Lugar	Mayordomía
Santuario de Jesús Nazareno, Señor de Tepalcingo, Morelos (tercer viernes de cuaresma).	Mayordomía de Jesús Nazareno, Señor de Tepalcingo, Morelos.
Santuario del Señor de Chalma, Ocuilan, Estado de México (viernes de Ascensión del Señor, 40 días de Pascua).	Mayordomía del Señor de Chalma.
Santuario (Catedral) del Señor del Santo Sepulcro, Señor de la Cueva de Ixztapalapa (Domingo de la Santísima Trinidad, 60 días de Pascua).	Mayordomía del Señor de la Cueva.
Basílica de Guadalupe (segundo martes de noviembre).	<ul style="list-style-type: none"> • Mayordomía de la Virgen de Guadalupe Grande. • Mayordomía de la Virgen de Guadalupe de los Cirios y la Banda de Viento. • Mayordomía de la Virgen de Guadalupe de la Guardia.

Es en esta forma de organizar la temporalidad a partir de los rituales y celebraciones que se repiten cíclicamente, que se garantiza la reproducción cultural del grupo a partir de prácticas concretas que transmiten saberes de una generación a otra.

Estos saberes -con raíces prehispánicas e intersecciones coloniales- se refuncionalizan en relación, por un lado, a partir de los preceptos de la Iglesia Católica, y, por otro, por los procesos contemporáneos de urbanización y avances tecnológicos tan propios del mundo moderno. Asimismo, hay una actualización permanente de esos saberes originales que mantienen viva una tradición.

LA FIESTA COMO FENÓMENO REGIONAL

Los sistemas festivos de los pueblos originarios urbanos son sistemas simbólicos articulados tanto al interior de cada uno de ellos (a partir del sistema festivo local) como hacia el exterior, con otros pueblos dentro de una región.

Estas prácticas generan redes sociales de intercambio y organización, a través de las cuales la ciudad -aparentemente fragmentada- se articula y genera sentidos culturales (Suárez, 2015).

De esta manera mantienen un intenso intercambio simbólico/ritual con otras comunidades, a veces de la misma ciudad o de territorios rurales o urbanos más lejanos. Es decir, no son comunidades cerradas o autocontenidas, sino articuladas al conjunto de la ciudad de diversas maneras, en donde lo religioso juega una parte central dentro de este entramado.

Desde mi punto de vista, el intercambio con otros pueblos (que a su vez son objetivados a través de sus santos) es parte de un proceso indispensable de la identidad, a partir del rejuego entre la autoidentificación y la hetero-identificación. Es por ello que forma parte estructural del sistema de cargos: siempre encontramos dentro de los cargos uno muy importante, que es la mayordomía de promesa o de correspondencia.

Los mayordomos que asumen este cargo son los responsables de invitar a los pueblos/santos con los que se relacionan, así como recibirlos en las entradas correspondientes del pueblo (con el fin de darles la bienvenida y conducirlos al interior del mismo) cuando vienen a felicitar al su santo patrón; para posteriormente llevarlos a sus casas y darles de comer y beber los días que decidan permanecer en el pueblo receptor.

También son los encargados de organizar las procesiones hacia los otros pueblos cuando es el turno de su santo patrón de asistir a las fiestas de otros santos y *corresponderles*¹³ sus regalos, siendo los responsables de llevar los obsequios al otro santo, lo que implica que mantienen un registro minucioso de los regalos recibidos para que, cada año, se dé un regalo igual o mejor que el recibido. Asimismo, son los encargados de organizar las peregrinaciones a los diversos santuarios regionales (por ejemplo, a Chalma, a Amecameca, a la Basílica de Guadalupe, entre otros). Son, desde mi punto de vista, una suerte de *embajadores* del santo patrón. Por lo tanto, la imagen del pueblo hacia el exterior depende de su actuar.

Las promesas o correspondencias se generan por diversos mecanismos que pueden ser: el compadrazgo, las relaciones de parentesco o acuerdos entre mayordomías y capillas. El número de promesas que recibe un pueblo varía en número y depende de diversos elementos, como el tamaño del pueblo, la importancia del santo, el lugar geográfico que ocupa, etc.

Con estos mecanismos se establece una suerte de “circuito de reciprocidades” entre pueblos de una región que varía del alcance. Hay pueblos como san Andrés Totoltepec, en Tlalpan, que pueden llegar a recibir 25 promesas, mientras que pueblos como San Pablo Chimalpa recibe ocho.

Lo anterior implica que los mayordomos, particularmente los de promesa, trascienden el momento festivo y sus funciones se prolongan durante todo el año, ya que tienen que organizar la asistencia a todas las fiestas de los

13 De allí el nombre de correspondencia o promesa, pues muchas veces se le piden “favores” o milagros a los santos patrones y se les obliga a regresar para agradecer la promesa que se cumplió.

santos que los llegaron a visitar, además de las fechas en que se peregrina a santuarios. Así:

... La fiesta es un elemento que organiza la vida cotidiana de la comunidad y que permite la construcción de identidades en la medida en que facilita una constante confrontación con otros. Es decir, la veneración a los diversos santos que existen en la región, el acudir desde diversos puntos geográficos para visitarlos, el pedir favores y ofrecer promesas en diferentes escenarios puede ser visto como una representación de facto de una búsqueda de contacto con el otro que lleva a contrastar la diferencia y a reconocer las fronteras de la propia identidad (Portal Ariosa, 1997: 146).

REFLEXIONES FINALES: LO QUE LA PANDEMIA SE LLEVÓ Y LO QUE DEJÓ

Como hemos podido observar en las páginas previas, la prohibición del uso del espacio público y de las prácticas religiosas que en él se desarrollan no es una cuestión menor para los habitantes de los pueblos originarios urbanos. Una de las medidas que más evidentemente trastocaron a los pueblos es la de “quédate en casa”, con la consecuente prohibición del uso de lo público. Las calles, las plazas, los mercados fueron de uso restringido, y lo que era del orden de lo público, a la vista de todos, eje de la vida comunitaria, ingresó al interior de las casas. Considero que este movimiento de lo público a lo privado es trascendental en este contexto.

Con la fiesta sucedió lo mismo; lo que era patrimonio colectivo se convirtió en una celebración de unos pocos al interior de las casas de los mayordomos. Sabemos que los pueblos creen que dependiendo del éxito en la realización festiva es cómo les irá el siguiente año. En San Andrés Totoltepec, por ejemplo, se esperaba con cierto nerviosismo la terminación de la fiesta para saber si San Andrecito estaba satisfecho o no con el evento. Decían -en entrevista- que si estaba *chapiadito* les iría bien; si estaba pálido habría problemas al siguiente año (Portal, 1997). Por ello, los esfuerzos cada año son

mayores para que el evento sea exitoso, pues de ello depende la reproducción de la vida de la comunidad en su conjunto.

La manera de solventar la nueva situación fue el uso de los medios electrónicos y las redes sociales que han permitido -aunque parcialmente- que la gente participe en las celebraciones, con las limitaciones tecnológicas que ello supone. Aquí encuentro un proceso paradójico: la fiesta entra a la casa, al espacio privado y familiar, pero al mismo tiempo, gracias a la tecnología, se proyecta hacia afuera, hacia el mundo: cualquiera la puede observar gracias al video y a los medios que la proyectan.

El espacio festivo se amplía y el tiempo se vuelve “infinito”; es decir, la fiesta pierde temporalidad en la medida en que la podemos ver en cualquier momento, a cualquier hora. Sin embargo, su función social de ritmar la vida se desvanece. Asimismo, se reducen los momentos festivos -la preparación, con mucho tiempo de antelación, de la fiesta-, el momento en que se desarrolla el evento, y, finalmente, su conclusión. En Zoom solo se verá el desarrollo parcial de la misma.

Las familias observaron sus fiestas desde Zoom, YouTube o Facebook, y desde “la comodidad de su hogar”. Había que *estar allí* aunque fuera de manera virtual.¹⁴

Si bien la virtualidad podría pensarse como una ganancia que ofrece la tecnología,¹⁵ considero importante preguntarnos ¿qué implicaciones tiene la virtualidad en el campo religioso y ritual?

Es importante recordar que la eficacia simbólica del ritual se construye a partir de dos procesos que generan el efecto numinoso:¹⁶ por un lado, el sujeto

15 Me parece que es muy pronto para saber de qué manera esta suspensión temporal impacta en la visión del mundo y en las creencias sobre el Santo, pero es una cuestión importante de observar en el tiempo.

15 Si bien no es un proceso nuevo, pues el uso de tecnologías tiene mucho tiempo y los pueblos y sus organizaciones tienen hojas web, páginas en Facebook e Instagram, entre otros. Sin embargo, esto representaba un complemento o una forma de guardar en una memoria externa los procesos importantes para el pueblo.

16 Se refiere la emoción religiosa que tiene una cualidad de conmoción o estremecimiento.

incorpora el significado profundo del ritual, mientras que, por otro -proceso- que se dan simultáneamente-, el sujeto es incorporado al proceso ritual. Dicho en otros términos, los sujetos y las colectividades se “imbuyen” física y afectivamente en los rituales. Para Víctor Turner, “... los símbolos rituales son estímulos de emoción” (Turner, 1967, 32), y retomando a Sapir, encuentra que esta emotividad tiene que ver con dos tipos de símbolos: los de referencia y los de condensación. Los primeros contienen elementos referenciales como banderas, lenguaje oral, símbolos convenidos, etc. Estos son símbolos predominantemente cognitivos y se refieren a hechos conocidos. Los segundos están saturados de cualidades emocionales.

La principal diferencia en el desarrollo de estos tipos de símbolos, en opinión de Sapir, es que “mientras que el simbolismo referencial se forma a través de una elaboración formal en el dominio de lo consciente, el simbolismo de condensación hunde sus raíces profundamente en lo inconsciente, e impregna con su cualidad emocional tipos de conducta y situaciones muy alejadas del sentido original del símbolo. (...) Los símbolos rituales son, al mismo tiempo, símbolos referenciales y símbolos de condensación, aunque cada símbolo es multirreferencial, más que unirreferencial. Su cualidad esencial consiste en su yuxtaposición de lo groseramente físico con lo estructuralmente normativo. De lo orgánico a lo social (Turner, 1967, 32-33).

Ver el ritual a través de una cámara de video en una plataforma de internet necesariamente modifica la relación del sujeto con la experiencia del ritual vivida, ya que la eficacia del mismo, como planteamos antes, está en relación con los planos sensoriales y afectivos de los participantes: olores, sonidos, imágenes, sensaciones y de compartirlo con la colectividad. Es decir, no son procesos individuales; son construcciones sociales.

En el ritual, con la excitación social y los estímulos directamente fisiológicos -música, canto, danza, alcohol, drogas, incienso-, el símbolo ritual efectúa,

podemos decir, un intercambio de cualidades entre sus dos polos de sentido; las normas y los valores se cargan de emoción, mientras que las emociones vacías y groseras se ennoblecen a través de su contacto con los valores sociales (Turner, 1967, 33).

Asimismo, la experiencia presencial del ritual lo podemos pensar como *totalizadora*, en el sentido de que, al estar presente, el sujeto participante puede captar diversos planos del mismo, ya que la experiencia “entra” por el cuerpo a partir de todos los planos sensoriales. Frente a la cámara solo se cuenta con la parte visual, y, además, se depende de la mirada del fotógrafo que realiza las tomas del video. Se mira a partir del ojo del otro y de sus intereses o de lo que para él es lo más importante. Esto genera, desde mi perspectiva, un acceso parcial al sentido del ritual.

Otro aspecto que trastocó la pandemia es la transmisión de saberes en dos sentidos: por un lado, se acotó fuertemente el proceso de transmisión de las tradiciones de una generación a otra, dado que el proceso se restringió solo a las familias cercanas. La riqueza de este proceso de transmisión radica justamente en que, al participar la comunidad de manera amplia, se involucra a los jóvenes de diversos núcleos familiares, garantizando, a través de la memoria colectiva, la reproducción cultural a partir de prácticas específicas, reguladas y observadas por todos. La reproducción cultural requiere de acciones normadas y consensuadas. La cultura no es un algo etéreo anclado en el mundo de las ideas abstractas. Por el contrario, se consolida en lo cotidiano, fijado a las prácticas colectivas que se realizan y se narran.

La normatividad en torno a cómo se deben hacer las fiestas, quiénes participan, cómo se distribuyen los gastos, qué papel juegan los hombres y las mujeres, los viejos y los jóvenes, etc., no se pudo desplegar en todas sus dimensiones, quedándose en el círculo familiar más cercano.

Por otro lado, el número de muertes de las personas involucradas en las mayordomías, muchas veces gente mayor, con un conocimiento de largo tiempo sobre las tradiciones, impactó directamente en la pérdida de saberes. Por ejemplo, en Santo Tomás Ajusco, en Tlalpan, perdieron a cinco miembros

fundadores de la comparsa de arrieros, dejando un hueco importante en el conocimiento de esa tradición.¹⁷

Ahora bien, también la temporalidad de los sujetos y sus colectividades se vieron afectadas en la medida en que los acontecimientos cíclicos se vieron prohibidos. El *continuum* organizativo de la vida social se detuvo. Se hizo una pausa obligatoria que provocó varios problemas en diversos planos: A nivel individual, los mayordomos -que generalmente esperan años para ocupar el cargo- no pudieron convocar ni patrocinar la fiesta. El prestigio y el liderazgo que va implícito en la ocupación del cargo se vio mermada.

Si pensamos que las mayordomías no son cargos individuales solamente, sino que tienen atrás un soporte familiar fundamental, su suspensión implicó un corte en la dinámica familiar que se explaya antes (al organizar los preparativos festivos), durante y después de la fiesta. La preparación de una fiesta, su desarrollo y el cierre o conclusión marca temporalidades de largo alcance. Por ejemplo, las fiestas generalmente concluyen con una asamblea pública donde, por un lado, se entregan las cuentas de lo recabado y lo gastado, y, por otro, se nombran los nuevos cargos, garantizando así la continuidad festiva. Las fiestas religiosas en general, pero las patronales en particular, marcan los inicios de diversos ciclos. La manera en que se garantiza esta transmisión cultural tiene que ver con la repetición sistemática de los procesos festivos rituales en todas sus partes. Así, la temporalidad del acto social de la fiesta se vio truncado.

Durante 2022 ha comenzado el proceso de reactivación del sistema festivo. La recuperación ha sido lenta, con pocos participantes, ya que la pandemia aún no termina y la llamada “nueva normalidad” apenas va tomando cause.

Tomará tiempo profundizar sobre las consecuencias e impactos del COVID en la lógica cultural de los pueblos. Sin embargo, creo que hemos podido vislumbrar algunos elementos que podrían servir de guía.

17 Véase la página en Facebook de Arrieros de Santo Tomás: <https://www.facebook.com/Danza-de-Arrieros-SANTO-TOMAS-Ajusco-1445058599100656/>

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar de Cruz, Hedilberto. *Religión popular y uso del espacio público en la Ciudad de México* en Revista Especialidades, UAM-C, México, 2017.
- De la Peña, Guillermo. *El campo religioso, la diversidad regional y la identidad nacional en México*, en Relaciones 100, Otoño 2004, Vol. xxv, México, CIESAS Golfo, pp 23-71, 2004.
- Duhau, Emilio y Ángela Giglia, *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*, México, Siglo XXI Editores / Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco).
- García Mejía, Abraham. *Sistema Festivo del Pueblo de San Juanico Nextipac, Izta-palapa*, Tesis para obtener el título de licenciatura. Centro de Estudios Antropológicos, Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, México, 2022.
- Guardado López, S. C., Martínez Flores, J., y Tapia Torres, D. E. *COVID-19 en México: repercusiones y retos del factor humano, financiero y fiscal. Ciencia, Economía y Negocios*, 4(2), 5-32. Doi: <https://doi.org/10.22206/ceyn.2020.v4i2.pp5-32>, 2020.
- Giménez, Gilberto. *Cultura Popular y religión en el Anahúac*. Centro de Estudios Ecuménicos, México, 1978.
- Homobono, José Ignacio. *Fiesta, ritual y símbolo: epifanías de las identidades*, en Zainak. 26, España, pp 33-76, 2004.
- Medina, Andrés. *Los sistemas de cargos en la cuenca de México: una primera aproximación a sus trasfondo histórico*. Alteridades, vol. 5, núm.9, pp. 7-23, 1995.
- Mora, Teresa (coordinadora). *Los pueblos originarios de la Ciudad de México. Atlas etnográfico*, Gobierno del Distrito Federal/ Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2007.
- Novak, Beatriz y Paola Vázquez Castillo. *Año y medio de pandemia: años de vida perdidos debido al COVID-19 en México*, en Notas de Población 112, julio-diciembre, México, pp. 171-191, 2021.
- Páez, Juan Carlos. *Retos para la implementación de la Agenda 2030 en México, en tiempos de pandemia*, en Revista Trasregiones Año 2, Número 3, enero-junio, México, Universidad de Guadalajara, 2022. Portal Ariosa, María

- Ana. *Ciudadanos desde el pueblo: Identidad urbana y religiosidad popular en San Andrés Totoltepec, Tlalpan, México* D.F. México: UAM-Iztapalapa, 1997.
- Portal, María Ana y Sevilla, Amparo. *Las fiestas en el ámbito urbano*, en García Canclini (coord.), *La antropología urbana en México*, México, Conaculta/UAM/FCE, 2005.
- Portal Ariosa, María Ana. *El desarrollo urbano y su impacto en los pueblos originarios en la Ciudad de México*. *Alteridades*, vol. 23, núm.46, pp. 53-64, 2013.
- Rossi H., Luisa. *12 psicoanalistas conversando sobre la pandemia del COVID-19*, México, Sociedad Psicoanalítica de México, AC, 2020.
- Suárez, Hugo José. *Creyentes urbanos. Sociología de la experiencia religiosa en una Colonia popular de la Ciudad de México*. México, UNAM/ISS/PUEC/DEGAPA, 2015.
- Turner, Víctor. *La selva de los símbolos*, México, Siglo XXI, 1967.

Iknal-historias del COVID entre los pueblos mayas de la Península de Yucatán

9

Gilberto Avilez Tax
Universidad Intercultural Maya de Quintana Roo

En el estudio de los años pandémicos recientes, la propuesta para entender cómo los pueblos indígenas se enfrentaron al virus SARS-CoV-2, mundialmente conocido como la COVID-19, es apelando al *tsikbal*, al diálogo que construyen los senderos de la memoria, una memoria donde las múltiples voces se entretrejen en el texto narrativo.

En este capítulo del libro, los imaginarios del COVID en los pueblos indígenas mayas de la Península de Yucatán se abordan mediante las interpretaciones diversas que cada actor social puede establecer con su discurso de la pandemia. Es decir, hay un hecho como tal: la enfermedad producida por el virus, pero en torno a ella lo social envuelve lo sanitario y depende quién lo narre.

Frente a la polifonía de voces en torno a la COVID, que se ha escrito desde la ciencia y la política desde los primeros momentos de la pandemia misma, este texto intenta recoger la miríada de silencios producidos en los pueblos mayas, lo que no se dice y solo se piensa. En torno, frente y sobre esa polifonía de voces, considero que hay que escuchar los silencios, ir más allá de los demasiados ruidos producidos por la pandemia.

Escribo, entonces, en torno de esos silencios de los pueblos; lo que digo en este trabajo es lo que la gente no dice, excepto en la interioridad del *tsikbal*

etnográfico.¹ Escribo desde las distintas voces que me han ayudado a desprenderme de la costra polifónica de “los años de la pandemia” para sacar a flote los silencios de los pueblos.

Las entrevistas que se hicieron a lo largo de la primera mitad del año 2022, y que sirvieron para entender desde las miradas comunitarias a la COVID-19, fueron con estudiantes universitarios mayas de comunidades del centro de Quintana Roo, así como con intelectuales mayas que nos dan una mirada compleja pero, a su vez, sin desprenderse de la comunidad de donde son parte y que vivieron, como todos, estos años pandémicos.

Cuenta Paul Sullivan en su memorable libro *Conversaciones inconclusas* (Sullivan, 1991) sobre los días y las predicciones de uno de los últimos chilames de los *cruzob*, el *tatich* de Chumpón, Florentino Cituk. Cituk no aguantó la segunda de dos epidemias de “malos vientos”, viruela y gripe (la española), que causaron estragos entre los mayas del centro de Quintana Roo durante las dos primeras décadas del siglo xx. Esas epidemias eran recordadas por los mayas del centro de Quintana Roo como el “gran incendio” que arrasó pueblos y que redujo a la población *cruzob* a la mitad (de diez mil, pasaron a cinco mil habitantes). Murieron bastantes descendientes de los mayas que se levantaron en armas en 1847 para hacer la Guerra de Castas; los más que murieron fueron los viejos, pero también niños y jóvenes sucumbieron a la peste que venía por los aires y que lo traía la soldadesca mexicana, y por más que pedían al cielo, el cielo no les concedió clemencia alguna. Los más viejos entre los viejos saben bien que esta historia, cíclica, regresará de nuevo.

Esto es lo que piensan algunos “abuelitos” del pueblo de Sihó, en Yucatán: ¿Ésta es la enfermedad que había venido antes ya, que es más fuerte que una gripe cualquiera y que te mata? ¿Es el *t'uju' se'en*² o el *santo se'en*, el santo catarro? No, no lo es. Los abuelos de Sihó se refieren como santo catarro a la

1 Siguiendo a Castillo Cocom (2016), el *tsikbal* es un diálogo de un nosotros –no de un tú o un yo académico frente a un ello cosificado, no de una dualidad dividida, no de un entrevistador y un entrevistado- en el plano de la horizontalidad, de la equidad y el respeto.

2 Gripe fuerte en maya yucateco.

tosferina que pegó en el pueblo hace unas décadas, enfermado a los niños. ¿Por qué santo catarro? Porque hay que otorgarle un respeto debido a esta “gripe” para que no te lleven los *yumcimilòòb* de ella al más allá. Dicen los de Sihó que la tosferina lo traen unos vientos parecidos a niños, unos espíritus que enfermaban a los hijos de Sihó. Para aplacarla, los de Sihó amarraban a los perros para que no molesten con sus ladridos a los “niños espíritus” que propagaban la enfermedad, y ponían en los umbrales de las casas jicaritas con atole, cafecito y hasta pozole nuevo, esto con el fin de agradecer a estos viente-cillos para que no hagan enfermar a sus hijos. En Sihó, Yucatán, la enfermedad venida de lejos, la COVID-19, se presentó un día de agosto de 2020. A algunos que enfermaron los curaban con medicinas tradicionales, con el conocimiento de hierbas, o mediante la ceremonia del *kex*,³ ponían en las puertas de las casas de los enfermos, en los umbrales, unas jicaritas con alimento para apaciguar a esta extraña enfermedad y no se llevara al covitoso. Ofrecían también bebidas como el *saká* para alejar los malos vientos, el aire de la enfermedad. Y ya no le llamaban *santo se'en*, el santo catarro, ahora era solo una *kàas k'òja'anil*, una fea enfermedad (Donny Brito May, entrevista. 6 de junio de 2022).

En las descripciones de la pandemia que los entrevistados expusieron, podemos decir que los contextos en cuanto se movieron, imaginaron y vivieron la pandemia fueron distintos. ¿Cómo se presentó ésta en la zona turística y cómo en los pueblos mayas de Quintana Roo, engarzados de una forma creciente en la configuración económica producida por el turismo desde 1970? Un entrevistado del pueblo de Polyuc decía que había visto personas que nunca se había topado en su comunidad antes del inicio de la pandemia, para marzo de 2020, y que eran de la misma comunidad, que se habían ido

3 La ceremonia del *kex* es muy característica de los pueblos yucatecos (véase Alejos, 2017). En el informe del cura de Yaxcabá Del Granado Baeza, de 1813, se lee sobre el *Kex*: “La segunda [superstición] es la que llaman *Kex*, que quiere decir cambio, y se reduce a colgar ciertas comidas y bebidas alrededor de la casa de algún enfermo, para el *yumcimil*, que quiere decir para la muerte o señor de la muerte, con lo que piensan rescatar la vida del enfermo” (*El libro de los libros de Chilam Balam*, 1974: 170).

muchos años atrás a vivir y radicar en las zonas turísticas del norte del estado. Durante los primeros meses, y hasta casi finalizar el año 2020, el turismo prácticamente desapareció en la zona norte de Quintana Roo debido a esta pandemia que llegó con el turismo masivo que nunca dejó de llegar, aunque en menor escala que en los años prepandémicos (Oehmichen y Escalona, 2020). Los hijos y nietos de los antiguos milperos del Quintana Roo profundo, convertidos en albañiles o en trabajadores de los hoteles y servicios anexos, volvían a sus comunidades en un contexto de crisis de la milpa maya (su envejecimiento), cambio climático y desruralización producida por la vorágine turística (Ebel y Castillo, 2012).

PARA ENTRAR EN CONTEXTO

En poco más de nueve meses del 2020 –desde el 23 de marzo en que inició la Jornada Nacional de Sana Distancia- mayas y no mayas pasaron por un sinfín de imágenes e imaginarios que la pandemia había traído desde el confinamiento global. Desde los primeros meses de abril-mayo de 2020, en que una especie de histeria colectiva se acunó en algunos gobiernos estatales y municipales en México por cerrarlo todo, hasta reclamos por reactivar la economía a como dé lugar, la pandemia visibilizó las innumerables carencias que desde “tiempos inmemoriales” vivían o resistían los pueblos, que iban desde las formas autoritarias y la nula comprensión del estado de derecho de algunos gobiernos locales, hasta la crisis en materia de salud que se vive en las regiones indígenas.

De abril a fines de mayo de 2020, muchos pueblos mayas de la Península y de todo México decidieron cerrar “sus fronteras”, generando con esto problemas de movilidad y en algunos casos hasta hubo violaciones a los derechos humanos por los ímpetus autoritarios de los gobiernos locales y la perplejidad para hacer frente a una crisis de salud que pronto repercutió en una crisis económica con la pérdida de empleos, el cierre de fuentes de trabajo, y, en el caso de Quintana Roo, el desplome del turismo, que ha sido mucho más agudo que cuando la influenza de 2009 (González, 2009).

No cabe duda que 2020 ha sido el peor año para el Caribe Mexicano en la historia de medio siglo que tiene de ofertar el turismo a nivel nacional e internacional, desde el Proyecto Cancún de la década de 1970. La COVID-19 vino a desestructurar una economía regional que gira en torno a la industria sin chimeneas, y que, como entidad, Quintana Roo aporta en este rubro casi la mitad de las ganancias anuales a las arcas de la Federación. La sangría al erario federal, estatal y municipal fue evidente, con la pérdida de más de 80 mil empleos en el estado que se contabilizaron de marzo a fines de mayo de 2020, el 20% del total estatal. En los primeros momentos del shock sanitario-económico, por la prensa se observó la migración de regreso de caravanas de personas, casi todos albañiles, quitándose del norte del estado para dirigirse a estados como Tabasco, Chiapas y, por supuesto, el regreso de gente de la zona maya a sus lugares de origen.

Cancún, con la caída del turismo que apenas se comenzaría a recuperar bien entrado 2021, se convirtió en un fantasma de lo que fue en sus momentos de gloria, y es así como llegó al medio siglo de su historia en ese fatídico 2020: en las sombras de la cuarentena, con una crisis laboral-sanitaria y la zozobra del hambre clamando por el regreso del turista, por la reactivación del turismo en la nueva normalidad pos-COVID. La violencia, al parecer, dio una tregua en el 2020, pero luego regresó con un mayor recrudecimiento en su escala del horror.

El turismo es el paradigma neoliberal que se resiste y se resistirá a desaparecer de estas tierras orientales de la Península, a pesar de que la COVID-19 ha develado el horror y el error de una industria extractivista, cuyas firmas hoteleras –gringas y europeas, preponderantemente españolas estas últimas– ganan mucho más y se llevan de saco, o a veces ni siquiera hacen entrar al fisco los cobros de sus agencias mayoristas y turoperadoras de la ganancia por la ganancia obtenida en las habitaciones de sus “Palace” de Cancún y la Riviera Maya; ganan más de lo que dejan al país por concepto de impuesto al hospedaje, el pago por el uso y explotación de la zona federal marítimo terrestre, con base al área que ocupan, el 20% por un crédito en la recuperación de playas y los pagos correspondientes por la operación al municipio.

Reportes de 2015 señalaban que los estadounidenses habían invertido en Cancún preponderantemente, y los europeos prefirieron la Riviera Maya, y que 16 de las cadenas más importantes de turismo en el mundo se concentraban en el Caribe Mexicano, frente a 8 mexicanas. Este giro completo, esa pérdida del control del estado en esta región que fue gestada por el gobierno central en sus inicios para servir como polo de desarrollo regional, y que a la fecha ha significado privatización de casi todas sus playas, asimetría regional, asentamientos irregulares, crecimiento desmedido e insostenible de Cancún, zonas marginadas dentro de las zonas de la “sobremodernidad” turística, creación de nuevos municipios sin las perspectivas de desarrollo sostenible necesarias (el caso de Puerto Morelos), flexibilidad laboral, ecocidio en todos los niveles, Tren Maya y violencia reciente, sucedió en 1988, coincidiendo con la llegada al poder del Salinismo y con el terrible huracán Gilberto, que posibilitó la reestructuración espacial del norte de Quintana Roo.

Fuertes intereses de capital estadounidense, así como los españoles (grupo Riu, Barceló, Oasis, Meliá, Iberostar, Palladium, Catalonia) y el poderoso Grupo Xcaret, mexicano, tal vez estuvieron en esa puja por el regreso rápido, lo más pronto posible, a la “nueva normalidad” turística en el estado, a la “reactivación del turismo” a pesar de la pandemia. Ya lo había dicho el gobernador de Quintana Roo el 20 de mayo de 2022, en un tuit donde hacía eco a algo que le había planteado al presidente de la república con una semana de antelación, el día 13 de mayo: *“Para Quintana Roo el turismo es una actividad esencial y lucharemos para que así sea reconocido, reactivarlo gradualmente y recuperar nuestra economía. Así, recibiríamos turistas entre el 8 y el 10 de junio con estrictos protocolos sanitarios, priorizando el cuidado de la salud”*. Una actividad esencial, la actividad por antonomasia, a la que ha dedicado todos sus esfuerzos la clase política local.

Frente a esa industria extractivista y *xcaretizadora* (Avilez, 2018), es decir, la venta de la cultura maya para el deleite del “turista conquistador” en sitios como Xcaret y sus parques conexos, se encuentran los mayas, los invisibilizados, los que comenzaron en la historia regional y peninsular, en los caminos abiertos por una “conquista” porfiriana a inicios del siglo xx, y los que sortean calamidades, quiebras del Estado, fracturas y violencia del turismo depreda-

dor. En el 2020, una nueva enfermedad que, aún ahora, la causa de su origen ha estado marcada por innumerables teorías de la conspiración, pero que se originó en diciembre de 2019 en el mercado de Wuhan, en China, debido a ingesta humana de carnes de animales salvajes, puso al mundo en un confinamiento global porque su fuerza de contagio es invisible, y, en algunos casos, los asintomáticos son letales para personas con problemas de hipertensión, sobrepeso, diabetes, fumadores, mayores de 60 años y todos los que tienen debilitado su sistema inmunológico.

La carrera mundial por crear una vacuna forzó a los científicos de todo el planeta a trabajar a marchas forzadas, mientras los que podían se recluirían en sus casas para practicar el *home office*, los webinaros y las videojuntas de trabajo en pantuflas; el “espacio vital” se convirtió en la “sana distancia” a lo largo de 2020 hasta la llegada de las primeras vacunas en diciembre de 2020;⁴ y la vida cotidiana se empezó a concebir con el cubrebocas puesto y los geles desinfectantes en la bolsa. A falta de vacunas durante todo este año, los remedios mágicos han estado en su apogeo: procesiones de vírgenes y santos por calles polvosas de pueblos que nos hacían regresar a las jaculatorias y salmodias del siglo XIX (“la cruz de Cristo ahuyenta los demonios, el aire corruptible y la peste”), chamanes mágicorealistas con *remedios curalotodo*; defensores a raja tabla de las bondades fetichistas del dióxido de cloro se unían en santa cofradía con los nuevos fundamentalistas del buen comer y del ejercicio físico a cada hora como medida profiláctica para apaciguar el miedo y el temor al contagio. El miedo a la muerte.

En China, donde se originó la pandemia, en menos de medio año fue controlada, lo mismo que en otros países asiáticos como Corea del Sur y Japón. Filósofos como el surcoreano Byung Chul-Han, quien ha abordado desde la hermenéutica al coronavirus, hablando del fin de los rituales (¿y las fiestas y las

4 El primer embarque de vacunas contra la COVID-19 llegó a México el 23 de diciembre de 2020. Eran las vacunas de Pfizer BioNTech y fueron resguardadas por las Fuerzas Armadas. El 24 de diciembre de ese año arrancó en México la vacunación de los mexicanos, aplicándose primeramente al personal de salud que estaba en la “primera línea de batalla” contra la pandemia.

celebraciones colectivas?), recientemente explicó que el éxito en la contención de la pandemia de estos países asiáticos se clarifican si prestamos atención al significado de la cultura (el civismo o las actitudes de la sociedad asiática para respetar lo establecido de forma más colectiva) para enfrentar la pandemia: al parecer, el espíritu colectivo, de engranaje de las sociedades asiáticas, la corresponsabilidad, son de más éxito en ellas que en las sociedades de cuño liberal en Occidente, defensoras de la libertad individual frente a los intentos cuartelarios de los Estados. Es así que “la importancia del civismo, de la acción conjunta en una crisis pandémica” no pueden pasarse desapercibidas: “Cuando las personas acatan voluntariamente las reglas higiénicas no hacen falta controles ni medidas forzosas, que tan costosas son en términos de personal y de tiempo” (Chul Han, 2020).

Para marzo de 2020 toda Europa estaba confinada y la muerte rondaba las calles, y en un momento hubo toques de queda, y países que pensaron que las tierras calientes del trópico o la inmunidad de rebaño les harían detener los estragos del COVID optaron igual por guarecerse y cerraron sus fronteras. En México, de abril a mayo, las aerolíneas, como un sinnúmero de empresas “no esenciales”, escuelas y toda la actividad cultural, se fueron a la Jornada de Sana Distancia. Pero aún en ese tiempo, la “demasiada gente”, como diría Monsiváis, no desapareció del todo de las calles de un México donde casi una cuarta parte del PIB nacional y casi el 50 por ciento de la masa trabajadora provienen del sector informal (INEGI, 2021).

Si como dice Navarrete, que la pandemia del COVID-19 se trata de la realización última del proceso de integración económica, tecnológica y social que hemos llamado globalización, ese despertar de la fragilidad humana que se yergue en las olas de la red global produjo en el 2020 que emergieran todas las imágenes que Urlick Beck había sostenido en su clásico libro *La sociedad del riesgo mundial*, en el que las sociedades actuales gestionan los riesgos que enfrentan sus poblaciones de forma desigual: mientras que existe mayor mecanismo y herramientas de protección para los grupos privilegiados, la carga de esos riesgos – económicos, sociales, ambientales, epidémicos- descansa en las clases populares (Navarrete, 2021: 178).

Existen imágenes cuasi postapocalípticas que nos arroja la memoria colectiva del 2020, de ciudades europeas desiertas de humanos, pero en México no fue así, a pesar de las plegarias del “quédate en casa” que a diario escuchábamos desde las redes del gobierno federal, estatal y municipal. Pero el confinamiento europeo se relajó, la economía tenía que salvarse; regresaron a las calles en el verano de 2020, y a fines de ese año la pandemia, recrudescida por la temporada otoñal y el invierno que apenas comenzaba, regresó con más virulencia. El miércoles 16 de diciembre de 2020, Alemania, el país con mayor población en Europa (83 millones), batió un récord en el número de muertos en lo que fue de todo ese 2020, casi un millar al día, y con una estela de nuevos contagios. Pero las cifras de muertos de Alemania, una potencia mundial con un sistema de salud que México no cuenta, son minúsculos si lo comparamos con la terrible situación mexicana: 23,427 muertes por COVID en Alemania en ese final de año, y más de 116 mil muertes por COVID en México a fines de ese mismo 2020. Cifras terribles, donde la segunda ola se cernía en el invierno mexicano, un país de fiestas y celebraciones colectivas. Para enero de 2022 la cifra ya llegaba a 300,000 muertos a pesar de las vacunas de 2021.

La pandemia nos hizo, a algunos, perder a familiares y amigos. La COVID-19, como para ser exorcizada mediante artes de encantamiento lingüístico, era nombrada como “el bicho”. ¿Quién pensaría que en diciembre de 2019 las celebraciones colectivas, las reuniones cercanas, se verían con resquemor un año después? Los tres niveles de gobierno prohibían fiestas y dictaban ucases inflexibles a sus ciudadanos para que mejor celebren solos sin llenar la casa. ¿Quién iba a pensar, en diciembre de 2019, que para salir a la calle el cubrebocas sería necesario un año después? ¿Quién iba a “profetizar”, en el 2019, la “presencia-ausencia” pedagógica y el surgimiento, en el contexto de las brechas digitales de un país tan desigual como México, de las aulas digitales y el “alguien me escucha” proferido por un fantasmal profesor a sus alumnos remotos del otro lado de la computadora? Y esto de dar clases remotas se volvían más peliagudas en regiones indígenas del país (Gómez y Martínez, 2022). Esa fue la brecha que muchos estudiantes de todos los niveles sortearon a duras penas cuando la economía regional de la Península se había detenido

por el “pasma turístico” producido por la pandemia. Hay que recordar que la llamada brecha digital, que separa a quienes tienen acceso a las nuevas tecnologías de la información y a quienes están desconectados de ella, “se forma casi siempre alrededor de antiguas fracturas sociales y económicas” (Reygadas, 2013: 290), como son las regiones indígenas del país.

Las enseñanzas que deja la pandemia a nivel nacional y regional pueden ser vistas desde diversos ángulos: la defensa de la ciencia y la batalla por la vida en la carrera por la búsqueda de la vacuna y el trabajo ingente de personal de la salud; la fragilidad sistémica del mundo globalizado, la trampa del turismo volátil, el necesario regreso a la autonomía alimentaria de los pueblos y la concreción de gobiernos humanistas y respetuosos de los derechos humanos que pudieran palear, de alguna forma, la terrible condición de la soledad humana acuartelada que ha aprendido que la solidaridad y la presencia del otro es lo que en verdad nos hace humanos. Una alumna maya originaria de la comunidad de Señor, Quintana Roo, apunta sobre la cuestión de este turismo volátil en tiempos de la pandemia, desde los ámbitos comunitarios:

“El turismo en Quintana Roo con referente a la crisis pandémica del COVID-19 dejó sin trabajo a los mayas cuando el cierre de hoteles, restaurantes, sitios arqueológicos, entre otros; éstos se vieron con la necesidad del regreso a sus comunidades y se dedicaron a trabajos de la milpa. Yo conocí a un muchacho de Señor que nunca había hecho milpa, se quedó sin trabajo de camarero y un día me enteré que, con su abuelito de 80 años, se levantaba todos los días para ir a la milpa y que su abuelo le enseñaba a trabajarla; me enteré de otros chavos que se dedicaron a la venta de comida en sus domicilios y hasta vender tercios de leña. Pero todo esto fue momentáneo, pues en menos de que terminara el 2020 ya se hablaba de la ‘reactivación del turismo’ por parte del gobierno, y los mayas, los más jóvenes, retomaron sus labores en los hoteles de las zonas turísticas sin tomar importancia en los daños que pudiera ocasionar la exposición al COVID-19, porque el hambre apremiaba. Los mayas están regresando al vicio del trabajo esclavo, a ser sometidos por un turismo enmascarado por mafiosos que buscan generar beneficios propios y no pensar lo siguiente: ‘si empieza a haber contagios, ¿qué mecanismos de defensa individual y comunitaria vamos a adoptar?’ Los mayas están siendo

incluidos de nueva cuenta en esta cuestión del trabajo deshumanizante en las zonas turísticas donde se ‘folkloriza’ la identidad maya para los ojos del visitante extranjero que solo ve las imágenes del turismo desde la “Riviera Maya”, sin imaginar cómo viven los mayas de los pueblos como Señor” (wx, entrevista, 20 de mayo de 2021).

LAS IKNAL-HISTORIAS DEL COVID-19⁵

¿Pero de qué mayas estamos hablando? Aquí habría que hacer unas precisiones terminológicas para, como hemos dicho al principio, salir de ese ruido de voces polifónicas –y a veces hasta cacofónicas- en torno a los mayas y en torno a la COVID-19 que restallan desde la academia, las ciencias sociales, de salud y la política misma. Podemos entender los “discursos mayas” en torno a la COVID-19 abordándolos con algunos términos propuestos por el *iknal*, un término filosófico maya que indica que tiempo y lugar no tienen pasado, que las cosas poseen la cualidad de la omnipresencia, que existe la ubicuidad en los discursos (el querer presenciarse todo) (Hanks, 1990; Castillo y Castañeda, 2021). Sin embargo, desde los marcos normativos de la ciencia histórica donde nos movemos, podemos entender los años de la pandemia siguiendo, más que el contenido del libro como tal, la metáfora que encierra el clásico trabajo de Dosse (2006): la historia vista como *una historia en migajas*, hechas de fragmentos de documentos de indistinto cuño que nos posibilita la incuria del tiempo donde se nos haría imposible tener –aunque quisiéramos- un *sastún-iknalítico*,⁶ una especie de Aleph borgiano para entender términos como

5 En este tramo del texto, le debo mucho a la conversación y discusiones epistemológicas para entender las voces y los silencios mayas respecto al COVID-19 al doctor Juan Ariel Castillo Cocom (Conversación, 9 de junio de 2022).

6 El *sastún* es la piedra de cristal translúcida que le sirve a los *h-me'ob*, los chamanes mayas, para ver las cosas ocultas, curar dolencias y ver el pasado, el futuro y el presente. Según Gutiérrez (2002: 372), se debe a injerencias de los *aluxes* (los duendes mayas), que, en sus apariciones en las ruinas mayas, dejan en el camino del futuro

omnipresencias, ubicuidades que se cortan o alargan; pasados, presentes y futuros que se superponen. Más bien, ciñéndonos a esta escala de lo terrenal, habría que salir de las figuras que en torno a los mayas se han construido tanto por la academia colonizante, como por las miradas actuales del turismo: salir del *Quincunx* académico y del *Quincunx* turístico (Castillo, 2004; Avilez, 2018) como primer pasaporte hacia el reino diverso del “*Mayaland* pandémico”. En segunda, tenemos que entender que no existe una historia del COVID entre los pueblos indígenas o una historia del COVID entre los mayas, sino *historias* del COVID entre los mayas, y que, a veces, estas historias se silencian por las miradas hegemónicas y colonizantes de una academia cosificante. El reto es hacer que esos múltiples silencios, crecidos en la cotidianidad de las comunidades y fuera de ellas, nos digan algo, nos remuevan. “El silencio está poblado de voces” es una frase certera que Octavio Paz le endilga a Sor Juana, y esta frase nos sirve de herramienta acústica para escuchar esas voces silenciadas en tiempos de la “posverdad”, de la infodemia y la hiperconectividad pandémica.

Las historias del COVID entre los mayas habría que entenderlas según quién nos las narre: ¿un maya católico, un maya presbiteriano, un maya poeta, un maya filósofo, un maya universitario, un maya campesino? El hecho como tal existe: una pandemia que se originó en luengas tierras chinas para venir a tierras mesoamericanas y abarcar a todo el planeta en menos de medio año. Pero la narrativa en torno a ella es construida desde el caleidoscopio de los múltiples puntos de vista de quien lo narra: es un diverso *Mayaland* pandémico. ¿Cómo vieron la pandemia los mayas? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que existen diversas narrativas que provienen de personas, que los elementos identitarios antropológicos –es decir, la lengua, adscripción, el lugar, las tradiciones y costumbres- podrían ser considerados como tal. No podemos hablar de una visión única de la COVID-19, de un imaginario colectivo horizontal, transversal y “holístico”, porque referenciamos nuestros análisis a un *sui generis sastún iknalítico* que podemos construir –a falta de un “*alux* clionáutico” que nos diera el cristal para hablar de forma totalitaria, en términos rankeanos, de la historia tal y como ocurrió- y que podemos denominar

chamán el *sastún*, su juguete, para darles el “don” para convertirse en hechiceros.

como la “*iknal-historia*” (Juan Castillo Cocom, entrevista, 9 de junio de 2022). Es decir, las narrativas en torno a la COVID-19 son construcciones culturales diversas, diversas incluso en el seno de la “cultura maya”. Hay un hecho como tal: la pandemia, pero existe una multinarrativa compuesta de multipresencias y ausencias interpretativas –etnias, religiosidades, clases sociales, género y educación- en la variopinta y caleidoscópica colmena maya actual. En esa interpretación múltiple de la COVID-19, hay que entender que la historia infodémica o la historia de las noticias que se propagaban más que los contagios por el mundo de las redes sociales, la “historia Gatell” era una historia reinterpretada por el individuo. Por ejemplo: todos sabemos, más o menos, que el virus ataca a los pulmones y puede ser letal dependiendo del estado físico del individuo que lo contraiga. Demos una *iknal-historia* primera para entender estos significados ocultos con los que el individuo maya reinterpreta, tacha, enmienda, o bien, destaca en su narrativa.

LA IKNAL-HISTORIA DE NARCISO Y LA CEIBA

Narciso⁷ trabaja en una escuela de la Península. A fines de julio de 2020, la primera ola del COVID-19 golpeó a su pueblo. Narciso se contagió y, lamentablemente, falleció. Él era, además de alto, rechoncho. Las referencias clínicas nos podrían hablar de su sobrepeso para explicar el deceso. Pues bien, en marzo de este año 2022, en una plática que tuve con un profesor de la misma escuela donde laboraba Narciso, aquel me explicó que tal vez el deceso de Narciso se debiera, no al COVID-19 en sí mismo, sino a que unos meses antes había cortado más de dos ramas de un *Ya'axche'*, de una ceiba que se encontraba en el centro de la plazuela de la escuela. Resulta que alrededor de esa ceiba se habían hecho algunas “ceremonias mayas interculturales” y el profesor me aseguraba:

7 Salvo las entrevistas a los poetas mayas Donny Brito May e Ismael Briceño Mukul, así como el caso de Xoy, todos los nombres de personas que utilizo para las *iknal-historias* han sido cambiados. Los nombres de los pueblos son reales.

“Ahí existen energías que, si no las respetamos, pueden ser funestas”. Termino la *iknal-historia* primera.

¿Cómo es posible entender esta manera de explicar un deceso? Por supuesto, no obviando los marcos interpretativos donde la hermenéutica, las creencias, las supersticiones o las ideas del individuo juegan mucho para narrar el hecho. La idea es no hablar de la enfermedad en sí misma ni de los hechos suscitados por la pandemia (aunque, desde luego, es importante resituarla en una escala local-regional-nacional-global), sino que, utilizando la *iknal-historia* tenemos que enfocarnos en las narrativas de quien nos dicta el regreso a la pandemia. La idea de las *iknal-historias* descansa no solo en los trabajos de Hanks (1990) y Castillo y Castañeda (2021), sino en lo que Navarrete entiende como el cronotopo mesoamericano, distinto al cronotopo occidental: “Frente a la unidad del cronotopo histórico occidental el rasgo notorio de los cronotopos históricos mesoamericanos es su pluralidad y variedad” (Navarrete, 2004: 40). Pero, despejándonos un poco de las ideas de Navarrete, no podemos obviar, desde luego, que la “unicidad” actual de los pueblos indígenas –en este caso, del “pueblo maya”- no es tal, sino que, durante los procesos de conquista y colonización, estas pluralidades y variedades de historias fueron cercenadas, y los pueblos indígenas construyeron nuevas narrativas entremezcladas con las narrativas occidentales.

La *iknal-historia* contribuye a las nuevas formas de mirar a las historias fragmentadas, desde los marcos de la filosofía y la historia indígena del tiempo presente. Sirven también para entender que los hechos históricos afectan, sí, pero de forma multánime, y en la narrativa se hace tan discontinua, pero también se pluraliza el contar. En la narrativa *iknal-histórica* existe un hecho –la pandemia- pero la interpretación del hecho está cribada por otras narrativas: cristianas, científicas, ideológicas, políticas, ateas.

Cuando se intenta comprender la COVID-19 a través de los imaginarios academicistas que se tienen de los mayas no se puede entender, ya no digo el silencio, sino las voces de los mayas actuales. La única forma de comprender es haciendo de lado las ideas en torno a los mayas y resituarnos en el hecho de que la identidad maya como tal se encuentra en constante creación. Es decir, un

maya actual no puede ser visto a la manera como el fárrago de la literatura clásica (la dupla Robert Redfield-Villa Rojas y sus posteriores epígonos y heresiarcas) los ha esculpido en un mármol identitario y, a veces, carcelario. Es decir, no puede ser solamente “ritualero” que hable maya, que practique la tradición o haga milpa. Tal vez pueda ser ritualero, hablar maya, practicar las tradiciones, hacer milpa y no considerarse –en términos de la moderna “autoadscripción”– maya. Tal vez este maya ficticio sea el último de los antropólogos jugando a la otredad. Y en ese sentido, ¿quiénes son los mayas que vivieron la pandemia? Difícil saberlo. Lo que sí sabemos es que existió la pandemia y que existen personas que son consideradas por esa literatura identitaria antropológica “mayas” (aunque puede que no lo sean) y que tuvieron experiencias y explicaciones para la pandemia, y en estas “experiencias” y explicaciones vamos ahora a tratarlas con el flujo de algunos relatos *iknal-históricos*.

LA IKNAL-HISTORIA DEL GUARDIÁN DE LA SEMILLA Y LA LUCHA DEL PUEBLO DE XOY

El 30 de abril de 2020, arguyo que fue un día triste para muchos: la muerte de Óscar Chávez, por la COVID-19, me golpeó en lo más íntimo de mi pasado de lucha contra la barbarie política en un pueblo al sur de Yucatán. Crecí con sus canciones de protesta, de conciencia y de lucha. De algún modo, los discos del Caifán mayor ayudaron para el inacabado proceso de democratización en el país. Inacabado y, además, en aquellos días primeros de contingencia global por el virus SARS-CoV-2, muchas de las pulsiones autoritarias regresaban invocando discursos hipócritas de defensa sanitaria. Un pueblo maya al sur de Yucatán, Xoy,⁸ fue víctima de ese regreso claro del fascismo pandémico.

Eso ocurría en muchos países, y en Yucatán no fue la excepción, con municipios con una flaca tradición democrática. Es el caso del municipio sureño de Peto, que en ese tiempo de la pandemia de 2020 era gobernado por

8 Sobre Xoy, véase Rivera (1976).

un prisma local. Desde fines de marzo y todo abril de 2020, bajo el pretexto de vivir en una situación inédita a causa de la COVID-19, y festinado además por un gobierno panista estatal, en la Villa de Peto se dieron una serie de zancadillas al estado de derecho, a los derechos humanos, a la dignidad de las personas y al orden constitucional: desde “toques de queda”, cierre de “fronteras” intermunicipales⁹ y mucha presión mediática mediante las redes sociales de la presidencia municipal para acallar las voces que estaban en contra de las acciones que había tomado dicho gobierno municipal. Y es que desde que había iniciado la contingencia sanitaria por la COVID-19, en marzo de 2020, en el municipio de Peto las violaciones fragrantas a los derechos humanos por parte del gobierno local se dieron de forma reiterada.

La gota que derramó el vaso sucedió el 30 de mayo de 2020: la muerte de un campesino maya, Bernardino Canul Xix (1959-2020), don *Dino*, que además era un miembro activo de un grupo mayense de milperos defensores de las semillas nativas, llamado Guardianes de las semillas,¹⁰ disparó la rabia de los habitantes de Xoy, que consideraban a Canul Xix como un protector de lo más sagrado para el milpero de esta región del cono sur de Yucatán: las semillas de maíz nativas. La muerte de Bernardino Canul había ocurrido el 29 de abril en Tekax y el 30 de abril, mediante un “en vivo” en sus redes sociales y en las redes del Ayuntamiento de Peto, el presidente de ese municipio, Edgar Calderón Sosa, sostuvo que don Bernardino había muerto por COVID-19 y que Xoy iba entrar en cuarentena y en “toque de queda”, no permitiéndoles a ninguno de esa comunidad maya salir de ahí ni para comprar medicinas o víveres a Peto. Los de Xoy, en asamblea política y organizativa, el 1 de mayo, en la pequeña plazuela de la comunidad, acordaron de forma unánime protestar de forma pacífica por sus derechos. Su protesta se trató de una marcha de buena parte de los hombres de la comunidad (jóvenes, viejos y hasta niños) que partiría del pueblo de Xoy hacia el retén que los dejaba sin acceso a la villa

9 Es decir, no se aceptaba que en la cabecera municipal de Peto personas provenientes de las comunidades de alrededor, como Xoy, que forman parte de la jurisdicción municipal, entraran a la cabecera misma.

10 Sobre los guardianes de las semillas, véase Rosales y Cervera (2020).

de Peto. Al saber la problemática por la que pasaban no solo los xoyenses, sino por la forma tan humillante con que se violentaron los derechos humanos de una persona maya, Artículo 19 y el Grupo Indignación presentaron un comunicado a la opinión pública de Yucatán, en el que expresaron que la forma de usar y difundir información y datos personales contribuía a la estigmatización del pueblo maya, poniendo en peligro la vida de los miembros de la familia del campesino fallecido. Del mismo modo, señalaron la falta de estrategias “focalizadas” para asegurar el acceso a la información accesible de las poblaciones indígenas (Indignación-Artículo, 2020).

La comunidad misma de Xoy veía en Bernardino a uno de sus líderes agrarios, a uno de aquellos hombres sabios que ayudó mucho para la soberanía alimentaria, por darle las semillas de la milpa a los campesinos del sur y de toda la Península con las “ferias de las semillas”, de las cuales él fue entusiasta participante, donde se propicia el intercambio de conocimientos y se refuerza a la comunidad maya. Bernardino, don *Dino*, fue querido tanto dentro como fuera de la comunidad, y, por eso, la forma como trataron su muerte, en los primeros meses de la pandemia, levantó mucha molestia a nivel regional.

Uno de los hombres que más conoció al guardián de la semilla, el activista y periodista maya, Bernardo Caamal Itzá, me comentó que Bernardino mejoró y luchó por las semillas del maíz, que fue uno de los “mejoradores de maíz nativo desde la perspectiva campesina”. El conocimiento de Canul Xix lo obtuvo del otro xoyense que debería estar escrito su nombre en cada libro de agroecología maya: Rufino Chi, el creador de la semilla *Naal Xoy*. A la muerte de Chi, Bernardino Canul Xix siguió esa línea de investigación campesina de mejoramiento del maíz, asesorado por el doctor Luis Dzib, de la Universidad Autónoma Chapingo. Canul Xix pertenecía al colectivo Guardianes de las Semillas de Xoy, y al grupo estudioso de las cabañuelas mayas, el *Xok K'iin*. Es por eso que la comunidad de Xoy, los familiares de Bernardino, para esas fechas, elevaron una protesta contra el Ayuntamiento priísta de Peto, exigiendo disculpas públicas por falsear información.

En una entrevista que le hice aquellos días a Bernardo Caamal Itzá, me comentó que la COVID-19 estaba justificando entradas de dinero mal habido

en la Villa de Peto y de todo el municipio, pues los clandestinos y la venta de droga habían brotado como hongos en tiempos de lluvia. Bernardo me señaló algo que hay que rescatar: la idea de que el Ayuntamiento de Peto¹¹ le tenía rencor a los de Xoy, porque, como ejido, Xoy ha sido el más autónomo, y el difunto don *Dino* fue uno de los líderes más aguerridos. Previo a su muerte, los familiares de Bernardino Canul Xix lo llevaron a Peto para que fuera atendido de su asma crónica, pero no los dejaron pasar: dos horas, de doce del día a dos de la tarde, estuvieron en el retén, en pleno sol, esperando que alguien se dignara para que pasaran. De Peto fue enviado a Mérida, y de ahí a Tekax. En Tekax murió, se le hicieron estudios y no resultó positivo a COVID. A pesar de eso, el Ayuntamiento priísta de Peto nunca dejó de insistir que murió de COVID-19.

Xoy se ha caracterizado por ser un pueblo autónomo, hay estudios etnográficos e históricos que avalan su autonomía, algunos cronistas recientes lo han señalado como el pueblo “custodio del maíz y de la religión maya”. El difunto Severiano Cauich, otro de aquellos líderes de la comunidad, durante casi treinta años organizó el *Chàa cháak* más grande de toda la Península: participaba todo el pueblo y pueblos circunvecinos en un inmenso ritual maya de pedimento de lluvias, durante la segunda semana de agosto. Del mismo pueblo es la semilla nativa más importante creada por manos mayas, el *Nal xoy* (de *Nal*, elote, y *Xoy*, nombre del pueblo), que se caracteriza por su gran resistencia a las plagas y a la sequía y da muy buenas cosechas.

No podemos obviar y pasar por alto que en varios municipios yucatecos todavía existen esas divisiones “interétnicas” entre la sociedad maya y la sociedad mestiza. ¿Por qué los *dzules* y hasta los *kaàs dzules* de Peto le tienen odio a la comunidad de Xoy?¹² No es la primera vez que un gobierno municipal intenta fragmentar con vileza rastrera a la comunidad.

Don *Dino* fue el comisario ejidal que en la década de 1990 le dijo “no” al PROCEDE salinista. Y años después, cuando un gobierno panista les quiso qui-

11 Gobernado en su mayoría por mestizos.

12 Términos como *Dzul* o *kàs Dzul* refieren a los no indígenas de los pueblos yucatecos.

tar una parte de su ejido, los de Xoy dijeron “no” de nuevo. En enero de 2014, contra la voracidad de Telmex y los caciques municipales, los campesinos otra vez dijeron no para defender su ejido.

Y aquí entra la *iknal*-historia de la resistencia: Los caciques priístas y panistas de Peto le tienen rencor a los de Xoy porque ellos han practicado la autonomía de todas las formas posibles: haciendo sus milpas, invocando a los *yumtsilo'ob* (*cháakes*, *báalames* y *aruxes*) con sus rituales agrícolas, defendiendo sus derechos como pueblo maya, creando semillas mejoradas y siendo guardianes de ellas.

Si existe el ejemplo de un “sabio local”, ese fue Bernardino Canul Xix. La perspectiva intercultural en la educación nos insta al diálogo franco con los campesinos, en un horizonte de apertura epistémica. La *iknal*-historia pone como baluartes del conocimiento, no al “experto” graduado en un postgrado abstruso con temáticas imbebibles, sino a la gente de los pueblos, a las “clases subalternas” (Ginzburg, 2008: 9-28), a los campesinos que hacen reverdecer la milpa, conservarla “año tras año”, “ciclo tras ciclo”. Bernardino, con palabras sencillas, decía de su trabajo en un documental de 2019:

“Yo sé que vengo a hacer algo bueno, a hacer mi trabajo, a cumplir y a transmitir conocimientos. Porque nuestras variedades [de maíz] no queremos que se extingan, que se pierdan, queremos tener la mayor parte de variedades que lo han trabajado nuestros abuelos, nuestros ancestros. Y tratar de dejárselo a los que vienen detrás de nosotros con una sabiduría buena, con una buena calidad, es nuestra mentalidad, tratar de tenerlo y dejarlo en buenas manos, a nuestros hijos y a los que vienen detrás de nosotros. Conservar el maíz es sembrarlo, sembrarlo ciclo tras ciclo, que es año tras año (Vitorín, 2019).”

Siempre les digo a mis alumnos de licenciatura: el conocimiento es colectivo, una construcción de todos, mía y de ustedes y de ambos, no debemos quedarnos en esta aula cerrada donde se corta el pensamiento y la imaginación, hay que salir de ella y adentrarnos en la comunidad, regresar a la comunidad para hacer *iknal*-historias.

IKNAL-HISTORIAS DEL COVID CON ESTUDIANTES MAYAS UNIVERSITARIOS

En Naranja, pueblo de José María Morelos, Quintana Roo, los primeros meses de la pandemia las cosas sucedieron como en la mayor parte de los pueblos mayas de la Península: medidas estrictas para entrar y salir de la comunidad, se puso un retén las 24 horas del día turnándose en la vigilancia, y las asambleas ejidales y otras congregaciones que implicaran más de diez personas se suspendieron. Los pueblerinos de Naranja vivieron esa encerrona de una forma pasable porque programas federales como Sembrando Vida, Jóvenes Construyendo el Futuro, dieron trabajo y becas a los de Naranja. Al parecer, las cosas en Naranja, una comunidad a distancia de más de seis horas de Cancún en auto, fueron tersas. Pero si le preguntamos a uno de la comunidad que, fuera de todo eso, ¿qué recuerdo más prístino guarda de los primeros meses de pandemia? Las respuestas pueden dar la tónica de aquellos días:

“Lo viví con temor. En abril-mayo de 2020, cuando se puso la vigilancia, un día un ejidatario se puso a hablar frente al filtro sanitario del pueblo, y dijo lo siguiente: que la enfermedad no existía, que todo era un invento del gobierno. Y que las personas que estaban en los filtros vigilando solamente estaban ahí por querer sacar algo, por querer que los mantengan. Dos o tres meses después que este ejidatario dijera estas palabras, se le murió su madre y su padre de dicha enfermedad. Y después a él le dio. El hombre ya estaba a punto de morir, pero por fortuna se curó. Con un arrepentimiento, lamentó haber hablado como lo hizo, al negar la enfermedad. Desde ese momento, la gente del pueblo comenzó a tener más precaución, pues muchos, como el ejidatario, no creían que esa enfermedad existiría (WGC, entrevista. 20 de mayo de 2022).”

En otra parte de estas *iknal*-historias del COVID se describe cómo la comunidad no es tan “solidaria” en un contexto de crisis:

“A mediados de 2020, una persona de la tercera edad falleció en el pueblo, pero no por el COVID, sino que de forma natural, por los años. El señor tenía a buena parte de sus familiares viviendo en Cancún, que durante 2020 y 2021 siempre fue el epicentro de la pandemia a nivel regional. El caso es que

sus familiares querían despedirse, pero la gente de Naranjal negó el acceso al pueblo. No bastaron las súplicas ni las pruebas COVID que presentaron los familiares y que indicaban negativos a COVID. La gente no creía. Los del filtro sanitario de Naranjal les dijeron a los familiares del difunto: ‘si se quieren despedir, que se despidan a la entrada del pueblo, detrás del cerco’. Entonces, los familiares de dentro del pueblo rentaron un auto, subieron el féretro con el cadáver y lo llevaron a la entrada del pueblo donde estaba el filtro sanitario. Ahí, los familiares de Cancún se despidieron, detrás de un cerco (WGC. Entrevista. 20 de mayo de 2022).”

En San Diego, otra comunidad maya de Quintana Roo, cuyos habitantes, como los de Naranjal, son descendientes de repobladores del sur de Yucatán, la situación espacial de la comunidad es muy similar a este último pueblo. Ambos pueblos no se encuentran a la vera de la carretera federal que comunica el sur de Yucatán con Chetumal y Cancún. Para llegar a San Diego, uno tiene que adentrarse algunos kilómetros de la carretera federal, entre Dziuché y La Presumida. San Diego colinda con las aguas de la laguna Esmeralda, que es parte de la laguna de Chichancanab. La narración de cómo pasaron los de San Diego los años de la pandemia, es descrito por ZC, en una entrevista del 20 de mayo de 2022:

“En el ámbito económico, la pandemia no impactó tanto en mi comunidad. Por fortuna, todos los días teníamos qué comer, pues, como saben, en las comunidades hay gallinas, cerdos, ganado. El problema que se tuvo fue más en cuanto al aislamiento. Se cerró la entrada visible al pueblo para los que se fueron a vivir o a trabajar a Cancún y Playa del Carmen. En la comunidad hay otro camino que conduce a La Presumida, y es bajo el monte. Por ahí pasaban todos los que venían de las zonas turísticas. A algunos también los metían al pueblo en la cajuela de los autos, o en la madrugada los pasaban cuando un pariente se encontraba en el filtro, porque eran parientes lo dejaban pasar. Durante la cuarentena, tres familias se confrontaron porque supuestamente un integrante tenía COVID. Se metió el delegado en el pleito y no supo calmar los ánimos, casi se hace una guerra campal en el pueblo, pero todos sabíamos que detrás de esto igual estaba la política para ver quién quedaba como delegado.

Ese problema corrió por todo el municipio, se subieron en las redes sociales, llegaron las patrullas, y al final, los ciudadanos que causaron el problema, los supuestamente infectados, no tuvieron más remedio que salirse y volverse a la ciudad. No tardaron mucho tiempo en la ciudad, regresaron cuando la misma gente de San Diego se fastidió de estar cuidando el filtro que nadie respetaba. Y es que muchos de la comunidad son albañiles, y tienen que salir a Tulum, a Playa y a Cancún para conseguir trabajo, pues durante casi todo el 2020 no habían ido a trabajar y necesitaban dinero para poder solventar sus gastos (ZC, entrevista. 20 de mayo de 2022).”

En otra entrevista que realicé a estudiantes universitarios mayas, me refirieron el caso de Polyuc, Quintana Roo. Para abril de 2020, en Polyuc se erigió en sus dos entradas el filtro sanitario. Se juntó todo el pueblo en el parque principal. Muchos de los que asistieron tenían miedo al contagio. El delegado habló que desde ahora habría que cuidarse y se llegó al acuerdo de hacer grupos rotativos para que en ningún momento estuvieran sin vigilantes los filtros y pasaran personas de otros lugares al pueblo. Y es que muchos querían pasar y regresar al pueblo: gente de Playa del Carmen, de Cancún, de Tulum estaba bajando a las comunidades como Polyuc porque se habían quedado sin trabajo. La regla era no dejar pasar a gente de fuera de la comunidad, pero sí a los familiares que durante años se habían radicado en la zona norte del estado:

“Durante la pandemia vi a muchas personas que no conocía, eran de Polyuc, pero se habían ido del pueblo muchos años atrás. La comunidad estaba repleta los primeros seis meses de la pandemia (marzo-septiembre). El filtro duró apenas una semana, y la comunidad vecina de Chunchuhub nos ganó con el tiempo de sostenerlo, pues ahí el filtro duró hasta tres meses y medio y no dejaban entrar a nadie. Nosotros no, dejamos pasar a todos los polyuquenses que se fueron y que buscaron refugio nuevamente en la comunidad. Puedo decir que, en lo económico, la pandemia sí golpeó al pueblo porque casi todos los que conozco laboran en Tulum, en Playa del Carmen, y pues al bajar a la comunidad con sus ahorros, y al durar más de lo que duró la influenza de 2009 cuando igual se desplomó el turismo, esta nueva pandemia de COVID-19 puso en aprietos a los trabajadores que regresaron al pueblo, y pues, a pesar de los casos que seguían siendo considerables y sostenidos, desde julio de 2020 comenzaron a regresar

a las zonas turísticas a buscar trabajo, aunque todavía estaba lo del COVID y sin vacunas. Desgraciadamente, a los ancianos y mayores de edad atacó más ese 2020, ellos eran los más vulnerables. En Polyuc como diez abuelos mayores de 70 fallecieron, y a varios les dio la enfermedad, pero lo superaron. Uno de los abuelos que murió era un hierbatero del pueblo; él era un experto conocedor de la medicina tradicional, de hierbas, raíces, contras para el mal aire, y demás. Ese hierbatero ayudó mucho, curó a más de 30 personas que estaban al borde de la muerte por la enfermedad. Durante los primeros meses de pandemia, y cuando comenzaron los casos en el pueblo, lo veías al viejito atendiendo a personas en un tinglado a las afueras del pueblo, o muy de madrugada salía con su sabucán y su coa, acompañado por un perro, para internarse al monte del ejido a buscar las hierbas o una raíz que le faltaba y que solo él conocía su nombre para curar a los enfermos. Lamentablemente, expuesto a la enfermedad de forma permanente, había logrado curarse en dos ocasiones. A la tercera, su cuerpo ya no pudo más (LFP. Entrevista. 20 de mayo de 2022).”

IKNAL- HISTORIA DE CUANDO MAHAS SE CERRÓ AL MUNDO

Una de las imágenes que nos dejó los primeros meses de la pandemia fue el cierre de la mayoría de las comunidades indígenas de casi todas las regiones de México: en la mixteca oaxaqueña, en la montaña guerrerense, en la sierra de Puebla, con los zapotecas, los huicholes, los purépechas; en los pueblos indígenas de Morelos y Veracruz, las comunidades indígenas decidieron cerrar sus fronteras. Alrededor de 300 municipios indígenas de todo el país habían puesto barricadas, albarradas, filtros y bloqueado los accesos a ellos (García, 2020). Aunque podría alegarse de que esto rompía con los derechos humanos y lo que se estipula en la Constitución federal respecto al derecho a circular libremente por el país, lo cierto es que podemos ver estas manifestaciones de aislamiento en tan siquiera dos perspectivas: una perspectiva tiene que ver con la terrible desigualdad en materia de salud en las regiones indígenas, donde no solo escasean los médicos, sino las medicinas más elementales. Las comunidades indígenas querían aislarse de un virus global en un mundo global e hiperconec-

tado (y el turismo es una de esas vías rápidas de la conexión mundial), romper todo amarre con el mundo de afuera, en momentos en que el mundo mismo, mediante las distintas redes y dendritas de la globalización, ya estaba con ellos, en sus comunidades, desde hace bastantes ayer.

La segunda perspectiva tiene que ver con esa hermenéutica comunitaria a los dichos del gobierno: mientras que durante los primeros meses que duró la Jornada Nacional de Sana Distancia no faltaba ni un día que por las redes sociales, la televisión y la radio se remachara la idea: “Quédate en casa, quédate en casa”, en la interpretación que uno haría de la “naturaleza multiescalar del territorio”, mi casa, que es “mi rincón del mundo”, en los tiempos pandémicos se convirtió para los pueblos indígenas en “mi territorio próximo” (Giménez, 2007: 149-174), en mi pueblo-casa. Y a mi casa la tendremos que defender de la peste que viene con los intrusos. Mi casa es mi *naaj* en maya yucateco, pero también se convierte en mi *kuchteel*, en el barrio de mi pueblo, para llegar a ser por fin mí *kaaaj*, mi pueblo, mi “santo *kaaaj*”. Rememorando un poco la historia de la Guerra de Castas, podemos ver por un momento a los hombres y mujeres que construyeron sus filtros sanitarios en las entradas de los pueblos como los famosos “bomberos” de la Guerra de Castas, los guardianes que se apostaban en las afueras de los pueblos con una “bomba de pólvora” y la hacían prender cada vez que llegaban intrusos a invadirlos (Avilez, 2022).

La comunidad de Mahas, comisaría del municipio de Tixcacalcupul, del oriente de Yucatán, es un pueblo que fue repoblado por peones liberados de las haciendas cuando en Yucatán llegó la Revolución en 1915. Forma parte de los pueblos de la frontera entre Yucatán y Quintana Roo que fueron despo- blados cuando la Guerra de Castas. Es famosa por albergar unas “trincheras”, arquitectura militar de la Guerra de Castas. Es milpera y sus habitantes hablan, casi todos, la lengua maya. Durante mayo de 2020, haciendo uso de las redes sociales, este pueblo tan apartado y oculto del Yucatán profundo decidió ais- larse “del mundo”.

El 4 de mayo de 2020, el presidente municipal de Tixcacalcupul, Josué Rubén Tun Hoil,¹³ envió una circular con el carácter de “urgente” a las autori-

13 Su periodo de gobierno municipal fue de 2018 a 2021.

dades de las comunidades bajo su jurisdicción. En esa circular se restringía el acceso a empresas de productos no básicos en las comunidades de Tixcacalcupul por órdenes del Ayuntamiento que presidía y de la Secretaría de Salud estatal de Yucatán. De X-Tobil a Ekpedz, pasando por Poop y, por supuesto, Mahas, no podrían entrar desde ese momento más que empresas que vendían productos básicos. Y esto “con el fin de evitar el contagio del COVID (coronavirus) que actualmente está afectando a nuestro estado y a nivel mundial”. De inmediato, y esto a pesar de ser pueblos que están empotrados en la frontera donde se hace difícil el internet, los de Mahas, mediante su página oficial, pusieron manos a la obra. Mediante la magia de las redes, seguí a los de Mahas en sus acciones diarias, como mover una piedra inmensa para clausurar la entrada a la comunidad y decir “No al COVID”,¹⁴ o bien, cortar ramas de árboles para crear una nueva “trincherá” y cerrar de forma total su acceso.¹⁵ El día 5 de mayo de 2020, mediante sus redes, los de Mahas hicieron saber lo siguiente:

“Debido a la contingencia que estamos viviendo a nivel nacional, nos sumamos a la sana distancia, a quedarnos en casa por casos positivos que se han confirmado en los municipios cercanos de Chikindzonot, Tekom y Chichimilá. La cabecera municipal de Tixcacalcupul ha autorizado el cierre total de las comisarías de Ekpedz, Poop, San José, Mahas e X-Tobil. El día 4 de mayo Mahas cierra parcialmente la entrada a su comisaria, ya que transitan varios carros provenientes de Chikindzonot al igual de carros provenientes de Tixcacalcupul que transitan a Valladolid diariamente, ya que no están respetando la sana distancia y toman el riesgo de contraer el virus del COVID-19. A todos los vehículos que quieran acceder o salir de la comunidad se les negará el acceso, ya que la gente del pueblo ha tomado el acuerdo de no dejar ingresar ningún vehículo” (Facebook de Mahas, Yucatán, México, 5 de mayo de 2020).¹⁶

14 Puede verse el video en la liga siguiente: <https://www.facebook.com/MahasTixcacalcupul/videos/240483623825468>

15 <https://www.facebook.com/MahasTixcacalcupul/videos/253897565752478>

16 Por cuestiones de agilidad de lectura hice una corrección ortográfica y gramatical del texto.

Ese mismo día 5 de mayo, en la “trinchera” de Mahas que no era un filtro sanitario que se podía mover, sino un amontonamiento de ramas, maderos y piedras pesadas, el presidente municipal de Tixcacalcupul se presentó. En el video que se subió al Facebook de la comunidad de Mahas,¹⁷ está plagado de un sarcasmo histórico: “En plena contingencia, cae [Josúe Rubén Tun Hoil] en las trincheras de Mahas. El presidente venía, en menos de 24 horas, a desdecirse su circular.” Apuntaban los de Mahas:

“El día de hoy, a temprana hora, el señor presidente de Tixcacalcupul llegó a la comisaría de Mahas y fue sorprendido en la entrada, ya que se le estaba negando el acceso, pero ese no era el punto a tratar, sino que su inconformidad fue su mala coordinación que tuvo, ya que él dio el permiso de que se cerraran las entradas; así que cae el presidente en plena contingencia, ya que durante su... presidencia nunca da la cara, y aprovechó la gente a salir a gritarle la mala administración que ha tenido” (Facebook de Mahas, Yucatán, México, 5 de mayo de 2020).

La *iknal*-historia que presentamos de la comunidad de Mahas tiene varias interpretaciones. En primera, como hemos dicho, los mismos gobiernos federales, estatales y municipales contribuyeron para que las comunidades se aislen. En segunda, tiene que ver con el hecho de que ninguna comunidad es un mundo cerrado, y los de Mahas hicieron gala de las redes de comunicación para “viralizar” sus actuaciones. Los de Mahas, del mismo modo, al organizarse para defender a su comunidad, la defendían no solo de un virus global, sino de los gobiernos municipales.

A MODO DE CONCLUSIÓN: LA IKNAL HISTORIA DE UN POETA MAYA DE LA COMUNIDAD DE SACALACA

Sacalaca, del otro lado de la frontera yucateca, en el estado de Quintana Roo, es una población de poco más de un millar de habitantes, y podría decirse que fue de las pocas comunidades mayas de la región que nunca decidió “cerrar

17 <https://www.facebook.com/MahasTixcacalcupul/videos/656718938220339>

sus fronteras” en ningún momento de la pandemia: ni en el periodo de la Jornada Nacional de Sana Distancia ni en las sucesivas “olas” –de la primera a la cuarta- del COVID que pasó el país y la región peninsular de 2020 al 2021.

El profesor y poeta maya Ismael Briceño Mukul, originario de Sacalaca, me cuenta que a aquella comunidad llegó a mediados de junio el primer caso de COVID: “La trajeron los hijos de unos ingenieros que vivían en Cancún. La mayoría del pueblo no aceptó que se trataba efectivamente de COVID, sino que se restringieron a decir que era solo una ‘tos fuerte’, con calenturas que tumbaban varios días en la hamaca, pero eso no era motivo para irse al hospital porque, en primera, no había más que un consultorio sin médico, y el más cercano es uno deficiente que se encuentra en la cabecera municipal, José María Morelos, a 55 kilómetros de Sacalaca. Y empezaron a enfermarse los sacalacenses de esa ‘tos fuerte’. Fueron espaciados los casos al principio, pero el pico fue una meseta que abarcó de octubre a diciembre de 2020, cuando hubo muchos enfermos de esa ‘tos fuerte’ que no querían nombrarla los de Sacalaca como COVID, y ni forma había de hacerse pruebas porque tampoco eso había en el pueblo.

“Al principio se enfermaban y morían los viejitos. De octubre a diciembre de 2020 murieron en total 15 sacalacenses, la mayoría, personas de la tercera edad. La gente dudaba de que se tratara de esa enfermedad. Cuando un señor de 50 años murió, la gente del pueblo explicó su deceso diciendo que porque el médico que fue a ver a la cabecera municipal le recetó que, para bajarse la fiebre que tenía, se bañara con agua fría. Tres veces se bañó, y a la tercera murió. Aun así, hubo un incrédulo amigo del difunto que, “para comprobar que no se trataba de coronavirus”, fue al velorio, abrió la caja y le dio un beso en la frente al cadáver: ‘¡No es coronavirus!’, empezó a contar por todo el pueblo. A la semana siguiente murieron los suegros y una de las hijas del incrédulo. La gente del pueblo seguía sin aceptar que el coronavirus había llegado a Sacalaca, pero la mayoría de las personas del pueblo estaba infectada, y dejaron de salir a las calles, no por miedo, sino porque estaban muy débiles sus organismos por tanta ‘tos fuerte’ y fiebres excesivas que venían arrastrando.”

Algo que recuerda Briceño Mukul es que en los “tiempos de la pandemia”, las fiestas, los gremios, las vaquerías y demás celebraciones comunitarias

siguieron efectuándose en este pueblo, aunque con sus precauciones debidas. Algo interesante: negaban nombrarle “coronavirus” a esas “toses fuertes”, pero el cubrebocas era requerimiento cuando se acudía a la cabecera municipal y para algunas “fotos que se subían en redes”, tal vez para esquivar la vigilancia de las autoridades municipales. Pero en el pueblo –y lo mismo sucedió en otras comunidades mayas como Tahdziu, municipio maya al sur de Yucatán– muy pocos se ponían cubrebocas. Apunta Briceño:

“Aunque mi familia y yo mismo nos enfermamos del COVID, yo pasé la pandemia de una forma normal, como en años anteriores. Creo que en el pueblo no era el miedo a la muerte lo que más se pensaba, sino a las posibles infracciones por realizar las fiestas patronales, así como gremios y vaquerías. La gente no estaba preocupada por morir; ellos lo dejaban todo a la voluntad de Dios o de sus santos. Por eso, para que obtuvieran la protección divina, le hacían fiestas y gremios y misas a San Francisco de Asís, a la Virgen de la Candelaria y de Guadalupe, a las Tres Cruces y San Antonio de Padua. Y cuando todos los pueblos se estaban cerrando y poniendo barricadas y filtros de acceso, los de Sacalaca y su delegado municipal nunca pusieron filtros de acceso, nunca se cerró a nadie. En Sabán cerraron, y los de Xquerol cortaron un árbol enorme para impedir el acceso de la gente de Ichmul porque supieron que en Chikindzonot ya había casos. Sacalaca nunca se cerró, y, contrario a la mayoría de los pueblos, aceptó a toda la gente que no habían aceptado en sus pueblos de origen; vino gente de Sabán, de Tihosuco, hasta vendedores de otros lugares tuvieron un lugar en Sacalaca. Y es que, como se dijo en asamblea pública, lo primero que estaba en juego en esta pandemia no era la salud, sino la dignidad humana” (Ismael Briceño Mukul. Entrevista. 12 de mayo de 2022).

Tal vez lo que más recuerden los sacalacenses –y la mayoría de la gente de los pueblos mayas– durante los primeros meses del confinamiento fue cuando comenzaron a “escasear las cervezas”. ¿Cómo puede haber una fiesta de pueblo sin cervezas? Los clandestinos hicieron acto de presencia, pero esto fue momentáneo, porque la orden de que las compañías cerveceras no reestablezcan sus operaciones repercutió tal vez más que el mismo coronavirus. Fue el 1 de junio de 2020 que las cervecerías de la Ciudad de México y Nuevo León retomaron operaciones. El confinamiento pandémico de 2020 se dio

en un estado seco, y en ese largo trance, de fines de marzo pasando por todo abril y mayo de ese año, hubieron situaciones mágicorealistas, como comprar “planchas” de cervezas de lata que llegaron a costar cifras exorbitantes que rondaban los 1,500 pesos, o una sola pieza de “caguama” a 250, o botellitas de aguardiente Tonayán a 125 pesos. Y frente a esas situaciones estuvieron tragedias que se aunaron con la tragedia de la pandemia misma, como la muerte, a lo largo de 2020, de 20 personas por consumo alcohol adulterado en Yucatán (Chan, 2021).¹⁸

Después de haber descrito estas *iknal*-historias del COVID-19 en los pueblos mayas de la Península, podemos concluir, para acabar este trabajo, que no solo en los pueblos mayas, sino en todos los pueblos indígenas, habría que salir de esas visiones homogeneizantes para insistir en lo que la antigua antropología ha enseñado desde el principio: en las sociedades humanas –mal que les pese a las últimas interpretaciones marxistas- los destinos de los hombres y mujeres no se rigen desde los marcos fieros y monolíticos de supuestas leyes universales, sino desde el reino del “quizás” y de la creatividad que configuran diversas historias que fluyen en la narrativa de los hechos cuando el historiador iknalítico se toma la molestia de romper los silencios de la colonialidad. Es decir, no hubo una pandemia del COVID-19 como tal entre los pueblos mayas, sino distintas pandemias del COVID. La constante que sí podemos señalar es que, a pesar de las innumerables carencias, del “tiempo loco”, que es un tiempo de crisis, según la antigua palabra del *Chilam Balam*, las comunidades, incluso las que al principio se cerraron, mostraron la fuerza que todavía se puede sentir al interior de los pueblos mayas, donde la solidaridad y la “dignidad humana”, como dirían los de Sacalaca, pudo más que las enseñanzas neoliberales. Las comunidades mayas fueron el soporte en el “tiempo loco”; arrojados de los hoteles y las zonas turísticas, los mayas hicieron el camino de regreso que comenzó hace 50 años con el Proyecto Cancún. En un momento, los hoteles de las ciudades de la sobremodernidad y de los No-lugares se vieron vacíos de turistas, pero también de miles de mayas de Chiapas, de Tabasco y de la

18 Un análisis de las medidas prohibicionistas que implantó el gobierno yucateco con su Ley Seca en tiempos de la pandemia se puede consultar en Moreno (2021).

Península que hicieron el camino de regreso. Ahí, en la comunidad, estaba el traspatio, “nuestras gallinas”, “nuestros animalitos”, y, de alguna forma, la comunidad abrió sus puertas a pesar de los filtros que se sorteaban con facilidad. Y con sus recursos del monte, les dio comida, pero también hierbas y raíces para su cura, y la organización comunitaria. Durante un momento, la utopía del regreso de nuevo a la milpa de los mayas más jóvenes se dio en casos llamativos, como aquel muchacho de Señor que fue con su abuelo de 80 a aprender de la milpa que no aprendió de niño. Es esa la capacidad de resistencia y resiliencia del pueblo maya y de los pueblos indígenas, posibilitada por todo lo que está detrás: el inmenso reservorio cultural de los pueblos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alejos García, José (2017). *Íikin y k'eex. Cronotopos del ritual terapéutico maya. Estudios de Cultura Maya* 49 (769): 247-271.
- Avilez Tax, Gilberto (2018). *La Xcaret-ización de Mayaland. Noticaribe*, 18 de septiembre [en línea]. Disponible en: <https://noticaribe.com.mx/2018/09/18/la-xcaretizacion-de-mayaland-por-gilberto-avilez-tax/> (consulta: 10 de junio de 2022).
- Avilez Tax, Gilberto (2022). *Tierra de Chicle: Juan Cupul, 'el bombero' de la Guerra de Castas. Noticaribe Peninsular*, 25 de febrero [en línea]. Disponible en: <https://noticaribepeninsular.com.mx/juan-cupul-el-bombero-de-la-guerra-de-castas/> (consulta: 15 de junio de 2022).
- Castillo Cocom, Juan Ariel (2004). *El Quincunx y el Encuentro de dos Dinastías en la Noche de los Tiempos: Dilemas de la Política Yucateca*. En *Estrategias Identitarias: Educación y la Antropología Histórica en Yucatán*. Edición de Juan Ariel Castillo Cocom y Quetzil E. Castañeda, México: UPN/OSEA/SE.
- Castillo Cocom, Juan Ariel, Ángel Cal y Tomás Ramos Rodríguez (2016). *El Tsikbal: Paradigma de Investigación Maya*. En *Diálogos e Intersaberes: Interculturalidad y Vida Cotidiana*. Edición de Ever Marcelino Canul Góngora, María Elena Cruz Cáceres y Angel A. Ucan Dzul, pp. 26-51, México: Editorial Malú de Balam Publicaciones.
- Castillo Cocom, Juan y Quetzil Castañeda (2021). *Visión Etnográfica: Imaginar el Iknal Maya. The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*. 26 (1): 10–24.
- Chan, Itzel (2021). *Durante 2020 se registraron 20 muertes por alcohol adulterado en Yucatán. La Jornada maya*, 11 de febrero [en línea]. Disponible en: <https://www.lajornadamaya.mx/yucatan/78470/durante-2020-se-registraron-20-muertespor-alcohol-adulterado-en-yucatan> (consulta: 13 de junio de 2022).
- Chul Han, Byung (2020). *Por qué a Asia le va mejor que a Europa en la pandemia: el secreto está en el civismo. El País*, 24 de octubre [en línea]. Disponible

- en: <https://elpais.com/ideas/2020-10-24/por-que-a-asia-le-va-mejor-que-a-europa-en-lapandemia-el-secreto-esta-en-el-civismo.html> (consulta: 13 de junio de 2022).
- Ebel, Roland y Juan A. Castillo Cocom (2012), *X-Pichil: From Traditional to “Modern” Farming in a Maya Community*. *World Academy of Science, Engineering and Technology* (69), 1203-1213.
- Dosse, François (2006). *La historia en migajas. De Annales a la “nueva historia”*. Trad., Francesc Morató i Pastor, México: UIA-Departamento de Historia.
- El libro de los libros de Chilam Balam* (1974). Trad., de Alfredo Barrera Vásquez y Silvia Rendón. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hanks, William (1990). *Referential Practice: Language and Lived Space among the Maya*. Chicago: The University of Chicago Press.
- García, Jacobo (2020). *Los indígenas de México se cierran para frenar al coronavirus*. El País, 21 de abril [en línea] Disponible en: <https://elpais.com/sociedad/202004-21/los-indigenas-de-mexico-se-cierran-para-frenar-al-coronavirus.html> (consulta: 12 de junio de 2022).
- Giménez, Gilberto (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: CONACULTA-ITESO.
- Ginzburg, Carlo (2008). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Ediciones Península.
- Gómez Navarro, Dulce y Marlén Martínez Domínguez (2022). *Brechas digitales indígenas en tiempos de COVID-19*. *Ichan Tecolot* 33 (360) [en línea] Disponible en: <https://ichan.ciesas.edu.mx/brechas-digitales-indigenas-en-tiempos-de-covid-19-2/> (consulta: 14 de junio de 2022).
- González, Susana (2009). *Influenza desploma el turismo*. La Jornada, 2 de mayo, p. 36 [en línea] Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2009/05/02/economia/036n1eco> (consulta: 13 de junio de 2022)
- Gutiérrez Estévez, Manuel (2002). *Cosmovisión dualista de los mayas yucatecos actuales*. En *Religión Maya*. Edición de Mercedes de la Garza Camino y Martha Ilia Nájera Coronado, pp. 365-385. Madrid: Editorial Trotta.
- Indignación- Artículo 19 (2020). *Los derechos del pueblo maya y el COVID-19*. Comunicado conjunto de Artículo 19 e Indignación [en línea] Disponible en: < <https://redtdt.org.mx/archivos/15523> > (consulta: 12 de junio de 2022).

- INEGI (2021). Comunicado de prensa número 776/21 16 de diciembre. *Actualización de la medición de la economía informal 2003-2020 Preliminar* [en línea] Disponible en: <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2021/pibmed/pibmed2020.pdf> (consulta: 14 de junio de 2022).
- Moreno Cabrera, Sergio (2021). *De dependencias y prohibiciones alcohólicas: una análisis previo y durante la COVID-19 en Yucatán*. *Alteridades* 31 (61): 21-35.
- Navarrete Linares, Federico (2004). ¿Dónde queda el pasado? Reflexiones sobre los cronotopos históricos. En *El historiador frente a la historia. El tiempo en Mesoamérica*, coordinado por Virginia Guedea, pp. 29-52. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas.
- (2021). *Las dislocaciones de la COVID-19, viejas desigualdades y nuevas batallas*. *Desacatos* 65, enero-abril: 124-139.
- Oemichen, Cristina y Concepción Escalona (2020). *El COVID-19 en Cancún: epidemia y vulnerabilidad en un destino turístico de clase mundial*. *Alba Sud. Investigación y comunicación para el desarrollo*, 20 de mayo [en línea] Disponible en: <https://www.albasud.org/noticia/es/1218/el-covid-19-en-canc-n-epidemia-y-vulnerabilidad-en-un-destino-tur-stico-de-clase-mundial> (consultado: 16 de mayo de 2022).
- Reygadas, Luis (2013). *La desigualdad y su legitimación. México 2010*. En *Fin de siglos. ¿Fin de ciclos?: 1810, 1910, 2010*, coordinado por Leticia Reina y Ricardo Pérez Montfor, pp. 286-296. México: Siglo XXI Editores.
- Rivera, Marie-Odile (1976). *Una comunidad maya en Yucatán*. México: SEPSETENTAS.
- Rosales, Margarita y Gabriela Cervera Arce (2020). *Nuestras semillas, nuestras milpas, nuestros pueblos guardianes*. México: INAH.
- Sullivan, Paul (1991). *Conversaciones inconclusas. Mayas y extranjeros entre dos guerras*. México: Editorial Gedisa.
- Vitorín Alberto (2019). *Cuidemos Nuestro maíz* [en línea] Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=auMv0jOI8Ww>> (consulta: 12 de mayo de 2020).

PENSAR LA PANDEMIA
¿DESDE DÓNDE PENSAMOS LA PANDEMIA?

Héctor Castillo Berthier
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo expone una visión cualitativa. Los datos duros son importantes, no hay duda. En el período analizado, la pandemia impactó directamente dos áreas centrales de vida de los jóvenes: la educación y el empleo. Sin embargo, los números no reflejan mucho de la realidad. Entre ellos, la vida. Su vida anterior ya era muy complicada desde hace mucho tiempo. Al menos desde hace cuatro décadas la existencia de los jóvenes en el país ya era bastante compleja. Y, por si fuera poco, entre 2020 y 2021 llegó la pandemia.

Las condiciones de subsistencia que se tenían antes no eran promisorias. Los peligros en sus vidas se reflejaban de formas muy distintas. Muchas crisis acompañaron el paso de los jóvenes durante su vida: las crisis económicas, las crisis políticas, las crisis ecológicas, pero, sobre todo, una crisis social que sigue vigente. De entrada surgen algunas preguntas puntuales sobre los efectos de las crisis anteriores —dichas por ellos mismos en las redes sociales— con las que trabajamos regularmente dentro del proyecto Circo Volador.¹ ¿Por qué el 43% de la riqueza está concentrada en el 1% de la

1 Proyecto que surge en IISUNAM y trabaja con jóvenes bajo un modelo de Inves-

población? ¿Qué sucedió con los 16 gobernadores presos, procesados o prófugos? ¿Qué intereses se esconden en las concesiones mineras? ¿En qué quedó la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa? ¿Por qué se asesinan a 10 mujeres todos los días en el país? ¿Qué se hace ante el feminicidio? ¿Por qué subsiste la corrupción? Las respuestas son obvias: continúa la desigualdad, persiste la pobreza, la corrupción, la explotación empresarial, ante una ausencia de derechos humanos donde el punto más sensible —y más visible— son las mujeres. Además, en medio de las crisis señaladas, todas (o casi todas) van acompañadas siempre con violencia de las más distintas formas.

Para la sociedad en general, conseguir la institucionalidad política, la democracia y el fortalecimiento estatal no es sencillo y toma mucho tiempo. Las demandas ciudadanas y el hartazgo generalizado de los últimos años se hicieron presentes en las elecciones de 2018 para apostar por un cambio necesario. Se pensaba que la participación y la organización de la sociedad civil (que nacieron como causas ciudadanas) serían apoyadas e impulsadas en la búsqueda de construir un México más justo, más libre y con mayor presencia en los cambios que se pueden promover con el apoyo del gobierno. Esto, a nivel federal, no fue así. Los apoyos a la sociedad civil disminuyeron o desaparecieron. Sin embargo, en esa sociedad está la juventud que trabaja, la que se educa, la que sueña y aspira a vivir en un mejor país, y también está la otra, la que lo rechaza, ya sea que apoye o no al actual gobierno.

Para este artículo se decidió que, para entender la situación de los jóvenes en el país, había que centrarse en evidenciar las formas en que diversos grupos de jóvenes se han adaptado, asumido, negociado, rechazado o asimilado la realidad del país, para —desde ahí— buscar sus formas de integración social, sus modos de participación política y social, y sus expectativas sobre las

tigación Social Aplicada. Actualmente es una organización autónoma. Redes del proyecto

Facebook/CircoVoladorOficial

Twitter @circovolador

Instagram @circovolador

YouTube/CircoVoladorOficial

políticas de un gobierno (el que sea) para atender a este numeroso sector de la población, que asciende a 31 millones y representa el 25% de la población del país (INEGI, 2021).

En 1987, hace 35 años, iniciamos la investigación sobre *Jóvenes y Violencia en la Ciudad de México*. Existía entonces un problema creciente de violencia entre los llamados *chavos banda* de las colonias populares y los policías. El entorno del asunto estaba lleno de detenciones arbitrarias de los jóvenes, con la muerte de jóvenes y policías en las riñas. Todo esto, en medio de “los apañones” de jóvenes que eran conocidos como *razzias*, y que los jóvenes sufrían directamente, por lo que empezaron a armarse para combatir a los policías.

En estos 35 años, nuestro trabajo de investigación creció y se expandió a otras ciudades, a otros espacios y a otros países. Las detenciones arbitrarias de jóvenes siguieron existiendo durante muchos años y “los apañones” se realizaban después mediante los “Operativos Rastrillo”.² Sin embargo, en este tiempo nunca alcanzamos a imaginar el enorme proceso de descomposición social que aparecía en el país. Nunca entendimos que el crimen organizado se desbordaría en tal dimensión como existe actualmente. El número de muertos, de desaparecidos, de asaltos, de secuestros y de robos aumentó de una manera brutal en este tiempo. La violencia es una cuestión prioritaria en el país y nada de esto es superficial para la juventud.

En el inicio de esta investigación, nuestro principal objetivo fue frenar la violencia entre los jóvenes y la policía, cosa que se logró después de mucho trabajo de intervención social, luego de un par de años. Después de concluir el primer diagnóstico (Castillo Berthier, Zermeño y Ziccardi, 1995) se pensó que era necesario abrir nuevos espacios —muy distintos a los que había— para favorecer la participación de los jóvenes urbanos de bajos recursos, que sumaban, en ese momento, cerca del 50% del total de jóvenes. Lo implementamos con el proyecto Circo Volador, que decidió no transformarse en política pública para buscar su autosostenibilidad económica sin recibir recursos

2 Son operativos conjuntos donde intervienen diferentes dependencias de los tres niveles de gobierno y llevan a cabo filtros, barridos y cateos en las comunidades de mayor incidencia delictiva, con la finalidad de combatir delitos de alto impacto.

del gobierno ni de ninguna fundación. Poco después —a solicitud del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, primer Jefe de Gobierno electo en la Ciudad de México (1997, CDMX), y en conjunto con quien fue su primer director del Instituto de Cultura de la Ciudad, Alejandro Aura— en 1999 se decidió proponer como política pública al gobierno de la capital la construcción del primer FARO (Fábrica de Artes y Oficios), que se instaló en el oriente de la capital. Actualmente funcionan en la CDMX siete FAROS, a los que se sumaron —con los años— una extensa red de escuelas, museos, teatros y otros centros culturales que han operado (y a veces desaparecido) en la ciudad. La idea fue exitosa para crear —con proyectos de este tipo— una estrategia de políticas públicas para la atención de los jóvenes. Asunto que hoy sigue adelante con el ambicioso proyecto de construcción de 300 PILARES (Puntos de Innovación, Libertad, Arte, Educación y Saberes) por la administración de la ciudad, entre 2018 y 2024.

Después de los primeros 10 años de Circo Volador, ya con un nuevo espacio —que es el viejo cine Francisco Villa, que estuvo abandonado por más de 12 años y que nos fue entregado en 1994—, el objetivo se transformó en diseñar las metodologías necesarias para acercarnos a los mundos de la juventud y la violencia. Con ellas buscamos crear nuevos modelos educativos, formas de empleo que se sumaran al trabajo colectivo de los jóvenes, entendiendo que éste es un proceso de largo alcance que demanda muchos recursos, continuidad, evaluación y el seguimiento de muchas problemáticas específicas.

Tenemos un país muy variado y, al mismo tiempo, muy desigual. Muy diferenciado. Con muchos y muy distintos grupos de jóvenes. Con niveles de escolaridad y de participación comunitaria muy contradictorios. Con formas muy diversas de acceso a las redes de comunicación y a los avances tecnológicos. Con formas muy opuestas de participación política. Con muchas ganas de adquirir conocimiento por parte de los jóvenes. Todo esto nació de un pasado que acentuó la disparidad y que obligó a entender la educación y el empleo como estrategias fundamentales para fomentar la inclusión social.

En medio de este proceso, en marzo de 2020 apareció en el mundo la pandemia de la COVID-19 y, con ella, toda la estructura de educación y trabajo existente desapareció, cambió radicalmente y se modificaron sus exigencias.

En marzo de 2020 se cerraron las puertas del Circo Volador. ¿Qué sucedió con los 45 talleres que existían? ¿Qué pasó con los maestros? ¿En dónde quedaron los dos mil jóvenes estudiantes que anualmente participaban en los talleres, en la radio, en los conciertos y en el estudio de grabación? ¿A dónde fueron los 80 mil visitantes anuales?... Simplemente desaparecieron. Y solo quedó la expectativa de soñar, esperar e intuir una fecha posible en que podríamos reunirnos nuevamente para entender esto que se llama “la nueva normalidad”.

En el siguiente apartado se presenta una breve revisión de las principales hipótesis de trabajo que —desde el inicio de la investigación, en 1987, y hasta la fecha— siguen vigentes en el mundo juvenil de este país.

HIPÓTESIS DE TRABAJO

Existen cinco hipótesis que descubrimos hace 35 años que siguen vigentes en la mayor parte de las ciudades del país, por desgracia.

Partiendo de un texto publicado para la Ciudad de México (Castillo Berthier, 2002), se retoman algunas de las ideas centrales para actualizarlas a lo que sucede hoy en el país, después de revisar también las experiencias de trabajo que tuvimos en 24 ciudades de la república y otros países (entre 2006 y 2017) donde trabajamos, igualmente, sobre el tema de la juventud y la violencia.³

En México la realidad es sórdida. En el país convive la humillante opulencia de algunos sectores (cargados de recursos y bienes) frente a barrios miserables (sin agua ni servicios, empotrados en cuevas, bajo puentes y casas de

3 Realizamos diferentes diagnósticos e intervenciones con jóvenes en situación de exclusión y riesgo de violencia social con el Programa Hábitat de la anteriormente llamada Secretaría de Desarrollo Social (2012); en la Secretaría de Gobernación, con el Subsidio para la Seguridad Pública de los Municipios y las Demarcaciones Territoriales, así como con gobiernos estatales en ciudades y/o municipios como: Tijuana, Ciudad Juárez, Nogales, San Luis Potosí, Solidaridad, Tapachula, Culiacán, Ecatepec, Cuautla, Ciudad del Carmen, Torreón, Pachuca de Soto, Hidalgo, Durango, Lerdo, Gómez Palacios y las actuales alcaldías Izta-palapa y Gustavo A. Madero.

cartón). Existe en muchas ciudades una abrumadora presencia de corrupción pública y privada en todos los estratos sociales. En ellas, una deficiente planeación urbana trajo como consecuencia el ensanchamiento de innumerables “cinturones de miseria”, tanto en su interior como en sus zonas metropolitanas que —además de su crecimiento natural— continúan recibiendo cotidianamente a los recién llegados, migrantes de otras zonas rurales.

Las ciudades de México se pueden ver como una sola unidad. Sin embargo, tanto política como geográficamente, estas “unidades” aparecen siempre divididas, habitualmente en dos secciones: su parte central y su periferia. En las dos —de diferente forma— se acumulan muchos de los viejos problemas surgidos por el subdesarrollo.

A pesar de la diferenciación política y geográfica que se vive en una ciudad, ésta está interconectada siempre entre sí. Para la vida cotidiana no hay fronteras que valgan. Sin embargo, hay contrastes claros: las partes centrales de la ciudad (incluso con sus múltiples barrios bajos y “ciudades perdidas”) siempre se encuentran mejor equipadas y su infraestructura es superior a las de las zonas metropolitanas. En el centro se concentra el poder económico, el político, el comercio, el empleo; “el país vive a través de las ciudades”, comentan algunos intelectuales. En el otro extremo tenemos a las zonas metropolitanas, que normalmente son muy desiguales. Algunas de ellas tienen áreas completamente urbanizadas, modernas, “al estilo gringo”, dirían algunos. Mientras sus partes más lejanas son asentamientos irregulares, conformando ciudades proletarias sobrepobladas, con carencia de servicios, calles sin pavimento, zonas enteras sin agua potable, con delincuencia, hacinamiento, desnutrición y niños semidesnudos que deambulan entre las calles polvosas, llenas de telarañas de cables que buscan robarle algo de luz a la ciudad. Esa es la imagen urbana de una buena parte de las ciudades del México contemporáneo.

Ahí, en donde las contradicciones de la modernidad y la marginación afloran a cada tramo, los problemas sociales se convierten en asuntos irresolubles que —de tan cotidianos— son parte de un panorama lúgubre y sombrío.

Es en ese sentido, y dentro de esta magnitud, donde el estudio de la juventud popular adquirió una dimensión genuina que se entrelaza con el

resto de la sociedad. Eso es natural. Si actualmente –como mencionamos– se calculan los jóvenes en una cuarta parte de la población del país (31 millones), no debemos desconocer que, en promedio, la mitad de ellos pertenecen a los sectores pobres urbanos.

Las cinco hipótesis básicas formuladas en 1987 sobre la vida de estos jóvenes desdichadamente siguen vigentes en muchos estados de la república mexicana. En los estados y las ciudades mexicanas, la juventud adquirió nuevos modos de vida, nuevas formas de expresión, distintas formas de alianza y muchas otras formas peculiares de participación diferenciada. Pero hay muchos rasgos comunes entre ellas. Veamos un resumen actual de la situación de estas hipótesis.

La escuela

La primera se refiere a la escuela, que fue considerada durante mucho tiempo como una actividad trascendental para todos los jóvenes. La escuela generaba una expectativa de movilidad social ascendente. “Tienes que estudiar para triunfar”, se les decía a los niños. La realidad es que estudiar una carrera en México ya no asegura tener después un trabajo bien remunerado. Además, los datos duros reflejan hoy que casi el 50% de la población (INEGI, 2022) abandona la escuela a los 15 años, cuando los jóvenes están en secundaria. Hay muchos motivos para explicarlo, pero entre los más comunes podemos encontrar: “No me servía lo que me enseñaban”, “tenía que empezar a trabajar”, “no era útil lo que aprendía”, o, de plano, “ya no me gustó seguir estudiando”. Sin embargo, esta visión negativa de la educación se contrapone a las ganas que tienen por aprender otras cosas; quieren conocer otras estrategias que ponen en práctica en cuanto pueden hacerlo. La educación es importante para ellos, pero: ¿qué tipo de educación requieren? ¿Qué tipo de educación esperan? ¿Qué tipo de educación se les puede ofrecer por fuera de la escuela? Encontrar la diferencia entre la “educación oficial” que se ofrece y la “educación no formal”, práctica que demandan, permitirá orientar esta discusión.

El empleo

La segunda hipótesis tiene que ver con el empleo. El mundo laboral formal dejó de ofrecerles un amplio abanico de opciones ocupacionales. Si se les contrata a los jóvenes, se les paga muy poco dinero o se les pide experiencia (que no tienen). Por ello, millones de jóvenes que tienen una escasa, baja o nula calificación manual quedan desempleados en un mercado laboral que se ha estrechado, en donde, además, se les “califica” de formas muy singulares, de acuerdo con las demandas económicas. Puede mencionarse que, en 2021, 55.8% de los empleos en el país se generaron en el sector informal, esto de acuerdo con datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) (INEGI, 2021). Pero la informalidad tiene muchas representaciones. En la informalidad podemos encontrar desde un cuidador de autos, un limpiaparabrisas, un vendedor de celulares, un vendedor de cocos, un bolero o un vendedor ambulante. Existen muchos tipos de informalidad. Sin embargo, en los últimos 30 años, el crimen organizado encontró en la informalidad un filón directo para conseguir personal muy barato, muy sencillo y fácil de ubicar entre los jóvenes desocupados. Hoy, con los narcos, muchos jóvenes de 12 años trabajan como “soldados”, “punteros”, tomando fotografías en los domicilios que se van a asaltar o en donde se va a secuestrar o matar a alguien. Con esa edad, y hasta antes de los 18 años, los jóvenes pueden ser liberados fácilmente si son detenidos por la policía. Después de eso se pueden convertir en “halcones” o “sicarios”, hasta que mueran en algún enfrentamiento. Un grafiti define bien esta actividad: “Prefiero vivir joven y rico, que viejo y pobre, como mi padre”. A los jóvenes les gusta trabajar. Necesitan trabajar. El empleo es una buena forma de integración social. ¿Pero qué tipos de empleo se pueden generar para ellos formal e informalmente?

La familia

La tercera hipótesis corresponde a la familia. La familia es la institución social más importante en México. La familia es fundamental para la inte-

gración social. En la familia aprendemos las cuestiones más básicas. Adquirimos los conceptos primordiales de amistad, de hermandad, de respeto, de orden, de solidaridad, de amor, de nacionalismo y hasta una visión de futuro. En la familia aprendemos los valores elementales. Pero: ¿Qué sucede cuando este núcleo básico se desarrolla en un ambiente no organizado, frágil, incompleto o contaminado, lleno de violencia y de vulnerabilidad? La violencia intrafamiliar es recurrente en nuestro país, siendo la mujer la primera víctima. De acuerdo con los resultados de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2011 (ENDIREH), realizada por el Instituto Nacional de las Mujeres y el INEGI, en México 66% de las mujeres de 15 años y más han sufrido al menos un incidente de violencia emocional, económica, física, sexual o discriminación a lo largo de su vida en al menos un ámbito y ejercida por cualquier agresor. Coincide que la tasa de violencia más elevada de violencia familiar a nivel nacional corresponde a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), la cual tiene altos índices de hacinamiento y carencia de servicios públicos. El Estado de México es la entidad federativa con mayor prevalencia de violencia de pareja —ya sea psicológica, física, sexual o económica—, con un 53.3%. Esta situación conduce a un quebrantamiento del tejido social más básico y fundamental para el desarrollo individual y conduce a una inestabilidad de la estructura familiar que acarrea un escenario de mucha vulnerabilidad para sus integrantes.

Si no existe este espacio en la familia, si no hay una estructura de orientación y estabilidad, los valores que aprenden los niños y los jóvenes se terminan por aprender en la calle, en la esquina, con los amigos, en el barrio. Pero no todo lo que se aprende en estos sitios tiene la misma dimensión valorativa que debería tener. Los jóvenes —normalmente— se reúnen en grupos, y en ellos aprenden “los valores” que los acompañarán en el futuro. Podemos preguntar entonces: ¿Cuáles son los valores que les interesan hoy a las nuevas generaciones? ¿Cómo y dónde los aprenden? ¿Es posible fortalecerlos si aprendemos a trabajar con ellos en sus comunidades? ¿Cómo apoyar un trabajo colectivo que fortalezca sus futuros valores?

La cultura

La cuarta hipótesis alude a la cultura. En México, durante muchas décadas se nos dijo quién era “culto” y quién era “inculto”. Cultos eran los grandes maestros de la literatura, los profesionistas, los hombres educados, la gente de las clases altas, sobre todo aquellos que reproducían modelos modernos de comportamiento (americanizado o europeizado). De la misma forma, incultos eran los pobres, los humildes, los marginados, los indígenas, los habitantes de las zonas rurales, los afrodescendientes. Esta diferenciación tiene connotaciones raciales evidentes que siguen latentes en nuestra sociedad. Los jóvenes ven este asunto de una manera muy clara. Por ejemplo, comentan, en los años 60 del siglo pasado se construyó el magnífico Museo Nacional de Antropología e Historia, un lugar espléndido que, además de los miles de extranjeros que lo visitan, recibe todos los años a miles de niños de las escuelas de la CDMX y otros estados. Preguntan los jóvenes: “¿Y qué hizo el gobierno en ese museo con los indígenas? Los convirtió en piezas de cerámica. Los metieron en vitrinas para hablar de los mayas, de los aztecas, de los olmecas, de los toltecas. ¿Y qué pasó con los 12 millones de indígenas vivos que existían en el país en ese momento?... Nada. Los dejaron en sus mismas comunidades. Sin carreteras. Sin escuelas. Sin servicios, destinándolos a la marginalidad”.

Lo irónico es que si acaso llegaba a sobrevivir alguna señal para el desarrollo de estas comunidades —generalmente—, no contemplaba la diversidad de lenguas ni las distintas costumbres y sus formas de vida. Se trató siempre de un desarrollo occidentalizado, con un proceso de homogenización en una nación multicultural. Por eso, en 1994, cuando apareció públicamente el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) gritando un “¡Ya basta!”, este movimiento se transformó en una nueva referencia juvenil. ¿Qué formas de expresión deben asimilar los jóvenes? ¿Cuáles son las tradiciones que necesitan aprender los nuevos mexicanos? ¿Cuáles son las características peculiares de sus grupos que fortalecen la integración cultural? ¿Cómo se puede robustecer su participación en la cultura de la sociedad?... Fortaleciendo su participación.

La autoridad

Una quinta y última hipótesis corresponde a la autoridad. Digámoslo así: si la escuela no va bien, si el empleo no funciona, si la familia se ha desestabilizado y si las tradiciones culturales no garantizan una participación abierta para los jóvenes: ¿Quién es una autoridad para ellos? Al preguntarles eso, ellos expresaban: “La Ley”, y agregaban: “aguas con la ley”, “al tiro con la ley”, “la ley te va a apañar”, “la ley te va a extorsionar”, “la ley te va a chingar”. La ley para ellos es sinónimo de “la policía”. Y era justamente la policía su primer contacto de relación institucional. Cuando la gente veía que se juntaba un grupo de “vagos” o “pandilleros” lo reportaban de inmediato a la policía. Esa policía que llegaba —de vez en cuando a sus comunidades— para detenerlos, llevárselos presos y extorsionar a sus familias. Esa “Ley” era el primer punto —y a veces el único— de contacto gubernamental. Además, nuestra policía tiene una larguísima historia de corrupción. La visión de la policía corrupta aparece por todo el territorio nacional, y si ese es el primer contacto de los jóvenes con las autoridades, el resultado genera una mezcla muy maligna que acaba por desconocer y desacreditar el valor de las instituciones. Antes de sentir seguridad, los jóvenes sienten miedo ante la policía. ¿Cómo se puede mejorar el trabajo de la policía? ¿Cómo se alcanza un mejor manejo de las leyes y reglamentos? ¿Cómo se consigue abrir las puertas del gobierno para que los jóvenes se apropien de una institucionalidad mayor?

Sobre las hipótesis

Todas las preguntas nacidas de las hipótesis son válidas hoy en día. Reflejan los vacíos que deben ser recuperados por la participación política. Pese a ello, no se pueden olvidar las condiciones de sobrevivencia que muchos jóvenes enfrentan.

La juventud mexicana, sobre todo la juventud popular —que es mayoritaria—, habita tanto en las precarias y deterioradas vecindades céntricas

como en las colonias populares de las zonas metropolitanas (en condiciones de pobreza o de extrema pobreza). Ellos han construido sus propios “modos de vida” y sus formas de sobrevivencia económica y social con rasgos muy peculiares. La vestimenta, el lenguaje, las drogas, su gusto por la música —si antes se hablaba del rock, hoy está presente el reguetón, el rap, la cumbia colombiana, la música de bandas o el hip hop—, todo eso les genera identidad.

Como antes se hizo, los jóvenes siempre buscan nuevas formas de organizarse en bandas, grupos, colectivos, redes o agrupaciones más globales. Como en todos los grupos, hay distintos perfiles. Por un lado están las agrupaciones de jóvenes que frecuentemente recogen los medios de comunicación —ligados casi siempre a actos delictivos—, y por otro, los jóvenes que se organizan independientemente en redes y colectivos, que se identifican en formas positivas para vivir mejor, tratando de sortear los problemas de su realidad.

Frente a esto, las clases medias de lo que se puede llamar “la sociedad integrada” expresan inseguridad y tienden a equiparar la existencia de los jóvenes pobres como una versión corregida y aumentada de las temidas “pandillas” de décadas anteriores. La presencia de los jóvenes pobres es vista como transgresora y amenazadora para los sectores medios de la sociedad. La cuestión se reduce entonces a solicitar mayor protección pública y privada para garantizar el control y la penalización de los delitos que cometen (o que supuestamente comenten) estos jóvenes. Con ello surgen distintas formas de estigmatización social. Pero el origen que genera esta realidad —la injusticia social y la extrema pobreza en la que viven los pobres— pocas veces es recordada. En cierta medida, para los mismos habitantes de las colonias y de los espacios populares, estos jóvenes y sus grupos son siempre un problema. En el interior de estos lugares hay miedo, inseguridad y altos índices de delincuencia, pero ellos también son los hijos de los habitantes de estos barrios. Es frecuente que los miembros de estos grupos exhiban una dura violencia dentro de sus comunidades. ¿Son violentos?, sí. ¿Son delincuentes?, sí... “Pero son mis hijos”, dirán sus padres.

Los grupos de jóvenes populares —como se les quiera identificar— son importantes. Su trascendencia no se relaciona con su marginalidad social o

económica, sino con su presencia numérica: “siempre pertenecen a un grupo”. El “aislamiento” y la “desprotección” en que se encuentran algunos de estos jóvenes se contrarrestan —en un medio social hostil— gracias a su sentido de unidad. De la misma forma, estos grupos —por su número— son un espacio de socialización alternativo —o en continuidad— que reemplaza algunas veces a la familia tradicional. En estos grupos se crean nuevas conductas (algunas socialmente ilícitas) que, para muchos de ellos, son la única forma de acceder a bienes o ingresos para incrementar el magro ingreso familiar.

Diferentes instituciones públicas y privadas se han vinculado con estos grupos. Algunas de corte asistencialista ofrecen apoyos económicos y sociales (búsqueda de empleos y capacitación, resolución de conflictos legales, organización de espectáculos de recreación, o deportivos, etcétera), pero la policía no deja de ser una institución muy especial para ellos. Aún con los diferentes programas de corte asistencialista, los policías siguen haciendo de ellos sujetos de represión policial y extorsión económica. Los organismos sindicales (inexplicablemente) ignoran esta importante “parcela” de la fuerza de trabajo, la cual se dilapida sin lograr insertarse en actividades productivas formales dentro de las empresas.

En general, puede decirse que las instituciones públicas que ejercen el gobierno de las ciudades, o bien, no dan la suficiente importancia al problema que se tiene o toman tibias decisiones para administrar superficialmente esta cuestión, esperando siempre evitar mayores conflictos en sus territorios.

El trabajo realizado en Circo Volador con los jóvenes (de acuerdo con estas hipótesis) generó diferentes resultados y diversos mecanismos de interacción entre la Investigación Social Aplicada (ISA) y la juventud. En el año 2005 —en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM— se formó la Unidad de Estudios sobre la Juventud (UNESJUV) y se inició en ella el diseño de numerosas metodologías de intervención social con jóvenes en situación de violencia (Castillo Berthier, 2012) que se aplicaron desde ese año hasta 2017 en distintas ciudades y países con resultados muy disímolos. Sin embargo, la violencia —como problema estructural— siguió presente, jugando un papel esencial en sus vidas. Sobre esa temática se presenta el siguiente inciso.

LA VIOLENCIA

“*Over game*”... Las palabras están escritas en verde fosforescente en las suelas de los zapatos deportivos de un joven. Está de bruces en el pavimento de una calle. Por eso se leen al revés, *over game*, si estuviera boca arriba la frase quedaría correcta: *game over* (el juego terminó). Una palabra en cada zapato. El joven está muerto. Fue asesinado a tiros al mediodía. Es septiembre de 2017, en Culiacán, Sinaloa (Aceves, 2017).

La imagen es captada por un camarógrafo en una cobertura periodística habitual (la de todos los días), en una ciudad de las más violentas dentro de un país violento. No deja de ser cruelmente paradójico todo: “El juego terminó” es la frase que en los videojuegos anuncia el fin —el fin de una vida, en términos virtuales—, pero en este caso es absolutamente real.

Días después se sabría que el joven asesinado en una calle del fraccionamiento Lomas del Pedregal, de Culiacán, no era más un joven. Había cumplido 33 años y al menos para las estadísticas oficiales queda fuera del rango de edad contemplado para la juventud... Otra paradoja más.

En México tenemos una generación completa marcada por la violencia. Unos quedaron envueltos en ella, atrapados; muchos, heridos física y mentalmente, y otros más ni siquiera lograron sobrevivirla, convirtiéndose en las víctimas de su peor expresión: el crimen. Las historias individuales de violencia en este país son una sumatoria que alcanzó dimensiones colectivas. Por eso consideramos válida la anterior afirmación: “La primera generación de jóvenes del siglo XXI en México está marcada por la violencia”, aunque sería más preciso considerarla como un estigma.

No es una violencia en abstracto; es real, empíricamente comprobable y medible mediante una serie de indicadores confiables. Cierto que algunas veces se tratan de ocultar o disfrazar, pero en la mayoría de las ocasiones se busca el efecto contrario: evidenciarla. Por eso, no es solo una violencia virtual. Viaja a través de las redes sociales, se replica, se difunde, se exagera y se “viraliza” —si se vale el término—.

La violencia que se menciona aquí no es una categoría teórica. Tampoco se busca su naturaleza y sus causas. Se trata de un abordaje mucho

menos ambicioso, muy simple. Es la violencia como tal. La que se vive todos los días. Esa que se desprende de los indicadores de defunciones —el eufemismo que se utiliza en las estadísticas oficiales para hablar de la muerte—; es la violencia que aparece multiplicada en historias, contadas siempre de manera incompleta.

La violencia que viven los jóvenes en México no es una percepción. Ese es un dato duro.

Ser varón, ser joven, tener poca instrucción y vivir en alguna de las zonas más violentas de México se convierte casi en una condena de muerte. Entre ellos se encuentra el más alto número de muertos de este país.

Es verdad que en la mayor parte del mundo —especialmente en sitios con elevados índices de homicidios— sucede algo similar. Solo que en México las proporciones sobresalen muy por encima de cualquier otro.

En 2016, con respecto al año anterior, México aumentó de tres a seis las ciudades en el top 50 del mundo por su tasa de asesinatos por cada 100 mil habitantes. En el *ranking* de 2021 ocho ciudades mexicanas se encuentran entre las primeras diez del mundo. El primer lugar es ocupado por Zamora, le siguen Ciudad Obregón, Zacatecas, Tijuana, Celaya, Juárez, Ensenada y Uruapan. Por muchas décadas Acapulco fue el principal destino de playa del país, además de ser un atractivo turístico mundial. Sin embargo, hoy se encuentra en el lugar 16, con 445 homicidios. Otra novedad en el último *ranking* es que San Salvador y Guatemala se mantuvieron fuera (Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y Justicia Penal AC, 2022).

Si se reduce el tamaño de las ciudades para el análisis —de localidades de más de 200 mil habitantes a incluir a las de más de 100 mil habitantes— los resultados varían, pero el mapa de violencia se mantiene esencialmente similar. Ciudades como Ciudad Juárez, en Chihuahua; Colima, Colima; Tijuana, en Baja California; Culiacán, Sinaloa, se han mantenido en la lista de las ciudades más violentas, con tasas de homicidios a niveles de alarma mundial. Resumiendo, diez países figuran con ciudades en la lista y de estas ciudades dieciocho son mexicanas. Sin embargo, en una visualización de series del tiempo más amplia se puede ver que en los últimos 30 años la violencia aparece de forma permanente en casi un centenar de ciudades de México.

Las causas ya están suficientemente focalizadas y se mantienen constantes, aunque se requiere de una explicación más amplia en cada uno de sus elementos; *The Economist* (2017) las engloba en una sola frase que se acerca a ser completa, pero con muchas aristas: “Conflictos entre pandillas, corrupción e instituciones públicas endebles, todo contribuye a los altos niveles de violencia en la región”.

Pero la serie de datos sobre la tasa de homicidios, o el número total de asesinatos de jóvenes entre 15 y 29 años, implica apenas mirar superficialmente el bosque de la violencia en México. Es necesario acercarse más a cada uno de los datos, desmenuzarlos, conectarlos con otros más, y entonces empezar a conocer el fondo con una visión más amplia.

En el México del nuevo milenio, el Estado perdió el monopolio de la violencia. Aunque algún tiempo eso fue motivo de debate —y aún algunos casos todavía se atreven a discutirlo— queda establecido que en México hay comunidades, regiones y amplios sectores en las grandes ciudades donde la violencia la ejercen las organizaciones del crimen. Esto no sucedió de un día para otro, fue poco a poco, hasta que se lo arrebataron por completo al gobierno. Es un círculo vicioso, donde las organizaciones criminales mantienen el dominio de la violencia porque se lo han ganado. Lo obtuvieron dominando a sus oponentes, incluido el Estado, superándolos en los niveles de violencia y, al final, terminaron imponiéndose.

El debate más reciente (de los muchos que cíclicamente se abren en países del mundo en condiciones como la nuestra, unas veces en Asia, otras en Centroamérica, siempre todos alejados del selecto grupo de países poderosos) está en relación con los Estados fallidos para pensar si Venezuela o México lo son. Más allá del concepto en boga de Estados fallidos, en México se llegó a una conclusión que el historiador Enrique Krauze sintetizó de esta manera:

“El avance del crimen organizado ha hecho que en varias entidades no solo no exista ya democracia, que no exista (el) Estado de derecho elemental, orden público. México ya no es México en buena parte del país. Es una situación terrible, inédita desde la revolución mexicana, pero muy compleja... La prioridad

nacional es combatir la violencia e instaurar el Estado de derecho. ¡Qué fácil es decir que ‘fue el Estado’! No es exacto. Los culpables son los criminales coludidos con gobiernos locales, que es distinto. El Estado ha sido incapaz de instaurar la legalidad, pero por razones complejas. Cualquiera que tenga un mínimo de conocimiento histórico se da cuenta de que México estaba muy mal preparado para constituir un Estado de derecho en el siglo XXI” (Lafuente, 2017).

En todo México, un día sí y otro también, ocurren historias tan parecidas que podrían confundirse como la misma, pero repetida. Pero la confusión es solo apariencia. Estas historias del México del siglo XXI invariablemente llegan de manera escueta, vaga, en la que apenas puede verse el entorno de una repetición habitual: Un asesinato. Un “quién” —nombre de pila y apellido N—. Un “dónde” —Culiacán, Reynosa, Chilpancingo o Ciudad Juárez—. Un “cómo” —generalmente en la calle, mayoritariamente a balazos—. El “cuándo” va implícito y se replica. Y el “por qué” nunca se sabe. Podría intuirse, pero todo se queda en la cáscara de los datos simples. Son historias que jamás serán contadas por ser inabarcables, y ocurren con tanta frecuencia y en sitios tan apartados entre sí, que se volvieron una fría estadística. Por eso se genera la confusión de que se trata de la misma historia, pero repetida.

En el México profundo lo que están ocurriendo son historias distintas que se presentan con una frecuencia mayor a otros sitios del mundo.

Portación de cara

Existe comúnmente entre los jóvenes una frase que utilizan con frecuencia. Se trata de reconocer el principal delito por el que son detenidos por la policía. No existe, como tal, en ninguna legislación ni en ningún manual operativo de los cuerpos de seguridad, pero ellos lo definen simplemente como “Portación de cara”. O sea, son detenidos porque parecen sospechosos, por su imagen, por su cara, y eso es suficiente para detenerlos, muchas veces, de forma arbitraria.

Existen otros aspectos referenciales comunes que “identifican” y han estigmatizado a la juventud popular con sus usos y costumbres cotidianas (sobre todo, desde la perspectiva de los estratos medios y altos, así como de las imágenes más difundidas por los medios de comunicación). Se han vuelto una serie de estereotipos que ligan directamente a los jóvenes populares con la violencia, las drogas, el sexo, los abusos, los excesos, y llegan a proponer una supuesta conexión de ciertos jóvenes con ritos ocultos, como sucede con los fanáticos seguidores de la Santa Muerte o el satanismo, cuando se ha acusado a los jóvenes de que “acostumbran a beber sangre de animales” solo por el aspecto que tienen.

Es tan claro este asunto que incluso en las propias campañas de concientización gubernamentales se reproduce esta imagen del joven popular.

Una canción del TRI, *Violencia, drogas y sexo*, resume una imagen popular de la vida juvenil, pero termina por convertirse en un cliché al respecto, que distorsiona la percepción que existe sobre los jóvenes.

La primera vez que entrevistamos a funcionarios públicos para solicitar su opinión de los jóvenes populares, sus respuestas eran bastante consensuadas: “Son violentos, se drogan, son promiscuos, se emborrachan, destruyen, amedrentan, matan, roban, violan y dan miedo”. Y esa imagen era exactamente la misma que se difundía masivamente en los medios de comunicación. Los jóvenes, ante esto, respondían: “Les damos miedo por feos, por mugrosos, por jodidos... y la neta sí es cierto, pero andamos así porque la principal droga que nos chinga es la pinche sociedad” (Castillo Berthier, 1988).

Muchos elementos valorativos están inmersos en estas imágenes: odio, olvido, ignorancia, pobreza, rechazo, insatisfacción, resentimiento social, revancha, venganza, y lo más significativo es que muchas de estas imágenes negativas —tanto de los jóvenes para la sociedad como de la sociedad para los jóvenes— se mantienen con el paso del tiempo, e incluso, en algunas ocasiones pueden ser peores, con nociones aún más decadentes.

Llama la atención que en la opinión de algunas autoridades se afirme que “son violentos”, sin embargo, no hablan de que sean delincuentes. Esto es importante ya que el crecimiento desmesurado de la delincuencia en el país se ha multiplicado y recrudecido en todos los espacios de la nación al punto

que, en los análisis públicos y privados, el primer problema que aparece en la lista de prioridades es la seguridad pública. Actualmente, los estereotipos existentes mezclan indiscriminadamente: violencia, criminalidad, delincuencia y hasta se llega a hablar específicamente de una “delincuencia juvenil”. Y en este terreno habría que ser cautelosos para no mezclar estos términos en forma ambigua. Se debe establecer con claridad que son distintos y que deben ser analizados —cada uno— en su justa importancia y dimensión.

Mientras que la delincuencia se refiere al conjunto de hechos delictivos —que implican necesariamente la comisión de un delito—, la violencia se refiere a un modo de actuar específico: con ímpetu, contestatario, que obliga a “tener que hacer algo”, aún en contra de su propia voluntad. O bien, que se dejan llevar por la ira, pero que no necesariamente implica delinquir.

Parece oportuno señalar la clara diferencia que existe entre la “violencia delincencial” —presente de una u otra forma en todas las sociedades y en todos los estratos sociales— y la “violencia social” —contestataria—, que se genera al exigir un cambio de rumbo económico y de estructuras políticas y administrativas que permitan el surgimiento de un sistema político democrático, después de tantos años de existencia de autoritarismo gubernamental sustentado en el viejo “partido oficial” (Partido Revolucionario Institucional, PRI).

En México no solo creció la delincuencia, sino que uno de sus peores engendros, la impunidad, deambula libremente entre los juzgados, tribunales, cárceles y viaja en primera clase alrededor del mundo. Ahí está una larga lista de banqueros, industriales, políticos, funcionarios y mafiosos que andan prófugos de la justicia sin que exista el poder o el empeño de traerlos a pagar sus robos, asesinatos, enriquecimientos ilícitos, fraudes, engaños, abusos de poder, sobornos y demás fechorías.

Sí, actualmente hay un cambio valorativo, una real decisión de cambiar esos llamados “valores” que, bajo las banderas de la “tradicción”, “la costumbre” y los “juicios *a priori*”, han tratado de calificar sistemáticamente a los jóvenes como “rebeldes”, “violentos”, “irrespetuosos”, “valemadristas” o “irresponsables”.

Se puede preguntar: ¿Cómo pedirles cordura a los jóvenes? ¿Cómo decirles que esa sensación que tienen de vivir en una sociedad injusta es un sentimiento equivocado? ¿Cómo explicarles que generales sobresalientes del Ejército —uno de los principales valores de la nación mexicana— estuvieron en contubernio con el narcotráfico? ¿Cómo justificar que la ambición desmedida de las elites económicas y políticas no solo les ha robado su futuro, sino hipotecado el futuro de sus hijos? ¿Cómo rescatar a los jóvenes de este enorme aparato social en el cual se sienten aplastados?

El hambre provoca ira, y la miseria de los pueblos exagera esta situación. Cada día mueren cientos y miles de personas en riñas callejeras, asaltos y violencia entre los más diversos grupos sociales y esto, de ser tan cotidiano, pasa desapercibido muchas veces, como si se estuviera siempre lo suficientemente “lejos” como para no preocuparnos de verdad, hasta que nos toca vivirlo de cerca con un familiar o un conocido.

Se dice comúnmente que es lógico que las situaciones de violencia se agraven con la pobreza y que los padres de familia que no pudieron terminar la educación básica —que son desempleados o que sobreviven “de milagro” en los sectores informales— están predisuestos a tener hijos delincuentes. Pero ésta es solo una de las caras hipotéticas del problema. ¿Qué pasa con los delincuentes de “cuello blanco”? ¿Qué pasa con los numerosos fraudes inmobiliarios y bancarios? ¿Qué sucede con la corrupción administrativa? ¿Qué se piensa de los gobernadores presos y de los prófugos? ¿Cómo ha continuado la corrupción policiaca? Y finalmente: ¿Quiénes deben juzgar y responder por estos delitos?

La población carcelaria de entre 25 a 29 años representa el mayor porcentaje, con 20.7% hombres y 20.6% mujeres (INEGI, 2020: 28) y hay un 42% de presos en cárceles estatales que aún no han recibido condena (La Jornada, 2021)

Por otra parte, el 87.7% de los jóvenes de 12 a 29 años manifestaron algún nivel de desconfianza en la policía, principalmente por considerar que son corruptos (36.6%), tienen relación con la delincuencia (27.5%), no les interesa la seguridad ciudadana (22.5%) y realizan detenciones injustificadas (21.6%) (INEGI y SEGOB, 2014).

La “Portación de cara” es un estigma, pero sin duda hay un largo camino de reconstrucción valorativa que debe ampliarse a muchas ciudades de la república. Se necesita entender y comprender la génesis y el resultado del manejo de los estigmas, pero, sobre todo, se necesitan abrir nuevos espacios de participación juvenil.

Muriendo en la violencia

Javier Valdez Cárdenas, periodista y escritor, expuso en una serie de libros un capítulo ominoso de la narrativa del México contemporáneo, el del siglo XXI. Acercarse a sus libros es ver cómo nuestra ciudad, nuestro país, nuestro mundo no es más que “un estado cavernario” (Valdez Cárdenas, 2015). Ante una realidad huidiza y fragmentaria, Valdez se encargó de perseguirla durante años, de armar un rompecabezas con piezas escondidas, extraviadas, que nos fue revelando un país lleno de dolor y deudas pendientes.

En *Los morros del narco* (2007), por ejemplo, va mostrando a la generación de jóvenes a quienes se les arrebató el futuro del país y quedan condenados a ser carne de cañón. El libro se compone de una serie de historias donde la vida de violencia va envolviendo a los jóvenes, a los morros (como se les dice en algunas regiones de México), hasta quedar atrapados, indefensos.

Entre lo que entendemos por apariencia y la realidad existen un par de ideas centrales. Uno: la violencia en México ha permanecido estacionada en los últimos 30 años. En la década de los años 90 del siglo XX las tasas de homicidios en México ya eran altas. Luego de alcanzar un máximo en 1992, inició una lenta pero gradual disminución durante 15 años, para llegar a su mínimo histórico en 2007 (INEGI, 2021). Pero solo bajó para subir a niveles de alerta. Tanto en la última década del anterior milenio como en las primeras dos del nuevo, la violencia se mantuvo estacionada en el país, y ninguna medida o política pública, y ningún gobierno, aún después de la alternancia en casi todas las administraciones, logró disminuciones importantes. Por el contrario, ciudades y localidades antes con bajos índices fueron convirtiéndose en sitios de peligro. No existe en México un caso de éxito, sea en un municipio pequeño o

grande, una urbe o una comunidad, que pueda presumir un modelo de seguridad pública exitoso.

PANDEMIA: DE LA CALLE A LA CALLE

Hasta este punto se han planteado en el artículo dos elementos muy importantes en la vida de los jóvenes del país: en primer lugar, la construcción de valores y expectativas de vida que se describen muy brevemente en las hipótesis de investigación. En segundo, la importancia de la violencia. No a través de los datos duros existentes, sino a través de historias de vida reales que enmarcan uno de los retos —sobre todo para los jóvenes de las clases populares—, que es su cercanía con el mundo del crimen y la violencia.

Hay, sin duda, muchas otras áreas que pueden servir para ampliar la conformación de los valores juveniles y los impactos de la violencia (el desempleo, la migración, el género, la participación política, la religión, la geografía, la exclusión social, etc.) pero, por el momento, solo se seleccionaron estas dos.

El proyecto de Circo Volador surgió como un experimento de ensayo —sobre “acierto y error”— que se aplicó de muy diversas formas y en muy distintos lugares para acercarse al mundo juvenil. Después de la primera evaluación, en 1997 —diez años después de su arranque—, surgieron algunas respuestas a la pregunta: juventud y violencia: ¿Qué hacer con ellas?, que materializó algunos de sus alcances en cinco puntos básicos: 1) El proyecto logró “desterritorializar la violencia”, al hacer accesibles muy distintas actividades para todos los grupos juveniles —aunque pertenecieran a bandas diferentes—; 2) Con esta vinculación se empezaron a construir —desde la perspectiva de los jóvenes— nuevas formas de agrupación y de cohesión social entre ellos; 3) Con estos ejercicios se desarrolló una “multidisciplinaria de las acciones”, en donde la suma de propuestas diferentes buscaban objetivos comunes; 4) Si había nuevas formas de acción consensuadas, se pensó en plantear “nuevos paradigmas educativos” que, además de la educación formal oficial, encontrara otras ofertas de empleo en nuevos mercados; y 5) Finalmente, con la suma de estas características, se podía vislumbrar la creación de “nuevas for-

mas de inserción educativa y laboral” en un espacio autosustentable, económicamente hablando.

En marzo de 2020 llegó la pandemia y eso modificó completamente los esquemas analíticos que se tenían en ese momento.

Contábamos con un “comodato” (permiso temporal revocable) para el uso del Cine Francisco Villa, que estuvo abandonado por más de 12 años. Recibíamos anualmente a más de 80 mil personas. Contábamos con 45 maestros talleristas. Teníamos un promedio de mil alumnos semestrales —de enero a junio y de julio a diciembre—, ellos sumaban dos mil alumnos anuales que venían a estudiar en los talleres dentro del espacio. En la parte operativa trabajaban cerca de 20 empleados (más un gran número de eventuales) y se realizaban cerca de 22 conciertos musicales internacionales y 60 conciertos nacionales. Eso permitía —en términos generales— un sostenimiento económico básico del proyecto.

Cuando llegó la pandemia cambió todo. Nosotros, nuestros vecinos, los familiares, los amigos, los conocidos, nadie estaba preparado para enfrentar una pandemia. Más allá de los problemas personales de nuestra comunidad, para enfrentarla como proyecto nos obligó a gastar hasta el último peso para tratar de subsistir. Cerramos el lugar y, ante la incertidumbre, buscamos cómo reinventarnos y explorar nuevas formas de innovación.

Partimos —igual que lo hacemos con nuestra metodología de trabajo— de buscar nuestras habilidades y nuestras potencialidades para encontrar las nuevas áreas de oportunidad. Por ello, pasamos del “espacio físico” a un “espacio virtual” —de manera convencional— que ya teníamos identificado en nuestras redes sociales en ese momento, pero que solo significaba para el proyecto una especie de “propaganda”.

Del espacio físico al virtual

El espacio físico se cerró en marzo de 2020 y así se mantuvo durante toda la pandemia, que llegó a significar para nosotros más de un año y medio. Y al “espacio

virtual” —aunque ya existía— nunca se le dio alguna importancia mayor a la comercialización y la difusión. Era para nosotros un “área de difusión”.

Al revisar lo que habíamos hecho, encontramos un enorme vacío. La información que compartíamos en nuestras redes no pasaba de ser publicidad, un meme, un anuncio o una comunicación superficial. O sea, no funcionaba más en este momento. ¿Qué se buscó?: crear un espacio virtual real dentro de nuestras redes sociales, fortalecer el uso de nuestra estación de radio por internet, revalorar los espacios externos al espacio y pensar colectivamente: ¿Qué podemos hacer desde aquí y en estas condiciones frente a la pandemia?

Las primeras preguntas fueron: ¿Cuántas redes sociales tenemos? ¿Cuáles son sus contenidos? ¿Con qué interacción social? En Facebook contábamos con Circo Volador Oficial, Conciertos y Eventos Circo Volador A.C., Talleres de Circo Volador y Radio Circo Volador. En Twitter, Instagram y YouTube, con Circo Volador Oficial y Circo Volador México.

¿Cuál era el alcance de nuestras redes? En Facebook se contaba, más o menos, con 252 mil personas. En Twitter, 29 mil 900 seguidores. En Instagram, cinco mil 813 adeptos. Y en YouTube apenas alcanzábamos 90 suscriptores en Circo Volador Oficial y 515 en Circo Volador México, aunque llegamos a tener videos en la celebración del bicentenario de la Independencia con más de 900 mil *likes*, en el caso de ¡Al sordo hay que gritarle! Para muchos, estas cifras pueden ser buenas o positivas. Pero para la realidad de la pandemia eran insuficientes... Teníamos que cambiar.

Para lograrlo, lo primero que hicimos fue definir una línea editorial que buscara nuevos objetivos, que fortaleciera la participación colectiva y que ampliara las temáticas a tratar. Ya no eran redes centradas en las actividades del espacio (porque estaba cerrado), se ampliaron las temáticas a lo que sucedía socialmente. Actualizamos la imagen institucional. Desarrollamos nuevos contenidos con videos e infografías. Y se mantuvo una participación permanente —semanal— en todas nuestras redes.

¿Qué buscamos? El primer objetivo de la línea editorial fue retomar una preocupación colectiva: jóvenes y arte en tiempos de pandemia. A partir de eso se incorporaron poco a poco otras problemáticas: igualdad y género,

ecología y medio ambiente, bienestar físico, la mentira política, entre otras. Con base en la línea editorial se generaron contenidos frescos para nutrir las redes, entendiendo que cada red tiene un perfil diferente.

Por ejemplo, en **Facebook** “las personas buscan pertenecer”. Es una de las redes sociales más completas. Nos brinda la posibilidad de compartir textos más elaborados, imágenes explicadas, transmisiones en vivo de nuestras actividades, y, sobre todo, una mayor cercanía con nuestros usuarios. Nos enfocamos en explotar la parte emocional y familiar de esta plataforma, publicar contenidos que se compartan de forma amigable; o sea, proporcionar información interesante y de valor.

En **Twitter** “las personas buscan ser escuchadas”. La ventaja de esta plataforma es la inmediatez para dar a conocer una opinión, un suceso o un evento. Los usuarios de esta aplicación están ávidos de ser leídos y que su opinión o comentarios hagan eco en las redes sociales. Somos una organización que representa un referente al hablar de “cultura alternativa”. Esta red nos permite “tejer alianzas” con otras personas e instituciones en las áreas que trabajamos.

En **Instagram** “las personas buscan ser vistas”. Esta red tiene un éxito enorme en todo lo visual. Con ello pudimos aprovechar la gran cantidad de imágenes que teníamos almacenadas en nuestros archivos.

En **YouTube** “a la gente le gusta que la vean”. Algunos no la consideran una red social. Sin embargo, YouTube es una plataforma medular para el crecimiento de cualquier iniciativa que desee realizar una empresa u organización y puede convertirse en un medio de generar recursos económicos a largo plazo.

Con todas ellas generamos contenidos —de excelente calidad— que reflejaban el compromiso social y la concordancia de nuestra línea editorial. A esto añadimos la publicación semanal de **infografías** en las que, de forma muy concreta, difundíamos información sobre los acontecimientos actuales. En su mayoría se dirigieron a temas de igualdad de género y feminismo, dado el desarrollo de los hechos y eventos que impactan en el ámbito nacional.

Pese a todo, el espacio físico seguía cerrado y tuvimos que pensar nuevamente en salir otra vez a la calle. En una enorme pared externa al Circo

Volador vimos nuestra primera actividad. Iniciamos la metamorfosis de una calle “chacaleda” (intervenida con miles de grafitis y propaganda). Al no poder abrir las puertas del espacio, rescatamos la fachada de Circo Volador y, con la Comisión de Derechos Humanos de la CDMX (CDHCM) y nuestro taller de fotografía, logramos montar la galería de arte Circo Volador. Esa galería se inauguró en marzo de 2021 y, desde esa fecha hasta la actualidad, lleva 8 exposiciones de arte externas, además de iluminar la zona y brindar mayor seguridad para todos los vecinos.

Junto a Circo Volador existe una pequeña plazoleta a donde salimos para empezar a realizar talleres colectivos y gratuitos de cartonería en dos fechas significativas: el Sábado Santo, durante Semana Santa, y el Día de Muertos, en noviembre. Esos talleres se difundieron en los medios de comunicación y promovieron la participación de los vecinos, de las autoridades de la alcaldía local (Venustiano Carranza) y de otras agrupaciones de la CDMX. Desde la calle empezamos recuperar muy lentamente la posibilidad de regresar al interior del espacio, con la convicción de recuperar la función original del proyecto.

Por ello modificamos nuestro viejo *slogan*: “Somos una Utopía... hecha realidad”, por uno nuevo: “Somos iguales... porque somos diferentes”.

El trabajo de Circo Volador está apenas en sus primeros pasos de recuperación. Se tardará mucho en encontrar una salida a esta “nueva normalidad”, sin embargo, el trabajo realizado es un buen ejemplo de continuidad con un viejo proyecto de investigación social aplicada desde la UNAM.

CONCLUSIONES: MODERNIDAD E INDIVIDUALIDAD

Con la pandemia se paralizó el mundo. Se suspendieron las actividades. Se le pidió a la humanidad “quedarse en casa” y respetar la sana distancia. Y en un año de aislamiento, las redes sociales, las conferencias virtuales y el diálogo a distancia con amigos y colegas se volvió completamente cotidiano. En esos momentos, y según diversos reportes escolares revisados —con cifras dadas a

conocer por algunas escuelas y universidades, y también resultado de algunas discusiones y conferencias de Zoom—, la pandemia del COVID-19 empeoró de manera rotunda la educación formal (que ya era grave en el pasado) y empujó a los jóvenes hacia las redes sociales en la búsqueda de conocimientos prácticos, útiles, fáciles y sencillos de aprender para resolver este complicado momento a nivel mundial.

Por otra parte, el desempleo llegó mundialmente en cascada para toda la población. La mayoría de los organismos públicos (de servicio, educativos, de registro, etc.) mantuvieron a sus empleados con la consigna de “trabajar desde casa” y muchos organismos privados lo hicieron igual. Sin embargo, en medio de este reacomodo, el desempleo creció en todo el mundo en cifras nunca imaginadas. Una encuesta aplicada a nivel América Latina, realizada entre Manpower Group y JA Americas (Gascón, 2022), reflejó que, en la región, el 81% de los jóvenes sufre para colocarse en un empleo. Los jóvenes que se acercaron a las redes sociales necesitaban de una formación educativa que no tenían antes. Lo mismo fue para los jóvenes rurales que (en sus pequeñas comunidades) quedaron atrapados en sus casas, sin poder salir de sus poblados dadas las restricciones impuestas por los gobiernos locales y quedaron fuera de los empleos que tenían y que eran base del patrimonio familiar. De esa forma tuvieron que enfrentar —con lo que tenían a la mano— las medidas de sobrevivencia. Igual sucedió con los jóvenes urbanos. Y entre todos, poco a poco descubrieron “nuevas actividades” con originales e insólitas formas de solución para cubrir los retos que les aparecían. En el fondo, la ley básica del mercado, “la oferta y la demanda”, impuso sus reglas y tuvieron que asimilarla muy rápidamente para modificar sus formas de relación social.

Con ello surgió una nueva relación entre la educación y el empleo. Las dos son importantes. Las dos son esenciales y se necesita de tiempo e ideas frescas para transformarlas en herramientas para subsistir. Así aparecieron formas inéditas para generar otros productos y servicios en donde no existían antes. Eso generó empleo donde no lo había y engendró nuevas demandas de acción entre los grupos sociales. Existen muchos ejemplos de estas situaciones, pero son tantas y poseen tantas características individua-

les, que el análisis de ellas daría material suficiente para realizar otro trabajo de investigación.

Pese a esta imagen positiva de los jóvenes y la pandemia la violencia siguió presente, y en las estadísticas cotidianas de los asesinatos aparecen cientos y miles de jóvenes que buscaron esa imagen del grafiti “joven y rico” —aunque sea por un par de años—. La única forma de promover una conciencia mayor entre los jóvenes sobre el mísero mundo de las drogas y la criminalidad sería abrir muchos otros espacios de participación para todos. Abrir las puertas de las políticas públicas para incrementar sistemáticamente la participación de los jóvenes y darles un seguimiento. No solo se les debe invitar a sumarse a una propuesta política. Se necesita una visión de mediano y largo plazo de acompañamiento de los jóvenes. En Circo Volador, los primeros jóvenes que se acercaron con nosotros hoy tienen más de 50 años y son papás o hasta abuelos. En este período al menos hemos tenido contacto con dos generaciones más de jóvenes y estamos en la tercera. Los jóvenes siempre son distintos. Hablan diferente. Les gusta una música opuesta a la de sus padres. Sus nexos con las nuevas tecnologías de la información permiten valorar lo que se define como la Cuarta Revolución Tecnológica,⁴ que implica una especialización tecnológica para “el manejo de los datos”. ¿Cuándo y cómo aprenderemos a manejar los millones de datos que tenemos a la mano de forma cada vez más sencilla? Los jóvenes encontrarán esas respuestas.

Como reflexión final de este trabajo, me aparece una metáfora. Se trata de la fotografía de una indígena Seri, llamada *Mujer Ángel*, tomada en 1979 por Graciela Iturbide. Su imagen tiene la fuerza de un texto. La indígena va caminando de espaldas hacia el desierto de Sonora. Lleva puesta una larga falda blanca y sus vestimentas típicas. La foto es en blanco y negro. No hay nadie más. El paisaje del desierto es triste y solitario. Pero, en su mano derecha, ella carga una radio enorme. No hay duda: la radio es su compañera.

4 La primera revolución tecnológica se ubica con la aparición de la máquina de vapor; la segunda, con la producción en línea; la tercera, con la automatización de las computadoras; y la última, que se refiere al manejo de datos, con las nuevas tecnologías de la información y comunicación.

La radio estará con ella y le hablará. La radio le transmitirá la música que le alegrará las mañanas. La radio —ese viejo invento occidental— se volvió vital para mucha gente de su comunidad.

Pero esa misma imagen puede leerse bajo distintos lenguajes y cada uno de ellos expresará su visión de forma diferente. Lenguajes hay muchos. Los que se identifican como los “defensores de la identidad indígena” dirán que la radio atenta contra ella por transmitir música comercial. Los líderes de las “tradiciones” nos hablarán de la mala influencia de la modernidad en las comunidades más alejadas, sobre todo si son indígenas. Los caudillos de la globalidad y el libre mercado lamentarán que la radio vaya a una comunidad tan apartada, tan lejana, en la sierra, en donde —de seguro— todavía no existen las tiendas para venderles otras cosas. Pero ahí llegará la radio y su dueña. Y su sonido le alegrará el tiempo de sus largas caminatas entre la siembra y las comunidades. La animará para realizar sus actividades en la vivienda. La divertirá cuando esté sola y, sobre todo, será su compañía permanente y estará con ella todos los días. Lenguajes habrá muchos, pero la realidad individual de esa mujer Seri terminará por imponerse.

Las luchas entre la individualidad y la globalidad han sido permanentes. Hace no mucho, la modernidad definía la “americanización” como una manera de universalizarse. Ahora, la globalidad es un encuentro multclasista que se define en función de su impacto tecnológico y es —por lo común— lo que solo se discute desde la resignación o con fines retóricos. ¿De qué modo condenar, por ejemplo, a los jóvenes de clases populares que, al americanizarse en diversos niveles, creen exorcizar así su falta de futuro?

Pero existe un problema mayor que no implica “la virginidad de las culturas”, sino la destrucción de las economías. ¿Cómo funciona nuestra economía? ¿No vivimos en una economía global? La subordinación de la nación al rango esencial de productora de materias primas y exportadora de mano de obra barata no es suficiente para entender nuestra realidad. La incapacidad de competir de un empresario fuerte —gracias a la protección y la complicidad de los gobiernos que le garantizaron su fluidez oligopólica— hoy enfrenta un nuevo reto a nivel de la competencia internacional.

Al mismo tiempo hay un engaño colorido: es creciente el número de quienes transforman en “cultura popular” y en “espíritu nacionalista” la banalidad y el envilecimiento superficial de lo que se nos ofrece a nombre de la globalización.

De algún modo, la globalidad se “mexicaniza”, se “argentinita” o se “peruaniza”, y lo internacional se funde implacablemente con lo muy local. Algo queda en claro: los principios y consignas de la globalidad son válidos para la masa, pero no sirven para referirse a los individuos. Y en esos individuos están nuestros jóvenes, nuestros pueblos originarios y la joven Seri que va al desierto cargando su radio. Ninguna de estas individualidades quedará fuera de la estigmatización que se vive globalmente.

Las estructuras de cohesión social (escuela, empleo, familia, cultura, autoridad) se mueven. A veces avanzan, pero también retroceden. Cada vez resulta más clara la necesidad de analizar su interrelación grupal. Cuando se analizan los problemas de la falta de educación y el desempleo (en muchos contextos geográficos) la violencia aparece de formas muy diversas y genera nuevas necesidades que demandan ser atendidas en las regiones que padecen la mayor crueldad en el país. Estas zonas dejaron de ser atendidas desde hace varios años, ya sea por la corrupción (como fue el caso del sexenio de Enrique Peña Nieto) o por desinterés (en cuestión de la 4T con AMLO). Los jóvenes pobres de estas comunidades excluidas dejaron de recibir atención, pero eso no evitó que sus problemas aumentaran. Las cosas se mantuvieron igual que antes o empeoraron y no alcanza a visualizarse una acción pública o privada para resolver estos enigmas. Con la pandemia las relaciones educativas, laborales y familiares se vinieron abajo en muchos lugares. Todo quedó en suspenso para ellos. Sin embargo —hay que reconocerlo—, la pandemia también tuvo dos efectos significativos: Uno, muy positivo, con el impulso de nuevas formas de interrelación y nuevas actividades que demandaban un desarrollo inmediato. Otro, que obligó a dejar en el olvido muchas de las tareas anteriores. Las redes sociales mostraron la importancia directa de un sentido de la globalidad, pero ese alcance siempre quedó limitado a las individualidades existentes en los diversos países. Hay que revalorar el país,

el gobierno, las necesidades, los retos y las propuestas más inteligentes para transformar la realidad.

En México vivimos en una democracia, con un gobierno rector que enfrentó a su manera los retos entre esta individualidad y la globalidad. Las fórmulas oficiales del apaciguamiento fueron las mismas de siempre: tendrás empleo, serás feliz, la pasarás bien y en el destino de tus hijos y de tus nietos el país recompensará tus sufrimientos, sin decir nunca cuándo empezaremos a conseguirlo.

Dejo una pregunta final: ¿La pandemia logrará modificar este arcaico pensamiento gubernamental? ¿Logrará despertar la imaginación en las nuevas generaciones? ¿Podremos rescatar el valor de la individualidad social frente a una globalidad general? ¿Nos servirá para construir un mejor presente dentro de la “nueva normalidad”? Habrá que esperar más. Ese es uno de los primeros efectos de la pandemia.

BIBLIOGRAFÍA

- Aceves, Manuel (2017). *Asesinan a uno en Lomas del Pedregal*, en Luz Noticias, sección Seguridad, 5 de septiembre. Disponible en: <https://www.luznoticias.mx/2017-05-09/seguridad/asesinan-a-uno-en-lomas-del-pedregal/20857> (Consultado el 4 de junio de 2022).
- Arellano García, César (2021). *En seis años, la cifra de presos sin sentencia disminuyó 4.5%*, en La Jornada, Sección Política, 18 de octubre. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/notas/2021/10/18/politica/en-seis-anos-la-cifra-de-presos-sin-sentencia-disminuyo-4-5/> (Consultado el 4 de junio de 2022).
- Castillo Berthier, Héctor (1988). *Diagnóstico con jóvenes populares en la Ciudad de México*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM. Documento interno.
- Castillo Berthier, Héctor; Sergio Zermeño y Alicia Ziccardi (1995). *Juventud Popular y Bandas en la Ciudad de México*, en *Cultura y Pospolítica, el Debate sobre la Modernidad en América Latina*, México: Consejo Nacional para las Culturas y las Artes.
- Castillo Berthier, Héctor (2002). *De las Bandas a las Tribus Urbanas: De la transgresión a la nueva identidad*, Desacatos, no. 9. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2002000100003. (Consultado el 25 de abril de 2022).
- Castillo Berthier, Héctor (2012). *Guía metodológica de intervención con jóvenes en situación y riesgo de violencia*. Reporte de investigación (documento interno). Unidad de Estudios sobre la Juventud, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y Justicia Penal AC (2022). *Ranking 2021 de más 50 ciudades más violentas del mundo*. Disponible en <http://www.seguridadjusticiaypaz.org.mx/sala-de-prensa/1603-ranking-2021-de-las-50-ciudades-mas-violentas-del-mundo> (Consultado el 15 de mayo de 2022).
- Gascón, Verónica (2022). *Empleo en jóvenes: 79% sufre para encontrarlo*, en *Reforma*, Sección Negocios, 1 de junio.

- Instituto Nacional de las Mujeres (INMujeres), Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2011). *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2011* (ENDIREH). Disponible en <https://www.inegi.org.mx/programas/endireh/2011/>. (Consultado el 26 de mayo de 2022).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) y Secretaría de Gobernación (SEGOB) (2014). *Encuesta de Cohesión Social para la Prevención de la Violencia y la Delincuencia (ECOPRED) 2014*. Disponible en <https://www.inegi.org.mx/programas/ecopred/2014/>. (Consultada en 4 de junio de 2022).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2021). *Estadísticas a propósito del Día Internacional de la Juventud. 12 de agosto (Datos nacionales)*, Comunicado de prensa No. 451/21, 10 de agosto. Disponible en: https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2021/EAP_Juventud21.docx#:~:text=ESTRUCTURA%20DE%20LA%20POBLACI%C3%93N%20JOVEN,la%20poblaci%C3%B3n%20en%20el%20pa%C3%ADs. (Consultado el 2 de marzo de 2022).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2021). *Censo Nacional del Sistema Penitenciario Federal y Estatales 2021. Presentación de Resultados Generales*. Disponible en https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/cnspef/2021/doc/cnsipef_2021_resultados.pdf (Consultado el 5 de mayo de 2022).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2021). Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE). Disponible en <https://www.inegi.org.mx/programas/enoe/15ymas/#Documentacion> (Consultado el 4 de junio de 2022).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2022). *Mortalidad. Conjunto de datos. Defunciones por homicidios*. Información 1990 a 2021. Disponible en: <https://www.inegi.org.mx/sistemas/olap/proyectos/bd/continuas/mortalidad/defuncioneshom.asp?s=est> (Consultado el 15 de mayo de 2022).

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2022) Población. Asistencia Escolar. Disponible en <https://cuentame.inegi.org.mx/poblacion/asistencia.aspx> (Consultado el 4 de junio de 2022).
- The Data Team (2017). *The world's most dangerous cities*, en *The Economist*, 31 marzo. Disponible en: <https://www.economist.com/graphic-detail/2017/03/31/the-worlds-most-dangerous-cities>. (Consultado el 15 de mayo de 2022).
- Lafuente, Javier (2017). *Los jóvenes son los grandes ausentes del escenario político mexicano*, en *El País*, 29 mayo. Disponible en https://elpais.com/internacional/2017/05/29/mexico/1496012767_346126.html. (Consultado el 10 de mayo de 2022).
- Pradilla, Alberto (2019). *México tiene el mayor aumento de violencia de todo el hemisferio en la última década*, en *Animal Político*, 23 de mayo. Disponible en: <https://www.animalpolitico.com/2019/05/mexico-mayor-aumento-violencia/> (Consultado el 4 de junio de 2022).
- Valdez Cárdenas, Javier. 2015. *Huérfanos del narco*. México: Editorial Aguilar.
- Valdez Cárdenas, Javier. 2007. *Los morros del narco*. México: Editorial Aguilar.

Juan Meliá

Universidad Nacional Autónoma de México

“Los libros nos permiten saber que no estamos solos,
que hay otros que piensan y sienten como nosotros.
Y eso, si quieres, es terapéutico”.

Rosa Montero

Una pandemia nos ha atravesado como sociedad, como integrantes de un país, de una comunidad o de una familia; dentro de nuestro sector profesional y laboral y, sobre todo, nos ha herido como personas. Estamos quedando marcados como la generación que vivió/sobrevivió la pandemia causada por la COVID-19, con todas sus pérdidas, descubrimientos y secuelas. En ese contexto es innegable que la cultura, el espacio privilegiado donde habitamos y nos reconocemos como sociedad, donde nos encontramos con nosotros mismos y con los otros, sufrió enormes consecuencias y tenga también heridas abiertas.

Las razones de tan profundo impacto en nuestras vidas nacen principalmente del efecto forzado por el obligado distanciamiento social que vino tras los primeros días de azoro, miedo e incertidumbre al ser declarada la pandemia por causa del virus SARS-CoV-2. La consecuencia, el aislamiento o distanciamiento social (en muchos países no solo aconsejado, sino forzado) puso en pausa nuestra forma de vida en convivencia presencial y arriesgó las formas y los valores que los hábitos sociales, culturales y hasta de consumo y sostén teníamos aceptados. Las obras de teatro y danza pospusieron o cancelaron sus

temporadas y circuitos, los cines cerraron sus salas, los museos vaciaron sus espacios, tanto de exhibición como de consulta, las bibliotecas dejaron de atender lectores, los sitios patrimoniales cerraron sus accesos y las aulas se quedaron en silencio. En general, la vida cultural y académica en formato presencial se sumó a la pausa obligada que se planteó como factor indispensable para contener la transmisibilidad del virus.

Desde la seguridad que nuestros domicilios nos ofrecían, quienes tuvimos el privilegio de guardarnos iniciamos la labor de reconstruir el cómo sería nuestra vida durante los próximos días, que lentamente se convirtieron en meses hasta llegar casi a cumplir dos años en procesos de aislamiento o semiaislamiento. Los espacios cerrados donde se concentraba la sociedad se quedaron solos; aquellos espacios/escenarios donde se reunían públicos, lectores, estudiantes y audiencias se convirtieron en lugares prohibidos, en espacios de riesgo por su alta posibilidad de propagación de virus como consecuencia de la escasa ventilación y circulación del aire en los mismos y de la posible cercanía entre las personas.

Este proceso de adaptación imaginado en múltiples novelas, películas y series de ciencia ficción se convirtió en realidad en un abrir y cerrar de ojos, frente a nosotros. La conexión hacia el exterior se tornó propiedad y vehículo casi exclusivo de nuestras herramientas tecnológicas y conexiones digitales; el seguimiento de noticias y datos de la evolución de la pandemia se apoderó de nuestro día a día. Vivimos una crisis verdadera en un tiempo compartido, una era que nos generó un tatuaje común, visible o invisible, sin tomar en cuenta si te tocaba ser parte de los que creían o no creían en las razones y acciones de lo que acontecía. No importaba la creencia o convicción que te guiara, todos estábamos habitando el mismo suceso.

El que nos viéramos obligados a detener la actividad cultural en el modelo que ahora catalogamos como presencial trajo consecuencias inesperadas para lo cual no teníamos respuestas ni planes de reacción previamente acordados. Las consecuencias podemos enumerarlas a partir de donde posemos la mirada: hacia los integrantes y hacedores del sector cultural, hacia la operación de los procesos de gestión, hacia públicos, espectadores, lectores y audiencias; hacia las instituciones públicas, hacia los emprendimientos independientes o los

modelos comerciales, y, de manera innegable, hacia el ámbito académico, de investigación, reflexión y crítica

A través de las siguientes líneas quiero enfocarme en siete temáticas específicas para describir cuáles fueron los diferentes impactos y consecuencias sufridas en cada uno de dichos aspectos, dar cuenta de cuáles fueron las acciones y reacciones promovidas en cada uno de los sectores o especialidades y dejar en claro las lecturas y procesos que quedarán como documentos de nuestra memoria compartida, convertida en historia, en relación a las vivencias culturales, sea desde lo individual o desde procesos vividos en comunidad dentro del período pandémico acontecido entre marzo de 2020 hasta mayo de 2022.

IMPACTO EN LAS PERSONAS

Es de vital importancia para mí mencionar, en primer lugar, que lo que nos sucedió como personas, como seres humanos, fue una crisis inesperada que vivimos en carne propia desde múltiples dimensiones, personales, sociales, emocionales, económicas, políticas, a consecuencia sobre todo del aislamiento y del distanciamiento social. Lo anterior, sumado al temor, a la incertidumbre y al desconcierto. Difícilmente podré expresarlo mejor de como lo hizo Mariana Mora en sus cinco artículos publicados en *Campo de relámpagos*, donde, desde lo personal, revisó en la serie de reflexiones sobre los sentidos y la pandemia, los temas del tocar, el olfato, el gusto, la mirada y el oído. En sus textos, Mariana se acercó de manera directa a la posibilidad de contar lo que muchos, desde el encierro en nuestros hogares, estábamos viviendo/sintiendo:

“Algo parecido me sucedió entre las cuatro paredes de nuestro departamento. Temores hasta entonces desconocidos se colaron entre el silencio y el aislamiento social. En su momento, intuía que no había otra opción salvo transitar por la caída libre que implicaba la proliferación del virus, la multiplicación de sus afectaciones y el contagio de la incertidumbre absoluta. ¿Pero qué tocar ante el vacío? ¿Cómo dejarnos caer, tomadas de qué manos, agarradas de qué certezas? Experimenté una sensación de fragilidad que en su momento asociaba con la debilidad, con la duda, con la parálisis.” (Mora, 2021).

Los cordones sanitarios y el seguir los protocolos que iban apareciendo con el paso de los meses nos ayudaron a combatir múltiples temores, pero empezaron a aparecer heridas, trastornos en nuestro cuerpo, mente, relaciones y en nuestro quehacer cotidiano que serán difíciles de borrar. Las consecuencias y las necesidades del cómo sostener nuestro día a día fueron realmente diferentes para las personas que tuvieron que seguir desarrollando su trabajo en el exterior, aquellos quienes realmente, en muchos sentidos, sostuvieron el engranaje social/económico entre nosotros, sobre todo en temas de primera necesidad, a diferencia de aquellos que tuvimos el privilegio de poder trabajar desde casa, que si bien tuvimos retos enormes, siempre fue desde la (sobre) protección de nuestros propios hogares.

El miedo se enfatizó en la imposibilidad de reunión, a partir de una compleja lectura de la realidad que nos pasaba por encima, y la línea entre el reconocer lo que es cierto y lo que es falso se convirtió en una condena constante. Si bien en nuestra realidad cotidiana dicho proceso nos acompaña siempre en un momento de crisis como el vivido, en ese período se convirtió en una razón de primera necesidad. Nos preguntamos de manera constante cuáles eran los riesgos, qué hacer para no contagiarnos, cómo protegernos y proteger a nuestros seres queridos, cómo mantener nuestro sustento, cómo seguir desarrollando nuestro trabajo, entre muchos cuestionamientos. Así se produjo una adaptación/mutación forzada de nuestra forma de convivir en todos sentidos.

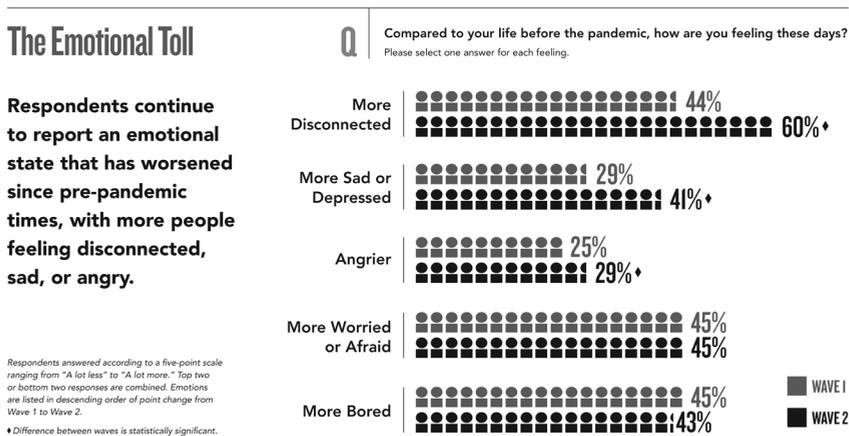
Diferentes estudios se enfocaron en analizar los procesos y cambios que fuimos presentando como sociedad. Destaco el titulado *Culture + community in a time of crisis: A special edition of culture track*, desarrollado por LaPlaca Cohen, en Estados Unidos, el cual fue una iniciativa nacional de investigación y estrategia para apoyar al sector cultural y ayudar a fortalecer las comunidades durante y después de la crisis del COVID-19. Organizaciones de todos los tamaños y disciplinas de todo el país enviaron invitaciones para participar en cuestionarios específicos a sus audiencias, lo que dio como resultado más de 120,000 respuestas desde los 50 estados, Washington D.C., Puerto Rico y dos provincias canadienses. Desarrollaron dos estudios en diferentes temporalidades, el inicial lo levantaron entre el 29 de abril y el 19 de mayo de 2020, durante la primera ola, y el segundo lo hicieron del 5 al 30 de abril de 2021, durante

la segunda ola. Estos tuvieron la particularidad y el acierto de lograr alcanzar tanto el reflejar los intereses de personas y comunidades en general, así como lo relacionado con instancias y los sectores culturales en particular.

Podemos apreciar desde el estudio desarrollado durante la primera ola el enorme costo emocional derivado de las consecuencias de la modificación de los hábitos sociales; las personas encuestadas informaron sentimientos crecientes de *preocupación, aburrimiento y desconexión*. Las reacciones de las personas ante la situación, en comparación con antes de que comenzara la pandemia, mostraron que más de un 45% de los encuestados sufrieron mayores sentimientos de *preocupación o miedo* y hasta un 30% mostraron *aburrimiento y soledad*, sintiéndose un 45% mucho menos *conectado hacia los otros*.

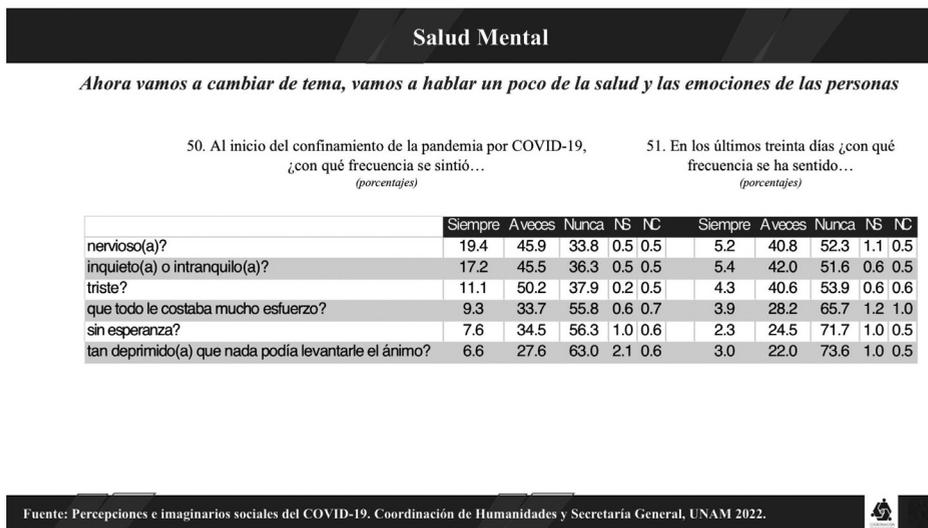
En el segundo estudio, ya con un año de pandemia encima, los números reflejaron la evolución en el impacto sobre lo emocional y demuestran que se mantenía el mismo alto nivel en relación a los sentimientos de *preocupación o miedo* (45%), pero que, indica, aumentaron los sentimientos de mayor *desconexión* (60%), de *tristeza o depresión* (41%) y de *enojo* (29%).

FIGURA 1



Considero importante comparar los datos anteriores sobre las emociones sentidas como sociedad y como personas en relación con lo arrojado en el estudio *Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19*, desarrollado por la Coordinación de Humanidades (Secretaría General) de la UNAM. Si bien este último fue desarrollado del 18 al 28 de abril de 2022, bajo una muestra de 1,000 individuos de más de 15 años residentes en nuestro país, en los resultados de éste se muestra claramente que los sentimientos de sentirse *nervioso*, *inquieto* o *triste* fueron preponderantes, ya que más de 60% de los encuestados mencionaron haberlo sentido a veces o siempre al inicio del confinamiento. Esta percepción fue bajando si se toman en cuenta los datos a partir de los últimos 30 días previos al levantamiento del estudio, donde el porcentaje bajó a 45% aproximadamente. Destaca que se refleja una mayor apreciación de dichos sentimientos en las mujeres en relación con los hombres y se enfatizaba en los grupos de edad, tanto en los más jóvenes (de 15 a 24 años) como en las personas de más edad (de 65 años en adelante).

FIGURA 2



Tomado de *Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19*. Coordinación de Humanidades y Secretaría General, UNAM. 2022. UNAM.

A dos años de iniciada la pandemia, y tomando en cuenta la última cifra de personas fallecidas por causa directa de la COVID-19, informada oficialmente a la Organización Mundial de la Salud por los países miembros el 5 de mayo de 2022, la cual alcanza casi los 6,2 millones de personas, me resisto a solo pensar en números cuando hablamos de la enorme cantidad de personas que han dejado de estar entre nosotros. Amigos, familiares, colegas, artistas, seres queridos y admirados. Ésta es la herida principal que debemos ser capaces de no dejar caer en el olvido, pues habitará entre nosotros como una cicatriz invisible. A nivel internacional, en junio de 2022 los especialistas de la OMS consideraban, además, que existieron otras 8.7 millones de personas que fallecieron por causas directa o indirectamente relacionadas con la pandemia (este dato incluye muertes causadas por COVID, pero no notificadas como tales, o, bien, causadas por otras enfermedades que no pudieron ser atendidas debido a la saturación de los sistemas sanitarios en lo más álgido de la pandemia). Nuestro país se encuentra entre aquellos que durante 2020 y 2021 tuvo un exceso de mortalidad ligado a la COVID, calculado a la fecha en 626 mil personas, encontrándonos entre los países más afectados.

No recordar a las personas que nos han dejado por dicha causa, directa o indirectamente, es no honrar su memoria, no reconocer aquello que descubrimos que nos hizo falta durante el confinamiento; es olvidar a quienes son los verdaderos héroes de esta herida común y realmente profunda.

IMPACTO EN LA CREACIÓN, EN LA PRESENTACIÓN Y EN LA ECONOMÍA DEL SECTOR

En relación directa con el ámbito cultural, en primer lugar, me gustaría enfocarme en los procesos creativos y de presentación de estos. Es claro que el impacto más profundo fue sufrido por aquellas disciplinas o hábitos artístico-culturales que abrevaban de manera constante y fiel del ritual de la presencialidad para su creación y desarrollo, y que no habían generado, más que de manera esporádica, creaciones vinculadas a su visibilización, distribución y comercialización a través de medios digitales. Las herramientas y estrategias

tecnológicas/mediales, con el paso de los días, se convirtieron en el único canal de comunicación posible y las pantallas se convirtieron en oficina, escenario, salas escénicas, galerías, museos y plazas. Disciplinas como las que comprenden las artes escénicas y las artes vivas, la danza, el teatro, la ópera, el performance, la música en vivo, se detuvieron casi integralmente en nuestro país.

El impacto recibido por disciplinas como la música y el cine, que si bien sufrieron la cancelación de temporadas, giras y conciertos, fue menor porque tenían ya construidos repositorios y canales abiertos para la escucha o visualización y hasta venta de sus contenidos.

Por otra parte, los sitios patrimoniales, museos, bibliotecas y espacios de mediación cultural tenían avanzados (en algunos casos) programas de consulta, formación de públicos y mediatecas, por lo que de manera ágil se transformaron en espacios de visita a exposiciones y lugares de encuentro con creadores, gestores y especialistas.

En este sentido, es fundamental aclarar que las diferentes afectaciones hacia comunidades y sectores, en medio de la realidad pandémica, también se multiplicaban y diferenciaban con relación a si se trabajaba en lo individual o desde lo colectivo, así como a partir de diferentes medios y modos de producción, pero sobre todo de circulación y movilidad. El complejo entramado de modelos que conforman la vida cultural en el país fue trastocado, y si ya en su día a día era precario, se descubrió sin sustento a corto, mediano y largo plazo. Nos descubrimos desarticulados y expuestos a un modelo carente de seguridad laboral, sin alcances de cobertura de salud, con poca articulación sectorial. Nos encontramos en un limbo donde estábamos en el olvido y pasivos colectivamente, en el cual todos éramos culpables por la falta de atención y preocupación por décadas.

Desde las Naciones Unidas y en las palabras de Karima Bennoune, relatora especial en la esfera de los derechos culturales, se alzaba la voz de manera contundente.

“La crisis económica que acompaña a la pandemia también ha afectado desproporcionadamente al sector cultural y a quienes trabajan en él. El vínculo entre los derechos económicos y los derechos culturales es especialmente estrecho en tiempos como estos. En la actualidad, hay un número considerable de artistas, profesiona-

les de la cultura, trabajadores de museos y otros trabajadores del sector cultural desempleados. Los artistas que actúan en vivo y los equipos técnicos que les dan apoyo en sus actuaciones se han visto especialmente afectados dada su relación con el público en directo, mientras que otros, como los escritores, si bien pueden trabajar solos, también dependen de los eventos públicos para obtener ingresos. Los trabajadores del mundo del arte y los profesionales de la cultura se encuentran entre los más afectados por las crisis de desempleo que han surgido en todo el mundo a causa de la pandemia debido a la naturaleza específica de su ocupación, que con frecuencia es esporádica, les exige ser autónomos o trabajar por cuenta propia o los obliga a desempeñar otros trabajos en paralelo.” (Bennoune, 2021).

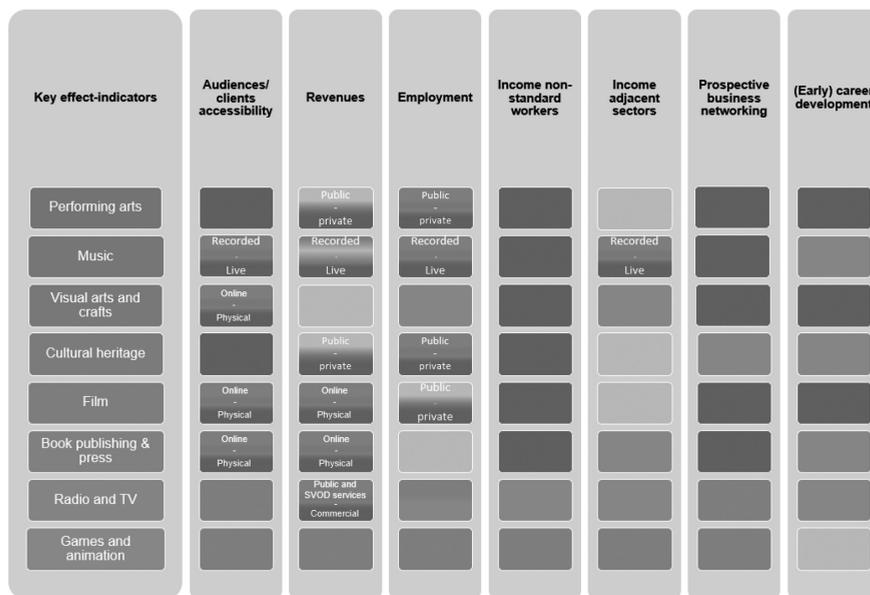
La diferencia en la profundidad del impacto pudo apreciarse gracias al surgimiento de diferentes instancias que se dedicaron a generar estudios específicos sobre el impacto de la pandemia en el sector cultural. Dichos estudios, que tuvieron tanto alcances nacionales como internacionales, nos muestran las consecuencias en cada una de las disciplinas, pero también entre los segmentos de las cadenas de operación, creación y presentación y hasta en los diversos técnicos, especialistas de diferentes edades y generaciones.

Otro punto que también se demostró en dichos estudios fue la diversidad de estados de preparación y desarrollo que cada país o región tenía en temas como las condiciones laborales de artistas, gestores y técnicos, por lo que empezaron a aparecer manifiestos y recomendaciones hacia la redefinición de políticas y programas para atender de manera urgente la emergencia y la crisis.

El primer estudio que considero fundamental citar es el desarrollado por el Parlamento Europeo, bajo el título *Cultural and creative sector in post-COVID-19 Europe: Crisis effects and policy recommendations*. Este estudio publicado en febrero de 2021 analizó los efectos que hasta ese momento habría causado la crisis detonada por la COVID-19 en los Sectores Culturales y Creativos (CCS), así como las respuestas de políticas públicas que se formularon para apoyar a los sectores. En su análisis, comparado con los diferentes ámbitos que conforman el sector, se aprecia claramente tanto cuáles áreas fueron las más afectadas hasta ese momento y en qué partes de la cadena se sufrieron los mayores impactos por la puesta en pausa de lo artístico/cultural en el modelo presencial.

En Europa, las artes performativas, la música, las artes visuales y lo artesanal, así como lo patrimonial, son las que sufrieron los principales impactos, a diferencia de la industria fílmica, el mundo editorial, la radio y la televisión y los videojuegos. En particular, como se puede apreciar en la tabla siguiente, las personas que se encontraban en el inicio de su carrera fueron fuertemente afectadas, así como los trabajadores que no contaban con trabajos e ingresos estables. Las actividades que sufrieron más fueron aquellas que necesitaban la accesibilidad directa y presencial de audiencias y clientes.

FIGURA 3

Figure 14: CCS sub-sector assessment of post-Great Lockdown effects

Source: Figure developed by the study authors

Tomado de *Cultural and creative sector in post-COVID-19 Europe: Crisis effects and policy recommendations*. IDEA Consult, Goethe-Institut, Amann S. and Heinsius J.

2021, Research for CULT Committee – European Parliament, Policy Department for Structural and Cohesion Policies, Brussels. 2021. [https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/STUD/2021/652242/IPOL_STU\(2021\)652242_EN.pdf](https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/STUD/2021/652242/IPOL_STU(2021)652242_EN.pdf) p. 53.

Es de destacar cómo artistas, compañías y emprendimientos creativos modificaron sus procesos para generar nuevos proyectos artísticos y de mediación cultural con diversidad de salidas hacia aquellos públicos que esperaban principalmente desde casa. Las herramientas digitales y los procesos interactivos fueron el medio creativo a través del cual aparecieron grandes cantidades de iniciativas y proyectos desde las industrias culturales. Pero también fue claro el citado estudio europeo en reforzar diferentes recomendaciones hacia el atender las vulnerabilidades estructurales que estaban apareciendo en el sector. Se propuso prestar particular atención hacia la generación de instrumentos de política pública, de alcance multidimensional, para apoyar a artistas y trabajadores culturales, en especial a quienes estaban en condición de mayor fragilidad, de mayor fragilidad; y también hacia el apoyo a la innovación y a la cohesión social.

La Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM desarrolló también un importante esfuerzo de análisis de la crisis que se vivió en el sector cultural de nuestro país, y lo plasmó en el documento: *Para salir de terapia intensiva. Estrategias para el sector cultural hacia el futuro*. Éste fue construido a partir de múltiples voces especializadas, así como a través de un sondeo nacional dirigido a todo el sector cultural y desarrollado por Consulta Mitofsky. En el proyecto se analizó tanto la situación de la emergencia que se estaba padeciendo en el sector, buscando conocer en qué apartados de las diferentes cadenas que conforman nuestra operación se estaba entrando en crisis y por qué razones, así como también proponiendo una serie de posibles soluciones y programas de atención a la comunidad dada la urgencia acontecida. El sondeo fue contestado por más de 4,000 personas integrantes de los diferentes sectores artístico-culturales del país durante mayo de 2020, realmente a pocos meses de iniciada la pandemia. El resultado del sondeo, el documento de análisis y las propuestas fueron publicados durante junio de 2020, incluyendo un apartado específico para profundizar sobre los resultados con textos firmados por Julia Isabel Flores Dávila, Eduardo Nivón Bolán y Enrique de la Garza Toledo.

En su análisis, Eduardo Nivón daba una lectura específica sobre el impacto económico recibido en el sector:

"Casi un tercio de los creadores carecía de ahorros (30.4%) y otro tercio los tenía programados para un mes. Los jóvenes estaban en peores condiciones, así como los de bajo nivel escolar, los de tiempo parcial y los de ingresos más bajos. Por lo tanto, durante la pandemia, la situación de ahorro en general es más difícil.

Del total de los entrevistados, 38.3% respondió que ha quedado desempleado debido a la crisis sanitaria. Esto es más notable en los hombres, en los más jóvenes y en los de menor nivel de escolaridad. A su vez, 72.9% señaló que por el momento carecía de un plan financiero de recuperación. Entre los que lo tenían había más varones, personas de mayor edad y escolaridad, los que no dejaron de percibir ingresos y los de ingresos más altos.

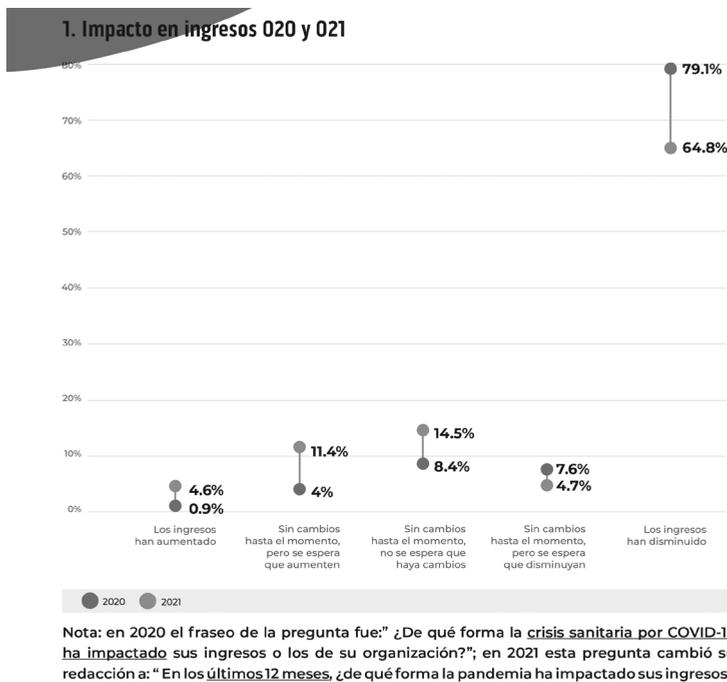
¿Qué proponen los entrevistados ante su situación? Son dos las políticas más demandadas por los entrevistados: "medidas de apoyo económico-laboral en el sector artístico y cultural" (36.2%) y "atención a la salud y emergencia sanitaria" (19.3%). La primera la demandan más hombres y la segunda, más mujeres. Ambas políticas *las demandan los de mayor edad. El apoyo económico lo piden más los de mayor escolaridad y los de ingresos medio y alto.*" (Nivón, 2020).

Desde esos primeros meses fue claro que nuestra comunidad se encontraba en un estado de desprotección por causas de nuestro débil modelo, que está basado principalmente en el apoyo a ciertos procesos de creación individual y a la generación de proyectos de temporalidad corta y alcance específico, más que en sostener unas condiciones básicas desde estatutos y formas capaces de impulsar permanentemente a sectores, espacios, compañías y procesos colectivos.

Si bien con el paso de los meses se llegó a una extraña estabilidad, no carente de incertidumbre, la aparición de algunas ayudas institucionales específicas, la capacidad de adaptación de una gran parte del sector cultural, siempre resiliente, la aparición de las vacunas y la incipiente reapertura de los espacios culturales con protocolos de distancia social y ventilación fue posibilitando los primeros gestos que vislumbraron el reencuentro con lo presencial.

Lo anterior podemos analizarlo a través de los dos estudios desarrollados por el programa México creativo, desarrollo cultural sostenible, de la Secretaría de Cultura Federal, bajo el título de *Sondeo 021: Percepción del impacto del COVID-19 en la economía cultural y creativa en México*. El primero fue presentado en septiembre de 2020 y el segundo se desarrolló durante diciembre de 2021 y fue publicado en mayo de 2022. Vemos claramente a partir de los resultados que la mejora en los ingresos hacia el sector, a casi dos años de pandemia, ha sido lenta y dolorosa, así como desigual y hasta inequitativa.

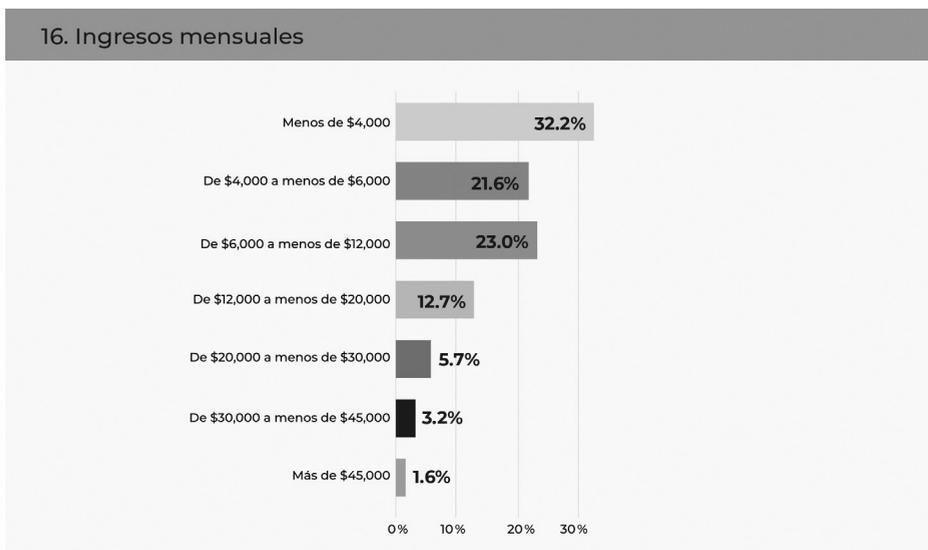
FIGURA 4



Tomado de *Sondeo 2021: Percepción del impacto del COVID-19 en la economía cultural y creativa en México*. México creativo. Desarrollo cultural sostenible. Secretaría de Cultura Federal. 2021. <https://mexicocreativo.cultura.gob.mx/wp-content/uploads/2022/05/Sondeo-021-Reporte-1.pdf> p. 4.

El *Sondeo 021* nos permite analizar cómo ha afectado de manera diferente a las personas que laboran desde lo independiente y a quienes forman parte de organizaciones o agrupaciones públicas o privadas. Aquellas personas que laboran de forma independiente es a quienes más ha afectado tanto la pérdida de ingresos como el laborar sin condiciones de seguridad social. Un punto de fundamental preocupación es el nivel de ingresos mensuales de quienes respondieron la encuesta, indicando que un 53% de los entrevistados recibe menos de \$4,000 pesos y hasta \$6,000 pesos mensuales. Este último dato aumenta particularmente entre los más jóvenes y hacia aquellos que trabajan dentro de las artes y oficios creativos, según la clasificación de las actividades culturales proporcionada en el sondeo.

FIGURA 5



Tomado de *Sondeo 2021: Percepción del impacto del COVID-19 en la economía cultural y creativa en México*. México creativo. Desarrolló cultural sostenible. Secretaría de Cultura Federal. 2021. <https://mexicocreativo.cultura.gob.mx/wp-content/uploads/2022/05/Sondeo-021-Reporte-1.pdf> p. 16.

A partir de las lecturas anteriores empezó a quedarnos claro que estábamos viendo pasar nuestro modelo en cámara lenta frente a nosotros. Necesitábamos reconocer y poner en manifiesto nuestras debilidades, quiénes y cuántos somos, bajo qué condiciones laborales y de seguridad social trabajamos y las escasas fuentes de recursos económicos particulares de cada disciplina. Las personas más desprotegidas han sido aquellas que operan desde lo independiente (*freelance*), quienes trabajan por proyecto o en modelo de pago de honorarios, sea desde lo individual, pero también en procesos colectivos de alcance específico y duración de temporalidades cortas.

Es imperante observar que las generaciones de jóvenes que estaban insertándose a la vida profesional de su disciplina encontraron las opciones de incorporación cerradas casi por dos años, lo cual hizo que muchos de ellos entraran en una pausa obligada o tuvieran que buscar otras formas de sustento, lo cual tendrá consecuencias que deben ser atendidas como prioridad en este inicial regreso a la actividad presencial.

LA APARICIÓN OBLIGADA DE LO DIGITAL Y LO HÍBRIDO

Como se apreció en los diferentes estudios citados anteriormente, la vida cultural sufrió una franca transformación hacia todas aquellas acciones que pudieran mutar sus procesos en torno a las herramientas digitales y las formas de interacción que en ellas se permiten. Nuestro teléfono celular se convirtió en nuestra oficina, nuestras actividades presenciales se convirtieron en rostros múltiples hablando al tiempo frente a nuestras pantallas (más que nunca nos vimos reflejados en el celular, la *tablet* y la computadora). Nuestra actividad comunitaria se vio filtrada por la lejanía, las actividades en medios digitales y nuestros escenarios, museos, cines, sitios patrimoniales se convirtieron en sesiones sostenidas en plataformas de videoconferencia, proyecciones a través de YouTube o Vimeo, interacciones vía Instagram, WhatsApp y conocimos una enorme diversidad de plataformas y aplicaciones en donde el *streaming* intentó ocupar el espacio de la presencialidad.

El anteriormente citado estudio *Cultural and creative sector in post-COVID-19 Europe: Crisis effects and policy recommendations* ponía en claro que dentro del necesario e inevitable impacto y sobreuso de las herramientas digitales, ciertas industrias culturales y creativas tuvieron más posibilidades de articulación, sostenimiento y desarrollo: “Las cuatro industrias impulsadas por los derechos de autor más destacadas que están dando pruebas de una rápida innovación digital a lo largo de la cadena de valor son los sectores audiovisuales (incluidos el cine, la televisión y la radio), la música, la publicación de libros y los videojuegos. Otros subsectores industriales de CCS las estructuras están cambiando (p. ej., con plataformas digitales entrando en la cadena de valor) y los actores están explorando el potencial innovador de la digitalización, con nuevas soluciones digitales de producción, presentación, distribución o conservación, aunque a un ritmo (mucho) más lento.” (De Voldere y Fraioli. 2021).

Lo digital y lo híbrido abrieron tres vías de reacción y sostenimiento al tiempo: la creativa -donde se enfrentaron retos en varias disciplinas por desarrollar procesos teóricos y tecnológicos-, el contacto y la interacción con los públicos, y, por último, la venta o comercialización y generación para consecución de recursos tanto de visibilidad como económicos.

Dado lo anterior surgieron iniciativas y recomendaciones para apoyar a los diferentes sectores hacia este necesario modelo digital, un ejemplo claro de ello fue la publicación latinoamericana impulsada por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en octubre de 2020: *La pandemia pone a prueba a la economía creativa: Ideas y recomendaciones de una red de expertos*. Este documento recoge las principales ideas y conclusiones de un grupo de expertos del sector cultural y creativo de América Latina para revisar sobre el impacto de la pandemia en la economía cultural y creativa. Identifica, además, soluciones y medidas que pueden ser incorporadas en las estrategias de respuesta a la crisis con un enfoque integral y de largo plazo. Los consejos que se ofrecieron en el planteamiento de dichos expertos se enfocaron al responder la pregunta: ¿Cómo digitalizamos los modelos de negocio? Propusieron tres procesos: desarrollar una mejor infraestructura digital, capacitación en habilidades y procesos digitales y entendimiento y la sensibilización respecto a las ventajas de la digitalización para las industrias culturales y creativas.

Ya desde finales del siglo xx se generaron, de manera constante, procesos creativos y de reflexión teórica desde las diversas disciplinas, donde los nuevos medios y las tecnologías digitales eran utilizados para ampliar las posibilidades y alcances de la creación artística. Creadores como Robert Lapage, Laurie Anderson, Yacov Sharir, Merce Cunningham, Marcel-lí Antúnez Roca, entre otros, experimentaron desde la diversidad de recursos y se interesaron por las nuevas posibilidades de la interacción, como ya se anunciaba en *Digital performance: A history of new media in theater, dance, performance art, and installation*: “Las capacidades interactivas que abren las redes informáticas permiten la creatividad compartida, desde improvisaciones textuales o telemáticas en tiempo real hasta proyectos grupales constituidos globalmente, sin que la distancia impida la colaboración. Las nuevas tecnologías cuestionan así las ideas preconcebidas sobre la naturaleza del teatro y la interpretación.” (Dixon. 2007).

Esta capacidad de interacción, sumada a que lo digital se convirtió en cierto momento en casi la única vía de contacto y articulación social, permitió la transformación hacia lo digital, donde se abrieron oportunidades y retos en la creación, el convivio, la mediación y la gestión en las artes escénicas, el mundo del libro, el cine, los museos, los contenidos audiovisuales y sonoros, así como en el ámbito de lo patrimonial, las residencias, la movilidad y los festivales.

Dentro del *Anuario AC/E de cultura digital 2021*, dedicado en esta ocasión a *La cultura ante la pandemia*, encontraremos las principales iniciativas digitales del sector cultural destacadas durante la pandemia.

Empezando ya a tomar distancia de la obligada mutación sufrida de lo espacial a lo digital, hoy nos encontramos en un momento donde podemos empezar a separar las iniciativas que generaron propuestas creativas con discurso propio, sea en lo teórico, los procesos interactivos, en verdadero encuentro social o la innovación tecnológica. También empezamos a reconocer qué acciones llegaron para quedarse en nuestro quehacer cotidiano y, por último, es innegable también que gracias a dichas actividades es claro que se ha construido y será conservada como base de datos/espacio de documentación digital y medial de nuestra estadía desde lo creativo en el periodo pandémico.

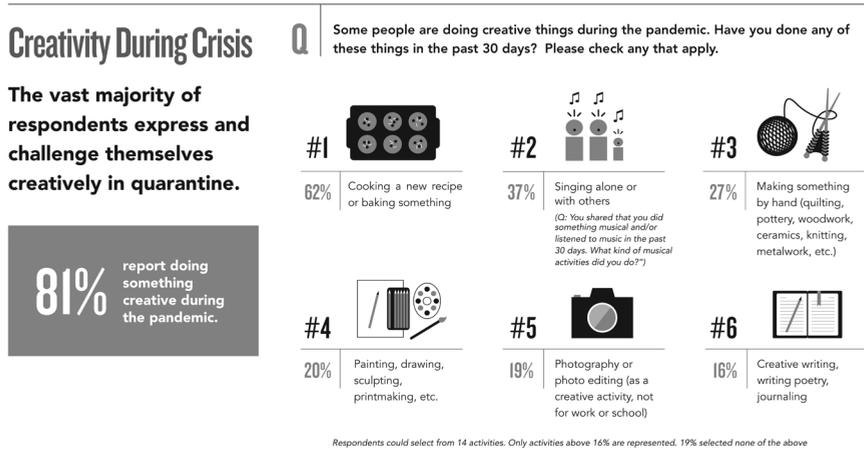
PARTICIPACIÓN E INTERACCIÓN DE PÚBLICOS, ESPECTADORES, AUDIENCIAS Y LECTORES

Los primeros estudios desarrollados durante 2020 y 2021 se enfocaron casi todos ellos en pensar en conocer lo que acontecía en el sector para poder ofrecer mejores herramientas de lectura dirigidas al cómo ayudar en los momentos de crisis que se estaban viviendo. Posteriormente, comenzaron a desarrollarse estudios que analizaban el impacto de la pandemia en los usuarios de lo cultural: públicos, espectadores, audiencias, lectores, los cuales fueron encuestados para conocer si seguían conectados a sus disciplinas preferidas, si habían generado nuevos hábitos y bajo qué canales y formatos; en pocas palabras, para poder conocer cómo había sido afectado el ritual social de encuentro en las actividades culturales.

La ampliación del concepto de actividad cultural que en años anteriores habíamos comenzado a utilizar en la gestión cultural como una aspiración que buscaba rebasar lo disciplinar, la vida en aislamiento nos obligó a aceptarlo sin miramientos ni concesiones, como se demuestra claramente en los dos estudios desarrollados por LaPlaca Cohen, titulados *Culture track*, dados a conocer, el primero, durante julio de 2020, en lo que ellos llaman *Primera ola*, el cual alcanzó a más de 124 mil personas en los Estados Unidos y donde también participaron más de 650 instituciones culturales. El estudio de la *Segunda ola* fue presentado en noviembre de 2021 y participaron más de 78 mil personas en los Estados Unidos, donde también entrevistaron a más de 532 instituciones culturales.

Una de las preguntas más interesantes que se realizó en el estudio de la *Primera ola* estuvo vinculada a las acciones creativas, desarrolladas por ellos mismos durante la crisis, y al preguntarles qué actividades habían realizado en los últimos treinta días, las acciones con mayor porcentaje de respuesta fueron: cocinar una nueva receta (62%), cantar en compañía de otros o en soledad (37%), desarrollar actividades manuales (27%) y pintar, dibujar o esculpir (20%).

FIGURA 6



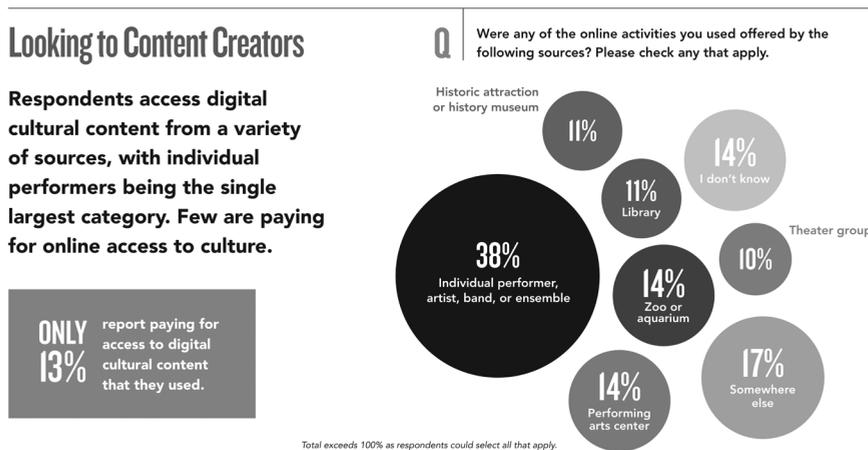
©2020 Culture Track

15

Tomado de *Culture + Community in a Time of Crisis: A Special Edition of Culture Track*. LaPlaca Cohen. 2020. https://s28475.pcdn.co/wp-content/uploads/2020/09/CCTC-Key-Findings-from-Wave-1_9.29.pdf p. 15.

En el mismo estudio, a la pregunta de si habían participado en actividades culturales vía medios digitales en los últimos 30 días, el 53% contestó que había participado en una o más, siendo las cinco actividades más seguidas en orden, de mayor a menor: Actuaciones grabadas antes del COVID, actuaciones de transmisiones en vivo, actividades en línea para niños, clases o talleres *online* y escucha de pódcast. La más valorada de las cinco fue: actividades en línea para niños.

FIGURA 7



Tomado de *Culture + Community in a Time of Crisis: A Special Edition of Culture Track*. La Placa Cohen. 2020. https://s28475.pcdn.co/wp-content/uploads/2020/09/CCTC-Key-Findings-from-Wave-1_9.29.pdf p. 18.

También en el ámbito internacional vale la pena mencionar la actividad constante y especializada desarrollada desde la plataforma de investigación del Reino Unido llamada *Indigo*, dedicada a empoderar al sector cultural con el fin de incrementar las audiencias y los visitantes, labor a la que estaban dedicados desde antes de la pandemia. *Indigo* se distinguió por desarrollar diferentes investigaciones vinculadas al seguimiento de audiencias, a la pérdida de las mismas y también al generar *toolkits* para restablecerlas. Por ejemplo, en la investigación que desarrollaron en junio de 2021, Culture Restart Audience & Visitor Tracker encontraron que “más de la mitad de los encuestados dice que los asientos socialmente distanciados serían esenciales para su regreso a las organizaciones culturales y solo el 6% dice que se sentiría incómodo con esta medida. La proporción de audiencias que esperan una vacuna antes de asistir ha aumentado al 35%, en comparación con el 25% en noviembre y el 14% en julio, y casi un tercio de los mayores de 75 años preferiría esperar hasta que puedan volver a asistir «como de costumbre», *sin medidas de seguridad*

adicionales, como el distanciamiento social, “sin importar el tiempo que lleve.” (Raines, 2020).

Los ejemplos anteriores contaron con su réplica en nuestro país. La Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM (CulturaUNAM) lanzó en línea la Encuesta Nacional sobre Hábitos y Consumo Cultural 2020, diseñada para escuchar principalmente al sector de la sociedad mexicana que ya tenía interés como receptor o como participante activo de la cultura y el arte en el país en un momento en el que la actividad presencial estaba en crisis, sobre todo en lo colectivo, y era necesario reinventarnos y cuidarnos. El objetivo del proyecto fue reunir, mediante una encuesta nacional y el análisis correspondiente de los resultados, información necesaria y útil sobre hábitos y consumo cultural en México a partir de lo vivido durante estos meses extraordinariamente inciertos por el necesario distanciamiento social establecido ante la pandemia. Conocer el impacto del coronavirus en las formas de participación en el tejido cultural en México permitiría a las instituciones y a los agentes culturales públicos e independientes tener mayores elementos para responder favorablemente a los retos que la situación implicaba.

En el estudio se consideró necesario preguntarle al participante activo, a las personas que asisten y disfrutan de lo cultural, a aquellas que tienen el hábito de desarrollar actividades creativas o intereses comunitarios y pedagógicos, cómo estaban, cómo habían vivido lo cultural en los meses pasados, qué esperaban y deseaban para los próximos meses, cuáles eran sus intereses, costumbres y formas de participación e interacción cultural, tanto en la dimensión presencial como en el ámbito digital.

Las respuestas de las más de 8,700 personas que participaron desde todo el país indicaron particularmente:

La encuesta se aplicó de manera digital entre el 9 y el 20 de octubre del presente año, cuando ya llevábamos casi siete meses sufriendo el impacto de la pandemia. Fue contestada por 8,780 personas de todos los estados de la república.

Desde el INEGI, y siendo desarrollado anualmente desde 2016, el análisis titulado: *Módulo sobre Eventos Culturales Seleccionados (MODECULT)* tiene el propósito de generar información estadística sobre la condición de asisten-

cia de la población mexicana de 18 y más años de edad a eventos culturales específicos en su localidad, con la finalidad de contribuir con la formulación de políticas encaminadas a la promoción de eventos culturales. Sus últimos resultados datan de mayo de 2021 y cuentan con un tamaño de muestra de 2,336 familias. El módulo recaba información sobre la condición y frecuencia de asistencia en los últimos 12 meses, de la población de 18 y más años de edad en nuestro país, a los eventos culturales siguientes: obra de teatro, concierto o presentación de música en vivo, espectáculo de danza, exposición y proyección de películas o cine.

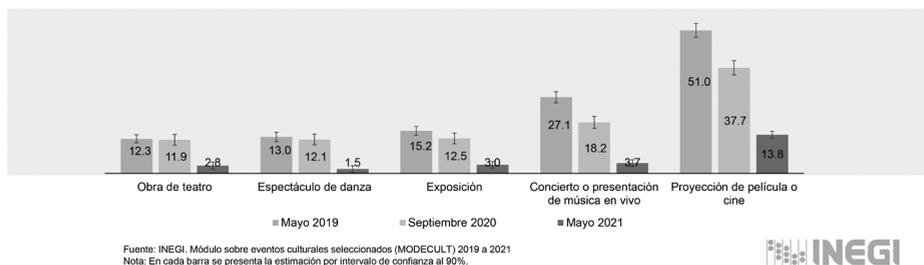
Los resultados obtenidos reflejan una caída realmente importante, tanto en 2020 pero sobre todo durante 2021, de la asistencia a cada una de las disciplinas estudiadas en relación con los eventos culturales. Llegando a extremos de muy poca asistencia en el teatro, la danza y las exposiciones, mostrando claramente que dichas disciplinas sufrieron un impacto mucho mayor que la música y el cine, dado que estas últimas contaban con modelos de presentación y comercialización ya articulados a lo digital desde antes de la pandemia.

FIGURA 8

La caída en el porcentaje de población que declaró haber asistido a algún evento cultural en los últimos doce meses se refleja en lo observado por eventos culturales: la mayor disminución se da en la asistencia a *proyección de películas o cine* y en segundo lugar para *concierto o presentación de música en vivo*.



Porcentaje de la población de 18 y más años por tipo de evento cultural al que asistió en los últimos doce meses. 2019 a 2021



Nota: Tomado de *Módulo sobre Eventos Culturales Seleccionados (MODECULT) 2021*. INEGI. 2021.

https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/modecult/doc/resultados_modecult_may2021.pdf

El análisis del MODECULT 2021 nos ofrece una lectura sobre la asistencia a las actividades, pues las mujeres disminuyeron su presencia en relación con los hombres, lo cual era inverso antes de la pandemia; muestra también que en todas las disciplinas el principal medio por el cual el público mexicano se informa de las actividades culturales son las redes e internet; así como que la mayoría de las personas asistió solo una vez durante los últimos 12 meses a obras de danza, teatro y conciertos de música y, en cambio, al cine, la mayoría asistió por lo menos dos o tres veces. Estos números muestran de manera específica lo complejo que ha sido para la sociedad mexicana asistir a las actividades culturales en pandemia y, por consiguiente, el enorme impacto económico recibido por el sector.

Por último, quiero destacar en este apartado el esfuerzo realizado por diferentes especialistas, cuya preocupación principal son los públicos y el desarrollo de audiencias, quienes empezaron a desarrollar lecturas críticas de lo que se estaba viviendo, lo cual fue una guía práctica y analítica sobre las acciones que desde la gestión pública se debían seguir y portaron los análisis correspondientes a las investigaciones y estudios anteriormente citados. Podemos encontrar ejemplos como el desarrollado por la Revista de Gestión Cultural, Marketing y Desarrollo de Audiencias, *Conectando Audiencias*, bajo la edición del especialista chileno Javier Ibacache y perteneciente a Asimétrica Gestión Cultural. De especial interés resulta el número dedicado a públicos en confinamiento en América Latina, donde especialistas de Argentina, Bolivia, Chile y México dieron una lectura amplia desde distintas metodologías y herramientas sobre las transformaciones de los visitantes, los aprendizajes generados a través de laboratorios específicos, análisis de procesos de mediatización y sobre audiencias digitales, entre otros.

CULTURA Y SALUD

Desde 2019, el estudio *What is the evidence on the role of the arts in improving health and well-being?*, bajo la autoría de Daisy Fancourt y Saoirse Finn, ya evidenciaba, desde diversas metodologías aplicadas, diferentes hallazgos

que demostraron que las artes pueden tener un impacto potencial tanto en la salud mental como en la física. Los resultados de la revisión se agruparon en dos grandes temas: prevención y promoción y gestión y tratamiento.

“Dentro de la prevención y promoción, los hallazgos mostraron cómo las artes pueden afectar los determinantes sociales de la salud, apoyar el desarrollo infantil, fomentar comportamientos que promuevan la salud – ayudar a prevenir la mala salud, apoyo al cuidado-. Dentro de la gestión y el tratamiento, los hallazgos mostraron cómo las artes pueden ayudar a las personas que padecen enfermedades mentales; atención de apoyo para personas con condiciones agudas; ayudar a apoyar a las personas con problemas neurológicos y del desarrollo neurológico trastornos; asistir en el manejo de enfermedades no transmisibles; y apoyar la atención al final de la vida.” (Fancourt y Fin. 2019).

Lo anterior se evidencia de manera clara durante los dos años de pandemia. Nuestros hábitos culturales cambiaron y se ampliaron, pero también nuestras preocupaciones vinculadas con la salud y el cómo ligarlo a nuestras costumbres y acciones. Desde el sector cultural nació una profunda preocupación por desarrollar reflexiones y proyectos que desde las diferentes disciplinas beneficiaran en sus múltiples posibilidades la salud de nuestra sociedad. A la ya incipiente preocupación por trabajar con y para personas con diferentes capacidades, donde todavía se tiene un largo camino por recorrer, iniciaron acciones desde la danza, el teatro, la música y la literatura para generar programas enfocados a ayudar específicamente a las personas que habían contraído COVID-19 y desarrollado secuelas, así como para procesos de acompañamiento a diferentes enfermedades y problemáticas emocionales.

Son de destacar acciones tan particulares como las desarrolladas por CulturaUNAM, donde la preocupación fue asumida desde varias de las direcciones y espacios que la integran. Un proyecto conjunto entre la Dirección de Teatro, TVUNAM y la instancia independiente CEUVOZ fue el titulado *Respira México. Cápsulas del taller auxiliar en la rehabilitación pul-*

monar Post COVID-19, y estuvo enfocado a que los pacientes postCOVID-19 recuperaran la capacidad pulmonar y fortalecieran su aparato respiratorio mediante ejercicios basados en técnicas de relajación provenientes de la danza y el método Feldenkrais. Se impartieron 28 talleres vía Zoom para casi 700 personas y posteriormente se desarrollaron, como consecuencia de la enorme demanda, 10 cápsulas en video a disposición de manera gratuita, las cuales fueron vistas hasta la fecha por más de medio millón de personas. El material se encuentra disponible para consulta en la siguiente dirección web: <https://respirateatrounam.com.mx>.

Un programa desarrollado en la misma línea que *Respira México* fue el creado por la English National Opera, llamado *ENO Breathe. A breathing and wellbeing programme for people recovering from the effects of COVID-19*. Programa de respiración y bienestar desarrollado específicamente para personas que se recuperan de COVID-19, que todavía sufren dificultad para respirar y ansiedad asociada. Fue impartido por ENO en colaboración con los equipos de Imperial College Healthcare totalmente en línea; el programa se centró en el reentrenamiento de la respiración a través del canto.

En el estudio *The role of the arts during the COVID-19 pandemic* se afirma lo siguiente:

“Descubrimos que las personas usaban las artes para: distraerse de la pandemia, conectarse con ellos mismos emocionalmente y, en un nivel más profundo, participar creativamente y aprender nuevas habilidades y conectar con otros. El estudio también muestra cómo estos compromisos con las artes mejoraron la salud mental, el bienestar y aspectos de la salud física, y brindaron oportunidades para construir capital social en forma de apoyo social. Además, el estudio refleja los efectos perjudiciales para la salud y el bienestar de no poder participar en actividades artísticas y culturales en persona debido al confinamiento y las restricciones de distanciamiento social. Mucha gente se perdió los compromisos artísticos y el apoyo que normalmente brindaban estos activos. El estudio concluye que las artes han desempeñado un papel en la prestación de apoyo psicológico y social durante la pandemia.” (Bradbury, *et al.* , 2021).

Recomiendo particularmente la revisión de este último estudio donde se puede encontrar una amplia cantidad de proyectos que se desarrollaron dentro de esta línea en el Reino Unido, así como visitar y consultar la exposición digital *Saber cuidar. La UNAM frente a la pandemia*, desarrollada por el Museo UNAM, hoy perteneciente al Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación. En dicha exposición se encuentran los programas y proyectos más destacados desarrollados en la UNAM durante 2020 y 2021 ante los complejos escenarios planteados por el SARS-CoV-2, desde un enfoque multidisciplinario y humanista, con el fin de entender, prevenir y mitigar sus efectos; fueron catalogados en cuatro grandes rubros: *Primera línea, La ciencia no hace cuarentena, Hasta la cocina y Remedios contra el confinamiento*.

En dicha exposición podemos encontrar en la sección *Remedios contra el confinamiento*. #ArteyCultura diferentes proyectos creados desde la danza, el teatro, el cine, las artes visuales, la música, la literatura y los museos, desarrollados todos desde las diferentes direcciones y espacios de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, que buscaron posibilitar el encontrarnos en la distancia, generando contenidos y procesos para la reflexión y la interacción, que posibilitaran mantener el contacto entre la creación artística y la sociedad durante el confinamiento.

Resultará fundamental que el eje de trabajo cultura-salud, reforzado durante la pandemia, que vincula cultura y salud, no se deje en el olvido, se desarrolle de manera constante y desde un amplio sentido y alcance, con el fin de impulsar nuevas creaciones y de posibilitar reflexiones e investigaciones profundas que aclaren y certifiquen el valor y la aportación de cada disciplina.

GENERACIÓN DE DATOS COLECTIVOS Y NACIMIENTO DE CENTROS DE DOCUMENTACIÓN

La incertidumbre generada por la evolución de la pandemia, al ir observando cómo avanzaba sin control en diferentes temporalidades, según las

regiones del mundo, hizo de la generación de datos una necesidad para permitirnos hacer una lectura o base para tener una aparente certidumbre y un piso más seguro para actuar. Buscábamos apoyarnos en datos que iban emanando y los consultábamos diariamente ante la cantidad de contagiados o fallecidos de un día a otro, de una semana a otra. Todo ello, con el propósito de encontrar una solución a nuestro actuar cotidiano, una esperanza en los números que nos permitiera observar una salida a lo impensable que nos estaba tocando vivir como sociedad. Nos acostumbramos a leer gráficas, a verificar la validez o no de las mismas, a buscar a especialistas que nos leyeran las múltiples variaciones que aparecían, con el fin de serenarnos, pero también con la razón de generar herramientas para tomar decisiones de manera correcta en materia de salud pública, familiar y personal.

Lo anterior nos empezó a suceder también en los diferentes ámbitos de nuestras especialidades. Encontramos que necesitábamos contar con mayor cantidad y calidad de datos para conocer el grado del impacto económico que estaba sufriendo el sector artístico-cultural en su totalidad.

Agradezco y aplaudo el esfuerzo realizado por instituciones que buscaron reaccionar para generar puntos de encuentro de información. La más destacada fue desarrollada por *On The Move*, organización creada en 2002, la cual tiene como objetivo ser un espacio de encuentro, de generación y difusión de información sobre y para el sector. Desde ella, y en asociación con Circostrada (además de contar con colaboración de incontables instancias independientes internacionales), se desarrolló la sección *Coronavirus resources: arts, culture and cultural mobility*.

Dicho proyecto inició en los primeros días de la pandemia, por lo cual tiene un enorme valor de memoria, pues empezó a generar información desde el 14 de marzo de 2020, con el fin de articular una mediática abierta y de permanente posibilidad de consulta sobre cada uno de los temas y preocupaciones que se desarrollaban en diferentes partes del mundo para conocer, informar e inspirar. Se agruparon tanto las investigaciones sobre el impacto en el sector, así como las soluciones que se iban descubriendo para sostener y fortalecer los procesos.

El contenido que todavía se puede encontrar en dicho acervo virtual incluye las siguientes temáticas: consejos generales, información de salud y seguridad relacionada con la movilidad y los viajes, campañas o peticiones *online* para el sector de las artes y la cultura, declaraciones de organizaciones, redes y fundaciones, regímenes ajustados de organismos gubernamentales o públicos y organizaciones privadas, encuestas y otras iniciativas para recopilar comentarios, información y asesoramiento sectoriales, pago a los artistas, espacios culturales y organizaciones, artículos y otros recursos, así como el desbloqueo de lugares y audiencias.

Otros esfuerzos de los que me es importante dejar constancia son:

- *The tracker: cultura y políticas públicas*, en abril de 2021. La UNESCO, dentro de su programa informativo *The tracker*, generó un número especial titulado: *#Cultura: un año en la pandemia del COVID-19*. En palabras de Ernesto Ottone T., director asistente general de Cultura de la UNESCO, se puso en marcha una amplia gama de herramientas de seguimiento para orientar a los responsables políticos y a los profesionales en las distintas dimensiones de las políticas culturales. En el documento encontramos los ejemplos más destacados de programas y acciones desarrollados desde políticas públicas en el ámbito internacional.

- El Banco Interamericano de Desarrollo (BID) publicó en diciembre de 2021: *Evaluación del impacto del COVID-19 en las industrias culturales y creativas*. El BID, la UNESCO, la SEGIB, la OEI y el MERCOSUR Cultural aunaron recursos y esfuerzos para embarcarse en una iniciativa conjunta para el análisis del impacto del COVID-19 en estas industrias. Esta publicación presenta los resultados principales de este proyecto. Incluye una estimación macroeconómica y microeconómica del impacto de la pandemia en las empresas y los trabajadores culturales y creativos, así como un análisis de las políticas públicas desarrolladas por ministerios y organismos nacionales de cultura ante la emergencia.

- *COVID-19 and the global cultural and creative sector. What have we learned so far?*, de Anthony Sargent. Su objetivo es extraer de todas las miserias y víctimas de la pandemia las lecciones más importantes para el futuro del sector, mostrando cómo la desgarradora experiencia de 2020/2021 puede

indicarnos nuevos y mejores tipos de pensamiento para un futuro diferente. El mundo de la cultura *online* y digital se ha transformado en los últimos dieciocho meses. Ahora necesitamos entender la posibilidad que ofrece un mundo nuevo y emocionante de experiencias culturales híbridas.

La recopilación de la información y su accesibilidad permitió su difusión y, por tanto, su uso en la comunidad y en las instancias gubernamentales, lo que fue de un enorme provecho, pero dejará de tener valor si no somos capaces de aprender sobre lo acontecido y mejorar nuestros modelos de recopilación de datos para hacerlos cada vez más certeros y generar con ellos acuerdos en políticas, programas y condiciones laborales.

ACCIONES DE GESTIÓN DESDE LO PÚBLICO: PLANES Y AYUDAS PARA EL SOSTENIMIENTO Y LA REACTIVACIÓN

Si la incertidumbre fue un factor clave en lo personal y en lo laboral dentro del ámbito independiente del sector cultural, también fue la constante desde la gestión de las instancias públicas a nivel nacional e internacional. Las preguntas sobre el cómo se debería actuar, bajo qué parámetros, a partir de qué presupuesto, programas y alcances fueron dudas y reflexiones que aparecieron. No existían antecedentes que nos permitieran conocer el camino a seguir, al igual que no se contaba con una articulación real dentro de los sectores disciplinares, ni desde ellos con las instancias culturales públicas en los niveles nacionales, estatales y municipales, y menos en lo internacional.

Desde diversidad de voces se externó la preocupación sobre lo que dichos vacíos generarían sobre nuestro modelo y operación. La cantidad de personas que se iban a quedar desempleadas, proyectos cancelados o postergados, cadenas de valor dentro de cada disciplina truncada o puesta en pausa obligada.

Las instituciones culturales de ámbito público siempre suelen estar a la cola de las preocupaciones de los gobiernos centrales, y en esta ocasión se siguió dicha particular tradición. En casi todos los países se tomó la deci-

sión de atender, primero, la crisis económica y, posteriormente, las diferentes urgencias que se presentaban desde los ámbitos de la salud. En nuestro país, las instituciones públicas de cultura sufrieron recortes y enfrentaron problemas para reaccionar ante la distancia, entre la real operación de nuestro modelo con el débil estatus de nuestros artistas, gestores y especialistas. La falta de ingresos estables, la dificultad de coordinar ayudas y la imposibilidad de ofrecer un necesario acompañamiento de seguridad social y salud se hicieron presentes.

Los apoyos aparecieron lentamente, las formas de generar el diálogo entre y con los diferentes sectores en muchas ocasiones se articularon desde la queja y las acciones claramente nunca alcanzaron para todos, lo cual, a la distancia, ya se puede leer como una meta que era imposible de alcanzar. Sin querer dejar en el olvido los desencuentros acontecidos entre el sector independiente y los diversos ámbitos de operación pública, dado que el sector independiente y el alternativo estuvo y está sometido a una intensa presión, me centraré en mencionar aquellos esfuerzos que, considero, marcaron la diferencia en el querer contar con la correcta lectura de lo que acontecía entre la comunidad cultural de ciertas regiones y países, al ejemplificar programas que nacieron bajo ese diálogo, entre la realidad y la necesidad de nuevas formas de apoyo, así como los documentos que fueron naciendo para guiar dichos procesos y dar forma a los modelos de reencuentro.

Es también importante marcar la diferencia entre lo acontecido en los primeros meses de la pandemia, el segundo periodo o estado, en donde se consolidó una meseta en la operación dentro del momento más álgido del distanciamiento social, y el tercer periodo, ya esperanzador, con la aparición de las vacunas, que posibilitó los primeros esfuerzos de reapertura y reencuentro en lo presencial.

Los primeros meses se distinguieron por la incertidumbre y los inicios del confinamiento, y dentro del sector cultural, la aparición de manifiestos y documentos de construcción colectiva para hacer sentir la fuerza de la necesidad de lo que nos estaba aconteciendo en el sector. Uno de los primeros planes de recuperación surgió en mayo de 2020; fue presentado en

Irlanda por The National Campaign for the Arts (NCFA), bajo el título de *The national campaign for the arts A plan for arts sector COVID-19 survival and recovery*. Esta iniciativa fue el resultado de encuestas, investigaciones, debates, análisis financieros y proyecciones de artistas, trabajadores del arte, organizaciones artísticas y agencias en toda Irlanda. Desde esos primeros meses las propuestas hacia el gobierno se concentraban en demandar acciones inmediatas y también a mediano y largo plazo, donde, si bien planteaban el estado de necesidad, proponían soluciones, hacia quién se debían dirigir las ayudas y cuáles serían los departamentos responsables de ejecutarlas.

Otro ejemplo a destacar de una acción colectiva fue el pliego petitorio firmado el 6 de abril de 2020, *Rescue the arts: plea to national governments*, realizado por IETM and co-signed by Circostrada, European Theatre Convention (ETC), *in situ*, European Dancehouse Network (EDN), European Festivals Association (EFA) and Trans Europe Halles (TEH), quienes hicieron un llamado a los gobiernos nacionales a tomar las medidas, considerando la urgencia del momento actual y apuntando a la viabilidad a largo plazo del sector, entre las que se destacaban: el permitir que los artistas y profesionales de la cultura accedieran a los subsidios de desempleo y beneficios sociales y compensar sus pérdidas causadas por la crisis del COVID-19, el apoyar la cultura y las artes a través de la iniciativa de inversión en respuesta al coronavirus, el crear fondos de emergencia y dificultades para el sector cultural fuera de los presupuestos existentes de los ministerios culturales y los consejos de arte, aplicar flexibilidad a todos los esquemas de financiamiento existentes, permitiendo que los beneficiarios decidan si deben posponer, cancelar o transformar actividades o extender el ciclo del proyecto financiado; iniciar un debate de gran alcance sobre la naturaleza actual de la condición del artista con miras a garantizar la sostenibilidad de las carreras, prácticas y actividades de los artistas, así como la libertad de expresión, el reconocimiento social y económico y el bienestar individual de los artistas, y explorar la posibilidad de introducir una renta básica universal para proteger a las personas de futuras crisis y situaciones de fuerza mayor, entre otras.

Entre las organizaciones supranacionales, la UNESCO se distinguió como un referente a seguir para la consulta y medición de las reacciones en los diferentes países. Desde abril de 2020 inició con la publicación semanal *Culture & COVID-19*, donde ofrecía un panorama general del impacto de la crisis del COVID-19 en el sector cultural a escala global y de las respuestas desplegadas a nivel nacional, local y regional. Esta síntesis no pretende ser una presentación exhaustiva de medidas adoptadas, sino una visión de conjunto de la cambiante situación mundial nutrida de diversas fuentes

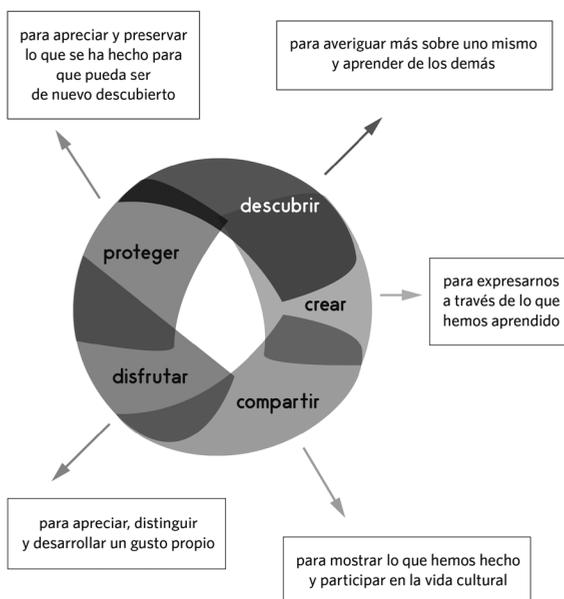
Dentro del proceso que he catalogado como meseta desde el distanciamiento, fue particular que la temporalidad estuvo marcada por lo que las herramientas digitales permitían como interacción social, pero también fue el momento en donde las organizaciones supranacionales de cultura fueron más activas hacia consolidar un discurso e interés común sobre lo que sucedía como sociedad y sobre cómo lo cultural debía ser cuidado y valorado.

En octubre de 2020, a iniciativa de la Organización Mundial de Ciudades y Gobiernos Locales Unidos –CGLU–, fue dada a conocer *La Carta de Roma 2020. El derecho a participar libre y plenamente en la vida cultural es vital para nuestras ciudad y comunidades*. Su razón de ser fue el recordar a las autoridades públicas, los gobiernos nacionales y locales que tienen el deber legal de garantizar la participación en la cultura, consagrado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos y demás tratados y convenciones internacionales. Una ciudad que trabaja por una democracia cultural debe cumplir con su deber de apoyar a sus habitantes en: *DESCUBRIR sus raíces culturales, para que todas las personas puedan reconocer su patrimonio, identidad y lugar en la ciudad, así como comprender los contextos de los demás; CREAR expresiones culturales para que puedan formar parte de la vida de la ciudad y enriquecerla; COMPARTIR culturas y creatividad para que la vida social y democrática avance con el impulso del intercambio; DISFRUTAR de los recursos y espacios culturales de la ciudad para que todas las personas puedan inspirarse, educarse y renovarse; PROTEGER los recursos culturales comunes de la ciudad, para que todas las personas puedan beneficiarse de ellos, tanto ahora como en los años venideros.*

FIGURA 9

UNA NOTA EXPLICATIVA DE LA CARTA

Las palabras clave de las competencias culturales son todas verbos -acciones: sugerimos seguir una progresión cíclica de abajo a arriba y un enfoque centrado en las personas



Nota: Tomado de *La Carta de Roma 2020*. Organización Mundial de Ciudades y Gobiernos locales Unidos - CGLU.2020. https://agenda21culture.net/sites/default/files/2020_rc_spa_0.pdf p. 6.

La Carta de Roma 2020 reafirmaba la necesidad de construir entre todos una ciudad más inclusiva, democrática y sostenible, manifestando un momento diferente del enfrentado al principio de la pandemia, afirmando que ahora “estamos aprendiendo que la enfermedad puede estar con nosotros durante mucho tiempo y que tendremos que adaptarnos a su presencia. Esta experien-

cia está cambiando nuestro modo de pensar acerca de nosotros mismos, de los demás y de las comunidades en las que vivimos.” Por lo mismo aseveraban los firmantes que *“la cultura es también el recurso humano renovable al que hemos recurrido en esta crisis (...) Es la cultura la que dará forma a los valores y el proceder de las ciudades que deberemos renovar después del trauma del COVID-19.”* (Bergamo, et al., 2020).

El tercer momento clave fue la reapertura, anhelada y al mismo tiempo llena de retos, miedos y confusiones, pero llena de alegría y esperanza por el volver a estar juntos corporalmente. Uno de los documentos más interesantes generados a nivel internacional en esta etapa fue creado por el National Endowment for the Arts, en Estados Unidos, y lleva el título de *The art of reopening: a guide to current practices among arts organizations during COVID-19*, el cual se publicó en enero de 2021. Fue elaborado a partir de encuestar a especialistas y consultores de organizaciones artísticas que iniciaron sus reaperturas durante 2020, con el fin de generar una guía que incluyera herramientas e ideas prometedoras a partir de nueve casos de estudio. Como las principales lecciones aprendidas plantearon: 1. Fortalecer los lazos con su comunidad inmediata. Alinear la programación artística con las necesidades de la comunidad local es primordial, ya sea a través de la programación interior o al aire libre, participación artística virtual o una combinación de oportunidades. 2. El médico está “adentro” o debería estarlo. Identificar a un profesional o equipo de salud pública para asesorar sobre estrategias de reapertura puede marcar la diferencia. 3. ¿Aislamiento? Más como “tiempo de calidad”. La creación de grupos o “burbujas” de equipos de artistas puede avanzar en las metas de seguridad –y también puede levantar la moral–. 4. Lo inesperado seguirá ocurriendo. Sea transparente cuando lo haga. Adaptación rápida a nuevas circunstancias e información, y comunicar esas lecciones con prontitud y eficacia a los artistas/personal, miembros de la junta, donantes y el público atraerá una mayor confianza en su esfuerzo. 5. Los primeros principios importan. Pueden restaurar un sentido de propósito compartido para los artistas, personal, socios y donantes. Escuchando la misión y la visión artística de su organización puede

dar impulso y vitalidad a su estrategia de reapertura. 6. ¡Trae a ese camarógrafo para el viaje! Asociarse con un medio/tecnología, organización o un artista experto en medios/tecnología puede ayudarlo a documentar su viaje y a encontrar maneras de llegar a audiencias más amplias de las que jamás haya alcanzado anteriormente.

A partir de las anteriores recomendaciones, el documento traza una ruta de posibilidades comprobadas en acciones reales que permite generar confianza en la gestión y el desarrollo de actividades, vislumbrando acciones, siempre tomando en cuenta a todas las personas que lo hacen posible y conviven en las actividades culturales, recordando lo esencial en palabras de Scott Altman, CEO del Cincinnati Ballet: *“Casi habían olvidado cómo suenan los aplausos en vivo. Hacer las cosas digitalmente es muy, muy diferente en nuestra disciplina y en las artes escénicas... . Actuar en vivo, frente a una audiencia, y el sentimiento y la sensación de conectividad que tienes con la inmediatez de la creación frente a ti en el mismo espacio es muy, muy diferente a la de una presentación digital”*. (Carter, 2021).

A estos tres momentos le siguió el estado actual en el que nos encontramos, donde, con la cautela y los temores que las pérdidas nos infringieron y las esperanzas del reencuentro ya permanente, estamos retomando el ritmo, la cadencia, la movilidad y la nueva vitalidad que anhelamos en cada uno de los días desde que las perdimos por el distanciamiento social.

CONCLUSIONES: NECESITAREMOS PERIÓDICAMENTE UNA DOSIS DE RECUERDO

Este ensayo estuvo articulado como una cartografía de lo que sentimos y pensamos durante la pandemia, pero también se intentó incluir en el mismo las reacciones, datos, fallas políticas, programas y proyectos surgidos durante la misma. Se pensó desde la intención por el dejar una constancia de cómo buscamos leer nuestras situaciones y necesidades, reaccionar ante la distancia y el aislamiento y construir nuevas vías de gestión con diferentes herramientas y nuevos procesos

de creación. Todo lo anterior se fue recolectando durante el día a día de estos difíciles dos últimos años, primero en la incertidumbre, después en el encierro y, más tarde, en las diferentes estrategias y protocolos de reconexión para intentar vencer aquello que nos distanciaba, así como hacer posible la continuidad de la labor y el pacto social que comprende lo artístico-cultural.

El eje incertidumbre/aislamiento/crisis fue la línea básica de los acontecimientos que vivió el sector cultural. La tensión que la realidad imponía, y la falta de un conocimiento colectivo sobre nuestros respectivos sectores, alejó las posibles ayudas y soluciones necesarias durante los primeros meses. Poco a poco, desde el esfuerzo, principalmente de agrupaciones independientes, creadores y públicos, y la posterior comprensión de la necesaria ayuda y propuestas institucionales, la nueva realidad se nos convirtió en cotidiana.

La innegable debilidad para reconocer y atender nuestro modelo de operación en el sector cultural nos obligó, demasiado lentamente, a que nos fuéramos dando cuenta de la delicada realidad que se nos estaba viniendo encima: las escasas e inadecuadas condiciones laborales y de seguridad social de quienes sostienen nuestra actividad, sobre todo en el caso de las personas sin trabajo estable, la profunda caída de los públicos en las disciplinas presenciales y, como consecuencia, la pérdida de ingresos económicos, la dificultad para acceder a modelos de comercialización en lo digital o lo híbrido; lo complejo que resultó el construir una voz colectiva a partir de las diferentes asociaciones o colectivos independientes; la dificultad para acceder a ayudas y procesos de acompañamiento en los momentos de más alto impacto de la clausura de la actividad artística presencial, y, en los últimos meses, la lenta recuperación de los circuitos y espacios que estuvieron vacíos demasiado tiempo.

La necesidad de certezas ante lo que nos acontecía y necesitábamos como sector fue realmente un proceso complejo de asir, porque veníamos de un modelo en donde no nos ha interesado en gran medida conocer el cómo funcionamos, cuáles son nuestras debilidades y, sobre todo, qué huecos de atención tenemos. Convivimos principalmente en una batalla por los recursos, posibilidades y espacios. Dado lo anterior, es de vital importancia pensarnos entonces desde la necesidad de preguntarnos cómo reconocer nuestra

forma real de operación, porque durante la pandemia solo fue resuelto parcialmente. Tampoco nos había interesado en gran manera articularnos como sector, generar asociaciones activas, verdaderamente representativas y con actividad constante. Operamos a ciegas, sin conocer datos, necesidades, a partir de estimular la competencia más que la cooperación. Si no queremos seguir operando en un modelo incompleto e inequitativo, debemos aprender a reconfigurar nuestros esquemas de articulación. ¿Cuáles son los factores transversales a transformar dentro de nuestro ecosistema? ¿Cómo podemos ampliar nuestros intereses por la generación de datos? Estos datos, a la fecha, muestran principalmente las asistencias de los públicos y los impactos económicos de y en nuestras industrias culturales y creativas. ¿Cómo decidir hacia qué otros factores y temáticas indispensables y relevantes debemos enfocar nuestra atención y estudios? ¿Cómo pasar de encontrar en los análisis necesidades colectivas, a convertirlas en políticas, programas y acciones para que no se queden los datos en simples herramientas arrojadas para la queja?

Es fundamental procesar de manera eficiente y articulada las recomendaciones y cambios hacia las nuevas formas de financiamiento, impulsando la cooperación, el desarrollo de procesos más justos, incluyentes y flexibles. La identificación de los puntos ciegos en la operación actual debe hacerse visible para reestructurar la relación entre quienes apoyan y a quienes se apoya desde modelos de gobernanza realmente participativa que rebasen la necesidad de poder de los diferentes partidos políticos y de gobierno para que se conviertan en una razón de ser básica en beneficio real de cada sector y de los diferentes públicos en pro de cuidar sus derechos culturales.

Como última reflexión, quisiera también dejar constancia de que desde la cultura, concebida desde el más amplio de los sentidos y desde la diversidad de las disciplinas que el arte hoy día contiene, se contribuyó a sustentar la salud emocional de gran cantidad de personas durante los momentos más duros de aislamiento social a través de la interacción y del encuentro; también permitió mantener vínculos comunitarios y sociales, además de ayudar a una gran cantidad de personas a superar las consecuencias físicas de haber con-

traído el virus. Será necesario fortalecer el vínculo cultura-salud de manera constante y cada vez en procesos más profesionales, amplios y eficaces.

La herida común que nos tocó recibir como habitantes del período pandémico generó una profunda cicatriz, tan imperecedera como aquellos signos que utilizamos para marcar la altura alcanzada por el agua bajo los estragos de una inundación. Pero al conocer ya los daños causados, las reacciones y distanciamientos personales y sociales, y las consecuencias en la forma de habitar nuestros procesos artísticos y socioculturales, se ha convertido en una tarea compartida por todos el generar una necesaria memoria de lo acontecido, así como el intentar construir juntos políticas y programas que nos posibiliten estar más preparados hacia sucesos futuros. Para que no se nos olvide lo acontecido será necesaria una periódica *dosis de refuerzo*, aplicada a la memoria de las diferentes generaciones que nos sigan y a nosotros mismos, donde les y nos mostremos cómo nos encontró la pandemia como sociedad, qué hicimos en ella, qué perdimos, pero también cómo cambiamos, cómo nos reconstruimos colectivamente, cómo intentamos ser una ciudadanía activa. Ese es el reto que tenemos frente hacia los años venideros, si es que realmente queremos y logramos enfrentar la tentación de solo olvidar lo acontecido.

BIBLIOGRAFÍA

- Banco interamericano de Desarrollo (2021, diciembre). *Evaluación del impacto del COVID-19 en las industrias culturales y creativas*. BID. <https://publications.iadb.org/es/evaluacion-del-impacto-del-covid-19-en-las-industrias-culturales-y-creativas>
- Bennoune, Karima. (2021, febrero). *La COVID-19, la cultura y los derechos culturales Informe de la Relatora Especial sobre los derechos culturales*. ONU. <https://documents-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/G21/035/26/PDF/G2103526.pdf?OpenElement>
- Bradbury A, Warran K, Wan Mak H y Fancourt D. (2021, agosto) *The Role of the Arts during the COVID-19 Pandemic*. London's Global University. https://www.artscouncil.org.uk/sites/default/files/download-file/UCL_Role_of_the_Arts_during_COVID_13012022_0.pdf
- Carter, Mary Anne. (2021, enero). *The Art of Reopening: A Guide to Current Practices Among Arts Organizations During COVID-19*. National Endowment for the arts. <https://www.arts.gov/sites/default/files/The%20Art-of-Reopening.pdf>.
- Celaya, Javier. (2021, mayo). *Anuario AC/E de cultura digital*. Acción Cultura Española. (<https://www.accioncultural.es/es/anuario2021>)
- Conectando Audiencias*. (2021, abril). *PÚBLICOS EN CONFINAMIENTO EN AMÉRICA LATINA*. *Asimétrica*. <https://www.asimetrica.org/wp-content/uploads/2021/04/CA-América-Latina-Públicos-en-confinamiento.pdf>
- De la Torre, Graciela y Meliá, Juan. (2021). *Para salir de terapia intensiva. Estrategias para el sector cultural hacia el futuro*. https://unam.blob.core.windows.net/docs/DignosticoCultural/Para_salir_de_terapia_intensiva%20A%20INDEX.pdf
- De Voldere, Isabelle y Fraioli, Martina (2021, febrero). *Cultural and creative sector in post-COVID-19 Europe: Crisis effects and policy recommendations*. [https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/STUD/2021/652242/IPOL_STU\(2021\)652242_EN.pdf](https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/STUD/2021/652242/IPOL_STU(2021)652242_EN.pdf)

- Dixon, Steve. (2007). *Digital Performance. A History of New Media in Theater, Dance, Performance Art, and Installation*. The MIT Press. Cambridge, Massachusetts Londres, Inglaterra.
- ENO Breathe. *A breathing and wellbeing programme for people recovering from the effects of COVID-19*. ENO. <https://www.eno.org/breathe/about-the-eno-breathe-programme/>
- Fonseca, A., Melo, D., Avogadro, E., Mujica, F., Frick, M., García Holley, M., Moreno, M., Delgado, M., Rodríguez, O., Rosello, P., Lobos, S., Zaldívar, T., Grazi, M., Luzardo, A., Ruy, A., Prada, E., y Sasso, S. (2021, octubre). *La pandemia pone a prueba a la economía creativa: Ideas y recomendaciones de una red de expertos*. BID. <https://publications.iadb.org/es/la-pandemia-pone-prueba-la-economia-creativa-ideas-y-recomendaciones-de-una-red-de-expertos>
- Francourt, Daisy y Finn, Saoirse. (2019) *What is the evidence on the role of the arts in improving health*. World Health Organization (WHO). <https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/329834/9789289054553-eng.pdf>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2021, mayo). *Módulo sobre Eventos Culturales Seleccionados (MODECULT)*. INEGI. https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/modecult/doc/resultados_modecult_may2021.pd
- International network for contemporary performing arts. (2020, abril). *Rescue the arts. Plea to national governments*. IETM. <https://www.ietm.org/en/advocacy/policy-papers/rescue-the-arts-plea-to-national-governments>
- International network for contemporary performing arts. (2021, noviembre). *Supporting relevance: Ideas and strategies for inclusive, fair and flexible arts funding*. IETM. <https://www.ietm.org/system/files/publications/IETM%20Publication%202021%20%E2%80%93%20Supporting%20Relevance%20-%203.pdf>
- LaPlaca Cohen. (2021, noviembre). *Culture + Community in a Time of Transformation*. Culture Track. <https://s28475.pcdn.co/wp-content/uploads/2021/11/CCTT-Key-Findings-from-Wave-2.pdf>

- LaPlaca Cohen. (2020, julio). *Culture + Community in a Time of Crisis*. Culture Track. https://s28475.pcdn.co/wp-content/uploads/2020/09/CCTC-Key-Findings-from-Wave-1_9.29.pdf
- México Creativo. (2021, mayo). *Sondeo 021: Percepción del impacto del COVID-19 en la economía cultural y creativo en México*. Secretaría de Cultura. <https://mexicocreativo.cultura.gob.mx/wp-content/uploads/2022/05/Sondeo-021-Reporte-1.pdf>
- Mora, Mariana. (2021, noviembre). *Tocar / reflexiones sobre los sentidos y la pandemia*. Campo de relámpagos. http://campoderelampagos.org/critica-y-reviews/21/11/2021?utm_source=emailoctopus&utm_medium=email&utm_campaign=Tocar%2F%20reflexiones%20sobre%20los%20sentidos%20y%20la%20pandemia%20-%20Mariana%20Mora
- Naylor, R., Todd, J., Moretto, M. y Traverso, R.,] (2021, junio). *Las industrias culturales y creativas frente a la COVID-19. Panorama del impacto económico*. UNESCO. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000377863_spa
- On the move. (2021, julio). *Coronavirus Resources: Arts, Culture and Cultural Mobility*. <https://on-the-move.org/resources/collections/coronavirus-resources-arts-culture-and-cultural-mobility>
- Ottone R., Ernesto. (2021, abril). *The Tracker: Cultura y Políticas Públicas*. UNESCO. <https://es.unesco.org/news/tracker-cultura-y-politicas-publicas-numero-especial>
- Raines, Katy. (2020, mayo). *After the Interval. National Audience Research*. <http://s3-eu-west-1.amazonaws.com/supercool-indigo/After-The-Interval-Wave-2-Report.pdf>
- Redacción BBC News Mundo. (2022, mayo). *COVID: el número real de muertes por la pandemia en todo el mundo es de casi 15 millones (y qué países de América Latina tienen mayor exceso de mortalidad)*. BBC. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-61333739>
- Sargent, Anthony. (2021, agosto). *COVID-19 and the global cultural and creative sector. What have we learned so far?*. Centre for Cultural Value <https://www.culturehive.co.uk/wp-content/uploads/2021/09/COVID-19-and-the-Global-Cultural-and-Creative-Sector-Anthony-Sargent.pdf>

- The National Campaign for the Arts. (2020, mayo). *A national arts recovery plan. The National Campaign for the Arts. A plan for Arts Sector COVID-19 Survival and Recovery*. NCFEA. <http://ncfa.ie/wp-content/uploads/2020/05/NCFA-A-National-Arts-Recovery-Plan-2020.pdf>
- The Rome Charter*. (2020, octubre). *El derecho a participar libre y plenamente en la vida cultural es vital para nuestras ciudades y comunidades*. ROMA, UCLG, Local4Action y Culture21. https://agenda21culture.net/sites/default/files/2020_rc_spa_0.pdf
- Triguboff, M., Zanabria, J.M., Benzaquen, A., Bautista, M., Séligmann, J.N., Decuzzi, L., Sasso, S., Cathles, A., Castellanos Ribot y A., Mines Cuenya, A. Evaluación del impacto del COVID-19 en las industrias culturales y creativas. UNESCO, BID, SEGIB, OEI y MERCOSUR. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000380185>
- Walmsley, B., Gilmore, A., O'Brien, D. y Torreggiani, A. (2022). *Culture in Crisis. Impacts of COVID-19 on the UK cultural sector and where we go from here*. Centre for Cultural Value https://www.culturehive.co.uk/wp-content/uploads/2022/01/Culture_in_Crisis.pdf

Páginas web

- Saber cuidar. La UNAM frente a la pandemia*
<https://saber-cuidar.iisue.unam.mx/index.php/remedios-contr-el-confina-miento>
 Diagnóstico Cultural, CulturaUNAM
<https://cultura.unam.mx/DiagnosticoCultural>

Esperando publicación

- Coordinación de Humanidades- Secretaría General UNAM. (2021). *Percepciones e imaginarios sociales del COVID-19*. UNAM.

La primera edición de *Los imaginarios de la pandemia*, coordinada por Guadalupe Valencia García y Julia Isabel Flores Dávila, editada por el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México, se terminó de imprimir el 10 de junio de 2023 en los talleres de Litográfica Ingramex, S. A. de C. V., Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, Iztapalapa, 09810, Ciudad de México. El tiraje consta de 300 ejemplares en papel Holmen Book Cream de 55 g los interiores y en cartulina sulfatada de 14 puntos los forros; tipo de impresión: digital; encuadernación: rústica pegada. En la composición se utilizó la familia tipográfica Minion Pro de 8, 9 y 12 pt. Cuidado de la edición: Christian Martín Sánchez Uribe; corrección de originales y lectura de pruebas: Claudia Magdalena Sánchez Cadena y Édgar Omar Santos Méndez; diseño tipográfico, diagramación: Irma G. González Béjar; formación: Christian Martín Sánchez Uribe; diseño de la identidad visual de la colección: Fernando Garcés Poó; coordinación y gestión editorial de la colección: Yuritzi Arredondo Martínez. La coordinación editorial estuvo a cargo de la Coordinación de Humanidades de la UNAM.

Tomo 6

La década COVID en México

Los imaginarios de la pandemia



Desde la aparición de la pandemia generada por el COVID-19 han aparecido con suficiente claridad nuevos sujetos, prácticas discursivas y de comportamiento que apuntan a patrones y modelos abstractos existentes en el mundo social, los imaginarios, que nos orientan por nuevos caminos para comprender la actividad colectiva mediante la observación y análisis de las manifestaciones que revelan parte del comportamiento gregario generado en su desenvolvimiento consciente o inconsciente.

El conjunto de textos aquí reunidos muestra los cambios experimentados en diversos ámbitos y por distintos sujetos de la vida social, registran algunos de los modelos y transformaciones que se introducen en los imaginarios y que se relacionan con las formas en las que nos movemos en el tiempo y en el espacio, nuestras ideas del presente y del futuro, los lenguajes, las afectividades, los conocimientos.



SECRETARÍA GENERAL

Universidad Nacional Autónoma de México



DGCS
Dirección General de Comunicación Social



**COORDINACIÓN
DE HUMANIDADES**